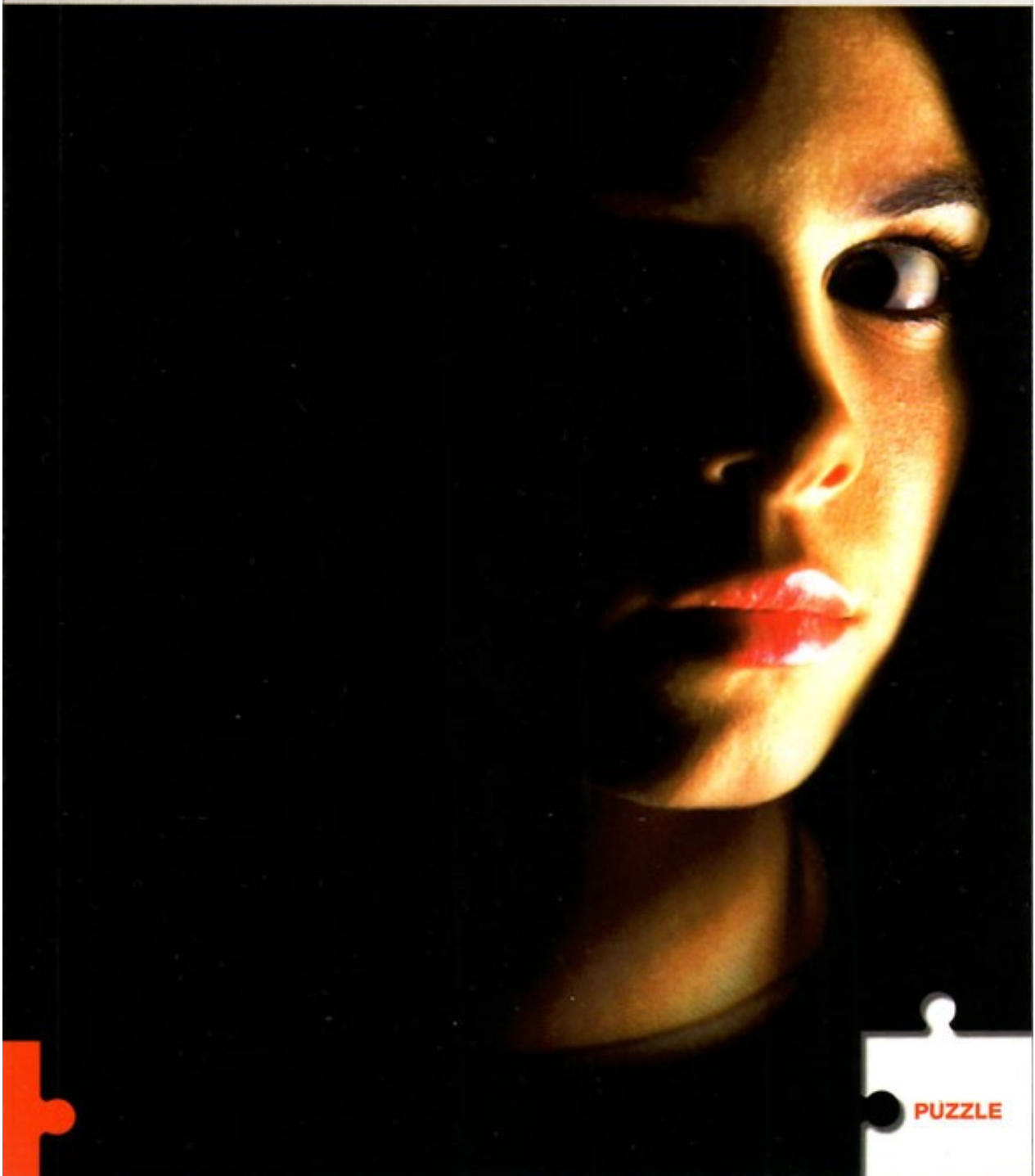


La escalofriante historia de terror que inspiró la película

# Ramsey Campbell

## Los sin nombre



# LOS SIN NOMBRE

(The nameless, 1981)

Ramsey Campbell

## ÍNDICE

|                      |     |
|----------------------|-----|
| Agradecimientos..... | 3   |
| Prólogo: 1940.....   | 4   |
| 1.....               | 9   |
| 2.....               | 13  |
| 3.....               | 17  |
| 4.....               | 20  |
| 5.....               | 23  |
| 6.....               | 26  |
| 7.....               | 30  |
| 8.....               | 34  |
| 9.....               | 37  |
| 10.....              | 40  |
| 11.....              | 44  |
| 12.....              | 48  |
| 13.....              | 51  |
| 14.....              | 54  |
| 15.....              | 58  |
| 16.....              | 63  |
| 17.....              | 67  |
| 18.....              | 70  |
| 19.....              | 75  |
| 20.....              | 80  |
| 21.....              | 83  |
| 22.....              | 86  |
| 23.....              | 89  |
| 24.....              | 93  |
| 25.....              | 95  |
| 26.....              | 98  |
| 27.....              | 101 |
| 28.....              | 104 |
| 29.....              | 108 |
| 30.....              | 110 |
| 31.....              | 114 |
| 32.....              | 118 |
| 33.....              | 121 |
| 34.....              | 124 |
| 35.....              | 127 |
| 36.....              | 132 |
| 37.....              | 135 |
| Epilogo.....         | 141 |

*Para Tammy  
(que me ayudó sin siquiera saberlo),  
con todo mi amor*

### **AGRADECIMIENTOS**

Deseo agradecer a Robert Aickman, Tony Beck, Arthur Cullimore, Phil Edwards, Kay McCauley, Christine Ruth, Tim Shackleton, Carol Smith y John Thompson su ayuda y consejo mientras escribía esta novela. Me siento en deuda con Barry Forshaw, Peter y Susie Straub, y Thom y Alice Tessier, por su impecable hospitalidad durante mis viajes de campo a Londres. Y debo dar las gracias a Harlan Ellison por sus proezas de retentiva total.

No es necesario decir que el parvulario Otford es invención mía. En el momento de escribir esta novela no existía ningún cajero automático de Barclays Bank en Glasgow.

## PRÓLOGO: 1940

El patio era más grande que un campo de fútbol, pero parecía mucho más pequeño. Al acceder, sintió que las paredes se cerraban sobre él. El cielo estival y las colinas brillaban como carteles y las gaviotas planeaban chillando sobre la Bahía de San Francisco, pero en cuanto aquellas paredes te rodeaban, era imposible ser consciente de algo que no fuera su presencia. Quizá se debía a los cientos de rostros que miraban hacia abajo o a las voces que aullaban propuestas como si fueran prostitutas desesperadas; sin embargo, sentías que las paredes se inclinaban sobre ti, como si una amargura y una tristeza inmensurables las hubiera vuelto seniles. En ocasiones, incluso creías percibir el dolor de las piedras.

El hombre alto no reaccionó a nada de esto. Avanzó por el patio siguiendo su sombra, que era tan delgada como sus extremidades y tan negra como su ropa, sin expresión alguna en su rostro alargado y severo. Solo sus ojos eran brillantes y decididos. Llegó al pabellón norte y entró como si no hubiera tiempo que perder, pero cuando alcanzó la puerta verde se detuvo y miró por la ventana.

No había mucho que ver: solo una habitación de tres metros de ancho, cuyas paredes brillaban con el mismo verde enfermizo de la puerta. A simple vista era imposible saber que las paredes de acero, por sí solas, pesaban más de dos toneladas. Las dos sillas vacías que se alzaban en la habitación podrían haber pertenecido a un dentista o a un barbero que hubiera salido a comer; sin embargo, nadie que se hubiera sentado en ellas había vuelto a levantarse jamás.

Instantes después se dirigió al ascensor y se montó en él. Ahora sus ojos brillaban más que nunca, aunque perdieron toda expresión cuando el guardia apostado en el piso superior le abrió la puerta para que pudiera salir y el siguiente guardia le permitió acceder al cubículo exterior sin apenas mirarlo a la cara. Entonces, la puerta del cubículo se cerró a sus espaldas y se encontró en el Corredor de la Muerte.

Aquí el silencio era más intenso que en el patio; de hecho, parecía que había sido encerrado en ese lugar. Reinaba una atmósfera de hombres nerviosos y expectantes que fingían no esperar nada en absoluto. Dicha atmósfera se demoraba en el aire, como el gas: invisible, pero sofocante. Ojos que parecían abotargados por las sombras lo miraban desde las celdas, que eran más estrechas que los brazos extendidos de una persona y apenas el doble de largas. Detrás de cada hombre, bajo una bombilla enjaulada, no había nada más que un taburete, una litera y un retrete carente de asiento. Quizá la oscuridad de aquellos ojos no solo se debía a las sombras.

Ignorando todo esto, el hombre alto se dirigió hacia Santini, que estaba sentado agitando las llaves, saboreando las albóndigas de la noche anterior y preguntándose qué aspecto tendría el hombre de rostro severo. Quizá si lo supiera no se sentiría tan tenso... o quizá, eso iba unido a su trabajo. Cada vez que llevaban a un nuevo recluso al Corredor de la Muerte, Santini se ponía nervioso, pues temía que la visión del lugar en el que esa persona iba a pasar el resto de su vida le hiciera perder los estribos. Solo lograba respirar con mayor facilidad cuando el nuevo estaba encerrado en su celda.

–Soy el Doctor Ganz –dijo el hombre alto, con voz enérgica–. He venido a ver a Frank Bannon.

Por cómo le miraba aquel hombre, Santini bien podría haber sido un espécimen de laboratorio. No le cabía duda de que Ganz estaba allí para encontrar cosas de las que quejarse. En su opinión, los psiquiatras y los abogados deberían permanecer un tiempo encerrados en aquel lugar, pues así se darían cuenta de lo necesario que era todo aquello. Sin embargo, ninguno de ellos le había parecido nunca tan frío como ese tipo, ninguno se había mostrado tan sereno tras haber pasado por delante de la cámara de gas. Aquel tipo no era normal.

Abrió la puerta de la sala de interrogatorios, que era ligeramente más grande que un lavabo público; Ganz se sentó en el extremo más alejado de la mesa y, tras apoyar los codos en ella, acercó las yemas de los dedos a sus huesudos pómulos. En ese momento, Santini pudo hacerse una leve idea de su aspecto. Mientras daba media vuelta para reunirse con el otro guardia, que estaba esperando para abrir la celda, advirtió que los ojos de Ganz centelleaban.

Cuando le abrieron la celda, Bannon levantó la mirada y esbozó una débil y vaga sonrisa, haciendo que a Santini se le revolviere el estómago. De todos los animales que estaban encerrados en San Quintín, Bannon era el peor; Santini era incapaz de pensar en lo que le había hecho a aquella pobre niña sin sentir náuseas. De algún modo, su aspecto empeoraba aún más las cosas: siempre iba pulcro y

aseado, con el rostro afeitado y tan carente de marcas que era imposible saber qué edad tenía. El gobernador Olson había subido al poder en Sacramento y consideraba necesaria una reforma de las prisiones, las mazmorras y todo lo demás..., pero Bannon merecía más que nadie que lo abandonaran allí, sin siquiera una manta. Santini ayudaría a los guardias con las mangueras si creyera que Bannon se les iba a escapar de las manos. Quizá, probar el tratamiento de cal y agua le ayudaría a derramar algunas lágrimas por aquella muchacha.

El guardia escoltó a Bannon, que caminaba arrastrando las zapatillas, por el pasillo.

–Gracias, señor Santini –dijo.

Sintió deseos de golpearlo. Aquel hijo de puta acataba las normas con tanta cautela que daba la impresión de que disfrutaba. Santini cerró de un portazo la puerta de aquella sala desprovista de ventanas y la cerró con llave, pero esto no mitigó su cólera ni el rancio sabor de las albóndigas. Estaba dando media vuelta cuando oyó que Ganz decía:

–Buenas tardes.

En aquel lugar era fácil olvidarse de la hora, pero esa no fue la razón por la que Santini se giró.

–Me quedaré por aquí un rato, por si termina pronto –dijo.

El otro guardia se alejó, encogiéndose de hombros. No le cabía duda de que se había dado cuenta de que pretendía escuchar a escondidas la conversación, pero no le importaba. La verdad es que no le interesaba oír lo que el hijo de puta de Bannon pensaba decir sobre sí mismo, sino que quería saber por qué aquel hombre de negro estaba tan ansioso por hablar con él.

Al principio, Ganz formuló a Bannon las preguntas habituales: ¿Se sentía deprimido alguna vez? ¿Le daban libros si le apetecía leer? ¿Había visto a su esposa desde que lo trajeron a este lugar? ¿Le gustaría verla?

–Por supuesto que me gustaría verla..., si ella quisiera venir –respondió Bannon.

–¿Cómo describiría su vida matrimonial? ¿Satisfactoria en conjunto?

–Yo diría que era una vida bastante agradable. Ella no se quejaba demasiado y yo nunca tenía razones para hacerlo. Ganaba bastante dinero trabajando como ingeniero senior. Nuestro nivel de vida era tan bueno como el de cualquiera de nuestros amigos.

Santini cerró los puños con fuerza. Seguramente, la vida matrimonial de aquel hijo de puta era mejor que la suya. Él ya no deseaba regresar a casa..., no desde que ella había empezado a parlotear como un mono cada vez que abría la puerta, no desde que cada comida iba acompañada de pasta grasienta. No le extrañaba que su mujer pesara el doble que cuando se casó con ella.

Se obligó a sí mismo a ignorar sus pensamientos al oír que Ganz preguntaba:

–¿Recuerda qué hizo para que lo trajeran aquí?

–Por supuesto que sí. No estoy loco, ¿sabe? En el juicio dijeron que no lo estaba.

–¿Y cómo se siente ahora respecto a lo que hizo?

–Me siento bien. Puedo hablarle de ello, si lo desea.

Su indiferencia resultaba sobrecogedora. Santini no estaba seguro de que pudiera soportar escuchar su relato. Podía comprender un poco de violencia, como por ejemplo que un hombre pegara a su mujer de vez en cuando (de hecho, consideraba que no se podía culpar a nadie por eso), pero era incapaz de comprender lo que había hecho aquel animal.

–Sí, me gustaría hablar de ello –respondió Ganz–. Quiero que me cuente todo lo que hizo y lo que sintió. ¿Podría hacerlo?

Había hablado utilizando un tono profesionalmente neutral, pero Santini creyó captar una pizca de ansiedad. Se arriesgó a echar un vistazo por la ventanita de la puerta y al instante supo qué aspecto tenía Ganz. Con aquellos ojos centelleantes, aquellos codos en los que se apoyaban sus delgados brazos y aquellas manos largas que enmarcaban su rostro severo e intemporal, parecía una mantis religiosa.

–Bueno, ¿por dónde quiere que empiece? –preguntó Bannon–. Simplemente vi a esa mujer por la calle y la seguí.

–¿Por qué la siguió?

—Porque era muy guapa, supongo. Al final resultó que estaba yendo a su casa, de modo que descubrí que vivía en un edificio de apartamentos. Suponía que no podría hacerle nada allí, por si alguien lo oía.

—¿Qué pretendía hacer? ¿En aquel entonces estaba pensando en violarla?

—En absoluto. —Bannon parecía ofendido—. Ya se lo he dicho; mi matrimonio iba bastante bien. Nunca pensé serle infiel a mi esposa, jamás. Lo único que sabía era que tenía que llevarme a esa mujer a un lugar en donde nadie pudiera interrumpirnos. Cuanto más la seguía, más seguro estaba de que tenía que hacerlo.

—La estuvo siguiendo durante varias semanas. ¿Cree que su esposa advirtió algo extraño en su comportamiento?

—En el juicio dijo que no. Yo siempre le decía que estaba trabajando y no tenía ninguna razón para no creerme.

—De modo que, finalmente, logró acercarse a la mujer a la que estaba siguiendo. Hábleme de eso.

—Bueno, para entonces ya sabía que trabajaba en una fábrica, y decidí entrar allí una mañana. Había cientos de personas entrando a la vez, así que nadie se fijó en mí. Nadie me hizo ninguna pregunta ni nada, ni siquiera cuando la seguí hasta la sección en la que trabajaba. Me estaba preguntando si podría estar con ella a solas cuando encontré un par de monos que alguien debía de haber utilizado para limpiar; entonces me escondí detrás de una máquina para ponérmelos, y en cuanto me embadurné de aceite la cara ni mi propia esposa habría podido reconocerme. No me gustó ensuciarme ni hacerme pasar por un nuevo empleado, pero sabía que tenía que hacerlo. Me dirigí directamente hacia ella y le hice entender que necesitaba que me abriera la puerta del almacén que había justo enfrente. Supongo que está al corriente de que ella era la supervisora. Bien, como debido al ruido no podía hacerme demasiadas preguntas, me abrió la puerta y yo entré tras ella.

Ganz se inclinó hacia delante.

—Y entonces, usted...

—Bueno, primero le quité las llaves y cerré la puerta. Eso solo me llevó unos instantes. Después la tiré al suelo y me senté sobre su pecho, dejándole el brazo derecho libre y el otro sujeto bajo mis rodillas. Supongo que ya sabe qué hice a continuación: le arranqué los dedos de la mano derecha con unas tenazas.

—Eso debió de llevarle cierto tiempo —comentó Ganz, como si intentara darle conversación. Santini tuvo que morderse los nudillos para controlarse—. ¿No le preocupaban sus gritos?

—No, la verdad es que no. Debido al ruido del exterior, sabía que nadie podría oírlos.

—¿Qué sintió usted?

—Creo que nada..., excepto, quizá, que estaba soñando. Recuerdo que todo parecía estar ocurriendo muy lejos. Espere; sí que sentí algo: una especie de decepción porque no hubiera más, por decirlo de algún modo.

—¿Y por qué creía que le estaba haciendo eso?

—No lo pensé demasiado. Solo tenía la impresión de que era algo que debía hacer.

—En cuanto terminó, la abandonó.

—Correcto. La dejé encerrada en el almacén y salí inmediatamente de la fábrica. Supongo que sus compañeros pensaron que se hallaba en algún otro lugar del edificio, pues tardaron bastante en encontrarla. En cuanto estuve seguro de que nadie podía verme, me deshice del mono y me lavé en un aseo público. Después fui a trabajar. Sabía que nadie iba a preguntarme por qué había llegado un poco tarde. El único problema fue que tuve que comprarme un traje para sustituir el que había ensuciado, pero en cuanto me deshice de él en la incineradora, todo fue bien.

—¿Cómo se sintió cuando descubrió que su víctima no había muerto?

—Bueno... la verdad es que deseaba que estuviera viva. Temía que hubiera muerto por la pérdida de sangre. Durante un tiempo me sentí bastante mal cada vez que pensaba en ello. Si hubiese muerto, no sé qué habría hecho. Cuando leí que los doctores la habían salvado, empecé a reír de alegría.

—Después hay un intervalo de unos meses. ¿Temió en algún momento que la policía lo encontrara?

—A decir verdad, nunca pensé en eso. Siempre sentí que lo que había ocurrido era responsabilidad de otra persona.

—¿Pero usted la estaba esperando, verdad?

—Oh, por supuesto. Sabía que no podría acercarme a ella mientras estuviera en el hospital. No me molestaba esperar; simplemente no pensaba en ello. De todas formas, sabía que tenía que terminar lo que había empezado.

—Hábleme de ello.

«Hijo de puta», murmuró Santini, apretando los dientes con tanta fuerza que le dolieron. «Hijo de puta sádico.» No sabía a cuál de aquellos dos hombres iban dirigidas aquellas palabras.

—Bueno, seguí vigilando su apartamento —explicó Bannon—, así que supe que había regresado a casa. Su madre se había trasladado allí para cuidarla. Una mañana, cuando suponía que la mayoría de sus vecinos estaban fuera del edificio, subí a su piso... y, como no estaba seguro de lo que tendría que hacer, decidí llevarme una caja de herramientas.

—Su madre abrió la puerta.

—En efecto, y me dejó entrar cuando le dije que me enviaba el conserje para que cambiara la instalación eléctrica. Supongo que después decidió que debería haberlo llamado antes de dejarme entrar, porque se dirigió hacia el teléfono..., pero la dejé sin sentido antes de que pudiera hacer nada. Después fui a por su hija.

—¿Qué sintió cuando la vio?

—Una especie de decepción. Ya no era tan guapa; debía de tener unos treinta años, pero parecía mayor que su madre. Tenía algo en la mano derecha, supongo que una especie de guante quirúrgico. Recuerdo que me sentí incómodo, como si estuviera delante de un monstruo. Supongo que me sentía molesto con ella por tener ese aspecto. Estaba sentada en la cama, escuchando una pieza de Basie que sonaba en la radio. Cuando entré, pareció despertar de un sueño ligero. Primero vio la caja de herramientas y después me miró a la cara; al instante supe que me había reconocido.

—¿Y entonces qué hizo?

—Bueno, primero tenía que impedir que gritara, por si alguien la oía —respondió Bannon.

Ese fue el momento en que Santini bloqueó sus oídos. Tenía suficiente información sobre lo que había ocurrido para saber que no soportaría escuchar ni una palabra más. Podía imaginar a la víctima de Bannon, que por fin creía estar a salvo en casa, levantando la mirada y viendo a aquel hombre en su dormitorio. Tragó saliva, sintiendo el rancio sabor de las albóndigas, y observó a Ganz, cuyos ojos brillaban con más intensidad que antes. En teoría era psiquiatra, pero Santini pensaba que también él debería estar encerrado.

Unos cinco minutos más tarde vio que Ganz se relajaba y supo que ya podía atreverse a escuchar de nuevo.

—Cuando su madre vio lo que estaba haciendo, corrió hacia el vestíbulo —estaba diciendo Bannon—. La oí gritando y llamando a todas las puertas, a pesar de que había subido al máximo el volumen de la radio.

—Pero usted seguía allí cuando llegó la policía.

—Bueno, la mujer no había muerto. Quería terminar mi trabajo mientras pudiera hacerlo.

—¿Cómo se sintió cuando lo arrestaron?

—Supongo que frustrado. Sentía que aún no había terminado... y me di cuenta de que si me encerraban no podría hacer nada para terminarlo.

—¿Así es como se siente ahora?

—A decir verdad, solo siento una especie de agotamiento en lo más profundo de mi ser. Soy consciente de que le hice todas esas cosas a aquella mujer y entiendo que me hayan castigado por ello. La verdad es que creo que ni siquiera me importa. Lo único que sucede es que cuando intento pensar en lo que hice, no sé por qué lo hice...

Las largas manos de Ganz se extendieron hacia él.

—¿Qué? ¿Qué es lo que intenta decir?

—Bueno... De algún modo, tengo la impresión de que lo hice para alguien.

Santini se sentía inquieto y furioso. Aunque era la primera vez que oía esa parte, consideraba que eran las pamplinas psiquiátricas habituales. Sin embargo, Ganz estaba asintiendo.

–Sí. Sí, ya veo. Bueno, ha sido muy paciente respondiendo a mis cuestiones. ¿Hay alguna pregunta que quiera hacerme?

–Por supuesto –respondió Bannon al instante–. Me gustaría que me dijera por qué le hice todas esas cosas a aquella mujer.

En el rostro de Ganz se dibujó algo parecido a una sonrisa.

–No es el primero que me hace esa pregunta. ¿Entiende lo que intento decirle? Usted no está solo. Si le sirve de consuelo, hay otros que se sienten impulsados por las mismas fuerzas que usted.

Santini vio que la mano de Bannon golpeaba la mesa. Parecía una garra preparada para atacar. Puede que golpeará al psiquiatra y, a decir verdad, sería justo. Por primera vez, la voz de Bannon estaba cargada de rabia.

–¿Y podría decirme qué fuerzas son esas?

–Sí, creo que sí –respondió Ganz, en el mismo instante en que Santini oyó que se abría la puerta del fondo del pasillo. Al girarse, vio entrar a su compañero, a dos policías uniformados y al alcaide.

–Está allí –dijo el guardia–. Donde está Santini.

Santini intentó oír las palabras de Ganz, pero los cuatro hombres que se acercaban se lo impidieron.

–¡Menuda sangre fría! Ese hombre tiene tanto de psiquiatra como yo. Ha recorrido todas las cárceles, desde aquí hasta Alcatraz, utilizando esa historia. Si no hubiera sido por todos los problemas que ha habido con el gobernador, nunca habría logrado entrar aquí. –Cuando llegaron a la sala de interrogatorios, bajó la voz y le susurró rápidamente a Santini–: Puedes decir que decidiste esperar aquí porque sospechabas algo. Eso te dejará en buen lugar.

Todo sucedió con tanta rapidez que Santini fue incapaz de reaccionar. Tras observar desconcertado cómo abrían la puerta de la sala de interrogatorios, entró tardíamente en la habitación por si había algún problema. Al instante supo que no habría ninguno por parte de Bannon, pues este parecía aturdido por lo que fuera que Ganz le había dicho. De hecho, su expresión sugería que preferiría no haber oído aquellas palabras.

Cuando los policías lo rodearon, el hombre alto se levantó.

–Kaspar Ganz –dijo uno de ellos–, también conocido como Jasper Gance...

La mirada de desprecio de aquel hombre era tan intensa que el policía titubeó.

–Arréstenme si consideran que tienen que hacerlo –respondió Ganz con indiferencia–. Eso no cambiará nada. No pueden detener lo que está ocurriendo. No tienen ni idea de qué es y serían incapaces de comprenderlo. –Sus ojos brillaban con tanta intensidad que a Santini se le revolvió el estómago–. De hecho, no sabrán qué es lo que está ocurriendo hasta que sea demasiado tarde.



## 1

1979

A las cinco menos diez empezó a rascar el borde de su vaso con tanta fuerza que ella temió que se rompiera.

–Es demasiado tarde –dijo él–. Han cambiado de opinión.

–Seguro que no. Aún es pronto; créeme. Les gusta tomarse su tiempo.

–La verdad es que no puedo culparlos de que se hayan echado atrás.

Volvió a sentarse, pero no durante demasiado tiempo. Llevaba toda la tarde deambulando entre las sillas y el sofá, como si estuviera atrapado en un solitario juego de sillas musicales.

–Anoche intenté leer los libros, pero fui incapaz de hacerlo. Me resultaban vergonzosos y tediosos.

–Paul, son lo mejor que has hecho en tu vida. Si no estuviéramos seguros de que van a convertirse en superventas, no estaríamos aquí esperando a que llamaran.

–No lo sé, Barbara. Yo no estoy tan seguro. También te gustaron mis otros libros, pero mira lo que ocurrió con ellos. El otro día vi vender de saldo el último que escribí; solo costaba unos peniques, pero nadie lo quería.

–No deberías tener en cuenta los libros anteriores. Recuerda que Mario Puzo publicó dos desastres comerciales antes de escribir *El Padrino*.

–Quizá, pero él es Mario Puzo. ¿Quién diablos soy yo?

–Eres Paul Gregory, y te aseguro que *Un torrente de vidas* pronto será un superventas.

«Nosotros sabemos que lo es», le dijo a la fotografía de Arthur que descansaba delante de ella, sobre el escritorio. El desasosiego de Paul la estaba poniendo nerviosa; cada vez le costaba más ignorar el calor estancado de julio, el ruido del tráfico que esquivaba Piccadilly y Bond Street solo para pelearse bajo su ventana, el canturreo de los manifestantes judíos ante las oficinas de las Líneas Aéreas Soviéticas. Cada vez que Paul se acercaba a la ventana abierta, su silueta se alzaba amenazadora hacia el elevado techo blanco.

Paul cogió un libro de la estantería y advirtió que las páginas estaban en blanco. Las miró como si fueran una novela que estaba obligado a escribir.

–Fui incapaz de leer las escenas de la guerra civil de *Torrente de vidas* –dijo–. Son eternas. Y no cobran vida en ningún momento.

–Escúchame, Paul. Siéntate un momento y escúchame. Envié el primer volumen a Pan, a Futura y a Penguin, y todos ellos llamaron al día siguiente para echar un vistazo a los otros dos volúmenes. Creo que eso demuestra lo entusiasmados que están.

–Bueno, no creo que el primero estuviera demasiado mal, pero los otros discurren de forma tediosa, como dinosaurios que no acaban de morir. Hay ciertas partes del texto que me gustan, pero soy incapaz de escribir el tipo de cosas que la gente quiere leer. ¿Y si he echado a perder dos años de mi vida? –Empezó a hojear las revistas que descansaban bajo el cristal de la mesita, el *Publishers Weekly* y el *Bookseller*, intentando distraerse–. Mi vida, la de Sybil y la de los niños –añadió, con tristeza.

Barbara se sentía exasperada, aunque ella misma había compartido las dudas de Paul hasta que había podido echar un vistazo a los libros. Aquel hombre lo había arriesgado todo en ellos: había renunciado a su trabajo en una empresa de publicidad, solo para descubrir que tardaría mucho más de un año en escribirlos. Para entonces, las facturas y los créditos bancarios asediaban a su familia. Cuando los llevó a su oficina, tras haberlos mecanografiado, parecía avergonzado de ellos, pero resultaron ser una revelación, una estructura sorprendentemente compleja en la que se entrelazaban las fortunas de diversas familias y que finalizaba como una especie de escenario de ciencia ficción ambientado cien años después. Quizá Paul no era consciente de lo buena que era aquella novela porque no cumplía con sus expectativas.

Cuando sonó el teléfono, Paul levantó la mirada con demasiada rapidez, pero al instante intentó fingir que no estaba nervioso.

–Agencia Literaria Barbara Waugh –dijo Barbara, esbozándole una sonrisa.

Sus instintos le decían que no debía esperar demasiado. Resultó ser uno de sus autores, que la llamaba para informarla de que había terminado su nueva novela. Sin duda alguna, estaba sufriendo la habitual depresión posparto de los novelistas. Cuando le dijo que estaba celebrando una subasta, el autor colgó.

–¡Jesús! ¿Quién en su sano juicio puede ganarse así la vida por elección propia? –Paul estaba frotándose la coronilla como si intentara calentar sus pensamientos–. Escribir debe de ser una forma de locura.

Bebió de un trago su *güisqui escocés* y se sirvió otra copa. Había encontrado el suplemento dominical de la semana anterior entre las revistas y estaba intentando leer un artículo que hablaba sobre Barbara.

–¿Si hubieran cambiado de opinión, llamarían para decírtelo? –preguntó, en un murmullo.

–Es imposible que hayan cambiado de idea. No es así como se hacen las cosas.

Por supuesto que siempre había una primera vez, pero se dijo a sí misma que eso no ocurriría con *Un torrente de vidas*. Paul echó un vistazo al reloj, intentando que ella no se diera cuenta. Barbara sabía que eran las cinco y veinte; todavía era temprano. Arthur aún le sonreía, pero siendo una fotografía era imposible que su expresión cambiara. «Todo irá bien», decía aquella sonrisa. De repente, el teléfono volvió a sonar.

–Agencia Literaria Barbara Waugh –dijo ella, con la misma serenidad que un contestador automático.

Cuando se inclinó hacia delante para coger el bolígrafo, Paul se incorporó, estrujando la revista. Barbara escuchó, asintió y dijo «gracias» utilizando un tono neutral, a la vez que garabateaba algo en su cuaderno. Instantes después, arrancó la página y la empujó sobre el escritorio, mientras empezaba a llamar a los demás postores. Paul echó un vistazo al papel intentando reprimir una sonrisa, por si había leído mal lo que ponía.

–Nos han ofrecido una cantidad inicial de treinta mil libras –dijo Barbara por segunda vez, asintiéndole con la cabeza.

–¡Dios mío! Eso está bastante bien, ¿verdad? –Paul parecía no saber dónde mirar.

–Pero podemos hacerlo mucho mejor. –Ahora parecía confiada–. Solo tenemos que esperar.

Esperaron. Seguramente, el tiempo nunca había pasado tan despacio para Paul, que siguió leyendo el artículo. Cuando llegó al párrafo que hablaba sobre Angela, Barbara advirtió que su expresión cambiaba. Deseaba que no hubiera averiguado esa parte de su vida..., pero entonces recibió otra oferta y pudo perderse en su trabajo y olvidar por unos instantes a su hija, si es que eso era realmente posible.

–Casi hemos llegado a las cuarenta mil –anunció.

Debajo de su ventana, cientos de trabajadores avanzaban hacia el metro; sus pasos y sus voces se unían en una confusión de sonido. El tráfico empezó a ser intermitente antes de que recibiera una tercera oferta. Mientras esperaba, Barbara leyó el *Publishers Weekly*, redactó algunas cartas y examinó su agenda: comida en el Cape al día siguiente, almuerzo con un escritor el viernes, la cena de cumpleaños de Ted el domingo. El último rayo de sol se arrastró por el techo, dejando atrás todo su calor. Paul se estaba secando la frente. Las subastas eran más lentas que la más lenta de las partidas de póquer.

En Mayfair apenas quedaban algunos turistas cuando la subasta llegó a su fin y Barbara llamó al primer postor.

–Tengo una oferta final de cien mil libras.

Estaba tan segura de que aquel hombre pondría en práctica sus derechos que ya había garabateado la cifra: la cantidad de la oferta final más el diez por ciento. Cuando lo hizo, arrancó la página y se la tendió a Paul.

–Esto es tuyo –anunció.

Estaba paralizado, quizá por la sorpresa o por el *güisqui escocés*.

–Gracias, Barbara. Es maravilloso –dijo, besándola con torpeza. Entonces añadió, lleno de ansiedad–: Tengo que llamar a Sybil.

¿Su esposa había pasado la tarde entera esperando junto al teléfono? Seguramente, puesto que respondió al instante.

–Todavía no me lo creo –dijo Paul, tras anunciarle el resultado de la subasta–. Todo esto me parece irreal...

Entonces Barbara descubrió la razón de su ansiedad.

–Espero no haber arruinado la cena –añadió–. No sabía que esto llevaría tanto tiempo.

Barbara lo observó mientras se alejaba corriendo hacia Piccadilly. Ya había recorrido la mitad del camino cuando advirtió que aún sujetaba el papel en sus manos. En cuanto lo guardó en el bolsillo, Barbara cerró la ventana sonriendo para sus adentros. ¿Cuántos lectores eran conscientes de que la mitad de los superventas habían sido escritos por personas como él, por hombres y mujeres normales y corrientes que sabían cómo contar una historia, aunque probablemente eran más miedosos e inseguros que la media? No le sorprendía que necesitaran agentes que velaran por ellos.

Se dirigió hacia la oficina exterior, que estaba vacía. Louise estaría de vuelta al día siguiente, tras haber sobrevivido a la fiebre del heno. Barbara se demoró unos instantes en el porche de entrada, cuyos pilares de piedra aún conservaban el calor del sol. Al parecer, en Dover Street todo el mundo excepto ella había regresado ya a su casa: los comerciantes de arte de Christie's, los joyeros de Longman & Strongi'th'arm, el personal de la Oxford University Press, cuyas ventanas estaban dispuestas en costosos marcos moteados que parecían cubiertos de percebes. Barbara accedió a Green Park tras dejar atrás Piccadilly.

Ahora que la subasta había terminado se sentía vacía, deprimida..., quizá porque tenía la impresión de que todo aquello no era más que un juego con el que los buenos jugadores podían conseguir un éxito enorme, mientras que los malos podían sufrir una humillante derrota... O quizá porque, como agente literaria, además de negociar en nombre de sus autores tenía que hacerles de madre, comprender sus problemas domésticos si no podía hacer nada por solucionarlos, fomentar su confianza, calmar sus nervios, hacer de comadrona con sus libros de vez en cuando... Y esto era solo lo que exigían los autores menos complicados. Sin embargo, era la profesión más gratificante que conocía.

Paseó bajo los árboles del parque. El cielo blanquecino aprisionaba el calor, pero aquel tapiz de hojas proporcionaba cierto frescor. Sobre el césped descansaban tumbonas rayadas, como el mandil de un carnicero, y diversas palomas plateadas picoteaban entre la hierba. Pronto volvió a sentirse en forma y se dio cuenta de que estaba hambrienta. Deteniéndose tan solo para guiar a una pareja de turistas por el parque hasta Buckingham Palace, regresó a su oficina en busca de un manuscrito que leer.

Cuando llegó al porche empezó a sonar el teléfono. Era tarde para que se tratara de una llamada de trabajo. Quizá era Paul, que quería disculparse por no haberla invitado a una comida de celebración. No le cabía duda de que era el teléfono de su despacho. Tuvo que aminorar el paso en las escaleras porque, de repente, parecía que el calor se había concentrado en ellas: tenía el cuerpo salpicado de abrasadoras gotas de sudor y se le nublaba la vista... pero solo a ella se le ocurría correr en un día como aquel.

Abrió la puerta y cogió el teléfono de Louise.

–Agencia Literaria Barbara Waugh –dijo, jadeante.

¿Aquello era una respiración o el silbido de la electricidad estática? Oyó a alguien marcando un número en otra línea, el sonido vibrante de la electricidad, el zumbido microscópico de un teléfono, el murmullo de una voz charlando en árabe a gran distancia..., pero, por lo demás, todo estaba en silencio. Cuando estaba a punto de colgar, oyó que una voz decía:

–Mamá.

Alguien se había equivocado al marcar.

–Agencia Literaria Barbara Waugh –dijo con impaciencia, por enésima vez aquel día.

En esta ocasión, la voz de la muchacha no tardó en hacerse oír de nuevo.

–Mamá –repitió, suplicante.

Debía de ser la hija de Louise, aunque era muy extraño que confundiera a Barbara con su madre o que pensara que Louise estaba en la oficina. Barbara habló con más aspereza de lo que pretendía, pues deseaba librarse del nudo de aprehensión que tenía en el estómago.

–Está hablando con Barbara Waugh.

Tuvo que sujetarse al respaldo de la silla de Louise y tomar asiento, pues la muchacha respondió:

–Sí, mamá. Lo sé.

–No, no puede ser –dijo Barbara, pero no estaba tan segura como intentaba fingir, y esa era la razón por la que todo (su despacho, el teléfono que tenía en la mano e incluso su mano) empezó a alejarse de ella a la vez que la envolvía una abrasadora oscuridad.

## 2

1966

Despertó convencida de que Angela estaba en peligro; quizá lo había soñado. Intentó con todas sus fuerzas despertar por completo, porque Arthur por fin había regresado a casa y no quería perderse el momento en que viera a su hijita, con su beatífica carita dormida y sus regordetes puños minúsculos sobre la cabeza, como si la pequeña estuviera jugando a policías y ladrones en sueños.

Barbara permaneció acostada más de un minuto antes de ser consciente de lo que estaba pensando; entonces estuvo a punto de derrumbarse de dolor. Pero no podía hacerlo, por Angela. Se levantó rápidamente para despertar lo antes posible. Angela se estaba removiendo en su cunita, situada al pie de la cama.

En cuanto vio a su madre, la pequeña la saludó con chillidos y gorjeos de alegría, se tumbó boca abajo y empezó a gatear por la cuna, gritando para que la sacaran de su prisión. La abrazó durante un buen momento, intentando tranquilizarse. Después le cambió el pañal, algo que era una verdadera proeza porque, ahora que podía, Angela no hacía más que girar una y otra vez. Barbara apenas recordaba a la diminuta criatura indefensa y pegajosa que había salido de sus entrañas.

Había dormido más de lo que habría querido: el arco de luz que escapaba del estudio de Arthur ya iluminaba la mitad del descansillo. En los últimos tiempos, durante sus infrecuentes visitas, Arthur se había encerrado con diversos fajos de papeles en aquella habitación, intentando fingir que no tenía problemas, pero eso solo significaba que incluso cuando estaba en casa se había mostrado tan distante que en ocasiones ni siquiera parecía estar allí. Quizá había aceptado tener un hijo tan pronto con la esperanza de acercarse más a ella... o quizá solo había querido asegurarse de que no estuviera sola. ¿Hasta qué punto lo había anticipado? Las lágrimas le estaban nublando los ojos, pero no podía permitirlo, no mientras llevaba en brazos a Angela al piso inferior. La sentó en el cochecito y salió con ella a la tarde de agosto.

Bajo el cielo de Wedgwood, los árboles daban un aspecto musgoso a las colinas de Kentish. Paseó por Palace Field, dirigiéndose hacia las ruinas de la caseta del guarda y la torre del palacio del arzobispo, entre las que se acurrucaba una hilera de casitas. Los inquilinos estaban sentados en sus jardines, leyendo o cosiendo. Angela rió al ver la centelleante corriente que discurría por el campo. Para ella todo era nuevo, pero Barbara había dado aquel paseo tantas veces que le resultaba tan tedioso como un anuncio de televisión.

En las proximidades de Otford, los árboles superaban en número a las casas. Los patos que descansaban junto al estanque de la rotonda parecían piedras ovales, pues escondían la cabeza como las tortugas. El hostel era un bloque de luz blanca y la comisaría de policía, un edificio de dos plantas de ladrillo rojo idéntico a cualquier casa de las afueras, parecía arder en llamas. El resplandor le obligó a sujetar con más firmeza el cochecito. Cada vez que cruzaba una calle, temía que las asas se le resbalaran de las manos.

En el pueblo, una hoja de afeitar gigantesca colgaba sobre la puerta de la barbería y rifles del color de las nubes de tormenta brillaban amenazadores en el escaparate de la armería. Diversas personas se acercaron para admirar a Angela.

—Cómo se parece a usted —decían.

Dejó el cochecito delante de la verdulería, pero no apartó los ojos de él en ningún momento. Cada vez que alguien se acercaba a Angela mientras estaba dentro de una tienda, su cuerpo se tensaba, preparándose para correr hacia la pequeña.

Alguien acababa de acercarse al cochecito. Era Jan, que llevaba una camiseta tan deformada que incluso a Barbara le habría quedado ancha.

—Ba ba ba —gorjeó el bebé, aplaudiendo con torpeza y riendo. Jan y sus hijos permanecieron junto a ella hasta que Barbara salió de la tienda.

—La niña del anís estrellado hoy está muy alegre —comentó Jan.

—Activa y exigente. Sin embargo, prefiero tenerla a ella que a un bebé de esos que parecen una bolita.

—Cualquiera con un poco de sentido común querría lo mismo. No te adelantes, Jason. Sé un buen niño y ayúdame a llevar el cochecito.

Por un instante, Barbara fue dolorosamente consciente de la presencia del pequeño, de tres años de edad: tras saber que Barbara estaba embarazada, Arthur había jugado y saltado con él, lo había levantado en el aire y había reído cada vez que había conseguido hacerle reír. Durante ese momento, pudo oír la voz de Arthur con más claridad que la de Jason.

—¡Palos! —dijo el niño con impaciencia—. ¡Paros!

—Muy bien, Jason —dijo Jan, mientras echaba un vistazo a los titulares de la prensa del quiosco—. Patos.

Los animales se estaban enderezando bajo los sauces del estanque, sacudiéndose como trapos.

—Los Asesinos del Páramo han sido encarcelados —añadió furiosa, dirigiéndose a Barbara—. Ahora, todos nosotros tendremos que pagar su manutención. Me gustaría que alguien se atreviera a hacerle algo a un niño delante de mí.

Barbara, que había alcanzado a ver un titular sobre Arabia Saudí, se volvió hacia su amiga con los ojos desenfocados. Jan la cogió del brazo con su mano varonil.

—No te preocupes. Estoy segura de que aquí estamos a salvo.

—Antes de tener a Angela, consideraba que este tipo de cosas no eran más que noticias. —A pesar de sus palabras, no era ese el motivo de su repentino pesar. De todos modos, no le apetecía que Jan la abrumara con sus emociones imprecisas, por buenas que fueran sus intenciones—. Cosas como la de aquel estudiante de Texas que el otro día disparó a doce personas sin ningún motivo.

—En ocasiones, tengo la impresión de que el mundo se está volviendo loco. ¿Y qué me dices de todas esas personas que se drogan? ¿Qué diablos creerán que están buscando?

—Puede que no lo sepan hasta que lo encuentren, si es que lo hacen.

Recorrieron el campo empujando los cochecitos; Angela y el pequeño Nigel iban cogidos de la mano.

—Por cierto —dijo Barbara—. Me gustaría hacerte una pregunta.

—La experta le aconseja en todos sus problemas sobre el cuidado de los niños. Límitate a mirar la corriente, Jason. No quiero que te mojes.

—No tiene nada que ver con lo que podrías llamar «problema». Me preguntaba si los niños de la edad de Angela pueden tener amigos imaginarios.

—En mi opinión, a los ocho meses aún es demasiado pronto. ¿Por qué lo preguntas?

—Solo porque a veces gorjea como si estuviera saludando a alguien cuando yo no estoy en la habitación.

—Jason solía hablar con la luz del sol. Supongo que se tratará de algo similar.

Al llegar a casa se despidieron y Barbara oyó que Jason subía a todo correr las escaleras que había al otro lado de la pared. Jugó un rato con Angela, que estaba descubriendo que su espejo de plástico tenía dos caras y gritaba cada vez que veía el lado vacío, y chillaba con más fuerza cuando veía su reflejo en el otro.

Después de bañarla, cuando la tumbó sobre la toalla, la pequeña empezó a mover su cuerpecito rosado. Al besar su marca de nacimiento, una hoja de trébol de color púrpura que tenía en el hombro izquierdo, Barbara sintió que le subía la leche; era una emanación de amor espontánea que se hacía tangible. La pequeña se quedó dormida en sus brazos, mamando; la leche se deslizaba por las comisuras de su boca.

Mientras acostaba a Angela en su cunita, oyó que Keith, el marido de Jan, regresaba a casa. Jason bajó las escaleras como una exhalación, gritando «Papi, papi». Se entristeció al pensar que Angela nunca podría hacer eso.

Recogió los juguetes de la pequeña y los guardó en el hueco de la escalera. Más allá de Palace Field el cielo había adquirido un tono blanquecino; sobre las colinas descansaban nubes que parecían lazos de pasta. La noche que le había dicho a Arthur que estaba embarazada reinaba una tranquilidad similar, ¿o acaso la había tranquilizado él, abrazándola de modo protector y diciéndole que se ocuparía de todo? Había logrado ocultarle su ansiedad y su preocupación, a pesar de que sus problemas ya debían de ser bastante graves..., tanto que lo mantuvieron alejado de su hogar durante el

resto del embarazo, tanto que casi olvidó telefonarla por Navidad. Siempre había creído que regresaría para el parto, de modo que cuando sonó el teléfono un triste día entre Navidad y Año Nuevo, pensó que sería él para decirle que venía. ¿Quién más iba a llamarla desde Arabia Saudí? Sin embargo, por lejana e incomprensible que sonara aquella voz, supo desde un principio que no era la de Arthur. Volvieron a llamar casi al instante, obligándola a salir corriendo del cuarto de baño, pues había un nuevo movimiento en su estómago, violento y enervante. «Sí», dijo aquella voz. Acababa de llamarla, pero había colgado porque tenía la impresión de que no podía oírle. ¿Le oía bien ahora? Sí. Llamaba por su marido. Arthur Waugh, sí, era correcto. Sí, estaba muerto.

Aquella conversación le había parecido completamente irreal, porque ya estaba de parto. Su cuerpo no le había dejado tiempo para pensar ni para sentir. Arthur estaba más lejos que nunca, eso era todo, y ella estaba tan poco preparada para asumir su muerte que ni siquiera se lo comentó a Jan cuando la llevó en coche al hospital. La verdad había empezado a impregnar su ser en la sala de partos, cuando después de horas de esfuerzo había quedado suspendida en un limbo de futilidad donde nadie podía consolarla ni ayudarla. Odiaba a los estudiantes de enfermería, con sus máscaras que parecían velos, y a los doctores árabes que no habían podido salvar a Arthur. ¿La conmoción que había sufrido al conocer la noticia podría matar también a su bebé? De repente, sus músculos pélvicos habían empezado a moverse sin que ella pudiera hacer nada por impedirlo. A pesar de que parecía una compensación demasiado simplista, Angela estaba llegando al mundo para salvarla de la desesperación.

Oía respirar a la pequeña por el intercomunicador, con la misma fuerza que un astronauta en una película de Kubrick. Después de cenar, Barbara estuvo trabajando en el salón. No podía hacerlo en el despacho de Arthur porque le resultaba opresivo, porque estaba repleto de preocupaciones. Estaba a punto de terminar la preparación tipográfica de la última novela del *Espía invisible*. ¡Y pensar que antaño creía que tendría tiempo para escribir su propio libro! No estaba obligada a trabajar (Arthur les había dejado más que suficiente para que vivieran sin preocupaciones hasta que Barbara pudiera volver a dedicarse a su trabajo a tiempo completo), pero quería hacerlo, porque eso la ayudaba a creer que no estaba estancada, que la maternidad no la había engullido. ¿O acaso agradecía trabajar porque le dejaba menos tiempo para sucumbir al pesar? En ocasiones deseaba poder sucumbir por completo y durante todo el tiempo que fuera necesario, pues desde que la informaron de la muerte de Arthur, nunca había tenido la oportunidad de hacerlo. Ahora, la pérdida en sí parecía muy lejana.

—No seguirás follándote mujeres mucho tiempo —espetó Hilde Braun, blandiendo un escalpelo. Ese tipo de expresiones debía evitarse, de modo que Barbara le hizo decir: «Pronto, no tendrás mucho que ofrecer a las mujeres». Con una producción de diez libros al año, no le extrañaba que el autor no puliera su trabajo..., pero alguien tenía que hacerlo.

Había terminado un capítulo cuando Angela empezó a barbotar y a moverse; los sonidos amplificadas inundaron la habitación. Esperaba que la pequeña no tuviera otra noche agitada, puesto que quería entregar el libro a finales de semana. Entonces oyó el murmullo de la voz confusa de un hombre. Debía de ser una de las muchas emisiones que captaba el intercomunicador. Recordaba que la primera vez que hubo un cruce había estado a punto de sufrir un ataque de pánico.

Subió lentamente las escaleras. Los tres primeros peldaños crujían, pero no podía alcanzar el cuarto desde el rellano. La casa vacía magnificaba los ruidos. Al llegar al dormitorio descubrió que Angela estaba dormida, envuelta por la penumbra, entre una confusión de mantas. Le puso el chupete sin despertarla.

Avanzó de puntillas hacia el pasillo, y en cuanto cerró la puerta volvió a oír aquella voz confusa. Estaba dentro del dormitorio, con Angela. Empezó a dar media vuelta, diciéndose a sí misma que el micrófono que había junto a la cuna estaba recibiendo aquella emisión, cuando se dio cuenta de que un micrófono no podía hacer nada similar. Había alguien al otro lado de la puerta, hablando a Angela entre murmullos.

Abrió la puerta con tanta rapidez que podría haber despertado a la pequeña. La habitación estaba vacía y silenciosa, excepto por la respiración sosegada de Angela. Barbara entró sigilosamente para asegurarse de que allí no había nadie, pues la oscuridad se arrastraba sobre todas las cosas, cambiando sus familiares formas. Aunque ya había comprobado dos veces la habitación, seguía sintiéndose

intranquila. Quizá oía cosas porque Angela le hacía pasar muchas noches en vela. Cuando se obligó a sí misma a regresar al trabajo, dejó abierta la puerta del dormitorio. Cada vez que la electricidad estática pasaba por el intercomunicador, le parecía oír un susurro.



## 3

1968

–No os alejéis demasiado –dijo Jan–. Quedaos donde yo os vea.

Barbara y ella estaban sentadas en el jardín de Jan, rodeadas de juguetes que se habían escapado del interior de la casa. Jason guiaba a Angela y a su hermanito por el campo, para demostrar lo mayor que era. Era un día cálido y muy claro, bajo el pálido y sereno cielo de abril. Los árboles brillantes y desnudos estaban punteados de colores nuevos, las colinas y el campo eran más verdes que el día anterior y las primeras abejas revoloteaban sobre las flores.

Angela se detuvo en el camino de cemento y señaló entusiasmada, aunque con torpeza, hacia la carretera. Barbara no pudo oír lo que decía, debido al ruido de los cascos de dos caballos que montaban unos adolescentes por el campo, y Jason se limitó a decirle: «Vamos», pues era demasiado mayor para prestar atención a los balbuceos de un bebé. La pequeña, vestida con su mono azul brillante, se movió con torpeza e impaciencia por el sendero. Barbara la observó, casi incapaz de recordar cómo era de recién nacida.

–Dios mío, cuánto la quiero –le dijo riendo a Jan.

Angela, para desespero de Jason, regresó corriendo junto a ellas y les dijo con impaciencia, señalando hacia la carretera:

–Un hombre vuela.

Se levantaron para mirar, haciendo que el hielo tintineara en sus vasos. Un cortejo fúnebre se dirigía hacia la iglesia. La viuda, que viajaba en la primera limusina de pasajeros, se estaba secando los ojos.

–Hay un hombre encima –dijo Angela.

–¿De verdad, Angela? Qué bien. –Jan se sentó apresuradamente, para que el cortejo fúnebre no viera que estaba mirando. Entonces, dirigiéndose a Barbara, añadió–: Los niños dicen cosas muy raras. No deberías explicarle qué es en realidad.

*Puede que sepa más de este tema que nosotras, pensó Barbara. ¿Nosotras lo sabíamos cuando teníamos su edad? No, creo que no.*

–¿Recuerdas lo que dijo el día que pasamos por delante del crematorio? –preguntó, de forma impulsiva.

–Algo sobre unas personas doradas, ¿verdad? Algo muy extraño.

–»Una procesión de personas doradas», para ser exactos.

–Sí, tiene un buen vocabulario. Supongo que se debe a lo mucho que le lees. La verdad es que lo que dijo fue muy extraño.

El ruido de los cascos sobre el cemento la hizo mirar hacia el campo, donde Jason había olvidado que tenía que cuidar de Nigel y estaba pegándose con él en el suelo.

–Para ya, Jason –gritó, pero él no pareció oírla.

Empezó a correr hacia sus hijos, pero Angela fue más rápida. En cuanto llegó junto a ellos, ambos dejaron de pelear y la escoltaron con bastante solemnidad hacia el riachuelo, donde estaban saltando los caballos.

–Supongo que no quieren dar una mala impresión a su amiguita –comentó Jan.

–¿Crees que solo es eso?

–¿Qué más podría ser? ¿Qué intentas decir?

Era mejor no compartir con ella su secreto.

–Solo que la quiero muchísimo –respondió Barbara.

–No haces más que repetirlo. ¿Intentas convencerme a mí o a ti misma? –Al ver que su expresión cambiaba, que no sabía qué cara poner, Jan añadió–: ¿Qué es lo que sientes en realidad?

–¿Tu siempre quieres a Jason y a Nigel?

–¿Siempre? ¿Estás de broma? Te aseguro que mataría a cualquiera que les pusiera un dedo encima, pero créeme: hay veces que tengo que contenerme para no ahogarlos en el estanque. –Observó los caballos, que corrían por el campo levantando tierra con sus cascos–. Pero supongo que te refieres a otra cosa. Te sientes frustrada, ¿verdad?

–Es que a veces me siento tan enjaulada... Empiezo a tener la impresión de que no he visto nada más que el interior de mi casa durante años. –Barbara agitó los cubitos de hielo en su vaso de tal forma que parecía que iba a tirar unos dados–. Y la verdad es que odio el trabajo que hago, trinchando libros como si fuera cirugía plástica. No me cabe duda de que es necesario, pues en cierto sentido esos libros son terribles, pero no me apetece continuar trabajando en esto. –Lanzó los dados derretidos sobre la hierba, que centellearon antes de desaparecer–. Cuando estaba en Londres, disfrutaba de los libros con los que trabajaba.

El sonido de los hielos despertó a Keith de la siesta que se estaba echando bajo el *Observer*.

–Tengo la impresión de que empiezas a estar resentida con Angela por estar entorpeciendo tu carrera.

–Supongo que es cierto –respondió Barbara, con tristeza.

–Lo extraño sería lo contrario. ¿Por qué no vuelves a trabajar? –le sugirió–. Yo podría cuidar de ella durante el día.

–¡Oh, Jan! ¿Lo dices en serio?

–Estoy segura de que será bueno para Nigel y para ella. De este modo, estarán mejor preparados para empezar el parvulario el año que viene.

Jason estaba de vuelta con los pequeños.

–Angela dice que está cansada –explicó, con seriedad.

–Entraré contigo, Barbara. Vigila a los niños, Keith. –Mientras subían al dormitorio, le preguntó a Angela–: ¿Te gustaría jugar en mi casa mientras tu mamá va a trabajar?

–Sí –respondió la pequeña, esbozando una frágil sonrisa–. ¿Vendrás a casa a verme? –preguntó suplicante a su madre.

–Por supuesto que sí, cariño.

Barbara le dio un fuerte abrazo y la acostó para que durmiera la siesta. Cuando regresaron al piso inferior, miró a Jan con tristeza.

–Ahora me siento culpable por querer abandonarla.

–Eso es mejor que estar resentida con ella, ¿no crees?

–Supongo que sí. –Conectó el intercomunicador y oyó una serie de pitidos: la parte censurada de una llamada policial desvaneciéndose entre las colinas. Angela, que se removía en su cunita, de repente dijo: «Papi».

Jan se volvió rápidamente hacia la ventana, por si Barbara deseaba mantener escondidos sus sentimientos.

–¿Vienes? –preguntó.

–No, creo que me quedaré. Tengo que acabar de despedazar un capítulo.

En cuanto Jan abandonó la casa, Barbara se puso a trabajar. Aquel capítulo no parecía demasiado malo, excepto por los esfuerzos que hacían los personajes por decir algo de la forma más complicada posible: «No», gritó, espetó, chasqueó y bramó uno de ellos, mientras su compañero de conversación boqueaba, respiraba y se quejaba. Alguien intentaba interrumpirlos chachareando, entrechocando los dientes, hablando sin sentido y diciendo tonterías, pero ellos lo ignoraron. Barbara sonrió para sus adentros, en parte por la reacción de Jan.

Estaba siendo injusta. Seguramente, Jan creía que Angela empezaba a darse cuenta de que no tenía padre y llamaba «papi» a un amigo imaginario. No le cabía duda de que la había dejado sola para que pudiera llorar tranquila; sin embargo, a esas alturas Barbara estaba segura de que Angela sabía exactamente qué estaba diciendo y a quién.

Por supuesto que había llorado la primera vez que le había oído pronunciar aquella palabra, a pesar de las muchas veces en las que había tenido la impresión de que no estaban solas en esta casa. Como no había vuelto a oír aquella voz (quizá, no había sido más que una alucinación), le había resultado más sencillo asumir que se trataba de una presencia invisible y, en cuanto se acostumbró a ella, empezó a resultarle tan reconfortante que había llegado a creer que eso sucedía porque así tenía que ser.

Había deseado saber quién era desde mucho antes de que Angela empezara a hablar, pues cada vez que la dejaba sola, la pequeña emitía sus habituales gorjeos de saludo. La primera vez que la oyó

decir «Papi» no se atrevió a creerlo. Quizá, Angela solo estaba repitiendo una palabra que había oído decir a Nigel y Jason.

Un día, dejó el álbum de fotos abierto por una fotografía de Arthur antes de llevar a Angela al piso inferior. La niña nunca había visto ninguna foto de su padre, pues Barbara consideraba que era mejor esperar a que preguntara dónde estaba. Mientras bajaban las escaleras, sintió tentaciones de adelantarse y esconder el álbum. Su corazón se había convertido en un puño que intentaba perforar su pecho y su respiración era áspera como el humo. Al ver la fotografía de aquel hombre que esbozaba una enorme y tímida sonrisa, como si pensara que no merecía ser fotografiado, Angela dijo: «Papi».

Eso fue suficiente. Quizá, al fin y al cabo, Arthur había visto crecer a su hija: Angela con apenas un mes, chillando a sus manitas e intentando convencerlas para que llegaran a su boca; su primera sonrisa que era intencionada, no una mueca espasmódica; la primera vez que había conseguido girar sobre sí misma y había reído de felicidad; sus primeras palabras. Durante el parto, Barbara había visto una imagen del rostro de Arthur desintegrándose como la arena y siendo barrido por el viento, pero ahora sabía que aquello no había sido más que una pesadilla consciente.

En ocasiones se preguntaba si su presencia tendría algo que ver con el aura de paz que irradiaba Angela. Cuando ella estaba cerca, nadie podía estar enfadado durante demasiado rato, como les ocurría a los hijos de Jan. Quizá, la calma que Barbara sentía cuando la miraba era algo más que maternal. No quería analizar en demasiado detalle lo que estaba ocurriendo, pues era demasiado delicado y temía estropearlo. Además, a esas alturas ya empezaba a acostumbrarse.

Terminó el capítulo con rapidez. Él dijo, ella dijo, dijo, dijo. Barbara dejó al hombre parloteando, hablando incoherentemente y diciendo tonterías, porque empezaba a estar demasiado orgullosa de él para cambiar su estilo. Por primera vez en meses estaba disfrutando de su trabajo, porque ahora sabía que no tardaría en dejarlo. Pronto estaría de vuelta en su oficina. Angela estaría segura con cualquier persona, especialmente con Jan.

1970

Cuando Barbara llegó a Tottenham Court, un hombre con un puñado de panfletos se acercó a ella murmurando: «El Apolo XIII estuvo condenado desde el principio. Tendríamos que haber prestado más atención a los números». Acto seguido, el hombre corrió hacia las personas que había bajo Centre Point, una jaula vacía de hormigón y cientos de ventanas. Antes, en Piccadilly, la había abordado un miembro de la Iglesia de la Cienciología; varios jóvenes calvos danzaban y entonaban cánticos por Oxford Street, mientras que en Leicester Square había diversos muchachos sentados con las piernas cruzadas, meditando. Al menos, el tópico del hombre del Apolo era relativamente actual.

La oficina de Melwood-Nuttall, que parecía una pequeña librería, se encontraba cerca de la Torre de Correos, un edificio de quince plantas con las ventanas verdosas como un trozo de cristal tallado barato. Los hinchas de fútbol llegaban desde Euston pegando patadas a la basura, curioseando en las tiendas y maldiciendo los pubs por estar cerrados. En el exterior de Melwood-Nuttall, el martillo neumático que vibraba entre los escombros no era más que una partícula diminuta de la interminable reedificación de Londres.

Ted Crichton estaba sentado tras una confusión de cartas y textos mecanografiados con las esquinas dobladas. Su enorme rostro redondo se iluminó al verla, y arrugó la nariz a modo de saludo. Cuando se levantó, la chaqueta cayó del respaldo de la silla y su escritorio pareció reducirse de tamaño y hacerse tan pequeño como el de un aula escolar.

–Toma –dijo, tendiéndole la novela que estaba a punto de publicar.

–Crees que podremos publicarla en rústica, ¿verdad?

–Creo que podrás hacerlo muy bien. Házmelo saber lo antes posible, pues ya hay gente husmeando.

Guardó el texto mecanografiado en su maletín, junto con algunos libros para Angela.

–¿Qué novedades hay?

–¿Imaginas una novela cuyo protagonista fuera Hitler? Eso pondría a Melwood-Nuttall en el mapa..., al otro lado de la frontera, concretamente. Le dije al autor que consideraba que estaba algo adelantado a su tiempo –dijo, riendo–. ¿Últimamente has leído algo bueno?

–Sí, creo que sí. En mi opinión, es la mejor primera novela que he leído en años. La ha escrito un hombre llamado Paul Gregory, que en una sola frase es capaz de decir mucho más de lo que la mayoría de los escritores consiguen decir en todo un párrafo. Sin embargo, el jefe dijo que era «de interés limitado» y tuve que devolverla.

–Bueno, ese es el precio que tienes que pagar por trabajar para una gran editorial. Tendrías que hacer como yo: solo yo y mi lista de apuestas seguras. Por lo menos, así sabrías que no puedes permitirte correr riesgos. –Al ver que Barbara no sonreía, se puso serio–. Te sentiste muy decepcionada, ¿verdad?

–En mi opinión, merecía ser publicada. Estoy segura de que hubiera funcionado bien si la hubieran gestionado de forma adecuada. Me sentí fatal al tener que desalentar a un autor de tanto talento. Es obvio que su libro ha circulado por la mayoría de las editoriales.

–Dame su dirección y le echaré un vistazo. Quizá, si puedo prometerle una edición en tapa dura, podrás convencer a tu jefe. ¿Sabes? No es la primera vez que te oigo decir algo así –dijo, atusándose la barba gris–. Fue en Frankfurt, ¿verdad? Durante la época de nuestra confesión mutua.

La primera vez que asistió a la Feria del Libro de Frankfurt, Ted había cuidado de ella: le había presentado a diversas personas, se había asegurado de que no tendría que comer sola y le había sacado de encima a editores lujuriosos, cuando había presentido que necesitaba su ayuda.

–Quizá deberías ser agente –le dijo ahora–. Es evidente que tienes la energía necesaria. Te proporcionaría más libertad y ganarías mucho más dinero.

Se dirigió hacia la oficina exterior para rescatar a su secretaria de una invasión de hinchas de fútbol.

–Si quieres alguno de estos libros, puedes llevártelo –estaba diciendo uno de ellos–. No hay ningún lugar donde pagar.

Al ver aparecer a Ted, con su metro noventa y dos de altura, desaparecieron al instante.

–Es una suerte que mi aspecto resulte intimidante –le dijo a Barbara–. No le he puesto un dedo encima a nadie en mi vida y no tengo ningún futuro como padre severo. ¿Qué tal está tu hija?

–Muy bien. Dices que yo soy muy activa, pero deberías verla a ella. Aunque va a la guardería, cuando llego a casa está llena de energía. Ya sabe jugar a serpientes y escaleras.

–Es un juego difícil para cuatro años, ¿no?

–Eso creo.

De todos modos, Angela no era una niña insufriblemente precoz. Todo el mundo le cogía cariño al instante..., todo el mundo excepto aquella mujer de rostro asimétrico, pero no le había parecido que fuera una persona demasiado normal. Por muy especial que fuera Angela, nunca se comportaba como si se diera cuenta de ello. En cierta ocasión, cuando Barbara había intentado preguntarle sobre las conversaciones que mantenía con su padre, se había encerrado en sí misma como una niña que tiene un secreto y no sabe si debería contarlo o no. Barbara había preferido cambiar de tema, por miedo a que la pequeña creyera que había hecho algo malo. En ocasiones sentía tentaciones de escuchar por el intercomunicador, que seguía estando en el dormitorio aunque casi nunca lo conectaba, pero tenía la impresión de que eso sería peor que escuchar a escondidas tras la puerta.

Ted, que por fin se había dado cuenta de que su chaqueta estaba en el suelo, la había recogido e intentaba limpiarla de polvo. Por impecable que fuera su aspecto a primera hora de la mañana, a la hora de la comida siempre estaba hecho un desastre. En esos momentos parecía que había pasado la noche en un banco del parque.

–Y no está interfiriendo en tu carrera –comentó.

–He tenido mucha suerte. La cuida una amiga mía que vive en la puerta de al lado; va a buscarla a la guardería y todo eso. A veces me siento muy culpable, porque estoy segura de que mi vida es más sencilla trabajando que cuidando de ella. –Al advertir lo interesado que parecía su interlocutor, le preguntó–: ¿Por qué te interesa? ¿Acaso tu mujer está embarazada?

–Eso parece. Helen dejó de tomar la píldora debido a todos aquellos rumores sobre el cáncer. Bueno, supongo que cuando el mocoso esté dormido podré trabajar en la famosa novela que todavía no he escrito.

–Te gusta la idea de ser padre, ¿verdad?

–Estoy seguro de que me gustará en cuanto nazca –respondió, rascándose las cejas, que eran lo bastante espesas para ocultar que tenía el ceño fruncido–. Helen quiere tenerlo y eso es lo único que importa.

–Estoy segura de que te encantará. Por cierto, debería empezar a irme. El hijo pequeño de mi amiga está enfermo y le he dicho que intentaría llegar pronto a casa para quitarle a Angela de encima. Esas son las presiones de la paternidad..., pero te aseguro que merece la pena.

En el exterior, aquel día de septiembre resultaba abrasador. La Torre de Correos parecía afilada por la luz y Centre Point era un fuego candente dentro de un engranaje de hormigón. El maletín le pesaba muchísimo. ¿Debería dejar los libros en el despacho de Ted? No, le había prometido a Angela que se los llevaría.

El metro estaba lleno hasta arriba de hinchas de fútbol que se empujaban unos a otros hasta el borde del andén, arrojaban latas de cerveza vacías a las vías, rayaban las paredes e incordiaban a mujeres solitarias. Un grupo empezó a aproximarse a Barbara, hasta que esta los espantó con la mirada. La atmósfera era densa como el sudor, un sudor que era incapaz de secar la corriente de aire que levantaban los trenes al pasar.

En el vagón fue mucho peor. Aunque había encontrado un asiento, Barbara estaba segura de que iba a desmayarse. Los hinchas colgaban de los asideros como trozos de carne, la multitud se apiñaba a su alrededor y bufandas que olían a cerveza ondeaban ante su rostro. El túnel se cerró alrededor del tren, que se balanceaba a un lado y al otro con su estridente y monótono traqueteo. Aquel día que la mujer asimétrica se sentó al lado de Angela había ido igual de lleno.

Habían estado comprando juguetes en el Hamley's de Regent Street. En la estación de Oxford Circus, la multitud las había empujado hacia el vagón y los asientos..., y antes de que Barbara pudiera

decirle a Angela que se sentara en su regazo, aquella mujer se había sentado junto a la pequeña, apuntándola contra la ventana.

Al principio, Barbara la había mirado con disimulo, por si ella se daba cuenta. Su piel estaba curtida, pero no parecía tener más de veinte años. Tenía un ojo más bajo que el otro y una nariz grande, roja y porosa como una fresa. Por su aspecto, parecía que cada vez que se ponía delante de un espejo, este intensificaba su desesperación.

Barbara había visto cómo miraba a Angela. Puede que estuviera drogada (al fin y al cabo, Londres parecía estar lleno de personas que se comportaban como si todo lo que había a su alrededor se estuviera moviendo), pero la razón no le importaba: aquella mujer parecía ser incapaz de apartar la mirada de Angela, y sus ojos estaban llenos de miedo y aversión.

Estaba dispuesta a intervenir (tras las primeras semanas de vida de Angela, no había vuelto a sentirse tan sumamente protectora) cuando el metro se detuvo en Green Park y la mujer se dio cuenta de que la estaba mirando. Al instante se levantó, se abrió paso entre la multitud y se apeó del tren... ¿o acaso montó en otro vagón? Tanto en Victoria Station como durante todo el camino de regreso a casa, Barbara tuvo la impresión de que alguien las estaba siguiendo.

Ya había llegado a la estación de Victoria y podía dejar atrás a los hinchas de fútbol. Mientras esperaba a que llegara el tren de Otford, echó un vistazo a los titulares: «Continúa el juicio de Manson». «Ametralladoras en la consigna del hotel London Hilton». Quizá, necesitaba que alguien le demostrara que no a todo el mundo le gustaba Angela, aunque se puso furiosa al recordar lo mucho que se asustó la pequeña aquel día y lo poco que había hablado hasta que llegaron a casa.

En el tren de Otford dejó el maletín en el suelo, junto a ella, y se recostó en el asiento con un suspiro de alivio. Un tren cercano parecía una sombrerería: los hombres levantaban sus gorras para secarse la frente y uno de ellos se estaba abanicando con el ala de su sombrero. Pronto, el tren dejó atrás la perrera de Battersea o, como decía Angela, la Perrera del Maltrato<sup>1</sup>. En Peckham Rye, los bloques de pisos se alejaron en grupo hacia el horizonte, dejando las colinas para las pequeñas aldeas. El cielo de Kent era tormentoso, del color del crepúsculo y la lluvia.

Al llegar a Otford oyó un trueno distante, el sonido de las colinas desplazándose hacia delante, empujadas por el cielo plomizo. El tren se alejó, reduciéndose de tamaño hasta que apenas fue una mancha, y entonces nada más se movió en aquella estación desierta, sobre las coloridas colinas de neón. Parecía que el aire se había convertido en una resina transparente.

Había recorrido la mitad del puente elevado cuando advirtió que la estación no estaba desierta: había una mujer en la vía de Londres, que se situó debajo del puente mientras Barbara lo cruzaba, casi como si intentara esconderse.

Aunque no sabía la razón e intentaba convencerse a sí misma de que estaba siendo una neurótica, Barbara apresuró sus pasos para poder ver el rostro de aquella mujer. Cuando ya prácticamente había llegado al pie de las escaleras descubrió que era Jan.

Nunca la había visto tan preocupada (de hecho, daba la impresión de que había encogido de tamaño), aunque por la mañana Nigel solo había parecido tener un simple constipado. ¿Quién estaba cuidando de Angela? Bajó a todo correr los últimos escalones.

—¿Qué ocurre, Jan? ¿Nigel ha empeorado?

Flaqueó al ver que Jan se alejaba de ella, con los brazos fuertemente cruzados sobre sus pechos. Tenía que estar haciéndose daño, pero no parecía sentir nada.

—Oh, Barbara. Lo siento muchísimo —dijo su amiga.

---

<sup>1</sup> Juego de palabras del texto original, debido a la similitud de Battersea (barrio de Londres) y Battered (maltratado). *N. de la T.*

## 5

Barbara despertó con el sonido de los truenos, pero no pudo recordar qué iba mal. Aquellos truenos eran en realidad Angela, que estaba caminando por el piso superior. Se obligó a sí misma a levantarse (no había pretendido quedarse adormilada en la silla), pues no quería que la pequeña estuviera sola demasiado tiempo.

Entonces los pasos se detuvieron y oyó a Jan hablando en voz baja. Quien hacía aquel ruido era Nigel, en la casa de al lado. La voz sosegada de Jan la enervó... y al instante recordó el motivo. Aunque ya habían transcurrido varias semanas, seguía corriendo desde la estación, pero ahora sabía qué encontraría cuando llegara a casa.

Había empezado a correr antes de que Jan pudiera explicarle lo sucedido. Las casas retrocedían tras sus largos jardines; las hojas de los árboles parecían bañadas en aceite. Todo le resultaba opresivamente cercano, aunque irreal y liso como el oscuro cielo. No había ningún pájaro cantando. Nada se movía, excepto ella. Y todo intentaba obstaculizar sus pasos.

Jan resoplaba a su lado, barbotando.

—Alguien fue al parvulario y dijo que yo no podía ir a buscarla porque estaba cuidando de Nigel. Solo llegué un par de minutos tarde —explicó, desesperada.

Pero Barbara apenas la escuchaba. Habría tiempo suficiente para explicaciones cuando llegara a casa, cuando viera con sus propios ojos lo que le había ocurrido a Angela. Avanzó a traspiés por Palace Field, por el sendero agujereado por las marcas de herradura, golpeándose la cadera con el maletín que había llenado con libros para Angela. El cielo había cubierto de pizarra las ventanas de la torre y había hecho que el riachuelo se volviera gris como el lodo y dejara de centellear.

Unos rostros la observaron desde la casa de Jan. Allí estaba la señorita Clarke, la directora del parvulario, una mujer regordeta de mediana edad a la que los niños adoraban, a pesar de que les hablaba del purgatorio. Allí estaba Keith, que se había inclinado para hablar con Angela o con algún otro niño, cuya cabeza quedaba por debajo del nivel de la ventana, y allí estaba el paternal sargento de la comisaría. Al verlo, el corazón de Barbara dio un vuelco, pero le reconfortaba saber que él estaba a cargo de todo. Seguro que todo iría bien.

Mientras Barbara cruzaba el seto y recorría con rapidez el gran jardín compartido, el sargento salió de la casa. Sus rasgos se suavizaron, se hicieron profesionalmente solemnes y reconfortantes.

—No debe preocuparse, señora Waugh. La policía del condado ha sido alertada. Están inspeccionando todos los coches.

Sintió que el oscuro cielo se precipitaba sobre ella, inundando su cerebro.

—No sé de qué me está hablando.

—He intentado explicárselo, pero no me escucha —dijo Jan, en tono suplicante—. Barbara, alguien fue al parvulario de la señora Clarke y se llevó a Angela.

Barbara estaba sentada en una silla de jardín, aunque era incapaz de recordar cómo había llegado hasta allí. El jardín se difuminaba ante sus ojos.

—¿Quién permitió que se la llevaran? —exigió saber.

—No puedes culpar a la señorita Clarke —dijo Jan, ansiosa—. No tenía razones para sospechar.

Tenía que contener sus sentimientos, tenía que saber todo lo ocurrido para asegurarse de que no habían pasado nada por alto, tenía que hablar para no quedarse a solas con sus sentimientos.

—¿Cuánto tiempo transcurrió antes de que llamarais a la policía?

—Al principio no supe lo ocurrido porque, cuando llegué, la señorita Clarke ya se había ido. Se marchó en cuanto fueron a recoger al último niño. La estuve buscando por todo el pueblo, regresando a casa una y otra vez para ver si Angela había aparecido. Como nadie las había visto pensé que, quizá, estarían juntas. —Parecía que le daba miedo continuar—. Cuando encontré a la señorita Clarke una hora después, fuimos directamente a la policía.

El sargento parecía perfecto para reconfortar a las personas y reñir a los niños por robar manzanas, ¿pero podría traer de vuelta a Angela?

—Antes ha dicho que estaban inspeccionando los coches —dijo Barbara—. ¿Saben el número de la matrícula?

–No se me ocurrió mirarla –dijo la señorita Clarke, saliendo de la casa y colocándose bien las gafas–. Estoy segura de que usted tampoco lo habría hecho, señora Waugh.

–¿Vio el coche? –Al ver que la mujer asentía, Barbara se volvió hacia el sargento, que le resultaba menos enervante–. Entonces, al menos conocen la marca.

–Bueno, la verdad es que no. –La señorita Clarke frunció el ceño y sus gafas volvieron a moverse; con un dedo, las devolvió a su sitio–. Me temo que soy incapaz de distinguir una marca de otra.

–Sabemos que es negro o azul oscuro –añadió el sargento–. Y creemos que se trata de un sedán.

Barbara sintió deseos de pegar un puñetazo a la señorita Clarke al ver que asentía desafiante.

–¿Por qué le permitió llevársela? –exigió saber.

–Estoy segura de que, en mi lugar, usted habría hecho lo mismo, señora Waugh. Aquel hombre iba muy bien vestido y hablaba divinamente. Además, si en realidad era un secuestrador, como todos ustedes dicen, ¿cómo creen que habría podido detenerlo? Estoy sola en el parvulario y tengo a todos esos niños a mi cargo. En cualquier caso, aquel tipo no la secuestró –añadió, casi triunfal–. Angela se fue con él voluntariamente.

Sin duda alguna, la profesora pudo oír las uñas de Barbara hundiéndose en el asiento de lona.

–¿Qué fue lo que le dijo?

–Lo recuerdo con exactitud: «Hola, Angela. Estoy en casa de tu tía Jan. Date prisa o me multarán por estar mal estacionado». Bueno, ya sabe lo estrecha que es la calle.

Los dientes de Barbara empezaron a castañetear.

–¿Y no le pareció extraño que necesitara el coche para llevarla a casa de Jan? –preguntó, con voz temblorosa.

–Yo nunca he necesitado coche para moverme. En mi opinión, es muy fácil opinar cuando algo ya ha ocurrido. –La señorita Clarke cada vez estaba más enfadada con sus gafas–. A usted misma la he visto coger el coche para hacer trayectos cortos.

Si Barbara replicaba lo haría gritando, pero el sargento estaba señalando un coche que acababa de abandonar la rotonda.

–Creo que ha llegado la policía del condado.

A pesar de lo mucho que le temblaban los brazos, Barbara consiguió levantarse. Solo llegó un policía joven y sumamente eficiente que no tenía nada de qué informar y que pareció molesto al comprobar que habían permitido que todas aquellas personas se hubieran diseminado por el exterior de la casa. Tras llevarse al sargento a un lado del jardín para hacerle algunas preguntas, se aproximó a Barbara.

–¿Podríamos entrar en su casa?

Una vez en el interior, empezó a interrogarla. No se mostró especialmente compasivo, pero quizá consideraba que la situación era demasiado apremiante y Barbara no podía perder el tiempo sintiéndose molesta con él. ¿Vivía sola? ¿Dónde estaba su marido? ¿Dónde trabajaba? ¿Le había dejado alguna herencia sustancial? ¿Dónde trabajaba ella? ¿Cuánto ganaba? ¿Había alguien que pudiera considerar que su hija le pertenecía? ¿Podía pensar en alguien que encajara con la descripción del secuestrador?

–Nadie –respondió ella–. Me pregunto cómo podía saber mi nombre, el de mi pequeña y el de mi vecina.

–Supongo que le habrá oído llamar a su hija por su nombre en la calle, y los nombres de los adultos figuran en el censo. Parece obra de un profesional. Puede que crean que, viviendo en un lugar como este, usted podrá pagar un rescate... o quizá saben que puede permitirselo.

¿Era posible que aquel hombre sintiera envidia de ella? Empezó a hablarle de los tipos de llamada telefónica que podía recibir. Le dijo que de momento no le intervendrían el teléfono, pero que debería llamar a la policía al instante si el secuestrador se ponía en contacto con ella. Acto seguido abandonó la casa para interrogar al resto de la gente. Ahora, lo único que podía hacer era esperar. No había nada que le impidiera preguntarse por qué se había preocupado tan poco de Angela; no había nada que le ayudara a reprimir el escalofrío que se estaba extendiendo por todo su cuerpo.

El escalofrío por fin se desvaneció, dejándola tan vacía y frágil como una concha, en peligro constante de romperse en pedazos. Quizá, si hubiera tenido tiempo, se habría sentido igual cuando



murió Arthur, pero ahora también tenía una sensación de culpabilidad, una culpabilidad que impregnaba su cuerpo y todo lo que le rodeaba, y le hacía sentirse mezquina, sucia y despreciable. Seguía esperando, y lo peor de todo era que no podía coger el coche para ir en busca de Angela, puesto que no se atrevía a abandonar la casa. Hacía semanas que su cuerpo se crispaba cada vez que oía un coche y que daba un respingo las pocas veces que sonaba el teléfono. Al otro lado de las ventanas, los días brillantes le parecían falsos. Nada era real, excepto el insoportable silencio de la casa.

Recogió ausente el periódico cuando se le cayó del regazo. Le obsesionaba la idea de que el secuestrador no se pusiera en contacto con ella a través del teléfono, sino a través de un anuncio publicado en alguno de los periódicos locales. ¿Y si recurría a un recuerdo que solo Angela y ella compartían? En ese caso, la policía no sabría que ese era su mensaje. Le aterraba que aquel hombre hiciera daño a su hija si descubría que la policía estaba implicada.

En la sección de Anuncios Personales no había nada que le resultara familiar. ¿Y si estaba escondido en alguna otra sección para engañar a la policía? Buscó entre los anuncios de propiedades y coches de segunda mano, hasta que se dio cuenta de que la única que se estaba engañando era ella misma. *The Railway Children, The Trouble with Girls, Heart of a Mother...* Dobló el periódico con rapidez, antes de que le diera tiempo a ver algo más de la página de espectáculos.

Observó los titulares hasta que empezaron a retorcerse como si estuvieran en llamas. Tenía la impresión de que sus ojos estaban abriéndose paso a balazos hasta su cabeza. En ocasiones le parecía ver a Arthur en el umbral de alguna puerta o en lo alto de las escaleras, intentando reconfortarla. Sin duda alguna, no era más que un sueño que su insomnio le había impuesto en sus horas de vigilia, una alucinación similar a la de la voz distante de un niño que decía «mamá». *Quizá Arthur siempre fue eso*, pensó con amargura.

Subió al cuarto de baño para intentar despejarse un poco. Los tres primeros peldaños crujieron, recordándole que ya no había nadie a quien despertar. Deseaba que los niños de la casa de al lado hicieran más ruido, porque eso le ayudaría a convencerse de que tenía a alguien cerca, pero durante todas aquellas semanas habían estado muy silenciosos. Jan había sido tan servicial y considerada que Barbara no había tardado demasiado en sentirse prácticamente incapaz de respirar.

En un principio, Jan y Keith habían hecho todo lo posible por sacarla de casa, suplicándole que al menos fuera a comer con ellos, hasta que habían descubierto lo terca que era. Después la habían seguido visitando con el buen humor implacable de quien visita un lecho de muerte. Poco a poco, Barbara consiguió convencerlos de que deseaba estar sola, aunque Jan insistió en hacerle la compra. Era obvio que Jan estaba ansiosa por ganarse su perdón, pero si Angela regresaba a casa sana y salva..., o mejor dicho, cuando Angela regresara a casa sana y salva, no tendría nada que perdonarle a su amiga.

Entró en el cuarto de baño y humedeció sus ojos con agua fría. Las lágrimas empezaron a deslizarse por su reflejo, pero no tenía tiempo para llorar. La compasión de quienes la rodeaban le resultaba opresiva, porque tenía la sensación de que intentaban prepararla para algo que asumían que ya había ocurrido..., pero ella nunca estaría preparada, porque eso sería casi tan malo como desear que ocurriera lo peor. Si Angela regresaba junto a ella, nada más importaría. Estaba dispuesta a dar todo lo que tenía, lo que fuera. Como si ese pensamiento hubiera hecho que el tiempo empezara a moverse de nuevo, oyó que alguien llamaba a la puerta principal.

Al instante sintió que su estómago, y después todo su cuerpo, estaba en carne viva, al igual que sus ojos. Se sentía tan mareada que temió haber enfermado. Entonces se dio cuenta de que no había oído ningún coche. Debía de ser otra dosis de compasión de los vecinos de al lado. *No te preocupes. Intenta sacarte todo eso de la cabeza. Encerrándote en casa no podrás ayudar a Angela.* Solo cuando volvieron a llamar advirtió que los golpes no sonaban como los de Jan, Keith o los niños. Bajó las escaleras a todo correr.

## 6

Al abrir la puerta vio a la señorita Clarke, que iba acompañada por una mujer con aspecto de actriz: su rostro, cubierto de grietas apelmazadas de maquillaje, estaba enmarcado por una melena de cabello rojo como el de un setter. La seda sobresalía de sus mangas y diversas capas de pañuelos rodeaban su cuello. Cuando levantó las manos en un gesto de compasión, los brazaletes se deslizaron por sus muñecas. Quizá la compasión era su trabajo.

–Tengo entendido que no quiere visitas, señora Waugh, pero considero que tengo el deber de ayudar. –La señorita Clarke no parecía dispuesta a escuchar sus protestas–. Esta señora ha venido a ofrecerle su ayuda –anunció.

*Oh, déjeme en paz, vieja estúpida.* Barbara tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para contenerse, pero de pronto se dio cuenta de lo ingrata que estaba siendo: estaba utilizando a Jan y a la señorita Clarke como cabezas de turco de su propio sentido de la culpabilidad. ¿Cómo podía permitirse rechazar la ayuda de nadie, si eso significaba negarse a que ayudaran a Angela?

–Son muy amables –dijo–. Entren, por favor.

La mujer de los pañuelos pasó junto a ella, abrumándola con su perfume, y se dirigió hacia el salón, desde cuya ventana se podía ver el campo.

–Ahí está –gritó.

Cuando Barbara llegó junto a ella, con el corazón en un puño y la boca terriblemente seca, descubrió que estaba observando la fotografía de Angela que descansaba sobre la repisa de la chimenea.

–Oh, dios mío, qué niña más guapa. Ahora tranquilícese, si puede. Estoy aquí para encontrarla.

De repente, Barbara se sintió recelosa.

–¿Qué se supone que hace exactamente su amiga?

–Practica la psicometría –respondió la señorita Clarke, como si aquella palabra fuera lo bastante larga para acallar toda objeción.

–Es decir, afirma poder localizar a una persona tocando algo que le pertenece –replicó Barbara, haciendo grandes esfuerzos por reprimir su furia.

–Es algo más que una afirmación, señora Waugh. La he visto hacer cosas que no puedo explicar..., y yo no soy una persona fácil de engañar, ¿sabe? No debería negarle esta oportunidad a Angela.

La psicómetra había apoyado la fotografía contra su frente, manchando el cristal de maquillaje.

–¿Su hija tenía alguna prenda de ropa que le gustara mucho ponerse?

–Sí –admitió Barbara con fatiga–. Un par de cosas.

–Tráigame su prenda favorita, deprisa. –La psicómetra o la actriz (Barbara no estaba en absoluto convencida de que hubiera alguna diferencia) se sentó ante la mesa de trabajo de Barbara y, apretando los puños contra sus sienes, murmuró–: Y un atlas mundial.

–No tengo ninguno.

La mujer pareció emerger de un ligero trance.

–Bueno, estoy segura de que aún debe de estar en el país, así que un atlas de Gran Bretaña bastará. Keith tenía el mapa de carreteras de Barbara, pero aún tardaría horas en regresar a casa.

–Tampoco tengo.

–Asumí que tendría alguno, pues la señorita Clarke me dijo que usted era editora. De otro modo, yo misma lo habría traído. –Parecía estar diciendo que no podía hacer su trabajo si los demás no hacían el suyo–. No importa –añadió, con magnanimidad–. Veamos cuánto nos dice la prenda.

Mientras subía las escaleras, Barbara se quedó falta de aliento. Además de la lentitud con la que estaba discurriendo aquel día de octubre, se sentía resentida porque consideraba que todo aquello no podía ser más que una farsa. Al llegar a la habitación de Angela vaciló. Durante la primera semana que pasó sola en casa, la había ordenado para distraerse y había guardado todo en su sitio. Ahora deseaba haberla dejado como estaba, esperando a que Angela regresara... De repente se dio cuenta de que la psicómetra seguía hablando de ella en presente, a pesar de que estaba segura de que Jan y los demás lo hacían en pasado. Cogió los pantalones vaqueros favoritos de su hija y regresó con ellos al piso inferior.

La mujer no parecía haberse movido. Estaba observando la fotografía que tenía delante, sobre la mesa, como si necesitara grabar todos y cada uno de los detalles en su mente. La foto estaba desfasada: el cabello rubio de Angela ya no era rizado, sino que bajaba recto sobre sus hombros, y sus ojos ahora eran de un azul más penetrante. La imagen no mostraba lo largas que eran sus piernas ni lo grácil que era, pero aquella mujer estaba tan absorta en ella que ni siquiera apartó la mirada cuando Barbara le tendió los pantalones.

–Sí –dijo al instante–. Esto es lo que necesito.

La señorita Clarke le indicó que se sentara con ellas y guardara silencio. En cuanto ocupó su asiento, Barbara deseó haber encendido las luces. Las nubes se aproximaban por el cielo oscuro, deslizándose sobre las colinas, y la habitación, en la que hacía mucho calor, apestaba a perfume. Puede que a la psicómetra le distrajeran las luces, puesto que tenía los ojos cerrados. Había acercado a su pecho los pantalones de Angela, cuyas perneras caían sobre su regazo. Debido a la penumbra y a la falta de sueño, Barbara pensó por un instante que aquella mujer sostenía un niño entre sus brazos.

–Es una niña hermosa –dijo la psicómetra–. Y aún es más hermosa en su interior.

Barbara pensó que, sin duda alguna, aquellas palabras le harían ganarse el afecto de cualquier madre menos ingenua que ella. ¿Aquella mujer podría ofrecerle algo más que un vago consuelo? Se negaba a creer sus palabras.

–Ahora tiene el cabello más largo. Sí, puedo verla. Es una niña alta con una larga melena rubia. – Eso podía haberlo averiguado a partir de la fotografía o podía habérselo dicho la señorita Clarke. En su opinión, la psicómetra había tenido una visión de Angela sospechosamente rápida... ¿o lo único que ocurría era que Barbara temía recuperar la esperanza demasiado pronto?–. Tiene algo en el hombro –añadió la mujer.

Barbara se puso tensa; estaba a punto de empezar a temblar.

–¿Qué es? –preguntó.

–Me cuesta distinguirlo. Una insignia... sí, una especie de insignia. ¿Lleva una insignia en el hombro? –Antes de que Barbara pudiera decidir cómo responder, la mujer añadió–. Espere, ahora lo veo bien. Es una herida; tiene una herida en el hombro derecho.

–No –respondió Barbara lentamente–. Mi hija no tiene ninguna herida en el hombro derecho.

–O no la tenía cuando la vio por última vez. –Movié la mano para descartar aquella discrepancia, haciendo que tintinearán los brazaletes–. Pero no debemos preocuparnos tan solo de su cuerpo, querida. Lo importante es su alma.

Si esto era todo lo que podía ofrecer, aquella mujer no podría ayudarla. Su perfume le resultaba tan opresivo como el incienso. Cuando los pantalones de Angela empezaron a deslizarse hacia el suelo, vacíos, la psicómetra se inclinó hacia delante para sujetarlos.

–Oh, querida. Ojalá pudiera ver su alma.

¿Estaba diciendo que ella sí que podía verla? Eso parecía, porque añadió:

–Tiene tanto que dar... Ya posee un gran poder espiritual. A medida que crezca, irá aprendiendo a utilizarlo.

Incluso despierta, Barbara tenía pesadillas sobre qué podía estar ocurriéndole a Angela, y no deseaba que aquel bicho raro empeorara aún más las cosas. Estaba a punto de decir que ya era suficiente cuando la psicómetra le preguntó:

–¿Alguna vez le ha hablado de las visiones?

Angela era solo una niña, una niña que estaba en peligro. ¿Cómo iba a poder ayudarla todo esto? Sin embargo, aquello era lo primero que decía que parecía ser algo más que una afortunada conjetura.

–A veces dice cosas muy extrañas –reconoció, con cautela.

–Angela no es extraña, sino una niña maravillosa. –Sus palabras sonaron a reproche–. Sin embargo, debo advertirle que no todo el mundo la ve de esa forma. Pero no se preocupe, querida; la encontraremos. De todos modos, debo advertirle que correrá un grave peligro mientras permanezca junto a las personas que la han raptado –explicó, abriendo los ojos de par en par para mirarla–. Tenemos que encontrarla antes de que destruyan lo que es.

–Sea valiente –dijo la señorita Clarke–. Encontrará a Angela, sé que lo hará. Lo único que necesita es un mapa.

–De acuerdo –dijo Barbara con brusquedad–. Iré a por uno.

Era incapaz de continuar allí sentada ni un minuto más; estaba sofocada por la penumbra, por la inactividad, por aquel perfume enfermizo. Quizá Keith había dejado el atlas en casa; si no, iría de casa en casa hasta que alguno de los vecinos le dejara uno. Entonces sabría si la psicómetra tenía algo más que ofrecerle que disparates.

En cuanto abrió la puerta principal se detuvo: había un hombre alto en la rotonda, avanzando con pesadez hacia su casa. Había permanecido tanto tiempo en la penumbra que tardó en darse cuenta de que era el sargento de policía. Por un instante pensó, como en sueños, que quizá él podría dejarle un mapa.

Cuando llegó al camino de acceso, Barbara pareció despertar; le palpitaba la cabeza como una muela careada y sus músculos estaban tensos. El sargento cerró el portón tan cuidadosamente que Barbara supo que traía malas noticias.

–Entre, por favor, señora Waugh. Me temo que tengo que hacerle una pregunta.

Tenía que preguntarle algo, de modo que no estaba completamente seguro de lo que fuera que había venido a decirle. Barbara no se atrevía a insistir en que se lo contara de inmediato. Aunque le temblaban las piernas, lo condujo con rapidez al salón. Cuando el policía encendió las luces, la psicómetra le dedicó una mirada perdida, mientras pestañeaba como un murciélago.

–¿Qué está haciendo? –preguntó la señora Clarke, antes de darse cuenta de quién era.

El hombre le pidió a Barbara que se sentara y se acuclilló junto a ella.

–Señora Waugh, usted dijo que Angela llevaba un vestido a rayas blancas y azules con un cinturón. ¿Había algo más que olvidara decirnos?

No podía soportar aquel juego.

–¿Como por ejemplo?

–¿Había algo en el cinturón que olvidara mencionarnos?

Las palpitaciones de su cabeza se intensificaron. No quería hablar.

–Perdió el cinturón de ese vestido, así que le puse otro. Apenas se notaba la diferencia –explicó, con un hilo de voz–. Era de un tono más pálido. Eso es todo.

El policía adoptó una expresión sombría.

–Lo lamento profundamente, señora Waugh, pero creemos que la hemos encontrado.

Había algo que debía recordar, algo que podría anular el horror con el que el policía la amenazaba.

–El vestido no tiene ninguna importancia –dijo, presa de la histeria–. Si no han visto la marca de nacimiento de su hombro, no puede ser Angela.

–Una marca de nacimiento –gritó la psicómetra–. Por supuesto, eso era lo que vi.

El policía frunció el ceño al oír el comentario y miró con tristeza a Barbara.

–Me temo que no podrán identificarla de ese modo, señora Waugh. Alguien le disparó a quemarropa.

Para Barbara no había nada más que vacío, tanto en su interior como a su alrededor. En algún lugar, la psicómetra estaba preguntando:

–¿Cuándo mataron a la niña?

–Suponemos que esta mañana, temprano.

La mujer corrió hacia Barbara e intentó coger sus manos.

–Señora Waugh, tiene que escucharme. No es Angela. Estaba viva cuando toqué su ropa. Sé que está viva y que corre peligro.

Barbara se puso de pie de un salto, haciendo que la mujer cayera hacia atrás, y le arrancó los pantalones de las manos. Los abrazó con fuerza, solo para descubrir lo vacíos que estaban.

–Y supongo que dispararon a otra niña para hacerme creer que era Angela –dijo con una voz tan cargada de odio, traición y pesar que apenas la reconocía como propia.

El sargento decidió intervenir.

–Creo que será mejor que se vaya, señorita Clarke. Y llévese también a su amiga.

A Barbara ya no le importaba nada. Aquel arrebató parecía haberla dejado sin fuerzas y solo pudo dejarse caer sobre una silla. El sargento regresó instantes después y estuvo hablándole; Jan y Keith se

unieron más tarde, pero Barbara era incapaz de saber qué decían o hacían. Solo era consciente del vacío de la casa.

Permaneció así durante largo tiempo. Siguieron apareciendo personas (un doctor le hizo un reconocimiento y Jan decidió quedarse a su lado todo el tiempo posible porque ella se negaba a abandonar la casa), pero Barbara apenas era consciente de su presencia. En ocasiones descubría platos de comida que alguien había empezado a comer hacía tiempo. Intentó permanecer en el piso inferior, porque el gemido de los tres primeros escalones le hacía estremecerse de dolor, pero siguió quedándose dormida en cualquier lugar de la casa, olvidando. No parecía saber quién ni qué era, aunque cada vez que pensaba en su trabajo en Londres el sentido de la culpabilidad la hacía enfermar. Tenía recuerdos de Angela, pero sentía que no era merecedora de ellos.

Días después se celebró el funeral. Barbara parecía incapaz de asumir qué aquel pequeño ataúd cerrado tenía algo que ver con ella. Cuando desapareció en las fauces del crematorio, imaginó cómo lo devoraban las llamas de su interior. Al ver que temblaba, Jan se acercó más a ella, sin duda alguna con la esperanza de consolarla y expiar así parte de su culpa, pero Barbara se había sumergido aún más en el vacío de su interior, en un lugar reseco en el que no había lágrimas.

Más tarde (puede que días después), oyó decir a Jan:

—Dios mío, espero que cojan a ese cerdo. Sé perfectamente lo que le haría.

Le resultaba imposible soportarla. ¿Acaso creía que eso traería de vuelta a Angela? Por fin, cuando Barbara estaba a punto de ponerse a gritar, Jan aceptó que quería estar sola. Entonces pudo hacer lo que realmente deseaba.

Conectó el intercomunicador de la habitación de Angela y esperó ansiosa, suplicante. La electricidad estática le susurraba, en el aparato flotaban voces metálicas y distantes. La casa cada vez estaba más oscura, el silencio se intensificó y, por fin, se dio cuenta de que estaba sentada como una catatónica envuelta en soledad, esperando obcecadamente al fantasma de su hija asesinada. Así solo conseguiría sumirse aún más en la desesperación. Se sentía tan enfadada consigo misma que por fin fue capaz de reaccionar.

Al día siguiente, temprano, metió todos los juguetes, libros y ropa de Angela en el coche y abandonó Otford. Aunque no tenía ni idea de adonde iba, pronto estuvo en Maidstone, donde el olor de la malta que quedaba atrapada bajo las monótonas nubes de noviembre resultaba casi sofocante. Encontró un mercado benéfico de objetos de segunda mano en un salón parroquial, dejó todas las cosas de Angela en la primera mesa y se fue rápidamente. De vuelta en el campo, entre las colinas oscuras y empapadas, abandonó el coche bajo la tormenta y caminó en círculos a lo largo de varios kilómetros, llorando y recordando.

Durante días enteros se odió a sí misma por haber vuelto a trabajar, porque esa necesidad había matado a Angela. Sin embargo, si no retomaba pronto su trabajo, se sumiría aún más en el vacío de su interior. En cuanto estuvo de vuelta en su oficina de Londres, se entregó tanto a su trabajo que durante un tiempo creyó que no tendría tiempo para pensar en nada más, aunque en realidad todo hostigaba sus recuerdos: las cosas que la gente evitaba decir; la consideración con la que la trataban Jan y sus colegas, por mucho que se esforzaran en fingir lo contrario; los bebés y los niños que aparecían en mitad de los libros que tenía que leer. Aunque aquellas no fueron las únicas razones que la impulsaron a asumir el riesgo, decidió utilizar la herencia de Arthur y el dinero que consiguió de la venta de la casa para trasladarse a Londres y montar su agencia. El traslado la había ayudado a curar su herida, a aceptar que Angela se había ido para siempre..., pero ahora, nueve años después, una voz en el teléfono la estaba llamando «mamá».

El cielo nocturno quedó atrapado bajo la cúpula de piedra y la luz se intensificó entre las estrellas. Al principio las nubes parecían cristalinas, eran espirales superpuestas verdes y azules y carmesíes de intrincados diseños que se movían a la deriva, desplegándose. Entonces apareció un enorme garabato de formas geométricas, aritmética de neón en el firmamento. Ovillos de colores navegaban entre las estrellas, como si unos gatitos gigantes estuvieran jugando con ellos; bucles de luz descendían hacia el público, como si quisieran echarle el lazo; flores geométricas florecían y se cerraban y volvían a florecer. Había formas tan rápidas que era imposible describirlas, tan rápidas que Judy olvidó que ya tenía nueve años, y gritó alborozada.

–Ha sido precioso. Gracias, papi –dijo, cuando las luces se encendieron. Dando saltos, salió del Planetario y avanzó por Baker Street, mientras los ojos de Ted intentaban adaptarse a la luz. Tenía la impresión de que los dibujos de la alfombra estaban a punto de cambiar de forma. Cuando la alcanzó, cerca de un grupo de jóvenes drogados, la niña dijo:– Mamá me llevó al museo la semana pasada, pero no me gustó tanto.

El mapa del metro se parecía a los dibujos que habían visto durante la proyección.

–Yo no se lo diría de esa forma –comentó él.

–Claro que no.

Se quedó atónito al ver la astuta sonrisa de su hija. Siempre le sorprendían sus muestras de madurez, aunque se obligó a sí mismo a recordar que cada vez que la veía era una semana mayor.

La niña bajó corriendo las escaleras mecánicas y luego intentó desandar sus pasos para llegar hasta él. Mientras esperaban a que llegara el metro la cogió de la mano, y al instante pareció tan femenina como su vestido, que le llegaba hasta los tobillos. ¿Sabría su hija lo orgulloso que se sentía de estar en su compañía? Sí, seguro que sí.

–¿El tío Steve ha vuelto a llevaros a algún sitio? –le preguntó, mientras subían al vagón.

–Dijo que iríamos con él de vacaciones, pero al final se fue a Suráfrica. Creo que a mamá no le gustaba demasiado.

–Es una lástima.

A Judy le caía bastante bien y, por las cosas que le contaba su hija, parecía que Steve le había cogido mucho cariño a la pequeña. Steve era contable pero, al parecer, era menos serio que su trabajo. Sin duda alguna, ahora Helen desconfiaría aún más de los hombres.

Al llegar a Highbury & Islington ascendieron hacia la luz del día. Las tiendas de Upper Street se apiñaban sin orden ni concierto, como cajas abandonadas en una estantería para que el polvo y el sol las decolorara. Los pisos se acurrucaban sobre las tiendas, había insignias del Frente Nacional escondidas entre las pegatinas de las tarjetas de crédito que aceptaba un restaurante, en el exterior de una tienda de muebles de saldo se alzaba un tocador, sobre el que descansaba su sucio espejo.

–¿Te gusta vivir en este barrio? –preguntó él, despreocupado.

–Sí, está bastante bien, en serio. Pero me gustaba más nuestro viejo piso.

Creía que era demasiado pequeña para recordarlo. De hecho, lo esperaba, porque suponía que sus recuerdos serían desagradables: la pequeñez del piso, que se hizo intolerable en cuanto hubo un bebé; las discusiones que seguramente resonaban en la pared de su dormitorio, mientras Helen y él hallaban defectos en todo lo que hacía el otro. Solo esperaba que no supiera que ella había sido la razón de todas aquellas disputas.

Los obreros destripaban blancas casas georgianas para construir bloques de apartamentos. Helen vivía al final de una calle lateral, al otro lado de una arcada que bien podría haber llevado a unos establos, aunque en realidad conducía a una pequeña miscelánea de pisos. Antes de que a Judy le diera tiempo a llamar, abrió la puerta con las manos cubiertas por unos guantes de goma de color rosa maniquí.

–Espero que os lo hayáis pasado bien –dijo, a modo de saludo.

–Ha sido precioso, mami. Mejor que *Encuentros en la tercera fase*. Y también ha sido divertido. El hombre dijo que si alguien había traído algo para fumar, tendrían que hacerlo fuera. Todos reímos, porque sabíamos que no se refería a tabaco.

Helen desapareció corriendo en su dormitorio.

–No creo que sea buena idea que Judith oiga ese tipo de cosas.

–¡Por el amor de Dios! La he llevado a un espectáculo de luces de láser, no a una concentración a favor de la legalización. –No le apetecía discutir, sobre todo porque Helen parecía cansada y demacrada. La cinta que llevaba en la cabeza parecía tensar la piel de su rostro, y las arrugas cubrían las comisuras de sus ojos–. Solo intenta hacerse la mayor –añadió.

–¿Eso es lo que crees? –Era obvio que Helen consideraba que su ex marido no tenía ningún derecho a opinar. De repente, con un cambio de humor que pretendía que advirtiera, le ofreció una copa–. Feliz cumpleaños.

–Brindemos por que este año termine mi novela de detectives privados. Brindemos por que las promesas se mantengan en el tiempo.

Helen esbozó una sonrisa tan fina que más bien parecía un reproche. Por cordial que intentara ser, siempre sentía que sus visitas eran como el corolario de una pelea.

–¿Qué tal te van las cosas? –preguntó, deseando que fuera una pregunta lo bastante neutral.

–Judith está contenta. Eso es lo principal.

–Pero no es lo único que importa. ¿Qué me dices de ti? ¿Puedo ayudarte?

Ella lo miró fijamente.

–No imagino en qué.

–Bueno... –empezó a decir, pensando que Helen parecía trabajar demasiado, aunque no debía de ganar demasiado en la librería–. Por ejemplo, ¿querrías que te pasara más dinero ahora que Judy está haciéndose mayor?

–Sea lo que sea lo que creas, te aseguro que me administro a la perfección. Si necesito más dinero recurriré al tribunal. ¿Te parece que Judith va mal vestida? ¿Te parece que no come lo suficiente?

Los viejos rencores ascendieron amargamente por su garganta. Antes era mucho más inteligente, pero la maternidad la había encerrado en su seno de tal forma que parecía ser incapaz de pensar en nada más. A Ted le resultaba imposible acercarse a ella: Helen se comportaba como si la pensión alimenticia fuera un castigo que a él debería avergonzarle mencionar; además, llamaba a Judy por su nombre completo, como si intentara reprocharle que él la tratara de un modo demasiado familiar. Pero allí estaba Judy para salvar la situación.

–Todavía no le has dado los regalos, ¿verdad? –preguntó, ansiosa.

–Te estaba esperando. –Helen le tendió dos paquetes: una pluma con su nombre grabado, de parte de Judy, y una caja de pañuelos de parte de ella... un regalo anónimo que, sospechaba, daba a entender lo poco que se podía permitir. Judy lo abrazó y Helen le ofreció un lado de su cara, como si estuviera volviendo la otra mejilla.

–¿Vas a quedarte a cenar para celebrar tu cumpleaños? –preguntó Judy.

–Lo siento, cariño, pero tengo otro compromiso.

Cuando volvió a abrazarla pudo sentir su decepción, puesto que la pequeña no le devolvió el abrazo. Helen le dio la espalda. ¿Acaso había hecho creer a Judy que se quedaría a cenar, solo para hacerlo sentir culpable? Helen seguía culpando a Barbara Waugh por el fracaso de su matrimonio, aunque nunca había sido capaz de demostrarlo..., porque en verdad no había habido mucho que demostrar.

De nuevo en la calle, después de haber prometido a Judy que la vería el fin de semana siguiente, se sentía como si hubiera dejado atrás una parte de su ser. Helen, que siempre le había dejado claro que no deseaba que se quedara demasiado rato en su casa, repartía con parquedad instantáneas semanales de Judy solo para arrebatárselas de nuevo.

Aquella imagen le gustaba. Puede que encajara en su novela. De repente se sintió animado y su mente se despejó. En el metro fue pensando en el episodio que le había sugerido aquella imagen, hasta que un bebé empezó a llorar. Solo podía oír la pausa que hacía para coger aire, la pausa durante la cual parecía que había dejado de llorar. Las pausas eran lo peor. Finalmente, el bebé empezó a llorar de nuevo, con más fuerza y de un modo más angustioso, y la idea que había estado a punto de abrazar desapareció de su cabeza. Si no se atormentaba demasiado, puede que lograra encontrarla en el laberinto de su mente.

Cuando llegó a su apartamento estaba oscureciendo. Tras darse una ducha rápida y cambiarse de ropa, paseó por la zona del Barbican hacia la casa de Barbara. En las galerías, columnas gruesas como barriles gigantes parecían estar apesadas entre la áspera piedra gris. Las farolas empezaban a encenderse sobre las galerías y las aceras; parecían cubos de basura invertidos enchufados a la luz. La luz del crepúsculo se demoraba en los bloques de hormigón que cruzaban el lago rectangular.

Pronto llegó a casa de Barbara, situada cerca de un bastión medieval que parecía una inmensa butaca de piedra. Los patos se contoneaban por la llanura de ladrillo rojo que proyectaba la Iglesia de St. Giles sobre el lago. Entre las elevadas farolas que se alzaban sobre la llanura oscilaba la melena de muñeca de un sauce. Cuando la última luz del crepúsculo se arrastró por la torre de la iglesia pareció que la piedra gris se estaba enfriando, convirtiéndose en ceniza.

Barbara le dio un beso de feliz cumpleaños en la puerta y se alejó por el pasillo. Su largo cabello castaño dejaba a su paso una estela de perfume dulzón, y pudo ver una amenaza de color plata entre el castaño. *Adiós a nuestra treintena*, pensó, refiriéndose tanto a sí mismo como a Barbara.

Cuando llegó a la sala principal, las largas piernas de ella ya la habían llevado hasta el sofá, bajo el que guardaba un álbum de fotos que seguramente había estado ojeando. Después se dirigió al escritorio y, tras deslizar un marcador de página en el texto mecanografiado que estaba leyendo, se alejó por el pasillo, en dirección a la cocina.

–Tengo jerez –anunció.

Dos minutos después, la mesa estaba servida: ensalada, vino blanco, aguacates.

–¿Qué tal ha ido el cumpleaños de momento?

–Bastante bien. –Se alegraba de haber podido dejar los regalos en su piso, pues consideraba que no tenía ningún sentido hacerle pensar en Helen y Judy si no había ninguna necesidad de ello, pero de repente sentía la necesidad de hablar–. Judy me ha regalado una pluma grabada. Debe de haber estado ahorrando durante meses.

Seguramente, su tono fue más elocuente de lo que pretendía.

–¿Remordimientos?

–Bueno, ahora que está creciendo, no quiero que le falte nada. Me resulta difícil creer que no podía soportarla. –Estaba pensando en todos los momentos de su vida que se había perdido, pero hablaba con brusquedad porque no quería que Barbara empezara a culparse a sí misma una vez más; algo en su actitud le indicaba que ya tenía sus propios problemas–. Supongo que podría haber soportado la falta de sueño durante un año, pero entonces empezaron todos nuestros problemas. Helen insistía en acostarla en la cama con nosotros cuando debería haber tenido su propia habitación. ¿Te había contado eso? –Por supuesto que lo había hecho, aquí en su piso, la noche que ella le había dicho: «No vayas, a no ser que quieras hacerlo»; sin embargo, este no era el contexto más adecuado para recordárselo–. Culpo de ello a Helen –añadió, esperando que no fuera una forma demasiado obvia de intentar reconfortarla–. Nunca riñó a Judy por subirse a los muebles. Cada vez que yo escondía un manuscrito, Judy lo encontraba y Helen se comportaba como si no importara, y me decía que podía pedirle otra copia al autor. En ocasiones pienso que nadie que trabaje en este negocio debería tener hijos.

Estaba tan ansioso por reconfortarla que hizo este comentario sin pensarlo. ¿Qué rostros perdidos habría visto Barbara en el álbum de fotos?

–¿Has podido leer mi capítulo? –preguntó con rapidez.

–Me las he arreglado para hacer un hueco, porque venías.

–No temas decirme que ha sido una pérdida de tiempo. –De repente se sentía incómodo; no deberías pedir a tus amigos que juzguen tu libro, ni siquiera cuando el trabajo de estos consiste en juzgar libros–. Sé lo ocupada que estás. Tus clientes deberían ir primero.

–Estoy segura de que sabes que así es. Creo que, si lo terminaras, podría ser un libro sólido. ¿Qué es lo que te impide hacerlo, Ted?

–No consigo comprender a la detective. Soy incapaz de predecir sus acciones.

–Deja que la historia se encargue de eso. Escribe sobre la situación y observa cómo se mueven los personajes. Creo que gastas demasiadas energías intentando hacerlo al revés.



Cuando algo la entusiasmaba estaba preciosa. Si se sentía relajada, su rostro ovalado se hacía tan sereno como el de una escultura, con su larga nariz y las elegantes curvas de sus pómulos. Sus ojos, asombrosamente azules, parecían aún más vivos, y Ted recordó lo apasionada que podía ser su boca. Sin embargo, seguía teniendo la impresión de que algo la preocupaba, la atormentaba.

—¿Aún te estás recuperando de la subasta de Paul Gregory? —preguntó.

—La verdad es que todavía no ha terminado. La más importante aún está por llegar, en Nueva York. Barbara dio un respingo cuando empezó a sonar el teléfono en su habitación.

Quizá estaba esperando una llamada; quizá esa era la razón por la que estaba tan inquieta. Barbara subió rápidamente los escalones y cerró la puerta. Ted suponía que lo había conectado allí porque no deseaba que oyera la conversación, pero el piso había sido insonorizado por su antiguo propietario, de modo que su voz llegaba magnificada. Miró a su alrededor, para no tener tentaciones de escuchar; observó el equipo de alta fidelidad de cuatro pisos, la televisión esférica, el traje de cuero, cuyas mangas de color chocolate parecían derretirse por el calor, los numerosos estantes de la sala. Por las estanterías se diseminaban libros de Melwood-Nuttall que él le había dado. Ted no quería publicar su propia novela; quería que alguien le demostrara que valía la pena publicarla.

Barbara regresó enseguida. Retiró los aguacates, a pesar de que aún no había terminado su plato, y regresó de la cocina con una bandeja de pollo tikka marsala.

—No sé si has oído la conversación. Era la chica que iba a ir a Italia conmigo, que ha decidido no ir.

Detrás de ella, en la pared, había una litografía de Escher del sur de Italia: los suaves y precisos niveles de las casas y las rocas sobre las que se alzaban parecían haber sido tallados a partir de un único bloque de mármol moteado; en las colinas distantes había una misteriosa entrada que apenas era visible.

—Me gustaría visitar Italia —dijo él.

—Puedes venir conmigo si consigues estar libre a finales del mes próximo. Preguntaré si pueden transferir su reserva. —De repente, Barbara parecía mucho más contenta. Logró comerse casi todo su pollo antes de que el teléfono sonara por segunda vez.

En esta ocasión sus ojos vacilaron unos instantes, pero no tardó en recuperar el control. Parecía reacia a contestar. ¿Acaso había dejado el teléfono en el dormitorio con la esperanza de no recibir la llamada que estaba esperando?

Ted se acercó a la ventana mientras se cerraba la puerta del dormitorio. Las farolas de la llanura ya estaban encendidas; la iglesia era un bosquejo en carboncillo, apuntalada sobre una balsa de ladrillo rojo y señalada por luces flotantes. Barbara hablaba en voz baja, pero podía oír alguna frase suelta: «No puedes ser...». ¿Era eso lo que acababa de decir? Se distrajo al ver un movimiento alargado en las proximidades de la iglesia. Imaginó que era la sombra del sauce.

Oyó el sonido del teléfono al ser colgado; después se produjo una larga pausa. La iglesia achaparrada pendía en la silenciosa oscuridad. Por fin, Barbara bajó apresuradamente las escaleras.

—Oh, tu pastel —dijo, titubeando entre la mesa y la cocina—. No te importa que yo no tome, ¿verdad? Me temo que ya no me entra nada.

Le habría preguntado qué ocurría si no hubiera sido tan evidente que intentaba fingir que no ocurría nada. No le cabía duda de que se lo diría en su momento, si le apetecía hacerlo. Sin embargo, mientras cortaba el pastel, olvidando que debería ser él quien lo hiciera, advirtió que le temblaban las manos.

## 8

El metro era asfixiante, pero cuando llegó a Notting Hill descubrió que la calle aún era peor. Bajo un cielo dolorosamente azul, el aire estaba cargado de polvo. Los camiones, los coches y los autobuses pasaban a toda velocidad por Holland Park Avenue, ensuciando los mugrientos árboles. El ruido, tan fuerte como el de una fábrica de automóviles, parecía espesar el aire. Sería incapaz de pensar hasta que encontrara un lugar donde resguardarse del ruido.

Pembridge Road estaba algo más tranquila, a pesar de la continua sucesión de vehículos que transitaban por ella. La basura se amontonaba a lo largo de las cunetas debido a la huelga de basureros. Cuando pasó corriendo junto a una hilera de tiendas ahumadas por el tráfico, unos perros la miraron con ojos de porcelana desde un escaparate. Más adelante, los andamios bosquejaban los edificios y una gigantesca palma de cemento brillaba sobre el pavimento... pero ya había llegado a Portobello Road, así que se detuvo e intentó pensar. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿No podía aceptar que simplemente había sido la víctima de una broma cruel?

Hasta la noche anterior había creído que ni siquiera se trataba de una broma, que aquella llamada que había recibido en su despacho era de alguien que se había equivocado de número. Había oído a la muchacha con suficiente claridad, pero eso no significaba que la joven la hubiera oído a ella. De todos modos, había estado muy nerviosa durante el resto de la semana. En ocasiones, cuando sonaba el teléfono, tenía la sensación de ser tan frágil que los nervios eran lo único que la mantenían unida.

La llamada de la noche anterior, durante la cena de cumpleaños de Ted, había sido casi un alivio. Era algo de lo que podía ocuparse... o al menos, eso es lo que se dijo a sí misma cuando oyó la voz, a pesar de que estaba temblando y su corazón latía con fuerza. Aquella vez no colgaría el auricular.

–Mamá, soy yo. Por favor, no me cuelgues otra vez.

Barbara se había sentado precipitadamente en la cama, con los ojos llenos de lágrimas. Antes de que la voz hablara, había oído pitidos y cómo caía una moneda. Los fantasmas no necesitaban dinero para llamar por teléfono, así que esa no sería una oportunidad para oír que Angela la perdonaba..., algo que Barbara deseaba secretamente, aunque no se atrevía a reconocerlo.

–No te molestes en fingir que eres mi hija –dijo con aspereza–. Es imposible. La policía encontró su cuerpo en un campo de Kent.

–No era yo. Querían hacerte creer que había muerto.

Estaba segura de que aquellas palabras eran intencionadas pero, por un inquietante momento, Barbara recordó haber dicho «Supongo que dispararon a otra niña para hacerme creer que era Angela». Por un instante, aquella idea le resultó aterradoramente posible, pero sabía que no debía engañarse a sí misma. Además, aquella voz parecía pertenecer a una persona mayor que intentaba parecer más joven.

–¿Quién quería que lo creyera? –preguntó–. ¿Por qué?

–Oh, mamá, no hagas tantas preguntas. Te lo contaré todo cuando vengas a buscarme.

–¿Adónde? –Barbara no había pretendido parecer tan ansiosa–. ¿Adónde?

–Te lo diré. –De repente, la voz parecía extrañamente inmadura–. Pero antes tienes que prometerme que no se lo dirás a nadie.

–De acuerdo, dímelo.

–No, antes tienes que prometérmelo. No debes hablarle a nadie de mí. No debes ir a la policía.

–De acuerdo, lo prometo –dijo Barbara, aunque su cuerpo forcejeaba para demorar las palabras–. ¿Dónde?

Le respondieron los pitidos, agudos y absurdos como una risita nerviosa, que sonaron mucho antes de lo esperado.

–Cerca de la calle Portobello. La casa de la puerta tapiada –dijo la voz, en un susurro, antes de ser interrumpida por un aullido electrónico. O al menos, eso fue lo que Barbara decidió que había dicho, en las horas que había permanecido despierta después de que Ted se marchara. Incapaz de conciliar el sueño, había paseado por su piso temerosa de tener esperanzas, temerosa de encerrarse en sí misma como había hecho tras el secuestro. No deseaba volver a sentirse así nunca más, pero quería encontrar a la persona que le había hecho sentirse tan frágil de nuevo... y por eso estaba allí, al principio de la calle Portobello.

Empezó a caminar antes de ser consciente de que había tomado una decisión. El estruendo del tráfico cesó en cuanto dobló una esquina. Una hilera de casas adosadas conducía hasta un cruce. Las casas, de dos pisos, estaban pintadas de verde, blanco o rosa, pero la pintura se había agrietado como el barro seco. De las aceras brotaban árboles no más altos que las casas, y junto a ellas se encontraban aparcados algunos coches.

No había ninguna puerta tapiada en aquel muro que le llegaba hasta las rodillas, pero la casa que estaba buscando no se encontraba en la misma calle Portobello. Al llegar al cruce se encontró con unos edificios deslumbradoramente blancos que la retaban a apartar la mirada. Tras seguir ambas direcciones con la vista se hizo una idea de la cantidad de calles laterales que podía haber, de la cantidad de tiempo que tendría que invertir en aquella broma de mal gusto. Estaba de paseo cuando debería estar trabajando. Siempre había considerado que el trabajo era lo más importante de su vida, pero ahora eso había cambiado.

Avanzó apresuradamente por la calle Portobello, dejando atrás una serie de galerías, talleres y tiendas repletas de antigüedades de latón. Aquello era Westbourne Grove, pero si la casa estuviera allí, ¿la voz no se lo habría dicho? Quizá lo habría hecho si no se hubiera cortado la comunicación... o quizá la broma había sido ideada de ese modo con el objetivo de que Barbara creyera eso y se sintiera aún más nerviosa e irritable. Sin duda alguna, nadie planearía algo tan absurdo.

Caminó con pesadez por Westbourne Grove, cuyas casas blancas resplandecían como los rayos, antes de regresar a la calle Portobello y sumirse en una confusión de puestos de mercadillo rodeados de tiendas repletas de alarmas antirrobo. Las calles laterales eran tan numerosas que tuvo que cambiar de acera una y otra vez para poder echar un vistazo a todas ellas. ¿Y si la voz no había dicho «una puerta tapiada», sino algo completamente distinto?

De repente se detuvo entre los bolardos que cerraban Lonsdale Road, que parecían velas metálicas. Si todas las calles laterales tenían nombres, ¿por qué aquella voz no le había dicho cómo se llamaba la calle antes de describirle la casa? ¿Acaso lo había hecho con el único propósito de prolongar la broma? ¿Y si aquella persona había leído el artículo sobre ella que habían publicado en el suplemento del domingo y se sentía molesta con su éxito? ¿Y si estaba desequilibrada y solo deseaba hacerla sufrir?

De pronto, Barbara se sintió furiosa. Si la casa existía estaba decidida a encontrarla porque, sin duda alguna, la dueña de aquella voz estaría esperándola allí para ver si había mordido el anzuelo. Se obligó a sí misma a caminar aunque, debido a la multitud, la calle resultaba aún más abrasadora, carente de aire. Los propietarios de los puestos de mercado gritaban y discutían, mientras grupos de compradores obstruían las estrechas aceras que había enfrente de los puestos. Cuando un hombre alto y corpulento de densa barba, vestido con botas de cosaco y un gorro de piel, se abrió paso entre la multitud apretujándose contra ella, Barbara fue consciente de todos y cada uno de sus pegajosos movimientos.

Había accedido a una calle lateral en la que había más casas blancas, agrietadas como rostros seniles. Cortinas baratas de todos los colores, decoloradas por el sol, hacían que las ventanas parecieran discordantes. Escaseaban los hogares que podían permitirse senderos y portones, o espacios entre los pilares. Al dar media vuelta, se encontró de cara con una mujer que la estaba mirando.

Iba vestida de negro: calcetines negros, pantalones recios negros, jersey negro salpicado de blanco, quizá por su cabello teñido. Su redondo rostro de adolescente estaba maquillado para ocultar su verdadera edad y esbozaba una vaga y absurda sonrisa. Tenía exactamente el aspecto que cabría esperar en la persona que había efectuado la llamada. Por un momento creyó que iba a hablarle, ¿pero acaso le sorprendía, teniendo en cuenta el modo en que la estaba mirando? Barbara se alejó enfadada; se sentía idiota y avergonzada de sí misma. Al llegar a la esquina miró hacia atrás y descubrió que la mujer continuaba mirándola.

Desde donde estaba podía ver el final del mercado, ubicado bajo un paso elevado atestado de coches sobre el que flotaba un aire gris y vacilante. Ahora, la multitud parecía estar formada por chicas adolescentes (había vacaciones escolares) y todas ellas la estaban mirando... aunque si su aspecto transmitía cómo se sentía, eso no debería sorprenderle. Las tiendas abrían sus puertas de par

en par; la presencia y el estruendo de personas y animales resultaban tan opresivos como un atasco de tráfico, y los perros eran apartados a patadas de los puestos de mercado. Barbara intentó apresurar sus pasos y estuvo a punto de derribar un contenedor metálico lleno a rebosar de zapatos.

No se sintió aliviada al llegar al paso elevado, pues el estruendo del tráfico sobre su cabeza resultaba monótono y sobrecogedor. Las personas se apiñaban bajo el paso elevado como parias bajo un puente, manoseando las prendas que se tambaleaban en hileras de perchas. Todo parecía gris y raído, tanto los rostros como la ropa. Barbara pensó que no era tanto la luz, sino el ruido, lo que oscurecía su visión y sofocaba sus pensamientos.

Más allá era aún peor, pues el estruendo del tráfico era constante, y tan intenso que resultaba físicamente enfermizo. Tuvo que detenerse junto a una sucia hilera de vehículos aparcados y llevarse las manos a los oídos, pero incluso así siguió oyendo el ruido del tráfico. Su mente parecía haber sido borrada como una cinta de casete. Todo le parecía plano como el cielo de plástico azul que se ensamblaba en los espacios que separaban las chimeneas de las casas adosadas, que discurrían en paralelo al paso elevado. Solo era capaz de permanecer inmóvil, mirando a su alrededor, mientras intentaba acostumbrarse al ruido.

Aquellas casas de tres y cuatro pisos eran tan difíciles de describir que le costaba creer que las estuviera viendo. Pilares desconchados soportaban sus porches, varias ventanas estaban rotas y sobre algunos de los vanos pendían cortinas grises. Había varias ventanas tapiadas, y también una puerta.

## 9

Parecía diminuta. Aquella casa abandonada era el lánguido final de una broma cruel. Ninguna de las ventanas parecía estar encortinada, excepto por el polvo. De todos modos, aunque fuera obvio que los dos edificios adyacentes estaban abandonados, ¿cómo estaría segura de que la casa estaba vacía si no se acercaba a echar un vistazo? O había una sombra del porche proyectada contra el borde de la puerta principal o esta estaba entreabierta.

Cruzó la calle y accedió al jardín adyacente, sumergiéndose en el calor y en el ruido. Una butaca rota, que al parecer había sido arrojada desde una ventana superior, había roto la verja que separaba ambos jardines. Mientras trepaba por ella echó un vistazo al mercado, tanto por su sentimiento de culpabilidad como por la esperanza de ver a quienquiera que la hubiera hecho venir hasta aquel lugar. Un par de personas la miraban, pero desde esa distancia parecían compadecerla; quizá creían que era una mendiga.

Tras saltar al suelo desde la butaca, avanzó con rapidez hacia el porche. Restos de basura se aferraban a las briznas de hierba descolorida (periódicos amarillentos, páginas rotas de un libro, una botella de jerez) o yacían en el sendero verdoso y desigual. Fragmentos del porche crujieron bajo sus pies cuando subió los escalones. Sí, la puerta estaba entreabierta. Al abrirla un poco más pudo ver que el suelo del vestíbulo estaba cubierto de polvo, aunque no había señales de pisadas.

De modo que eso era todo... ¿pero acaso había esperado otra cosa? Miró hacia el exterior, sintiéndose más aliviada que enfadada consigo misma. Puede que hubiera sido ingenua, pero todo había terminado. Seguía mirando el mercado, que ahora le parecía más pintoresco (y el ruido casi le resultaba soportable), cuando se sintió observada desde una de las ventanas que había junto al porche.

Se giró con tanta rapidez que estuvo a punto de caerse por las escaleras. Intentó sujetarse a una columna para recuperar el equilibrio y pudo sentir cómo se deshacía bajo sus dedos. Pronto descubrió que la forma de la ventana era una simple telaraña cubierta de grumos de polvo. Alcanzó a ver un borde de aquella masa gris deslizándose por el cristal antes de desaparecer.

Intentando relajarse, observó a la multitud que había bajo el paso elevado y le pareció ver un rostro que le resultaba familiar. Sí, una mujer de pelo canoso que iba vestida de negro la miraba desde una sombra que proyectaba el hormigón. Mientras Barbara se dirigía hacia la verja, la mujer se perdió entre la multitud.

Eso fue suficiente. Ahora recordaba su vaga sonrisa. Si lograba alcanzarla, aquella mujer no tendría muchas cosas de las que sonreír y sí de las que lamentarse. Pero Barbara, decidiendo que ya había perdido suficiente tiempo, se dirigió hacia Ladbroke Grove.

Cuando entró en la silenciosa estación tuvo la sensación de que su cabeza estaba vacía, de que era una campana oxidada carente de badajo que aún emitía un tañido metálico. En el metro limpió de polvo su ropa mientras pensaba en lo inquietante que era que, debido a su éxito, alguien que ni siquiera la conocía la odiara tanto como para hacerle daño de un modo tan cruel, pero al menos todo había terminado. Sin duda alguna, aquella mujer no se atrevería a hacer nada más, ahora que sabía que Barbara le había visto la cara.

Se sintió sorprendentemente alegre al llegar a Dover Street. Taxis negros como escarabajos avanzaban tan despacio por Bond Street y Piccadilly que pudo dejarlos atrás con facilidad. Se alegraba de estar de vuelta en su oficina. Allí todo estaba bajo su control, allí el juego tenía reglas.

Louise consultó su bandeja de mensajes.

–Fiona dice que lo siente, pero que se niegan a mantener su reserva para Italia.

–Serán capullos. Les encanta cumplir sus estúpidas normas, ¿verdad? –Ted y ella ya buscarían una solución–. ¿Qué más?

–Paul Gregory considera que los editores no deberían recibir un porcentaje de los derechos de la película. Final de los mensajes. El correo está encima de la mesa. Principalmente son obras rechazadas y un manuscrito. Ah...

Después del falso inicio del día, Barbara estaba impaciente por ponerse manos a la obra.

–Vamos, adelante.

–Me preguntaba si podría traer a Hannah de vez en cuando durante las vacaciones, cuando tenga que llevarla a alguna parte.

—Por supuesto que sí. ¿Por qué no ibas a poder hacerlo? —Barbara suponía que, después de haber leído el artículo, Louise no sabía si debía llevar a su hija a la oficina. Barbara tenía la impresión de que estaba demasiado ansiosa por olvidar los acontecimientos de la mañana, por sacarse a Angela de la cabeza. No debía darle más vueltas a aquel asunto: ya había conseguido aceptar que Angela había muerto hacía nueve años. Permitir que su sentido de la culpabilidad interfiriera ahora en su trabajo sería una burla, además de una injusticia para el recuerdo de Angela.

Arthur la miraba por encima del correo que descansaba en su escritorio. Lo acercó un poco más al teléfono para tener más espacio. Había cartas procedentes de América que expresaban su interés por *Un torrente de vidas*; un autor se quejaba de que una pequeña editorial lo había plagiado poco antes de entrar en bancarrota, para poder iniciar de nuevo el negocio bajo otro nombre; un agente le intentaba vender los derechos para Norteamérica que Barbara ya había vendido en uno de sus libros. Cuanto antes abriera una oficina en América, mejor. En un sobre había un manuscrito que había sido devuelto por una de las editoriales más importantes; sus páginas estaban desordenadas y decoradas con aros de café. En otro había tres libros de ejercicios escritos por un vicario de Cornualles: *La sal ha perdido su sabor, hip-hip-hip hurra*. La carta, escrita también con su letra impecable, decía lo siguiente: «He leído el artículo sobre usted del periódico del domingo y me preguntaba si podría dedicar un poco de tiempo a este librito que, aunque no siga la moda, espero que esté de acuerdo conmigo cuando le digo que es lo mejor para...». Desde que se publicó el artículo no había parado de recibir cartas de condolencia por Angela y manuscritos, la mayoría de los cuales estaban escritos con una tinta gris prácticamente invisible y nunca serían publicados: *La medusa Rapunzel, Ferribus al Erebo, El viejo cubierto de aceite*. Le enervaba pensar en la cantidad de creatividad frustrada que había en el mundo.

Bien, era un día de trabajo normal. Lo primero que haría sería aclarar las cosas con Paul.

—¿Quién es? —preguntó una voz infantil, cuando el teléfono dejó de sonar.

—¿Podría hablar con Paul Gregory, por favor? Soy Barbara Waugh.

—Es Barbara algo —gritó la niña.

Instantes después le atendió una voz de mujer.

—En verdad deseaba hablar con Paul —explicó Barbara—. Soy su agente, Barbara Waugh.

—En estos momentos no está. —La esposa de Paul se mostraba precavida—. ¿Quiere que le diga que la llame?

—Sí, por favor. Dígale que los americanos están ansiosos por tener su trilogía. Estarán haciendo cola cuando vaya a Nueva York.

—Eso tendrá que decírselo usted —replicó la señora Gregory, colgando el aparato. ¿Sería ella quien había conseguido que Paul cambiara de opinión respecto a los derechos de la película? ¿Ahora que su marido había empezado a ganar dinero, consideraba que su agente estaba desperdiciando demasiado? Barbara estaba impaciente por solucionar el malentendido, pero acababa de entrar Louise con el correo de la tarde: un nuevo manuscrito de Cherry Newton-Brown.

Leyó las primeras páginas y al instante se sintió animada; si el conjunto del libro era así de fascinante, ya tenían un ganador. Podría llevarse algunos capítulos al parque para leerlos. Sin dejar de leer, acercó la mano al teléfono para pedirle a Louise que fuera a buscarle un bocadillo (la novela, más que fascinante era irresistible), pero tardó unos instantes en darse cuenta de que su mano revoloteaba sobre el aparato. Entonces oyó que había alguien en la oficina exterior con Louise. Estaban discutiendo.

Barbara respondió en el mismo instante en que sonó el teléfono.

—La señora Margery Turner está en recepción —dijo Louise—. No tiene cita, pero insiste en hablar con usted.

—¿Qué quiere?

—Dice que tiene que decírselo en persona.

—Oh, es uno de esos. —Barbara recordó que el autor de un libro infumable había utilizado ese mismo truco en un intento de intimidarla para que publicara su obra—. ¿Crees que tiene algo que ofrecer?

—Yo diría que no.

–Dile que se ponga en contacto con nosotros por carta. Ah, y cuando te hayas deshecho de ella, ¿podrías bajar a buscarme un bocadillo? Cualquier cosa que tenga lechuga.

Intentó seguir leyendo, pero no podía concentrarse porque la señora Margery Turner seguía discutiendo con Louise, con un lento y confuso tono petulante. Barbara descubrió que estaba leyendo las mismas palabras una y otra vez: no podía evitar, no podía evitar... La disputa se interrumpió bruscamente y Louise entró en su despacho.

–Dice que no piensa marcharse –dijo en un susurro.

–Oh, por supuesto que lo hará. Ya he aguantado demasiadas tonterías por hoy.

Barbara avanzó a grandes zancadas hacia la oficina exterior; ya podía sentir lo fría y enérgica que sería su voz... pero se quedó inmóvil al llegar al umbral y ver su cabello blanco y teñido, su rostro redondo de adolescente y su vaga sonrisa.

## 10

Barbara tenía claro lo siguiente: si aquella mujer tuviera algo que ver con las dos llamadas telefónicas no habría venido a aquel lugar..., y menos aún sabiendo que estaban allí Louise y ella. Sin embargo, su presencia reabrió muchas cuestiones que ya consideraba cerradas. No sabía qué decir. Solo era capaz de mirar fijamente a Margery Turner, sintiéndose nerviosa y muy frágil.

–¿Podría hablar con usted en privado? –preguntó la mujer.

Barbara recuperó parte del control. Al fin y al cabo, esa era su oficina.

–Eso depende de lo que desee.

–Lo mismo que usted. Lo mismo que está buscando.

–¿Y podría decirme qué es?

–Ya lo sabe. Por eso fue a aquella casa.

–Puede que no lo sepa. –Aquella conversación era cada vez más insustancial–. Quizá usted podría explicármelo.

La mujer la miró recelosa.

–Lo haré si eso es lo que quiere... ¿Pero no podríamos hablar en privado?

Lo principal era descubrir qué quería, qué sabía, pues Barbara tenía la impresión de que ella no sabía nada de nada.

–Tengo que salir –dijo con brusquedad–. Puede bajar conmigo si quiere.

Mientras cogía el bolso, los ojos de Arthur centellearon a modo de advertencia. Debía de ser un efecto del reflejo de la luz del sol en el cristal.

–Estaré fuera aproximadamente una hora. –Tras despedirse de Louise, salió rápidamente de la oficina, para no poder reconsiderar lo que estaba haciendo.

–No quería hablar demasiado delante de ella –comentó Margery Turner en las escaleras–. No me gustan las personas que te tratan como si fueras un criminal. Cuando dije que estaba buscando lo mismo que usted, intentaba decirle que las personas de esa casa también me robaron a mi hija.

Barbara no reaccionó. No debía revelar nada hasta que supiera a qué estaba jugando aquella mujer. Quizá había alguna forma de conseguir que le hablara con más libertad.

–¿Por qué no hablamos de ello durante la comida?

Condujo apresuradamente a Margery Turner hacia Mayfair; a continuación descendieron Hay Hill y cruzaron Lansdowne Row, donde el canalón que separaba la acera parecía una grieta abierta por el calor. Pasear por Curzon Street, entre los edificios bicolors de ladrillo rojo y beis, era como entrar en un horno; incluso podía oler los muros cociéndose. Junto a la gran media concha de piedra de la Iglesia Científica de Cristo había una barbería que olía a loción de afeitado, y en cuya ventana había expuestas decenas de brochas de afeitar que parecían anémonas encalladas y disecadas.

De camino al restaurante Barbara se sentía incapaz de conversar, pero sabía que era una mala estrategia mantener aquel silencio abrumador.

–¿Qué sabe sobre las personas de aquella casa? –preguntó, pues consideraba que era una pregunta bastante vaga que no pondría de manifiesto su ignorancia–. ¿Dónde están ahora?

–Le enseñaré la carta cuando nos sentemos. –La voz de Margery Turner era tan lenta como su voluminoso cuerpo–. Supongo que se preguntará cómo fui capaz de ponerme en contacto con usted.

–Bueno, sí –respondió Barbara, aunque tenía tantas otras preguntas en la cabeza que no había pensado en esa en concreto.

–Me temo que la he seguido hasta su oficina. No me gustan las personas que hacen este tipo de cosas, pero sentía que debía hacerlo. Verá, cuando apareció en mi calle, la reconocí por las fotos. Leí aquel artículo sobre usted en la biblioteca, de modo que cuando la vi entrar en aquella casa supe que estaba buscando.

Aquello no tenía ningún sentido.

–¿Qué creyó que estaba buscando?

–A su hijita, por supuesto. –Aunque su vaga sonrisa no había desaparecido ni por un instante, sus ojos parecían recelosos, desconfiados–. Lo siento, pero he olvidado su nombre.

–Se llama Angela, ¿pero por qué pensó que estaba buscándola si fue asesinada hace nueve años?

–¿Qué quiere decir? –La mujer parecía indignada–. ¿Quién lo dice?



–Por ejemplo, el escritor del artículo que leyó –respondió Barbara, como una especie de triunfo amargo.

De repente volvía a estar segura de que Margery Turner era quien había efectuado las llamadas telefónicas... pero entonces advirtió su desconcierto.

–No leí esa parte; solo lo de Angela. No tenía ninguna razón para estar interesada en usted, ¿sabe? –dijo con petulancia–. Parte del personal de la biblioteca me trata como si estuviera allí para robar los libros, así que no es extraño que pasara por alto esa parte.

Era demasiado torpe para ser una mentira.

–De todos modos –continuó–, usted no cree que esté muerta, pues de otro modo no habría ido a esa casa.

–No me apetece hablar de eso ahora –dijo Barbara, a falta de una respuesta mejor, mientras la guiaba por la arcada que conducía a Shepherd Market, que era apenas más grande que una puerta. En el centro de la pequeña plaza adoquinada, una prostituta vestida con un abrigo de pieles muy corto estaba apostada junto a un grupo de cabinas telefónicas de un color rojo menos brillante que su lápiz de labios.

–Pensé que podríamos ayudarnos mutuamente –dijo Margery Turner.

Aquellas palabras le parecieron funestas.

–Seguramente, la policía podrá hacer más que yo.

–¿La policía? –Su sonrisa se volvió amarga–. No hará nada, porque Susan tiene más de diecisiete años. Dicen que no creen que esté en peligro, que esas personas solo quieren mantenerla alejada de mí. Ya sabe cómo suelen tratarnos a las madres que estamos solas. Ya no sé a quién acudir.

–Bueno, al menos puede hablarme de ello –respondió Barbara con cautela, mientras la conducía hacia el restaurante.

Fotografías enmarcadas y amarillentas como la piel vieja remendaban la pared que se alzaba junto a las pronunciadas escaleras. En el exterior, el sol brillaba con tanta fuerza que la tenue luz anaranjada del restaurante apenas se percibía. Barbara se dirigió hacia una mesa diminuta, sintiendo que estaba caminando sobre mermelada.

Un camarero las atendió en el acto. Margery lo miró, desafiándolo a echarla.

–Tomaré lo mismo que usted –dijo, cuando Barbara le preguntó qué le apetecía comer.

Pronto llegó el vino. Margery, que se mostraba reacia a hablar, miraba constantemente a los comensales más próximos, cuyas chaquetas colgaban del respaldo de sus sillas. Tras dar un largo trago a su bebida, se inclinó hacia delante.

–Quiero ser sincera con usted –anunció–. No robaron a Susan del mismo modo que robaron a su hija. Susan escapó de casa.

Barbara solo pudo asentir, pero, al parecer, fue suficiente.

–No podía soportar a las personas de nuestro barrio –continuó Margery–. No eran mayores que usted o yo, pero parecían de la época victoriana. Si habías cometido un error y después no habías podido casarte, te trataban como a una leprosa. Susan solía decir que para ellos no había nada que mereciera la pena, excepto ellos mismos.

Apartó el plato de salchicha suiza y vació su vaso, que Barbara se apresuró a rellenar.

–Susan era una artista, ¿sabe? Era brillante, pero nunca hizo nada por sí misma. Yo no hacía más que insistirle en que fuera a una escuela de arte... Oh, debí de repetírselo cada día durante más de un año. Verá, yo nunca fui demasiado buena en el colegio y no quería que acabara como yo. Cuando se escapó de casa, pensé que habría ido a una escuela de arte... hasta que recibí la carta. Entonces supe que se había ido por culpa de los vecinos. Aunque ella no lo dijo así, sé que los artistas son incapaces de soportar a las personas falsas.

–Iba a enseñarme una carta –comentó Barbara.

–Oh, no me refería a esa. Esa solo la escribió para hacerme saber que estaba bien... o al menos, eso era lo que decía, aunque si no hubiera deseado ocultar algo, habría incluido su dirección, ¿no cree? Le mostré la carta a la policía, pero no hicieron nada por ayudarme. Se supone que ahora todos somos iguales, pero nos tratan a todas como estúpidas, menos a la reina y a la primera ministra. –Ante esta pequeña broma, Barbara prefirió no sonreír.

La mujer buscó algo en su deshilachado bolso negro.

–Esta es la carta a la que me refería. La envió a la casa equivocada; había olvidado dónde vivía. Fue entregada justo al otro lado de la calle, pero no me la trajeron, sino que tacharon la dirección y volvieron a echarla al buzón. Ese es el tipo de cosas que tengo que soportar. Si me la hubieran traído, habría encontrado a Susan mientras todavía estaba en aquella casa.

Le tendió la última página de la carta, que tenía algo dibujado en el dorso. La letra, grande e infantil, resultaba fácil de leer bajo aquella luz de color mermelada. Margery se acercó un poco más, lista para retirar la carta en cuanto Barbara terminara de leerla.

«pero ahora puedo tomar drogas o dejarlas, como los hombres o las mujeres o, para el caso, como la vida... de modo que estaba preparada para trasladarme cuando conocí a las personas con las que estoy ahora... no te gustaría ni comprenderías lo que hacen, pero ni siquiera nosotros lo entendemos por completo... no sabremos qué es hasta que lo hayamos hecho, pero no me importa... al menos veremos lo que nadie ha visto antes... se supone que no debo hablarle a nadie de ello, pero decidí ponerme en contacto contigo para que supieras que no estoy muerta... se supone que tampoco debo utilizar mi nombre, pero lo haré por si lo has olvidado... eso es todo de

Susan la bastarda»

Barbara se sentía muy incómoda. La carta era desagradable, ¿pero acaso demostraba algo? La giró para mirar el dibujo, que reconoció al instante: el mercado bajo el paso elevado, el edificio con la puerta tapiada, hileras de casas adosadas que se perdían en la nada. Un rostro miraba hacia el exterior desde una de las ventanas superiores de la casa. Sus ojos eran unos círculos vacíos y diminutos completamente carentes de expresión.

Margery escondió la carta rápidamente en su bolso y miró recelosa al camarero que estaba pasando junto a la mesa en aquel momento.

–No se deje engañar por su forma de hablar. En mi opinión, solo intentaba escandalizarme. Solo quiero que piense en lo que dice. Esta carta es un grito de socorro. Se supone que no puede escribir a nadie ni utilizar su propio nombre; no puede alejarse de esas personas por mucho que lo desee... Usted es consciente de ello, ¿verdad? No podía decir dónde estaba, así que dibujó la casa porque dibujar no es lo mismo que decir. En cuanto empiezan a tomar drogas, sus mentes dejan de ser como las nuestras.

Barbara podía imaginar a aquella mujer leyendo con atención la carta, descubriendo nuevos detalles en cada lectura.

–¿No cree que está dando por supuesto demasiadas cosas? Es decir...

–No tiene por qué creerme, pero hay alguien que está de acuerdo conmigo. Quizá, debería conocerla.

–Puede que lo haga. ¿De quién se trata?

–Se llama Gerry Martin. Usted sabe quién es, ¿verdad? Debería conocerla, puesto que es escritora.

–Durante unos instantes, Margery volvió a mostrarse recelosa—. Bueno, quizá no es de esos escritores con los que usted se relaciona, porque escribe para los periódicos. Ha escrito muchísimos artículos sobre sectas que separan a los jóvenes de sus familias, así que me puse en contacto con ella. Considera que las personas que tienen a Susan se trasladaron porque ella me dijo dónde estaba. Ahora, la señorita Martin está intentando encontrarlas.

–Bueno, entonces alguien la está ayudando.

–No puedo quedarme de brazos cruzados y dejar que ella haga todo el trabajo. ¿Usted lo haría? –preguntó, haciendo que Barbara recordara aquellas semanas vacías y enervantes que estuvo esperando en su hogar de Otford—. Cuando encontré aquella casa gracias al matasellos y descubrí que estaba vacía, empecé a deambular como una perturbada, como una de esas ancianas que caminan por la calle sin ningún lugar adonde ir. Entonces encontré una habitación libre en la calle en la que tropecé con usted y, ¿sabe?, realmente sentí que Dios la había puesto allí. Cada día voy a la casa que hay junto al

paso elevado y me quedo allí el máximo de tiempo posible, por si acaso. Susan sabe que ese es el único lugar en donde puedo buscarla.

De momento, Barbara no sentía más que compasión.

—¿Ha entrado alguna vez en esa casa?

—No me atrevo a hacerlo, por si alguien hace que me arresten. Le sorprenderá saber que hay mucha gente así. Pero podríamos entrar juntas. A usted la crearán.

De modo que era eso lo que quería, pensó Barbara con ironía. Le resultaría bastante sencillo negarse, utilizando como excusa las presiones de su trabajo, y estaba a punto de hacerlo cuando un pensamiento extraviado le hizo cambiar de opinión. ¿Y si las personas a las que estaba buscando Margery eran las mismas que habían secuestrado y asesinado a Angela? ¿Y si el propósito de las dos llamadas telefónicas había sido el de alertarla de su existencia, aunque fuera de forma indirecta? ¿Y si la persona que la había llamado no se había atrevido a ser más explícita? Si entraba en aquella casa tendría una oportunidad, por pequeña y tardía que fuera, de compensar lo negligente que había sido con Angela.

—De acuerdo —dijo, sin estar del todo segura de sí misma ni de cómo se estaba implicando—. No creo que eso nos haga ningún daño. Hoy y mañana estoy muy ocupada, pero mañana por la tarde estaré libre. La recogeré en su piso sobre las siete.

—Es el número ocho, piso tres. Mi nombre no aparece en el timbre. No tiene ningún sentido permitir que la gente averigüe demasiadas cosas sobre ti. —Oscureció sus ojos con rimel mientras Barbara pedía la cuenta—. Oh, déjeme pagar la mitad —dijo de forma demasiado mecánica, como si no quisiera dejar ninguna duda de que esperaba que Barbara rehusara su ofrecimiento.

Mientras pagaba, Margery se dirigió hacia las escaleras. Al llegar allí, tropezó y estuvo a punto de hacer caer al suelo un abrigo que descansaba en el respaldo de una silla. Se apresuró a subir los escalones, sonriendo a modo de disculpa. El vino había ayudado a que se le soltara la lengua, pero Barbara se preguntó si habría omitido algo.

—Aunque no encontremos nada en esa casa podríamos ayudar a Gerry Martin —comentó, cuando Barbara se reunió con ella en el exterior—. Así seríamos más para investigar. La única pega es que yo no puedo pagar demasiados viajes.

—Ya veremos qué sucede —respondió Barbara, sintiendo que estaba siendo arrastrada hacia el fondo demasiado rápido.

La observó mientras se alejaba por el pequeño laberinto de calles laterales y entonces se dirigió hacia Curzon Street. Tendría que inventarse una historia plausible que contarle a Louise, algo que no la obligara a revelar la verdad, porque ahora que pensaba en ello, no tenía ni idea de qué estaba haciendo ni por qué.

## 11

Margery se sentó en la cama y miró por la ventana: sobre las casas desconchadas y descoloridas, el color azul empezaba a borrarse del cielo. Un hombre y una mujer discutían en las proximidades. Estaba leyendo una novela que trataba sobre una joven y brillante actriz que utilizaba su talento para robar, seducir, chantajear y abrirse paso por la sociedad internacional. Era un libro pensado para aquellos a quienes les gustaba imaginarse en el papel de criminal, aunque necesitaban creer que ni a ellos ni a nadie podía sucederles nada similar, y estaba dedicado a la agente del autor, Barbara Waugh.

¿Dónde estaba Barbara? A juzgar por el tono del cielo, ya se estaba retrasando. Margery se asomó a la ventana. Las casas blancas pendían como sábanas agujereadas sobre las grises aceras. El hombre ya había dejado de gritar, pero ahora la mujer estaba chillando; dos hombres paseaban por la calle, ignorando los gritos. A Margery le gustaba que cada cual se ocupara de sus propios asuntos, pero en ocasiones tenía la impresión de que en aquel barrio lo hacían demasiado bien.

Deslizó el libro bajo la cama para dejarlo con los demás. Se había cansado de leerlo, estaba cansada de mentiras. Susan observaba la habitación desde el estrecho estante que se alzaba sobre la cama. Allí, el sol nunca la alcanzaba. No parecía estar envuelta en cristal, sino en niebla, entre las sombras o las manchas de humedad que ensuciaban el techo. Cuando Margery encendía la polvorienta bombilla, las manchas oscuras permanecían, pero Susan era eliminada por una cuchillada de luz en el cristal.

Susan sostenía en sus brazos el libro de Picasso que había elegido como premio escolar. A Margery no le había gustado la mayoría de los cuadros que aparecían en él, pues consideraba que se parecían a las cosas que pintaban los vándalos en los muros. Sin embargo, ella nunca había tenido madera de artista... y era consciente de que aquel libro podía ayudar a Susan a desarrollar su arte.

¡Si tan solo hubiera seguido por aquel camino! Margery había intentado animarla, pero su hija siempre había ignorado los regalos que le llevaba a casa. Antes de abandonar la escuela había empezado a dar la espalda a todo aquello que su madre quería que fuera. Había tardado demasiado en darse cuenta de que la gente estaba poniendo a Susan en su contra, recordándole los errores que estaba cometiendo como madre. Este hecho quedó confirmado cuando advirtió que eran tantas las personas (los vecinos, la policía) que parecieron complacidas cuando Susan la abandonó.

Y quizá Barbara Waugh era una de ellas. Había sido muy generosa con el vino, pero, tal vez, solo lo había hecho con el objetivo de que pasara por alto ciertas cuestiones en las que debería haber indagado. ¿Cómo era posible que supiera tan poco sobre las personas que vivían en la casa abandonada, cuando ella había sabido lo suficiente como para ser capaz de rastrear a su hija hasta allí? ¿Qué había querido decir con eso de que Angela había sido asesinada? Quizá solo había fingido ser comprensiva para que Margery no le hiciera demasiadas preguntas.

Aquel día había ido a la biblioteca para leer el artículo sobre Barbara Waugh, para ver si realmente decía que Angela había sido asesinada, pero cuando había dicho que desconocía la fecha en que fue publicado, el personal la había tratado como si fuera analfabeta. No lo conservaban, le dijeron sin consultarlo. Se alegraba de haber robado la copia que tenían del libro que había visto en el despacho de Barbara, pues jamás le habrían permitido llevárselo en préstamo, pero este no le había proporcionado ninguna información sobre Barbara Waugh. ¿Cómo podía estar segura de las intenciones de aquella mujer? ¿Realmente vendría?

La melodía de *Los ángeles de Charlie* sonaba estruendosamente en el piso de al lado. En el pasado, cuando había podido permitirse alquilar un televisor, miraba esa serie con cierto desdén, porque aquellas mujeres le parecían excesivamente impecables, valientes e irreales..., aunque siempre había deseado ser capaz de enfrentarse a los problemas con su misma habilidad. Por supuesto, los problemas a los que se enfrentaban no eran los de la vida real, pues eso habría sido demasiado desalentador. Ahora le estaban recordando que debería estar decepcionada, porque aquella música indicaba que eran las ocho en punto y que Barbara Waugh no iba a venir.

Había perdido la tarde. Si en aquella casa había algo que debía ser encontrado, ese algo permanecería escondido mientras se llevaban a Susan aún más lejos. Todos tenían razón: Margery era una madre pésima; nunca podría hacer nada por salvar a su hija.

De repente recuperó las fuerzas. Habían estado a punto de conseguirlo, pero ella era la única persona a la que no podían poner en contra de Margery Turner. Habían estado a punto de convertirla en la persona que todos querían que creyera que era, pero no estaba dispuesta a dejarse ganar con tanta facilidad, no cuando Susan estaba en peligro. Como el mercado ya estaba cerrado, no habría nadie que se preguntara qué estaba haciendo en aquella casa vacía. Que la detuvieran: ahora tenía la segunda carta de Susan para demostrar por qué estaba allí, ahora tenía una explicación igual de buena que cualquier otra que Barbara Waugh pudiera aportar.

Y Barbara Waugh la ayudaría si era necesario. Testificaría a su favor pues, al fin y al cabo, ella también había entrado en aquella casa. Puede que pensara que se había librado de Margery mintiéndola, pero su forma de comportarse delante de la recepcionista reflejaba que tenía algo que ocultar... y Margery se apoyaría en eso si fuera necesario. Se sonrió a sí misma en el espejo que había sobre la pila, que colgaba de la desconchada pared mediante un tornillo oxidado, se maquilló los ojos y salió a la calle.

Excepto por el estruendo del tráfico en el paso elevado, las calles estaban más silenciosas que durante el día. Ahora que la luz había remitido, todo tenía la oportunidad de ser como era en realidad. Margery podía mirar directamente las casas blancas y ver todas y cada una de las líneas de argamasa del afilado friso de las chimeneas. *Los ángeles de Charlie* estaban detrás de cada ventana abierta por la que pasaba.

Ahora que no había mercado, la calle Portobello parecía mucho más grande. Los escaparates estaban tan tranquilos como las vitrinas de un museo, aunque con más polvo. Se detuvo bajo el paso elevado, entre basura que dormitaba caprichosamente, y contempló la casa que había más allá de la puerta tapiada. No debía perder los nervios. Puede que no encontrara nada en la casa, pero aun así habría demostrado que podía enfrentarse sola a todo aquello, que no necesitaba depender de otras personas cuando todas ellas eran tan poco dignas de confianza. Fijó esta idea en su mente y se obligó a reaccionar.

El estruendo interrumpió sus pensamientos. Avanzó un poco más hasta que se hizo realmente doloroso, porque de lo contrario se habría visto obligada a retroceder. Era como si el sonido estuviera dentro de su cabeza y explotara hacia fuera. Se encaramó a la butaca que había caído sobre la verja que separaba los jardines y avanzó torpemente hacia el porche, para refugiarse del ruido. Ya no le importaba que alguien la viera.

Al ver que la puerta principal estaba cerrada vaciló, porque estaba segura de que Barbara Waugh la había dejado abierta de par en par. Sin embargo, la puerta se abrió con facilidad, revelando un pasillo que conducía hacia la cocina, tras dejar atrás una escalera. Desde el umbral de la cocina podía ver una ventana tras la que ardía lentamente un montón de basura. A ambos lados del vestíbulo se abrían sendas puertas. El suelo, las escaleras y la moqueta (que era demasiado estrecha y corta para las escaleras) estaban descoloridas por el polvo.

Cuando dio un paso adelante, el ruido la acompañó. Sentía el polvo crujiendo bajo sus pies, pero era incapaz de oírlo. Al mirar hacia abajo vio que sus huellas la seguían. No había ninguna marca en el polvo que se extendía ante ella. Sintióse satisfecha consigo misma por ser capaz de pensar a pesar del estruendo, cerró la puerta principal y cruzó rápidamente el vestíbulo.

La cocina era una aglomeración de puertas cerradas: las de los armarios, la de una nevera estropeada y la de una cocina desconchada y separada de la pared, de la que colgaban los cables. El horno estaba vacío, pero había un objeto podrido inidentificable en el fondo de la nevera. Cuando logró abrir los armarios, haciendo que sus puertas correderas molieran el polvo, encontró diversos tarros que parecían recubiertos de pelaje gris.

Regresó al vestíbulo. El ruido era monótono pero omnipresente, un medio en el que la casa se estaba sumergiendo. Mientras se dirigía a la cocina había echado un vistazo a las habitaciones que se abrían a ambos lados del pasillo, y que medían de largo lo mismo que la casa y estaban completamente vacías, excepto por el polvo. De repente se detuvo con el corazón palpitando dolorosamente..., pero la masa gris y grumosa que acababa de ver en el interior de la habitación de la derecha no era ningún animal, sino una confusión de telarañas y polvo o el relleno de una silla. Sorteándola, entró en la sala.

No había ningún lugar en donde buscar. Aparte de una chimenea que antaño había estado pintada de blanco, aquella estancia carecía por completo de rasgos distintivos. Motas de ceniza negra y aceitosa volaron hacia ella cuando se inclinó sobre la rejilla del hogar. Regresó al vestíbulo, ignorando la agitación de la masa de telarañas.

La habitación que había al otro lado del vestíbulo estaba vacía. El bastidor de la ventana del fondo yacía roto en el suelo. Si el conjunto de la casa estaba tan vacío como aquello, ¿de qué iba a servirle buscar? No lo sabría si no echaba un vistazo. Además, ¿por qué iba a darle miedo subir? No tenía ninguna importancia alejarse un poco de la puerta principal, sobre todo cuando era obvio que la casa estaba abandonada.

Sin embargo, subió las escaleras con la sensación de que alguien la observaba, alguien que estaba completamente inmóvil, escondido en alguna parte. Cualquiera sentiría algo similar en una casa abandonada. El olor del polvo se congregaba en sus fosas nasales; la atmósfera era gris, apagada e inquietante. En lo alto de las escaleras, un cable recubierto de polvo marrón oscilaba de forma prácticamente imperceptible.

Todas las puertas de la primera planta estaban abiertas. El cuarto de baño contenía un inodoro reseco por el que se movía una araña, y en el suelo había una placa del tamaño de un ataúd que indicaba el lugar que ocupara la bañera. Las dos habitaciones de mayor tamaño estaban completamente vacías. Telarañas rotas colgaban de los techos o se aferraban débilmente a las paredes.

Se alegraba de no tener que demorarse en las habitaciones, pues se había sentido muy nerviosa cuando no había podido ver las escaleras. De todos modos, las únicas huellas que ascendían hacia ella eran las suyas, y no había marcas en el siguiente tramo de escaleras. Empezaba a sentirse irritada: ¿era posible que Barbara la hubiera engañado, haciéndola venir sola a ese lugar solo para que aprendiera a no molestarla? Solo estaba intentando convencerse a sí misma de que no debía subir al piso superior; eran los nervios los que le hacían sentirse tan irritable. Miró con el ceño fruncido a su alrededor, como si eso fuera a espantar su nerviosismo, y subió corriendo las escaleras.

Estaban más oscuras que el resto de la casa. El calor y el polvo parecían haberse congregado en aquel lugar, una atmósfera oscura y opresiva bajo el techo. Mientras subía, iba cogiendo breves y rápidas bocanadas de aire, pero tenía la sensación de que sus fosas nasales estaban obstruidas. De repente recordó lo que había visto desde el exterior de la casa: la ventana de la derecha del piso superior estaba tapiada, por eso estaba tan oscuro. Esperaba no tener que entrar en esa habitación.

Pero por supuesto que tuvo que hacerlo, aunque desde el umbral podía ver que estaba más oscura de lo que debería. La ventana delantera estaba tapiada, ¿pero por qué no entraba ninguna luz por la del fondo? Observó inquieta la oscura escalera y, tras comprobar que en ella solo estaban sus pisadas, se obligó a sí misma a entrar en la habitación.

Al otro lado de la puerta había un pasadizo tan estrecho como una cabina telefónica. En un principio pensó que sería un efecto de la oscuridad, pero después advirtió que la habitación se encontraba al otro lado de una puerta que se abría al final de aquel breve pasaje. La habitación estaba más oscura que el pasadizo, y en cuanto avanzó unos pasos supo por qué: la ventana posterior también estaba tapiada.

Mientras palpaba la pared en busca de un interruptor, pensando que si la zorra de Barbara no la hubiera decepcionado en esos momentos no estaría pasando tanto miedo, el olor empezó a introducirse por sus fosas nasales. Era demasiado débil para poder definirlo, pero sumamente horrible. Por un momento pensó que estaba atrapada, que la puerta que conducía a las escaleras se cerraría, aprisionándola entre la oscuridad y aquel hedor. Nadie podría oír sus gritos. Avanzó dando bandazos hacia el descansillo y cerró la puerta con tanta fuerza que el portazo resonó sobre el omnipresente ruido y se extendió por toda la casa.

Susan había vivido en aquel lugar. Su consternación era tan intensa, aunque tan inespecífica, que temió haber enfermado. Fue esa misma consternación la que la obligó a entrar en la última habitación vacía, aunque era obvio que allí no encontraría nada. Miró, de forma impulsiva, por la ventana posterior. Detrás de la casa había una bañera prácticamente enterrada bajo un montón de escombros humeantes que parecían proceder de todas las casas. Si había algo que encontrar, puede que estuviera en ese montón.

De pronto se dio cuenta de que si la puerta que conducía a la habitación tapiada se abría, no sería capaz de oírlo. No sabía por qué le inquietaba tanto esa idea, pero mientras regresaba apresuradamente al descansillo, un tablón se movió bajo sus pies. ¿El ruinoso suelo estaría cediendo? Estuvo a punto de caer, y así fue como alcanzó a ver el trozo de papel que se ocultaba bajo el tablón suelto.

Su emoción se desvaneció en cuanto descubrió que era una página arrugada que había sido arrancada de un libro; una página idéntica a las muchas que ensuciaban el jardín delantero. De todos modos, la recogió y planchó sobre el suelo. Procedía de un libro llamado *Filósofos de alcoba* y describía la tortura de una madre. A través del delgado papel podía ver que había una ilustración al otro lado de la página. Si era tan desagradable como el texto, Margery no deseaba verla, pero entonces recordó que aquel libro formaba parte de la vida de su hija. A regañadientes, dio media vuelta al papel.

El dibujo no ilustraba el texto, sino que era uno de los retratos de Susan. Tras leer las palabras que su hija había garabateado a modo de leyenda, observó el rostro bosquejado. Aquello era más de lo que esperaba encontrar. Ahora, Barbara Waugh no podría negarse a ayudarla.

De repente sintió miedo. Por alguna razón estaba segura de que no debía sacar de la casa aquel dibujo, de que el simple hecho de haberlo encontrado la había puesto en peligro. Todos los temores que habían serpenteado por su ser desde que había entrado en la casa la aguardaban en el descansillo. Tenía que salir rápidamente de allí, antes de que el miedo se lo impidiera.

La puerta de la habitación tapiada continuaba cerrada. Corrió escaleras abajo, asustada por el sonido de sus propios pasos. El estruendo del paso elevado le impedía oír nada, ¿pero alguien podía oír sus pisadas? Tenía la impresión de que algo la amenazaba, algo diferente al calor y al polvo.

Al llegar al siguiente descansillo se detuvo y miró a su alrededor. Las huellas que había dejado en el polvo descendían, insinuando lo sencillo que sería desandarlas; pero parecían desdibujadas, como si algo hubiera pasado sobre ellas. Quizá había sido una ráfaga de aire o quizá, pensó desesperada, antes también habían tenido ese mismo aspecto. Cuando estuviera fuera de aquella casa tendría tiempo de sobra para preguntárselo.

En el rellano tropezó y se aferró a la barandilla para no caerse, clavándose profundamente una astilla en la palma de la mano. Se vio obligada a detenerse: el polvo parecía haber invadido de tal forma sus pulmones que en ellos no quedaba espacio para el aire. Solo quedaba un tramo más de escaleras. Ya podía ver la puerta principal, pero también podía ver el umbral en el que se había congregado la masa de telarañas... y la masa de telarañas ya no estaba allí.

Se giró sin saber por qué, estrujando la página que llevaba en la mano. Era obvio que no había oído ningún ruido. Puede que una corriente de aire se hubiera llevado la masa gris de la entrada... y quizá era una corriente de aire o algo similar lo que estaba haciendo que *aquello* descendiera por las escaleras, hacia ella. En la habitación de la planta inferior le había recordado a un animal, pero ahora parecía un feto apenas formado, cubierto o compuesto de telarañas y polvo. Se movía con tanta rapidez que ya había trepado por su cuerpo y estaba a punto de llegar a su cabeza antes de que Margery pudiera empezar a gritar.

## 12

El coche de Barbara se detuvo antes de que pudiera abandonar el estacionamiento, situado bajo el Barbican. Lo usaba tan pocas veces desde que vivía en Londres que había tenido varias semanas para estropearse. Hoy había decidido utilizarlo para no llegar tarde a su cita con Margery, pero ahora no podía abandonarlo porque se había quedado parado en medio de la rampa.

Tardó más de diez minutos en encontrar a alguien que la ayudara a moverlo: un hombre con gafas y americana de cuadros que estaba visitando las ruinas del bastión medieval, y que se mostró bastante reacio a bajar las escaleras con ella. Cuando por fin lograron estacionar el vehículo en un espacio vacante, Barbara, sudorosa y falta de aliento, frotó sus ennegrecidas manos contra sus vaqueros. Por lo menos llevaba ropa adecuada para explorar la polvorienta casa.

Cruzó corriendo el Barbican, dirigiéndose hacia la estación. Le había dicho a Margery que la recogería sobre las siete, pero ya eran las ocho menos veinte. Si pudiera llamarla por teléfono cancelaría la cita, pues el día ya había sido bastante complicado sin aquella absurda expedición..., pero necesitaba verla para formularle la pregunta que debería haberle hecho el día anterior.

En la oscuridad del otro lado del andén, los trenes perseguían sus colas por Circle Line. La llevarían a Notting Hill, pero no a Ladbroke Grove. ¿Debía coger uno y recorrer a pie el resto del trayecto? Estaba segura de que sería mucho más rápido coger un metro de la línea Metropolitan, aunque eso significaba que tendría que esperar en el andén vacío y reflexionar sobre lo que había hecho Paul Gregory.

A las ocho menos cuarto se montó en un tren. Las estaciones fueron quedando atrás en silencio. A medio camino, cuando dos americanos con gorras de cazador se aparearon en Baker Street, aún le quedaban cinco paradas. Al menos, el libro de Newton-Brown era mejor de lo que esperaba, y pronto se rindió a él. *La sal ha perdido su sabor* parecía una primera señal de locura del vicario, que murmuraba para sus adentros.

A las ocho y diez empezó a subir a todo correr las escaleras mecánicas de Ladbroke Grove, aunque una parte de ella estaba segura de que lo que estaba a punto de hacer era absurdo. ¿Qué sentido tenía explorar la casa abandonada? El día ya había sido bastante complicado: un amigo suyo que trabajaba como editor le había dicho que Paul Gregory había almorzado con Howard Eastwood, un agente rival. Esa era la razón por la que estaba poniendo objeciones a los contratos, por la que no atendía a sus llamadas.

Pero ahora el problema más inmediato era Margery. Barbara recorrió apresuradamente las blanquecinas calles. Un polvo calcáreo soplaba contra su rostro y los edificios parecían aparatos de radio, cuyas emisiones escapaban de una ventana a la siguiente. Cuando llegó a casa de Margery (número ocho, tercer piso) llamó al timbre.

Se sintió momentáneamente aliviada al no recibir respuesta, ¿pero por qué? Tenía que reunirse con ella, averiguar cómo podía ponerse en contacto con Gerry Martin. Louise había llamado al Servicio de Información del *Daily Telegraph*, pero le habían dicho que el nombre de esa periodista no constaba en ningún periódico. Puede que esa mujer hubiera logrado seguir la pista a las personas que habían vivido en aquella casa, a las personas que, quizá, habían asesinado a Angela.

Tras llamar varias veces al timbre sin recibir respuesta se dirigió hacia el paso elevado pensando que, quizá, Margery la estaba esperando en las inmediaciones de la casa abandonada. No la vio por ninguna parte. ¿Acaso estaba en el interior? Ahora que había llegado hasta allí, podía entrar a echar un vistazo y acabar con todo aquello de una vez.

Se estaba preparando para la embestida del ruido cuando apareció un coche de policía procedente de Ladbroke Grove. Barbara dio media vuelta con rapidez y fingió que paseaba bajo el paso elevado hasta que el vehículo desapareció. ¿Por qué se había puesto tan nerviosa al verlos si no la habían visto entrando en la casa? Sus movimientos furtivos la irritaban. Avanzó a grandes zancadas hacia la butaca rota.

Aparte del ajetreo del tráfico sobre el paso elevado, no percibió movimiento alguno. Tras abrirse paso entre la árida hierba marchita y las páginas diseminadas de uno o varios libros, subió los escalones del porche, empujó la puerta para abrirla y ya estaba prácticamente en el interior de la casa cuando la vio.



Margery yacía en medio del primer tramo de escaleras. Durante un grotesco momento tuvo la impresión de que estaba apoyada sobre su cabeza, que había quedado doblada hacia atrás sobre el escalón inferior a aquel en el que descansaban sus hombros. La falda le caía sobre el tórax, revelando un atisbo de su pálido muslo sobre las medias blancas, y la mano derecha había quedado atrapada bajo el cuerpo. Parecía estar sonriendo, pues sus labios se habían torcido en una mueca que mostraba sus dientes.

Barbara corrió hacia la verja, intentando pensar. ¿Alguno de los teléfonos públicos funcionaría o tendría que pedirle a alguien que la dejara llamar? Al ver el coche de policía empezó a ondear un brazo frenéticamente, mientras intentaba encaramarse a la tambaleante butaca utilizando el que tenía libre. El vehículo empezó a aproximarse a ella antes de que pudiera preguntarse cuánto tendría que explicar.

El policía, que era joven y que, como la mayoría, llevaba un bigote que le hacía parecer mayor, cruzó de un salto la puerta tapiada y estuvo a punto de perder el equilibrio. Al instante, su rostro se convirtió en una máscara que le advirtió que lo tomara con seriedad.

–En esta casa hay una mujer –gritó Barbara–. Creo que está muerta, que se ha desnucado.

El policía le indicó que lo acompañara al interior. El bolsillo de su pecho crujía y murmuraba. En cuanto vio a Margery, cogió la radio y llamó a una ambulancia. Barbara dio la espalda a las escaleras, pues el polvo que revoloteaba sobre la boca abierta de Margery le recordaba a las moscas.

Tras inspeccionar la planta inferior, el policía salió para echar un vistazo a los edificios adyacentes.

–¿Usted y esa mujer estaban juntas? –preguntó, acercando los labios a su oído.

–Se suponía que debíamos reunirnos aquí. –El policía estaba tan cerca que podía oler su uniforme–. Me retrasé y la encontré así.

–Cuando llegue la ambulancia, me gustaría que me acompañara a comisaría para responder a algunas preguntas.

El policía le dio la espalda y empezó a recoger el contenido del bolso de Margery, que se diseminaba al pie de las escaleras. En cuanto hubo terminado salió de nuevo, llevando consigo el bolso, y permaneció junto a Barbara en el porche. Su silencio era una amenaza de preguntas. ¿Cuánto debía contar a la policía? ¿Cuán poco convincente sonaría toda aquella historia?

Cuando llegó la ambulancia, el agente, que sujetaba el bolso como si fuera un sospechoso al que tenía agarrado por el pescuezo, indicó al personal sanitario que entrara en la casa. Barbara los observó mientras colocaban a Margery en la camilla, pensando que quizá no estaba muerta, pues había oído hablar de personas que se habían desnucado y habían logrado sobrevivir. Al ver que un camillero la miraba y movía la cabeza hacia los lados, Barbara empezó a caminar hacia el agente de policía, pero entonces un trozo de papel descendió revoloteando las escaleras.

Era la página arrancada de un libro que había quedado atrapada bajo el cuerpo de Margery. ¿La habría tenido en sus manos cuando cayó? Barbara corrió hacia las escaleras mientras el papel se posaba casi a sus pies. Aunque estaba arrugado y se movía ligeramente, pudo ver qué había dibujado en él. Era un retrato de ella misma.

Supo al instante que era obra de la hija de Margery, ¿pero por qué la había dibujado tan joven? Entonces, el papel dejó de moverse y Barbara se dio cuenta de que no era su propio rostro, sino uno muy similar. Era el retrato de una adolescente que se parecía mucho a ella. Posiblemente gritó (nadie lo habría advertido, ni siquiera ella) cuando comprendió quién era.

Se inclinó con tanta rapidez que se le nubló la vista. Debajo del retrato había unas palabras garabateadas, pero no podría descifrarlas hasta que la página estuviera en su poder. De repente, el papel se alejó revoloteando y desapareció en una de las habitaciones vacías. Aunque sentía que se estaba cerrando una persiana sobre sus ojos, corrió tras el papel y alcanzó a ver cómo pasaba por un agujero que antaño había estado cubierto por el bastidor de una ventana. Llegó hasta ella justo a tiempo de ver cómo caía sobre un montón de escombros que ardían lentamente. La página prendió en llamas al instante y en cuestión de segundos se convirtió en una ceniza negra que se desintegró bajo la brisa.

Al dar media vuelta, sintiéndose mareada, vacía y desconcertada, se encontró con el agente de policía, que estaba esperando por ella.

—¿Está preparada? —preguntó, en un tono que sugería que pensaba que había intentado escapar.

Aun sabiendo que eso empeoraría aún más la situación, lo hizo esperar mientras examinaba todas y cada una de las páginas que se diseminaban por el jardín.

## 13

–Me temo que ha sido víctima de una broma de mal gusto –dijo el inspector.

Las paredes de su despacho, del color de las tripas, brillaban de forma antinatural bajo los tubos fluorescentes encadenados. Manchas de luz se aferraban a su escritorio, al cuero acolchado de las sillas, al cordel de la alargada lámpara de mesa; una mancha de leche flotaba sobre el té de Barbara, que permanecía intacto. Todo parecía plano como una página sobre la que podía ver el bosquejo del rostro de Angela.

Por muy débil que se sintiera tenía que mantener la calma, pues de otro modo hablaría demasiado.

–No, no lo creo. Estoy segura de que esa secta existe. –Cada vez se sentía más confusa; ¿Margery le había dicho que era una secta? Tendría que mentir, decir que Margery opinaba que Angela estaba relacionada con ese grupo, pero sentía que eso equivaldría a romper la promesa que le había hecho a la voz del teléfono. Deseaba mantener su palabra, ¿pero cuánto creía de toda aquella historia?–. No entiendo por qué usted considera que se trata de una broma de mal gusto.

–Bueno... digamos que si le preocupaba tanto que su hija se hubiera unido a esa secta, ¿por qué no acudió a nosotros?

–Di por sentado que lo había hecho. –Margery le había dicho que la policía no le había ayudado porque Susan tenía más de diecisiete años–. De hecho, estoy segura de que me dijo que lo había hecho.

–Creo que la entendió mal, señora Waugh. Puede que le dijera que había acudido a nosotros cuando Susan escapó de casa. –El inspector, que con su plácido rostro redondo y su bigote manchado de pipa había evocado en su mente la imagen del tío favorito de alguien, intentaba ser amable con ella, pero Barbara tenía la impresión de que se sentía molesto–. Permítame que le explique mi punto de vista. Usted dice que la señora Turner se puso en contacto con usted y la convenció de que su hija estaba relacionada con algún tipo de secta. No sé cómo podía tener dicha información, pero de momento ignoraremos este punto –dijo, para alivio de Barbara–. Se suponía que esta noche usted debía reunirse con ella en su piso, pero como no estaba allí, decidí ir hasta la casa que le había descrito. ¿No le pareció extraño que viviera tan cerca de aquella casa?

–No, la verdad es que no. Se mudó con la esperanza de encontrar a su hija.

–Eso es lo que le dijo a usted.

El policía estaba siendo tan amable que el nerviosismo de Barbara aumentó.

–Sí –respondió–, pero también lo hizo porque no le gustaban los vecinos del lugar en donde vivía antes. Estaba encantada de haberse mudado.

–Estoy seguro de que eso es cierto, ¿pero le explicó el motivo?

–No me lo dijo con estas palabras, pero intuí que no confiaba en ellos.

–Me temo que más bien fue al contrario, que deseaba trasladarse a algún lugar en donde la gente no la conociera. Verá, era una criminal convicta.

No le importaba lo que Margery hubiera sido, pues eso no podía alterar la verdad del retrato de Angela. Sin embargo, la brillante habitación empezó a aplanarse, a perder perspectiva.

–¿Qué fue lo que hizo?

–Era una ladrona. Se sometió a tratamiento durante cierto tiempo pero, al parecer, no le hizo ningún bien. Sospecho que cuando nos informó de que su hija había escapado de casa no nos entusiasmó demasiado la idea de reunirías de nuevo, teniendo en cuenta las circunstancias.

Consideramos positivo que la hija quisiera vivir su vida. –En ese momento, alguien llamó a la puerta–. Disculpe.

Mientras el inspector hablaba entre murmullos con un compañero al otro lado de la puerta, una escena se repetía sin cesar en la mente de Barbara: Margery tropezando en las escaleras del restaurante, sujetándose a la chaqueta de alguien para mantener el equilibrio y saliendo apresuradamente del local. ¿Qué hizo su mano izquierda en cuanto dejó de tocar la chaqueta, sujetarse a la barandilla para subir con más facilidad los escalones o introducirse apresuradamente en el bolso? Sabía que había algo más importante que debía recordar.

Antes de que pudiera hacerlo, el inspector regresó a su mesa.

–¿La señora Turner le pidió dinero en algún momento? –preguntó.

–No, por supuesto que no –respondió, pero entonces recordó las últimas palabras de Margery: «No puedo costearme demasiados viajes». ¿Acaso pretendía pedirle dinero más adelante?–. Al menos, no con esas palabras –añadió con tristeza.

–Bien, ya ve adónde intento llegar. La condenaron por obtener dinero de forma fraudulenta, pero solo Dios sabe qué más cosas hizo. Estamos intentando averiguarlo a partir del contenido de su piso. De repente, Barbara supo qué estaba intentando recordar.

–¿Y por el de su bolso?

–Sí, por supuesto. ¿Por qué lo pregunta?

–Usted cree que se inventó que existía esa secta para sacarme dinero, pero puedo demostrarle que no es cierto. Entre sus objetos personales encontrará una carta de su hija que demuestra que la secta existe.

El policía prefirió no objetar.

–Tenemos aquí todas sus pertenencias. Le agradecería que me mostrara esa carta.

La condujo hasta una habitación del sótano en la que no había ventanas y en cuyas paredes se había congelado la luz del fluorescente. Una joven policía de rostro severo estaba clasificando los objetos sobre una mesa.

–No altere su orden –le dijo a Barbara.

Había algunos libros de la biblioteca, un fajo de billetes que parecía proceder de una cartera, diversas prendas de ropa que no parecían haber sido estrenadas y diversas joyas. Al ver todo aquello bajo la despiadada luz, Barbara se sintió incómoda. ¿Habría algo que perteneciera realmente a Margery, algún recuerdo de su vida? Sí: una fotografía de una colegiala que sostenía entre sus brazos un libro y varias libretas, en cuyas cubiertas había escrito «Susan Turner» con una letra que el paso de los años había ido haciendo más segura, hasta que por fin había sido idéntica a la de la carta que Barbara había leído.

Pero allí no había ninguna carta. Rebuscó entre la ropa y los libros de la biblioteca, mientras la mujer policía la miraba con desaprobación y la luz parecía vacilar.

–Debe de estar en la casa que hay junto al paso elevado –comentó.

–Pero usted ya ha buscado allí, señora Waugh. El agente nos dijo que había examinado todos los papeles que ensuciaban el jardín. Asumí que era eso lo que andaba buscando.

¿Podía hablarle del retrato? En su opinión, prácticamente equivaldría a romper su promesa. Ansiaba contárselo a alguien, a alguien que supiera qué hacer... y habría caído en la tentación si el inspector no le hubiera dicho lo siguiente:

–Creo que debe enfrentarse a los hechos, señora Waugh. Turner leyó en el periódico el artículo que hablaba sobre usted y decidió comprobar cuánto dinero podía sacarle.

Barbara tardó unos instantes en asumir que había sido engañada, pero no por Margery.

–Ustedes han sabido desde un principio quién soy. Creen que mi hija murió hace nueve años y que, por lo tanto, nada de lo que les he explicado puede ser cierto.

–Estoy seguro de que nadie puede olvidar lo que le ocurrió a su hija, señora Waugh, y le aseguro que el caso no está cerrado. Algún día seremos capaces de llevar a los culpables ante la justicia, pero también debe comprender que, de momento, lo único que tenemos es esa esperanza –dijo, mientras la conducía hacia la puerta para que su colega pudiera proseguir con su trabajo–. No debe permitir que personas como Margery Turner le den esperanzas, pues su suerte se alimenta de las desgracias de los demás.

–No, ella no era así. Esa no fue la razón por la que acudí a mí. Acepto que fuera una ladrona, pero realmente estaba preocupada por su hija. –Estaba decidida a defenderla, puesto que ella ya no podía hacerlo–. Dígame: si todo eso no era más que una farsa, ¿por qué entró en aquella casa? Eso no le habría ayudado a convencerme de nada. Estoy segura de que estaba buscando algo.

El policía cerró la puerta de su despacho tras ella.

–Señora Waugh, supongo que ahora me dirá que esa secta la empujó escaleras abajo para cerrarle la boca.

Aunque no se le había ocurrido imaginar nada similar, aquella sugerencia la inquietó.

–No. Estoy segura de que perdió el equilibrio y cayó escaleras abajo..., pero eso podría deberse a que estaba nerviosa por algo que encontró.

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando recordó con claridad qué era lo que Margery había descubierto.

De repente, el agente dejó a un lado su amabilidad: era policía y, por lo tanto, no le gustaba estar equivocado. Además, parecía molestarle que Barbara intentara jugar a los detectives.

–Todas las pruebas sugieren que la señora Turner inventó esa supuesta secta y escribió la carta. Si la carta era tan convincente como pretende hacerme creer, tendría que habérmola enseñado.

Al ver que Barbara guardaba silencio, consideró que estaba de acuerdo con él y recuperó su amabilidad.

–No se ha bebido el té. ¿Le apetece uno recién hecho?

–Si no tiene más preguntas, me gustaría irme a casa. –Deseaba estar sola para poder pensar sin interrupciones, pero, de repente, aquella idea la llenó de consternación, pues se dio cuenta de que también estaría a solas con el significado del retrato de Angela.

–Por supuesto. –La acompañó hasta la puerta–. Sé que resulta difícil creer que alguien sea capaz de recurrir a una táctica tan cruel, pero no nos queda otra alternativa. Usted sabe que su hija está muerta y ha tenido el valor de enfrentarse a ello. No todo el mundo habría sido capaz de reconstruir su vida con tanto aplomo.

En el exterior la aguardaba el estruendo del tráfico. Un sucio deportivo restalló junto a ella, eructando humos del color del cielo. En la penumbra, las casas blancas de Ladbroke Grove se consumían y ardían como la ceniza. Había tantas sombras en las que podía esconderse un espectador, tantos jardines ensombrecidos por los voluminosos setos... Caminó apresuradamente hacia Holland Park Avenue, hacia la alfombra de luz del exterior de las tiendas, hacia el metro.

Los pasillos alicatados estaban desiertos. Las escaleras mecánicas desandaban sus pasos y volvían a escalar por la parte interna, hasta llegar de nuevo a lo alto. Mientras se dejaba llevar hacia abajo, diversos rostros de ojos curiosos pasaron junto a ella. No había nadie en el andén, nadie la miraba excepto David Hemmings, que era tan plano como una polilla aplastada contra la pared, y si alguien lo estaba haciendo no importaba, pues había mantenido su promesa.

En el Barbican, las aceras eran tan oscuras y siniestras como una calle desconocida vacía. Cada columna podía ocultar a un grupo entero de observadores. Farolas invertidas se diseminaban por el lago, bajo la iglesia suspendida en el aire. Sus pensamientos lograban hacerse oír con más fuerza que la lluvia: si Angela seguía viva (y no había otra forma de interpretar aquel retrato), ¿dónde estaba ahora y con quién? ¿Quizá con las mismas personas que la periodista Gerry Martin intentaba encontrar?

Barbara se encerró en su apartamento pero siguió sintiéndose observada. Tenía los nervios destrozados. La única razón por la que no se sentía completamente impotente era porque sabía que Gerry Martin podría ayudarla. Tenía que encontrarla, pero ¿cuando lo hiciera se vería obligada a romper su promesa? Su nerviosismo se intensificó. El escepticismo de la policía le había permitido mantener a salvo su secreto, pero si alguien la había visto ir de la casa abandonada a la comisaría, alguien que tuviera a Angela a su merced, era muy posible que hubiera considerado que había roto su promesa.

## 14

El mango del auricular era sólido en su puño y el teléfono distante sonaba contra su oído, pero en cuanto miró la fotografía de Arthur se encontró de nuevo en las escaleras mecánicas. La penumbra se aferraba a todo como la mugre; podía sentir la enganchándose a ella. Puede que se hubiera filtrado en el mecanismo; quizá esa era la razón por la que las escaleras se tambaleaban y Barbara sentía que nunca llegaría a lo alto de aquel túnel inclinado. ¿Lo que veía era la mancha de la noche que se alzaba sobre ella o solo era penumbra, intensificada por la distancia? Los ojos de los carteles enmarcados la miraban resplandecientes desde las paredes. Cada vez que intentaba subir, las escaleras invertían su marcha, conduciéndola de nuevo hacia abajo.

Arthur apareció en las escaleras que descendían. Barbara tenía la impresión de que intentaba decirle algo, pero no podía hacerlo porque solo era una fotografía, incapaz de hablar y de moverse. Observó cómo se alejaba hacia la penumbra por la que serpenteaban los trenes. Cuando levantó la mirada advirtió que estaba a punto de llegar a lo alto de las escaleras, y allí estaba Angela.

A sus espaldas no había nada más que oscuridad, una oscuridad que parecía moverse. Prácticamente podía tocarla, pero cuando intentó correr hacia ella, las escaleras le hicieron retroceder de nuevo, descendiendo con tanta rapidez que, por mucho que corriera, Barbara era incapaz de llegar a lo alto. En el rostro de Angela estaba sucediendo algo. No es Angela, sino un bosquejo, se dijo a sí misma mientras las escaleras la conducían rápidamente hacia abajo, hacia la oscuridad en la que despertó, sola y llorando. Había olvidado la razón por la que el rostro de Angela le había consternado tanto, pero la sensación permanecía en su interior, de modo que cuando una voz la saludó tardó unos instantes en recordar qué estaba haciendo.

–Hola. ¿Hablo con la biblioteca? –Acababa de recordarlo, y era un asunto urgente–. ¿Podría decirme qué periódicos compran?

Garabateó los nombres que le dictó la voz: *Times, Telegraph, Guardian...*

Necesitaba asegurarse.

–¿Podría decirme si Margery Turner solía acudir a su biblioteca a leer el periódico?

–Correcto. –Aquella voz grave e irritada se endureció–. Y eso no es todo lo que hacía. ¿Puedo preguntar con quién estoy hablando?

Barbara se sintió atrapada.

–Con una amiga –dijo, colgando al instante.

En ese mismo momento empezó a sonar el otro teléfono. Barbara tenía la boca seca y su corazón latía con fuerza. Solo le apetecía oír una voz concreta... pero era Louise quien llamaba.

–Está aquí Paul Gregory –anunció.

–Lo recibiré en un instante. ¿Podrías averiguar si una periodista llamada Gerry Martin trabaja para alguno de estos periódicos? –Tras recitarle los nombres se sintió algo menos indefensa–. Bueno, dile a Paul que pase.

Paul vestía una camisa de seda de color azul marino, una corbata a juego y unos vaqueros costosamente descoloridos.

–Tú dirás.

–Bueno, me preguntaba cómo te sentirías si otra persona se ocupara de mis derechos en América –dijo, yendo directo al grano con una rotundidad que hasta ahora le era desconocida.

–Alguien como Howard Eastwood.

–Oh, ¿sabías que se había puesto en contacto conmigo?

Barbara estaba segura de que lo había pillado desprevenido, pero Paul no parecía sorprendido. El éxito le había dado seguridad en sí mismo.

–Los editores y los agentes forman parte de la misma comunidad, Paul... y las noticias vuelan. De todos modos, tú eres el único que puede decidir quién quieres que te represente. –Por primera vez en todo el día, se sentía confiada, capaz de olvidar sus preocupaciones y centrarse en el momento presente–. He generado un importante interés sobre *Un torrente de vidas* entre la crítica americana. ¿Quieres que retire los libros para que Eastwood pueda volver a presentarlos?

–¿Podrías hacerlo? ¿Eso mermaría el interés de la crítica americana?

–Me temo que sí.

–Oh, entonces no lo hagas. –Su aplomo resultaba desconcertante–. ¿Pero podrías... no sé... quizá...?

–¿Pasarle las negociaciones a Eastwood? No, Paul. No pienso hacer eso. Demostró su falta de ética invitándote a comer. Además no le tengo ningún respeto, pues se dedica a vender derechos que no está facultado a vender. Francamente, si decides permitir que gestione tu obra en América, no sé si estaré dispuesta a gestionarla en el Reino Unido.

–Todavía no he tomado ninguna decisión. –Aunque intentaba mantener la calma, el sudor brillaba en su frente–. Por lo que a mí respecta, no fue más que una comida gratis.

–No tenías por qué saberlo. –Se recostó en su asiento, bajo la atenta mirada de los ojos vidriosos de Arthur–. Sin embargo, un agente que intenta robarle los clientes a otro no es digno de confianza.

Pareció aliviado porque Barbara lo hubiera eximido de toda culpa con tanta facilidad.

–Por cierto, quería explicarte la idea que he tenido para mi próxima novela –dijo Paul. Parecía prometedora (un hombre donaba su esperma para la inseminación artificial y, años después, descubría un terrible secreto sobre su legado. Entonces tenía que buscar a sus hijos y decidir qué hacer), pero Barbara se sentía deprimida y estaba ansiosa por tener noticias de Louise.

Pronto apareció su secretaria, trayendo consigo café y malas noticias.

–No he podido encontrar a Gerry Martin –anunció.

–¿Gerry Martin? ¿Dónde he oído ese nombre? –Paul frunció el ceño y bebió lentamente su café, como si eso fuera a estimular su memoria–. Puede que me esté confundiendo de persona.

Barbara sospechaba que nunca había oído hablar de ella y que solo se mostraba complaciente para que Barbara olvidara su desliz con Eastwood.

–¿Puedes intentar averiguar si ha escrito algún libro? –preguntó Barbara, intentando no parecer tan nerviosa como se sentía.

Se deshizo de Paul lo más rápido posible y se mantuvo ocupada efectuando cambios en los contratos de algunos de sus autores. Arthur la observaba, con una pregunta que ella no podía responder en sus ojos que nunca pestañeaban, hasta que, incapaz de soportarlo, giró el marco. Tenía que telefonar a los editores de Cape, Gollancz y New English Library para implementar las modificaciones contractuales, y eso implicaba tener ocupada una línea. El otro teléfono estaba libre, así que Angela podría contactar con ella. ¿Por qué necesitaba el consuelo de una llamada? No había ninguna razón para suponer que alguien hubiera estado observando la casa que se alzaba junto al paso a nivel y hubiese visto a Barbara y al agente de policía. Quizá ahora tenía aún menos razones por las que preocuparse. Quizá realmente había sido Margery quien había efectuado las llamadas, escrito la carta y entrado en la casa para dejar allí el dibujo. Le había dicho que no sabía dibujar, pero nunca sabría si le había mentado.

Louise entró para recordarle que había quedado para comer con un editor de Secker y Warburg.

–Lo siento. Al parecer, Gerry Martin no ha escrito ningún libro. ¿Qué sabes de ella? Puede que haya otra forma de encontrarla.

–No sé nada de nada, Louise, pero no te preocupes. No importa.

Pero sí que importaba, y mucho, como descubrió en cuanto llegó a Piccadilly. Los niños sujetaban con una mano los globos, y con la otra las manos de sus padres; un padre llevaba a hombros a su hijita. Sus voces eran sofocadas por la multitud. Barbara solo podía intentar convencerse a sí misma de que Gerry Martin también había sido invención de Margery.

Desearía reunirse con el editor en otro lugar que no fuera el restaurante especializado en vinos de Shepherd Market. Cuando le preguntó al camarero si el lunes habían robado dinero, este la miró como si creyera que era cómplice de Margery, a pesar de que le dijo dónde podía contactar con la policía. El editor intentó que se sintiera cómoda y le hizo ofertas para dos prometedoras primeras novelas que Barbara estaba gestionando, pero su mente estuvo divagando descontrolada durante todo el almuerzo. ¿Dónde más podía buscar a Gerry Martin? ¿A quién podía preguntar? No se le ocurría nadie, pero cuando se despidió del editor había tomado una decisión: debía contarle a alguien lo que estaba ocurriendo.

En cuanto estuvo de regreso en su oficina telefoneó a Ted.

—¿Podría ir a verte hoy? Solo será una visita de amigos... o quizá debería llamarlo un grito de auxilio.

—Por supuesto. ¿Por qué no te pasas ahora? —Por el tono de su voz, parecía deseoso de intercambiar problemas—. Esta noche tengo una conferencia sobre la edición en la biblioteca local.

—Habré terminado en una hora. Ve preparando las bebidas.

Examinó apresuradamente la correspondencia, entre la que encontró la confirmación de su reserva en el hotel de Nueva York. ¿Cómo iba a ir a América o a Italia si el retrato de Angela resultaba no ser falso? Sin embargo, no le quedaba más remedio que viajar hasta Nueva York para llevar a cabo la subasta. Prácticamente había terminado de redactar las respuestas cuando Louise la llamó.

—Paul Gregory está al teléfono.

Hoy ya había hablado suficiente con él.

—Ocúpate de él, Louise. Dile que no estoy.

Tras escribir la última respuesta, llevó las cartas a su secretaria para que las pasara a máquina.

—Tengo que ir a Melwood-Nuttall. Estaré fuera un par de horas. Llámame si necesitas algo.

—Lo olvidaba —dijo Louise, cuando ya estaba en la puerta—. Paul Gregory...

—¿Qué ocurre? —No había pretendido ser tan brusca, pero estaba muy tensa debido a la carga de trabajo. Intentando que su voz sonara más amable, añadió—: ¿No puede esperar?

—Supongo que sí. Solo llamaba porque había recordado de qué le sonaba el nombre de Gerry Martin.

Barbara solo dio media vuelta, pero la habitación pareció seguir girando a su alrededor.

—¿Y de qué le sonaba? —preguntó.

—Al parecer, escribe para un periódico clandestino, *Las Otras Noticias*.

—¡Dios mío! —Era obvio que la biblioteca no compraba esa publicación; debía de haber sido una donación—, Dile que he tenido que salir pero que le estoy muy agradecida.

Estaba tan eufórica por haberse liberado de su indefensión que no se le ocurrió buscar ese periódico hasta que ya había dejado atrás Piccadilly, Shaftesbury Avenue y Charing Cross Road, que eran una confusión de rostros al sol, y estaba a punto de llegar a Melwood-Nuttall. Encontró varios ejemplares en Words & Music y descubrió que la publicación pretendía ser mensual. Un título en la portada roja y blanca la condujo a las cuatro páginas centrales: *La trampa de Dios*, por Gerry Martin.

Se inclinó contra el poste que había junto al paso de cebra (sobre su cabeza, un hombre verde seguía parpadeando, sin dejar de caminar, pero su gemelo rojo no acababa de aparecer) y echó un vistazo al artículo, que sacaba a la luz a diversos grupos religiosos que exigían la fe completa y todo el dinero de sus miembros. Ya desde los primeros párrafos quedaba de manifiesto la meticulosa investigación que había detrás de aquel reportaje.

Se sentía culpable, pero sabía qué tenía que hacer. Sería una pérdida de tiempo intentar explicarle a Ted lo que estaba ocurriendo cuando Gerry Martin estaba al tanto de la existencia de aquella secta... y quizá, de otras cosas que Barbara debería saber. Regresó corriendo a su oficina.

Louise la miró sorprendida.

—He llamado a Paul Gregory. Quiere invitarte a cenar con él y con su esposa.

—Gracias, Louise.

Llamó al Servicio de Información Telefónica, que le dio el número de *Las Otras Noticias*, aunque nadie respondió a su llamada. A continuación, telefoneó a Ted para disculparse.

—¿No te importa, verdad?

—Si tú estás bien... —Barbara volvió a sentirse culpable. Si los problemas de Ted estaban relacionados con su exmujer, se sentía obligada a ayudarlo, aunque solo fuera para reconfortarlo—. Lo que pensaba contarte puede esperar.

Tras telefonar a Paul para aceptar su invitación a finales de la semana siguiente, siguió llamando a *Las Otras Noticias* de forma intermitente durante toda la mañana, sin ningún éxito. Aunque pudo trabajar, su júbilo disminuía cada vez que colgaba el teléfono. ¿El hecho de que Gerry Martin existiera significaba que todo lo demás era cierto? ¿Angela estaba en alguna parte, con trece años y en poder de alguien? Sus sentimientos estaban tan fragmentados que le resultaba imposible hacerlos



encajar. Si Angela estaba viva, sus secuestradores la habían cuidado mejor que ella, pensó con amargura.

De camino a casa se detuvo en el taller de un conocido y le preguntó si podría arreglarle el coche. El hombre la acompañó hasta el estacionamiento subterráneo del Barbican y se llevó a remolque su vehículo. El bajo techo le resultaba opresivo como una nube de tormenta; el fluorescente que había sobre su cabeza temblaba como los relámpagos. Mientras se dirigía a su apartamento para volver a intentar contactar con *Las Otras Noticias*, se preguntó si habría alguien que se encargara de limpiar el estacionamiento, pues uno de los oscuros rincones estaba repleto de telarañas.

Gerry Martin resultó ser menos espectacular que su artículo. Hablaba con brusquedad, casi con impaciencia, y era más joven de lo que había esperado. De todos modos, Barbara se recordó a sí misma que los periodistas solían decepcionar cuando los conocías, al igual que ocurría con los escritores.

—Mañana por la noche tengo que estar en la redacción —dijo la periodista de mala gana—. Supongo que podría verla entonces.

Ya era mañana y Barbara se encontraba en Hornsey, recorriendo con esfuerzo el camino que separaba la sede del periódico de la estación. Las calles ascendían hacia una carretera principal que se precipitaba hacia Crouch End. Cuando logró llegar a la carretera, le faltaba el aliento y su cabeza palpitaba con la misma fuerza que el corazón. Cruzó y empezó a descender la larga pendiente, donde las casas adosadas se escalonaban casi en vertical, como los tubos de un órgano.

La oficina de *Las Otras Noticias* era una casa adosada idéntica a las demás y situada delante del recinto vallado de una escuela. Un seto de alheña escapaba hacia la calle, se inclinaba sobre el sendero y oscurecía la mayor parte del diminuto jardín. Mientras avanzaba por el sendero pudo sentir la vibración de la prensa en el sótano, el corazón que revelaba que aquella era la casa que buscaba.

Llamó al timbre y esperó. La penumbra se extendía sobre unas colinas que parecían cubiertas de harapos verdes; una antena de radio era un alfiler en un cojín. Un joven melencólico que llevaba una camiseta naranja y tenía las manos tatuadas con letras de imprenta le abrió la puerta.

—Tengo una cita con Gerry Martin —dijo Barbara.

—Ha salido. ¿Quiere hablar con el editor? —Sin esperar a oír su respuesta, dio media vuelta y regresó al interior.

Ella lo siguió, aunque ya había mantenido una conversación con el editor. Habían tirado todos los tabiques de la planta baja para convertirla en única habitación. Varios jóvenes preparaban el nuevo número del periódico sobre dos largas mesas apoyadas sobre caballetes y bajo un surtido de lámparas. Cuatro butacas, ninguna de las cuales hacía juego con las demás, se combaban en el escaso espacio que quedaba libre. Un muchacho de unos doce años subió corriendo del sótano, llevando consigo páginas y el cálido aroma del aceite y la tinta. Barbara se sentó en una de las butacas, intentando evitar los muelles.

El editor bajó minutos después. Su chaleco vaquero y sus pantalones podrían ser los mismos que había llevado la semana anterior. Era un tipo corpulento de treinta y tantos años que tenía una sonrisa ligeramente arrogante y hablaba arrastrando las vocales al modo de Oxford. La semana anterior, cuando por fin había conseguido contactar con el periódico, la había interrogado con desesperante minuciosidad, pero ella no le había contado demasiado, excepto que había conocido a Gerry a través de Margery.

Ahora la miró fijamente.

—Ah sí —dijo por fin—. Gerry está fuera, trabajando. Puede esperarla si lo desea, pero no tengo ni idea de cuánto puede tardar.

Cuando se alejó, haciendo que sus nalgas se movieran de un lado a otro en su bolsa tejana, Barbara se sentó en una butaca algo más cómoda y advirtió que uno de los alzadores, un joven con un pendiente, le dedicaba una sonrisa compasiva. Más tarde, el joven hizo café y se lo sirvió en una desportillada taza del Pato Donald. Aquel café salpicado de leche era terrible, pero logró tomárselo a sorbitos mientras paseaba por la sala, leyendo los panfletos que colgaban de las paredes: un artículo sobre las fuerzas de seguridad privadas, la Ley de Relaciones Raciales, qué hacer si te arrestan. Leía lo más despacio que podía, porque estaba decidida a permanecer en aquel lugar hasta que hablara con Gerry Martin. Ya llevaba una hora esperando.

Se giró con rapidez al oír que se abría la puerta principal, pero solo era una joven pecosa, de cabello lacio y peinada con dos coletas, vestida con vaqueros y una sudadera descolorida e informe que tenía los codos agujereados. La muchacha subió apresuradamente las escaleras, haciendo que sus sandalias batieran el suelo.

—Esos cerdos están molestando a los viajeros —la oyó decir—. Y alguien ha arrojado cristales rotos sobre uno de los campamentos de caravanas. Algunos viajeros han hecho declaraciones.

El editor dijo algo en voz baja.

–¿Todavía está aquí? –preguntó la joven, antes de bajar corriendo las escaleras para reunirse con Barbara–. ¿Barbara Waugh? No la había visto.

Era mayor de lo que le había parecido a simple vista (debía de tener veintitantos años) y sus ojos eran rápidos y astutos. La joven pareció percibir la decepción de Barbara.

–Espero que no le moleste mi atuendo –comentó–. Hoy necesitaba pasar desapercibida. ¿Qué quería contarme?

–La verdad es que esperaba que fuera usted quien pudiera contarme algo.

–Bueno, antes tendría que saber de qué le interesa hablar. ¿Está buscando a las personas que mataron a su hija?

Barbara vaciló unos instantes, pero entonces se dio cuenta de que la periodista (como, al parecer, el resto de las personas que conocía) había leído aquel artículo.

–Nueve años es demasiado tiempo, a no ser que tenga algún tipo de pista –explicó Gerry Martin.

–No estoy segura de que esté muerta. –Barbara se sentía incómoda delante de tanta gente. De repente, se oyó a sí misma repitiendo las palabras de Margery–: ¿Podríamos hablar en privado?

La periodista la condujo al piso superior, hasta una pequeña sala situada enfrente del despacho del editor, que las miró con el ceño fruncido al verlas pasar. La habitación contenía un archivo oxidado, tres sillas de oficina viejas y dos escritorios; apenas quedaba espacio para nada más. En una de las mesas, una taza de café sucia hacía las veces de pisapapeles, junto a un cenicero repleto de colillas. La joven se dirigió al otro escritorio y le indicó a Barbara que se sentara en la tercera silla.

–¿Por qué cree que su hija sigue viva?

Barbara le explicó toda la historia. Se sentía tan aliviada por poder compartir con ella aquella experiencia que no le importaba que la periodista fuera una persona anodina... algo que, sin duda, era positivo en alguien que se dedicaba al periodismo de investigación. A pesar de la promesa que había hecho, se lo contó todo.

–Cuando me enteré de lo de Margery Turner me pareció extraño –murmuró Gerry–. Aunque, a decir verdad, no podía moverse demasiado bien. Era el tipo de persona a la que no cuesta imaginar cayéndose por las escaleras. ¿Usted no ha echado un vistazo a la casa?

–No, de momento, no. ¿Y usted?

–Tenía intenciones de hacerlo, pero mi trabajo me ha tenido muy ocupada y ahora es demasiado tarde: debió de empezar a arder poco después de que usted se fuera.

Barbara la miró sorprendida.

–No lo sabía. Había una hoguera detrás de la casa. Supongo que el fuego se propagó. ¿No le parece extraño que fuera destruida el mismo día que alguien intentó registrarla?

–Quizá. –Gerry Martin se encogió de hombros–. Hay algo que me gustaría que me explicara. Si realmente fue su hija quien llamó por teléfono, ¿por qué la envió a una casa que llevaba varias semanas abandonada?

Barbara también se había hecho esa pregunta. Era una certeza que se escondía en lo más profundo de su mente, una razón para creer que no era Angela quien había efectuado aquellas llamadas.

–Bueno, puede que hay a una explicación –dijo la periodista–. Si ha estado sometida al control de la secta durante nueve años, puede que solo sea capaz de pensar en aquellos lugares en los que ha vivido. Puede que le diera miedo reunirse con usted donde está ahora y solo se le ocurrió pensar en el lugar en donde había vivido con anterioridad.

Las vibraciones de la prensa reverberaban suavemente por toda la casa. Barbara, que era incapaz de saber si también estaba temblando, tuvo que cerrar los ojos.

–Lo siento, señorita Martin. Enseguida estaré bien.

–Puede llamarme Gerry. –La joven parecía preocupada–. No deseo alterarla, Barbara, ¿pero usted cree que el asesinato de su hija fue una farsa?

–Quizá –respondió, con voz temblorosa.

–Estoy de acuerdo con usted en que es posible. Por ejemplo, digamos que una de las mujeres de la secta quería a su hija porque no podía tener hijos propios, pues ese es exactamente el tipo de mente maltratada de la que intentan aprovecharse las sectas. No es habitual secuestrar a un niño tan mayor

como su hija, pero puede ocurrir. La verdad es que es más probable que fuera así a que se tratara de un secuestro al azar. Además, si lo que deseaban era dinero, ¿por qué no se pusieron nunca en contacto con usted? –Estaba pensando en voz alta; apenas parecía ser consciente de la presencia de Barbara–. Veamos: puede que pensarán que llamarían menos la atención si se quedaban con su hija que si hacían cualquier otra cosa, pero tenían que desembarazarse de la policía... y, para ello, vistieron a otra niña con la ropa de Angela y la mataron. La pregunta es la siguiente: ¿de dónde salió esa niña? ¿Por qué nadie denunció su desaparición? Aunque sea una idea desagradable, puede que fuera una de ellos.

Barbara sintió náuseas.

–No puede creerse lo que está diciendo.

–Hay montones de cosas que jamás habría creído si no hubiera investigado *La trampa de Dios*. – Parecía segura de lo que decía–. De todos modos, todo lo que he dicho no son más que conjeturas. Lo importante es que usted cree que su hija está viva... y yo también me siento inclinada a creerlo porque usted vio aquel dibujo y porque Margery Turner no entra dentro de mis cánones de personalidad artística.

Ahora sus palabras ya no le resultaban reconfortantes, sino desalentadoras.

–¿Pero qué secta es esa? ¿Sabe dónde están?

–No, no poseo esa información. Tengo una pista que todavía no he seguido; se trata de una persona que podría haber estado dentro de la secta. Y también he hecho ciertas averiguaciones.

–¿De qué tipo? –preguntó Barbara, a pesar de que le daba miedo saberlo.

–Por ejemplo, su excesivo secretismo. –Gerry abrió el cajón del escritorio y sacó un bloc de notas–. Mientras investigaba grupos marginales oí varios rumores sobre personas que no tenían nombre. El primero que pude rastrear se originó en Londres a finales de los años cuarenta. Después, los rumores se centraron en Dartmoor, Manchester, Inverness, Liverpool, de nuevo Londres, Newcastle, Birmingham, Sheffield y Londres otra vez. Como puede observar, no seguían ningún patrón geográfico y, por lo que pude averiguar, las fechas nunca se solaparon. Hay huecos que no he sido capaz de justificar y que considero que indican que lograron esconderse por completo. Es como si tuvieran que moverse constantemente para que nadie los encuentre.

–¿Y no podría tratarse simplemente de un rumor? Eso no demuestra que existan.

–Hay lugares en los que fueron algo más que rumores. Por ejemplo, en 1970 en Londres, y a mediados de los años cuarenta en Manchester, varios niños que decían no tener nombre intentaron llevar a otros niños junto a sus padres, que tampoco tenían nombre. Por suerte, los niños se asustaron y no fueron con ellos. En otras ciudades, el Ejército de Salvación oyó hablar de este grupo. Nunca atraparon a sus miembros ni pudieron averiguar gran cosa sobre ellos, pero la impresión generalizada era que se trataba de una secta realmente perversa.

Gerry cerró la libreta.

–¿Eso es todo? –preguntó Barbara con incredulidad.

–Sí, aparte de lo que me contó Margery Turner. La carta de su hija me permitió juntar algunas de las cosas que había oído y efectué nuevas investigaciones. La verdad es que recordé algo que me hizo pensar. Recuerda el juicio de Manson, ¿verdad? Una de sus mujeres dijo algo así como que, aunque la gente creía que la Familia era mala, existía un grupo que les hacía parecer Disneylandia. Dijo que eran personas sin nombre que estaban metidas en asuntos que ni el propio Manson se atrevería a tocar.

Cuando sus ojos se encontraron con los de Barbara, se apresuró a añadir:

–No estoy diciendo que se trate del mismo grupo, por supuesto. En California hay muchos bichos raros, y este tipo de cosas no suele viajar. De todos modos, alguien debería encontrar ese grupo. Usted ha leído la carta de Margery Turner, así que ya sabe a qué me refiero. No distribuyen información escrita, hecho que resulta sospechoso en un grupo marginal que ha sobrevivido durante tanto tiempo, y ni siquiera parecen necesitar dinero. Algo que se mueve con tanto secretismo tiene que ser malo por necesidad. Puedes encontrar información sobre los francmasones si sabes dónde buscar; sin embargo, intenta averiguar algo sobre la CIA...

Barbara consideraba que algunos puntos de su razonamiento eran débiles, pero no podía detenerse en nimiedades.

–Antes dijo que había seguido la pista de un miembro de la secta –dijo.

–Correcto. –Gerry abrió un cajón del archivo del que sacó un recorte de periódico. «Joven sin nombre regresa a casa con sus padres», rezaba el titular. Según el artículo, la muchacha había escapado de un oscuro grupo religioso. «Seguimos llamándola Iris con la esperanza de que recuerde», decía su llorosa madre.

–Tras realizar ciertas comprobaciones con mi contacto de prensa –explicó Gerry–, llegamos a la conclusión de que podría tratarse del mismo grupo que usted está buscando.

Barbara tenía algo claro: aquella muchacha, Iris, podría confirmar si Angela estaba en manos del culto, si seguía con vida.

–¿Ha ido a verla? ¿Podría acompañarla? Puede que se muestre más comunicativa si le hablo de Angela.

Gerry pareció vacilar, pero el editor apareció antes de que tuviera la oportunidad de responder.

–La historia de los viajeros es buena –dijo, situándose delante de Barbara como si no estuviera presente–. Ahora quiero que averigües todo lo que puedas sobre los préstamos rodesianos. Presiento que ahí hay algo sucio, pero será necesario llevar a cabo una investigación exhaustiva.

–¿Y me lo das ahora? Quería seguir al grupo del que te hablé, a las personas que renuncian a sus nombres.

–Eso es material para la prensa amarilla del domingo, para los periódicos institucionales. Para nosotros es un tema secundario. Demasiado vago.

–Tengo una pista que parece muy prometedora.

–No para nosotros. Además, no creo que dispongas de demasiado tiempo mientras estás investigando esos préstamos. –Al ver que protestaba, añadió–: Si quieres regresar al periodismo institucional puedes hacerlo, pero si piensas hacer lo que te estoy pidiendo, no tardes demasiado en hacérmelo saber.

–Bueno, lo he intentado –dijo Gerry en cuanto se hubo ido–. Sucede lo mismo en todos los periódicos. Tienes que hacer lo que dice el jefe, por estúpido que sea. Lamento no poder servirle de más ayuda. Para ser honesta, podría decirse que abandoné esta historia cuando supe que Margery Turner había muerto.

Barbara se levantó impulsivamente y cerró la puerta.

–¿Y si le digo que podría vender su artículo a un periódico de rotación masiva? Si escribe algo tan sólido como el artículo que leí, podremos venderlo sin ningún problema. Incluso podría ser una colección de artículos. No le cobraría ninguna comisión –añadió, y al instante deseó no haberlo hecho, porque eso solo demostraba lo desesperada que estaba.

Gerry observó su libreta durante unos instantes.

–De acuerdo –dijo levantando la cabeza–. La acompañaré a Hemel Hempstead para entrevistar a esa chica. Seguramente podré sacarle más información que usted. Después, ya veremos qué hacemos. ¿Cuándo quiere que vayamos?

–Lo antes posible. Mañana mismo.

–Bueno, antes debería concertar la entrevista. No podemos presentarnos allí sin más, sobre todo en un caso como este. La llamaré en cuanto logre contactar con ella, ¿de acuerdo? Se lo prometo.

Cuando Barbara pisó la calle tuvo la impresión de que el asfalto temblaba. De camino a la estación, entre los pálidos moldes de luz que proyectaban las farolas, tuvo que apoyarse varias veces en los muros de los jardines para no caer al suelo. ¿Por qué estaba tan nerviosa? La periodista creía que Margery no había hecho aquel dibujo, pero eso no era concluyente. Una brisa arrastró sombras de vegetación sobre las casas que se desplomaban colina abajo como fichas de dominó. De pronto recordó las últimas palabras que Angela le había dicho cuando vivían en Otford: «¿Me traerás más libros para leer?». Y entonces, de forma más vivida y dolorosa, vio a Angela levantando la mirada del libro y preguntándole, deseosa de impresionarla: «¿Quieres que te lea un poco?». «En otro momento, cariño», había respondido ella, que estaba ocupada con un manuscrito. Pero no había habido ningún

otro momento. Barbara se sentía atrapada entre sus recuerdos y su cuerpo, que seguía caminando con pesadez. Puede que estuviera lloviendo... o quizá estaba llorando.

## 16

Al llegar a Edgware Road, Gerry empezó a hablarle de su editor.

–Me oyó hablar con Hemel Hempstead y no le hizo demasiada gracia. Tendría que haberle dicho que la llamaría más tarde, pero me estaba costando mucho convencerla de que nos dejara hablar con su hija. –Aceleró al pasar un semáforo en rojo y dio un volantazo para esquivar un autobús que estaba girando—. Y después intentó hacerme creer que no iba a publicar esa historia porque, en su opinión, las personas sin nombre no estaban estafando a nadie. Sin embargo, estoy segura de que esa no es la razón.

Barbara cogió aire. Desearía ser ella quien estuviera conduciendo, sobre todo porque aquella carretera estaba repleta de cruces y no todos estaban controlados por semáforos, pero su coche seguía en el garaje.

–¿Y cuál es la razón? –preguntó, al ver que Gerry la estaba mirando.

–Que podría perder la simpatía de los lectores. Estoy segura de que muchos de ellos andan metidos en asuntos ocultos, místicos y todo eso. Criticar algo así sería como decir que fumar porros provoca resaca, aunque sea cierto.

Detuvo el coche chirriando cuando una niña apareció en un cruce.

–Como iba diciendo, es obvio que creía que me había disuadido de escribir la historia, de modo que tuve que explicarle que usted iba a venderla por mí. Podrá hacerlo, ¿verdad?

–Por supuesto que lo haré. Ya hay un par de periódicos interesados. –Había tenido un par de días para persuadirlos y una gran determinación—. Dependiendo de lo sustancial que sea el artículo que escriba, puede que merezca la pena pensar en un libro.

Gerry se dirigió hacia las rotondas gemelas que llevaban a la autopista. El tráfico de entrada temblaba como la gelatina bajo el sol de agosto y los rayos del sol rebotaban en los parabrisas. El Fiat de Gerry quedó encajonado entre un camión cisterna y otro de mercancías; más adelante avanzaba un camión articulado. Barbara estaba segura de que iba a morir aplastada entre el fino caparazón de metal. Una vez en la autopista, Gerry empezó a conducir con mayor agresividad. Camiones tan grandes como bungalós se perseguían entre sí a unas velocidades que Barbara consideraba aterradoras, pero Gerry se movía a toda velocidad entre ellos, cambiando de un carril a otro.

–Se enfadó bastante –continuó Gerry—. Me dijo que parecía querer unirme al sistema que nos hemos comprometido a atacar, y yo le dije que solo estaba intentando deshacerme de mis prejuicios.

Barbara, que había conseguido desconectar, imaginando que no era ella quien estaba atada al asiento del pasajero, tuvo que hacer grandes esfuerzos para recordar de qué estaba hablando.

Llegar a Hemel Hempstead no fue ningún alivio.

–Me dijo que vivía encima del canal –recordó Gerry, cruzando a toda velocidad el pueblo y frenando tan solo al llegar a las tiendas. Un estacionamiento de varios pisos hilaba una bola de rayas en la punta de su nariz de hormigón. Más allá de las tiendas había un cruce de dos direcciones. Barbara cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, se encontró junto al canal. Las barcazas se deslizaban por él silenciosamente, como las nubes, y los cisnes dormitaban bajo sus alas. Debían de estar a punto de llegar. De repente sintió miedo.

Gerry accedió a una carretera que discurría sobre el canal. Un cartel de Snoopy proclamaba paz en la tierra y buena voluntad para todos en la puerta de una modista llamada Sarah-Boo. Gerry giró a la izquierda en una calle que ascendía por un montículo de casas pareadas apiñadas como percebes. Jardines de roca brillaban en púrpura y amarillo.

–Tiene que estar por aquí.

Poco después se encontraron en un laberinto de calles anónimas y zonas cercadas, repletas de pequeñas casas rectangulares. La puerta del garaje ocupaba una cuarta parte de cada fachada y, delante de cada casa, una parcela sin vallar del tamaño de dos coches se extendía entre los senderos de hormigón. Gerry tuvo que reducir la velocidad y leer con atención los nombres de las calles, que parecían clonarse cada vez que doblaba una esquina.

–Ya hemos llegado –anunció antes de que Barbara estuviera preparada.

Gerry abandonó el volante y, tras deslizarse por su asiento, se alisó la falda negra. Era obvio que se había arreglado para la entrevista. Barbara tenía la impresión de estar atrapada entre las calles

desiertas. Por un hueco podía ver, tras el edificio de Kodak, las colinas de Hertfordshire, que eran del color del ranúnculo, pero aparte de eso solo había casas en las que los aspiradores entonaban su canción matinal. Los coches habían salido durante el día; las amas de casa estaban encerradas dentro de sus hogares.

Gerry llamó al timbre de la puerta más cercana. Les abrió un hombre robusto con la camisa abotonada sobre las muñecas, que tenía el rostro y las manos coloradas, quizá por el sol y no por su agresividad.

—¿Qué desean? —preguntó.

—Soy Gerry Martin y esta es Barbara Waugh.

—Sé perfectamente quienes son. ¿Qué desean?

—Bueno, se lo expliqué por teléfono.

—A mí no.

El hombre parecía dispuesto a cerrar la puerta. Barbara se adelantó y abrió el álbum de fotos que había llevado consigo, con la esperanza de que se conmoviera al ver la fotografía de Angela a los cuatro años de edad, pues a ella cada vez le costaba más mirarla. Mientras tanto, se acercó a ellas una mujer pequeña y compacta, de apenas metro y medio de altura, que estaba limpiando una jabonera recuerdo de Brighton.

—No discutas en la puerta, George —dijo, con un acento similar al de él, que no era del norte ni del sur, sino algo intermedio—. Como mínimo podríamos invitarlas a pasar.

Las condujo hacia la habitación principal, empapelada con un papel tan discreto como el traje de un funcionario público. Sobre el aparador se diseminaban varios tapetes, y una bailarina de cerámica resplandecía en púrpura sobre la repisa de la ventana.

—Usted es la mujer que está buscando a su hija —dijo, dirigiéndose a Barbara.

—He traído una fotografía.

La mujer miró a Gerry con severidad.

—Me dijo que era mayor.

—Es la más reciente que tengo. —Durante un inquietante momento, Barbara pensó que el matrimonio iba a revelar que había leído el artículo sobre ella—. No la he visto desde entonces —añadió, con los ojos empañados de lágrimas.

Probablemente, la mujer recordó su propio pesar.

—Oh, George, no creo que hagamos ningún daño enseñándole esto a Iris.

—No estés tan segura, Maisie. Le dijimos al doctor que le ofreceríamos tranquilidad y reposo. Eso es lo que necesita.

—Hemos venido desde Londres asumiendo que podríamos verla —dijo Gerry.

—Y yo he tenido que pedir el día libre en Kodak por esa misma razón. —El hombre se volvió hacia Barbara—. Escuche, la ayudaría si pudiera, pero no sé en qué puede ayudarla el hecho de que molestemos a Iris. Mi hija ni siquiera puede decirnos dónde están los cabrones que le hicieron eso. Supongo que un buen día logró escapar y, de algún modo, llegar hasta aquí. Sin embargo, estoy seguro de que esos tipos ya no están donde estaban. Puede llamarme insensible si lo desea, pero creo que está perdiendo el tiempo.

—No espero que me conduzca hasta ellos. Solo quiero saber si tienen a mi hija.

—Es un poco tarde para preocuparse por ella, ¿no cree? —Al instante se arrepintió de haber dicho eso—. Lo lamento. No sé nada de usted ni de su hija, pero sí que sé que nunca debería haber permitido que Iris se marchara de casa y siguiera a quienesquiera que fueran sin saber adonde la llevaban. —Observó a regañadientes la fotografía—. Enséñesela si lo desea —añadió, refunfuñando—. Si no, se irá de aquí pensando que no hemos querido ayudarla. Sin embargo, tendrá que irse cuando yo lo diga.

Su esposa las llevó hasta el piso superior, dejando atrás una bandada de cisnes de yeso.

—No le hablen con brusquedad —dijo en voz baja—. No le gusta el ruido.

—Y tampoco le gustará encontrarse con tantos desconocidos. Usted se quedará fuera —añadió el hombre, dirigiéndose a Gerry—. Dejaré la puerta abierta para que pueda escuchar, si es que hay algo que escuchar.



La primera impresión de Barbara fue que Maisie había abierto la puerta equivocada. ¿La mujer que había junto a la ventana del dormitorio sería una amiga de la familia o una enfermera? Parecía tener más de cuarenta años, el doble que Iris, pero iba vestida de forma infantil, con un vestido de verano a rayas y una diadema rosa en su cabello gris. Maisie se acercó a ella.

–Cariño, hay una mujer que quiere verte.

Iris se giró muy despacio, como una figura mecánica cuya maquinaria se estuviera estropeando. Sus ojos y el rostro parecían una única superficie continua, suave y artificial como el plástico. Podría haber sido una muñeca de tamaño real que Maisie hubiera vestido con la ropa de su hija, descolorida tras pasar varios meses sentada junto la ventana.

–Esta señora está buscando a su hija –dijo Maisie a la muñeca–. Quiere que le digas si la has visto alguna vez.

Barbara se adelantó, manteniendo el álbum abierto. Para cuando Iris bajó la cabeza para mirar la foto (tal y como movía la cabeza, parecía que sus ojos estaban fijos en sus órbitas), las manos le temblaban por el esfuerzo de mantener el álbum inmóvil. De pronto le pareció ver un brillo de reconocimiento en los ojos de la muchacha... aunque puede que solo fuera un reflejo del álbum, pues desapareció en cuanto la joven levantó la cabeza y miró hacia Barbara como si no estuviera allí.

–Ahora esa niña es mayor. Tiene trece años. –Maisie repitió las palabras que había murmurado Barbara–. El año pasado tenía doce, Iris. ¿La viste el año pasado, antes de que regresaras a casa con nosotros?

Movió el álbum para no sentir su peso con tanta intensidad y sus dedos se separaron del celuloide con un sonido similar al chasquido de los labios.

–Debe de ser muy delgada –comentó, recordando el dibujo–. Tiene los ojos muy azules... o al menos los tenía.

Descubrió que estaba llorando.

–Lo siento –se disculpó Maisie, tras una incómoda pausa–. Hay días que no le apetece hablar, y mucho me temo que hoy es uno de ellos.

De repente, Barbara se dio cuenta de cómo veía Maisie a su hija: había empezado a frecuentar malas compañías y había atravesado una mala etapa, pero ya estaba en casa; ahora que estaba con su familia, lo único que necesitaba era paz. Pronto se pondría bien. Barbara dio media vuelta, sintiéndose derrotada por la mirada vacía de Iris, y se secó los ojos.

–Si me deja una fotografía, seguiré enseñándosela –dijo Maisie–. Si dice algo, la llamaré.

–Gracias –respondió Barbara con tristeza tendiéndole el álbum, porque se sentía incapaz de escoger una por sí misma. Echó un vistazo a la habitación: la maqueta de un faro que debía de encenderse con pilas, una revista escolar del año 1969, un mandala formado por personas diminutas y centrado en un ojo ilegible, un libro de ejercicios abierto por un poema que había sido escrito por una mano adolescente («Oh, déjame descender a la cálida y húmeda oscuridad»), una muñeca con las pupilas arrancadas de los ojos, que le recordó al rostro que había visto en el dibujo de la casa. Se suponía que todo eso debería haber ayudado a Iris a recordar quién era, pero no había sido así. ¿Acaso Barbara tenía alguna posibilidad?

Cuando Maisie le devolvió el álbum, se encaminó hacia el pasillo. Al verla, George se volvió hacia las escaleras mientras Gerry le sonría y se encogía de hombros, como si intentara darle ánimos. Maisie dejó la fotografía en la habitación, y ya casi había llegado a la puerta cuando Iris empezó a hablar.

–Me hicieron ir a New Street a buscar a alguien.

Barbara no estaba segura de estar oyendo aquella voz, por lo suave y confusa que era, pero mientras entraba de nuevo en la habitación y Maisie retrocedía de mala gana para dejarla pasar, vio que los labios de Iris se estaban moviendo, aunque en ese momento no emitían ningún sonido. Por fin, la voz y el movimiento se emparejaron.

–Tuve que despertarle. Regresó conmigo y... Después fuimos a Sheffield, y... –Su voz se desvaneció como una radio estropeada–. Un día los dejé y regresé a casa –añadió.

–¿Había una niña pequeña contigo mientras estuviste fuera? –Barbara no deseaba ser brusca, pero tenía que establecer contacto mientras fuera posible–. ¿Una niña de unos doce años que se parecía a la de la foto?

Quizá habría mirado la fotografía si un pájaro no hubiese empezado a trinar en ese momento. Iris se volvió hacia la ventana como si le diera miedo hacerlo; sus hombros se curvaron y su cabeza se agachó como la de una tortuga. Su voz parecía proceder de algún lugar al que no podía llegar la luz del sol.

–Cuando era pequeña encontré un pájaro en el jardín. Pensé que estaba dormido. Cuando lo giré empezó a moverse, pero había cosas arrastrándose por su interior.

Su madre le cogió la mano, pero ella siguió hablando, con la mirada fija y una voz monótona.

–En el lugar en donde viví con ellos, las cosas cobraban vida. Lo malo entraba en las cosas y las hacía moverse.

–No te castigues con eso, Iris. Sabes que solo es tu imaginación. Ya estás en casa.

–Entró en nosotros. Nos hacía hacer cosas. –Apartó la mano de su madre y, con una voz sofocada por el desprecio que sentía hacia sí misma, añadió–: Me gusta recordarlas.

Cuando Barbara pasó por delante de Regent's Park, el cielo era del color del vapor. Al otro lado de las vallas, las hojas oscuras tenían un aspecto húmedo y tropical. Un olor selvático entraba por la ventanilla abierta del coche, una combinación del fuerte olor de los animales y el intenso aroma de las flores. Los monos chillaban desde las copas de los árboles y un león rugía. Debido al calor, las manos de Barbara estaban pegadas al volante y su ropa estaba empapada de sudor. Y por si no se sentía ya bastante incómoda, tenía que ir a cenar con Paul Gregory y su esposa.

En Camden Town, todas las puertas de los pubs estaban abiertas de par en par; las parejas charlaban en las aceras, bebiendo cerveza. Delante de la polvorienta marquesina de la estación, la gente hacía cola para ver una película de Max Ophuls. Mientras Barbara accedía a la calle lateral en la que vivían los Gregory, en un piso con vistas a un banco, un hombre salió apresuradamente de un restaurante indio abanicándose la boca.

Estacionó el coche delante del edificio y llamó al timbre. El porche de columnas era una trampa para las brisas y estaba más fresco que el coche. Una docena de ciclistas pasó a toda velocidad junto a ella, multicolor como una melodía. Puede que la velada no fuera demasiado complicada, sobre todo si Paul le servía tanto alcohol como bebiera él. Al menos no estaría en casa ni en el trabajo, esperando nerviosa a que sonara el teléfono.

Una mujer alta vestida con un traje largo de color negro le abrió la puerta. En teoría, el vestido debería cubrirle los tobillos, pero permitía ver que estos eran tan huesudos como sus brazos y su anguloso rostro.

–Barbara Waugh –dijo, tendiéndole la mano–. Soy Sybil Gregory.

Alguien estaba practicando escalas con una flauta en la planta baja, y en el primer piso aullaba una sirena de policía. Los Gregory vivían en el piso superior, bajo el tejado inclinado. En lo primero que se posaron los ojos de Barbara al llegar a la sala principal fue en el teléfono. No podía evitar sentirse preocupada, a pesar de que Gerry Martin solo llevaba dos días buscando a la secta y era prácticamente imposible que se pusiera tan pronto en contacto con ella.

–Paul, ha llegado tu agente –dijo Sybil, con voz enérgica–. Cuando le hayas servido una copa, ¿te importaría acostar a Bevis? Katrina, ya deberías estar vestida. Barbara, venga a hablar conmigo a la cocina cuando tenga su bebida.

Tras servirle una copa de vodka Stolichnaya, Paul se disculpó y entró en el cuarto de baño, llevando a su hijo pequeño bajo el brazo. De camino a la cocina, Barbara pasó por delante de una habitación diminuta con una litera doble en la que una niña estaba abotonándose su uniforme de exploradora.

Sybil estaba asando filetes. Un león rugió en el parque, como si hubiera olido la comida.

–Deben de ser Imogen y su padre –le dijo a la niña cuando sonó el timbre–. Ve a abrir y haz que me sienta orgullosa de ti. Está a punto de ser escolta –explicó a Barbara–. ¿Estuvo alguna vez en los Scouts?

–No, nunca –respondió. Una idea había empezado a cobrar forma en su cabeza, pero se disipó.

–Yo lo fui durante años. Hice que Katrina se uniera a las exploradoras, y Bevis será un lobato en cuanto tenga la edad necesaria. No hay nada como los Boy Scouts para inculcar disciplina a un niño.

Puede que Sybil fuera exactamente lo que Paul necesitaba, una escolta adulta capaz de llevar la casa y apañárselas con los ingresos que entraran en ella. Barbara seguía intentando recuperar el pensamiento que había estado a punto de formarse en su cabeza, aunque tenía la impresión de que cuando lo lograra desearía no haberlo hecho.

–Verlos crecer me ayudó en los malos tiempos –estaba diciendo Sybil–. Nada puede sustituir a la familia, aunque algunas personas intenten hacernos creer lo contrario.

Barbara asintió distraída, porque acababa de descubrir dónde había escrito Paul *Un torrente de vidas*: en un escritorio situado en el rincón más alejado de la estufa. Realmente habían sido malos tiempos.

–Oh, le ruego que disculpe mi falta de tacto –continuó Sybil–. Paul me dijo que había perdido a su marido y después a su hija.

Hizo que sonara a negligencia, ¿pero cómo podía saber que tenía razón? ¿Estaba siendo paranoica? Barbara solo pudo vaciar su vaso, pues se sentía incapaz de hablar.

–Se ha terminado la copa –dijo Sybil, sorprendida o a modo de reproche–. Sírvase otra si Paul sigue ocupado.

Barbara se sentó en una cama doble disfrazada de sofá, y reflexionó pausadamente si debía servirse otro vodka mientras intentaba poner en orden sus sentimientos. Las cubiertas de las primeras novelas de Paul adornaban las paredes, y unas maletas apiladas como cajas chinas acumulaban polvo en el alto de un armario. Debía alegrarse porque Gerry estuviera investigando. De momento, lo único que podía hacer era proseguir con su trabajo.

–¿Qué opina de Paul como escritor? –le preguntó Sybil, cuando regresó a la cocina.

–Creo que tiene potencial para escribir algo incluso mejor.

–Yo creo que es el mejor autor que he leído jamás. –No era la primera esposa de escritor a la que Barbara oía decir algo parecido–. Dígame el nombre de un escritor vivo que sea mejor que él.

–Es extremadamente bueno –respondió Barbara, ignorando el desafío y lo que se supusiera que pretendía conseguir con él–. Me estuvo hablando del argumento de su próxima novela. ¿Ha empezado a trabajar en ella?

–No empezará hasta que nos hayamos mudado. –Sybil se giró con cautela–. Estamos pensando en mudarnos a Irlanda en cuanto veamos algo del dinero de la venta. En ese país saben tratar a los artistas.

–Sí, muchos de mis clientes estarían de acuerdo con usted.

En Irlanda los escritores no pagaban impuestos. Barbara se las arregló para centrar la conversación en las diversas formas en que las diferentes sociedades trataban a los autores, pues era un tema con el que le resultaría más sencillo evitar las trampas de aquella mujer. Sin embargo, durante la cena, Sybil hizo el siguiente comentario:

–Tengo entendido que no le gustó que Paul se reuniera con otro agente.

–Paul es libre de cambiar de agente cuando quiera –respondió, haciendo que Paul se sonrojara como un niño pequeño que tiene que guardar silencio mientras los adultos hablan de él–. Pero creo que no le haría ningún bien.

–Por supuesto que lo cree. Espero que disculpe mi brusquedad, pero quiero asegurarme de que sus libros consiguen el máximo de dinero posible. Quiero asegurarme de que nuestros hijos no tengan que volver a atravesar una mala época. Por supuesto que estoy segura de que eso no ocurrirá, Paul. –Se volvió hacia Barbara–. Sin embargo, ¿cómo es posible que usted pueda gestionar mejor su obra en América que un agente americano?

–Porque puedo estar allí en menos de un día siempre que sea necesario. El mes que viene debo estar en Nueva York para llevar a cabo la subasta y, como manejo todos los derechos en lengua inglesa, estoy en mejor posición de negociación que si tuviera que pelearme con otro agente sobre quién se queda con qué territorios. Puedo negociar condiciones que Harold Eastwood ni siquiera se atrevería a considerar.

–Discúlpeme –dijo Sybil–, pero la verdad es que no podemos probar ni refutar lo que está diciendo.

–Eastwood es un agente pésimo. –Barbara era consciente de que había bebido demasiado, pero no le importaba–. Se anuncia en media docena de revistas, cuando ningún agente bueno necesita publicidad. –¿Por qué atacar a Eastwood si podía promocionarse a sí misma?–. Supongo que no hace falta que les diga que conseguiremos más dinero en los Estados Unidos que aquí... y les puedo prometer que será más de lo que esperan.

Solo después, mientras conducía cautelosamente hacia casa por Euston Road, se preguntó si había caído en la trampa más grande de aquella velada. Había dado por sentado que la cena era una forma de hacer las paces con ella, pero empezaba a preguntarse si su único objetivo había sido el de pillarla desprevenida. En cierto sentido, eso carecía de importancia, pues estaba segura de que lo haría tan bien en Nueva York como había prometido, pero eso significaba que el próximo mes tendría que viajar, independientemente de lo que estuviera ocurriendo. Necesitaba creer que había hecho todo lo que estaba en su mano, que ahora todo dependía de Gerry Martin.

Al abandonar el estacionamiento subterráneo del Barbican respiró aliviada. La mayoría de los tubos fluorescentes estaban fallando y el bajo techo parecía vibrar sobre las oscuras jorobas de los coches. Una sombra la hizo mirar hacia el rincón en donde había visto la masa de telarañas. Alguien debía de haber hecho limpieza, porque estaba impecable. Deseaba que también alguien hiciera algo con las luces, con los oscuros y espasmódicos movimientos que se sucedían tras los vehículos.

Una cabecita invertida miraba tras las cortinas en lo más profundo del lago, y la iglesia de St. Giles parecía artificial debido al reflejo de sus focos. Antes de acostarse, Barbara tuvo que apagar todas las luces del apartamento, que había encendido sin darse cuenta. Se quedó dormida intentando recordar el pensamiento que había tenido antes de la cena. Tenía la certeza de que estaba relacionado con Angela.

Cuando sonó el teléfono a la mañana siguiente le parecía que acababa de acostarse, pero la luz del sol iluminaba las cortinas. Medio dormida, buscó a tientas el teléfono. Por las mañanas, lo único que conseguía despertarla era hablar con alguien. Apoyó el auricular sobre la almohada.

–Hola –graznó.

La conexión debía de ser pésima, pues apenas oyó un susurro.

–Hola –repitió, con mayor claridad.

Tras una pausa, la voz del otro lado habló más alto.

–Soy yo, mamá.

Barbara intentó sujetar el auricular antes de que se estrellara contra el suelo, pero no lo consiguió. Seguramente, la persona que había al otro lado de la línea creyó que lo había tirado. En aquella ocasión estaba segura de que esa voz era la de Angela, de que no era ninguna broma de mal gusto, y de repente se dio cuenta de lo ansiosa que había estado por justificar las llamadas, por creer que Angela estaba muerta y enterrada. Se arrastró desesperada por la moqueta, sintiendo un intenso dolor de cabeza, y recuperó el auricular.

–¿Dónde estás? –gritó.

El murmullo de la respuesta fue menos claro que el serpienteo de la estática.

–No puedo oírte –dijo Barbara, a punto de ponerse a llorar–. Habla más alto.

–No puedo hablar más alto. Te estoy llamando mientras los demás duermen.

Pero no todos dormían, porque en ese mismo momento Barbara oyó una voz de hombre en la línea. Aunque fue incapaz de comprender sus palabras, el tono no dejaba lugar a confusiones: era cruel y burlón. Al instante, el teléfono quedó en silencio.

Barbara logró llamar al operador, a pesar de que sus dedos estaban paralizados. Cuando este la atendió, le dijo con altivez que era demasiado tarde para rastrear la llamada. Barbara permaneció pegada al auricular durante diez minutos, sintiéndose cada vez más consternada, pero nadie contestó a su llamada en *Las Otras Noticias*. Por fin, una voz de mujer irritada y soñolienta descolgó el auricular y le dio la dirección y el teléfono de Gerry Martin para desembarazarse de ella.

Marcó el número de Gerry, pero nadie le respondió. Barbara fue inmediatamente a su piso, ubicado en una ennegrecida casa de Brixton que parecía estar a punto de derrumbarse. No sabía qué hacer. Temía que los miembros de la secta supieran que alguien intentaba seguirles la pista, pero le daba más miedo retrasar a Gerry por si habían descubierto que Angela les había traicionado poniéndose en contacto con su madre. Las chicas que vivían en el piso contiguo le dijeron que Gerry había pagado dos meses de alquiler por adelantado y que no había dejado ninguna dirección. Estuviera donde estuviera, sería imposible encontrarla.

Gerry se encontraba en medio de Regent's Park cuando el cielo empezó a oscurecerse. El zoológico estaba demasiado lejos, así que corrió a refugiarse bajo un roble, haciendo que su raído bolso de lona rebotara contra sus caderas. Se apoyó en el tronco y cerró los ojos. Una nube de sueño la envolvió, absorbiendo los sonidos y amortiguando la aspereza de la corteza del árbol y su dolor de pies. Dormitó mientras esperaba a que dejara de llover.

Pero era un aguacero. La segunda o tercera vez que despertó creyó estar en una isla en medio de un lago tormentoso, porque el sonido era el mismo. El aire era una masa de hebras grises y tirantes que la empapaban, fuera cual fuera el lado del roble en el que se situara. La lluvia caía en cascada entre las diversas capas de espesura que se alzaban sobre su cabeza, colándose por todos los agujeros. A su alrededor, la hierba estaba prácticamente sumergida en el agua.

*Podría ser peor*, pensó con ironía. Aún podría estar trabajando para un periódico local, intentando escalar por las diferentes noticias (bodas, infracciones de tránsito, conferencias en el salón parroquial) mientras se abría camino hacia el verdadero periodismo. O podría estar escribiendo para *Las Otras Noticias*, que había resultado ser otro callejón sin salida: por muy impactante que hubiera sido *La trampa de Dios*, no habían conseguido vender demasiados ejemplares. Cuanto más pequeño era un periódico, menos posibilidades tenías de forjarte un nombre. Por fin era una periodista de investigación que trabajaba por cuenta propia, aunque tenía la impresión de que estaba realizando el trabajo más mojado y sucio del mundo... Pero como no le quedaba más remedio que interpretar aquel papel, esperaba que las condiciones climatológicas adversas lo hicieran más convincente.

La lluvia empezó a perder intensidad y la cuchilla circular del sol abrió un agujero entre las nubes. Gerry sacó un segundo par de zapatos del bolso y, a continuación, chapoteó entre el barro y el pegajoso césped en dirección a Euston Road. Todos los edificios parecían haber sido lavados y puestos a secar; las capotas de los coches humeaban como bloques de hielo. Corrió hacia la estación, que empezaba a considerar su hogar.

El alto y espacioso vestíbulo anónimo de Euston estaba repleto de colas que se alejaban serpenteando de las taquillas. Allí había una docena de adolescentes cargados con mochilas; allá, escoceses cuyas rodillas parecían hervir; más lejos, un ciego siguiendo a su perro entre el laberinto de maletas y *trolleys*. Las escaleras mecánicas subían a las personas que abandonaban el metro, dejando atrás una serie de carteles dominados por una tarjeta de crédito, como encuadres de una falsa película.

Gerry se encerró en un retrete del lavabo de mujeres para quitarse la ropa y secarse con la toalla que llevaba en el bolso. Había cogido una muda limpia, pero no había sitio para más ropa. Mientras su camiseta y sus vaqueros goteaban, colgados de la puerta, se sentó en la tapa del inodoro, cabeceando tras una semana de sueño perdido. Llevaba siete días viviendo en la calle, pero no había conseguido nada. ¿Estaría siguiendo la pista equivocada?

Toda la información que tenía parecía encajar a la perfección. Por Londres circulaba un rumor sobre un grupo de personas sin nombre que confirmaba sus sospechas. Gerry consideraba que si Angela formaba parte de la secta, no se atrevería a alejarse demasiado de sus compañeros para reunirse con su madre... y como le había dicho a Barbara que podían encontrarse en Portobello Road, estaba segura de que el grupo se escondía en alguna parte de la ciudad. Por otra parte, Iris les había explicado que había tenido que despertar a un hombre en New Street, y eso solo podía significar que aquel hombre se encontraba en la estación de Birmingham, ciudad en la que se había establecido el grupo justo antes de trasladarse a Sheffield. Finalmente, el Ejército de Salvación de Manchester le había informado de que los mendigos estaban siendo acosados por ciertos individuos que se negaban a dar sus nombres o el de su organización. Gerry suponía que esa era la forma que tenía la secta de reclutar nuevos miembros y, actuando en consecuencia, había decidido convertirse en una vagabunda.

Retrocedió temblando cuando su cuerpo osciló hacia el conducto de agua. Una cosa era felicitarse a sí misma por haber sido capaz de hacer encajar las piezas y otra muy distinta tener que soportar las consecuencias. La última semana había sido eterna, fingiendo dormir en Euston, quedándose realmente dormida de vez en cuando y echando cabezaditas en los bancos de los parques durante el día. ¿Por qué había creído que tardaría tan poco en establecer contacto con la secta? No tenía ni idea

de su tamaño ni de la frecuencia con la que buscaba nuevos miembros. Si hubiera podido preguntárselo a Iris, ahora estaría más preparada.

No debía desfallecer. Tenía que hacer todo lo posible por impedir que la niñita de la fotografía de Barbara se convirtiera en lo mismo que Iris. A pesar de que había dicho lo contrario para no darle falsas esperanzas, consideraba muy probable que Angela siguiera con vida. Además, aquella investigación iba a forjarle un nombre. Sacó el bloc de notas del bolso y comprobó que el sobre de plástico que llevaba en su interior había impedido que el agua alcanzara al libro; estaba aprendiendo los trucos de la pobreza. Para llevar una semana de trabajo había escrito muy poco, pero las notas le ayudarían a estimular su memoria cuando llegara el momento de redactar los artículos.

Cuando su cuerpo volvió a oscilar hacia la tubería se obligó a sí misma a vestirse. La ropa seguía mojada y las rodillas de sus pantalones estaban empapadas, pero un paseo bajo el sol la secaría. Mientras cruzaba tambaleante el vestíbulo de Euston pasó junto a un joven pálido como un monje famélico, cuya tonsura era más alargada por un lado. De repente sintió que no podía continuar. La multitud era demasiado rápida y caótica; el ruido, tremendo, incomprensible, aterrador. ¡Ojalá pudiera regresar a casa, solo por un día, para recuperar el sueño perdido! ¿Pero qué ocurriría si lo hacía justo el día que la secta buscaba reclutas? Tenía que estar disponible.

Por irracional que fuera, empezaba a sentirse tan sola y desamparada como fingía estar. Se sintió tentada de llamar a Barbara Waugh, pero no tenía nada que contarle. Si quería sentirse menos vulnerable, había algo mejor que podía hacer.

Salió de la estación, introdujo su tarjeta del Barclays Bank en la ranura de la pared y marcó el código. En cuanto tuvo veinte libras en su bolsillo se sintió mucho más segura, hasta que se dio cuenta de que si algún miembro de la secta lo había visto, su disfraz se habría ido al traste. Sin embargo, al mirar a su alrededor advirtió que todas las personas que la estaban observando consideraban que la tarjeta era robada. Resultaba alentador.

Cinco minutos después estaba en Tottenham Court Road, estornudando por el sol. La comida mexicana de Viva Tacos podría ayudarla a combatir el frío, pero no le permitieron entrar en el restaurante. «Todas las mesas están reservadas», le dijo el camarero, con un rostro que no reflejaba ninguna emoción. Estaba viviendo en su piel las consecuencias de su disfraz.

Por fin encontró una cafetería en la que le sirvieron unos bocadillos a través de una ventanilla. Se sentó en un banco delante de una tienda de televisores, donde el rostro de un hombre, en varios colores y tamaños, movía la boca sin cesar. Mientras comía se le cerraban los ojos. Un miembro de la iglesia de la Cienciología se acercó a ella para hacerle una encuesta, pero Gerry lo ahuyentó con la mano. Esperaba que la secta que estaba buscando tuviera menos poder que la Cienciología, que había acabado legalmente con Olympia Press por criticarla.

Reprimiendo sus deseos de regresar a Euston de inmediato, paseó por Oxford Street entre las hordas de turistas. De vez en cuando se refugiaba en una tienda para estar más fresca, pero los guardias de seguridad la seguían hasta que se marchaba. Le alegraba que su disfraz fuera tan convincente, pero no podía permitirse que la arrestaran.

Al llegar a Marble Arch se dirigió hacia Park Lane. Limusinas plateadas se deslizaban junto a ella y porteros uniformados la miraban con el ceño fruncido para que no tuviera tentaciones de acercarse a sus hoteles. Logró dormir una hora en Hyde Park pero, a pesar del calor del sol, despertó tiritando. Entró en una farmacia para comprar *Beecham's powders*, sabiendo que debería haberlo hecho antes, y persuadió a la dependienta para que le diera un vaso de agua caliente en el que disolver la medicina de limón.

Paseó por Piccadilly hasta Leicester Square. Sobre los tejados, las grúas se alzaban hacia el cielo. Se sentía como si su mente estuviera allí arriba, con ellas, intentado aferrarse a algo, quizá a su cuerpo. Tras permanecer un rato sentada en Leicester Square fue a ver una película llamada *Cabeza borradora*. En el cine no habría tanta humedad y la película la ayudaría a despertar, pues, según la crítica cinematográfica de *Las Otras Noticias*, era un film hilarante.

Sin embargo, se quedó dormida antes de que empezara y cuando despertó, sobresaltada por un ronquido, un hombre armado con tijeras estaba destripando a un bebé deforme. Cerró los ojos con rapidez, hasta que los gritos del bebé la despertaron en una escena prácticamente idéntica. Una masa

de oscuridad con ojos del color de los caracoles la miraba sobre su hombro. Salió del cine antes de que la invitaran a marcharse, solo para descubrir que el día se había desvanecido. Había entrado en el cine a plena luz del día, pero ahora todo estaba oscuro, excepto los faros que se deslizaban por la empapada carretera. Había dormido dos sesiones completas.

Avanzó con rapidez por Charing Cross Road sobre aceras teñidas de neón. Tenía la impresión de que Tottenham Court Road era la película del inicio de su paseo de la tarde, una película que giraba al revés y a trompicones. Sus rápidos movimientos activaron su cuerpo, que le empezó a picar. Antes de llegar a Euston Road tuvo que sujetarse a una farola, pues estaba segura de que iba a desmayarse.

Al llegar a la estación de Euston aminoró sus pasos. Los sonidos que emitía eran débiles e irreales, tan débiles que ni siquiera resonaban. Una voz retumbó en el aire, anunciando la salida de algún tren. Algunas personas se levantaron, empequeñecidas por el vestíbulo y la voz. Con piernas temblorosas, Gerry fue en busca de un asiento.

Los pocos que había, que en realidad eran repisas estrechas diseñadas para disuadir a los durmientes, estaban ocupados. ¿Habría asientos en los andenes? Si compraba un billete, ¿el revisor le permitiría cruzar la barrera? En caso afirmativo, quedaría fuera de la vista de cualquiera que estuviera buscando vagabundos. Mientras reflexionaba, cerca de las barreras, vio que un periodista al que conocía avanzaba hacia ella desde el andén en el que estaba estacionado el tren de Edimburgo.

Estaba a punto de saludarlo cuando se dio cuenta de qué significaría eso; entonces, corrió a esconderse en el servicio de señoras, sintiéndose absurdamente furtiva. Sin duda alguna, se sentiría aún más absurda antes de que su búsqueda culminara.

La mujer que se ocupaba del servicio de señoras le dio un vaso de agua caliente para que se tomara otro *Beecham's*.

—¿Te encuentras bien, cariño? —le preguntó preocupada, y Gerry tuvo que decirle que solo estaba resfriada. Sin embargo, en el espejo pudo ver lo que veía aquella mujer: los granos, que habían empeorado, estaban acentuados por su enfermiza palidez; los mechones de su cabello parecían cuerdas manchadas de barro. Más que dormir, cuando todo aquello acabara deseaba pasar unas horas dentro de una bañera llena de agua caliente.

Tenía que regresar al vestíbulo de la estación. Ya se había acostumbrado a dormir en posición vertical (de este modo era menos probable que te molestaran), pero sabía que aquella noche no tendría las fuerzas necesarias. Aquella noche todo la despertaría: los fardos de periódicos que, al caer, aporreaban el suelo como borrachos; las voces amplificadas que llamaban al personal; los borrachos que respiraban delante de su cara; los policías que estaban delante de ella cuando abrió los ojos, como si estuvieran esperando para arrestarla. Las únicas personas que deseaba que la despertaran carecían de nombre.

Por fin encontró una columna contra la que apoyarse, situada en medio del vestíbulo. Tras asegurarse de que el libro de von Daniken asomaba de la bolsa que guardaba entre sus pies, para que quien lo viera pensara que era una chica ingenua que buscaba algún tipo de secreto místico, cerró los ojos. Puede que estuviera delirando, porque al instante tuvo la impresión de que se sumergía en un capullo y la columna en la que tenía apoyada la espalda se hacía suave y horizontal. La cálida y tenue luz que brillaba al otro lado de sus párpados la ayudó a sumirse en un sueño profundo.

—¿Quiere que la llevemos a algún sitio en donde pueda pasar la noche?

Era un oficial del Ejército de Salvación que la observaba con expresión paciente, a pesar de que ella murmuró desagradecida mirándolo con ojos borrosos. Puede que solo fuera un sueño, derivado irracionalmente de su investigación sobre el Ejército de Salvación. Todo le resultaba tan poco convincente como el reloj que le indicó que había dormido una hora.

Era incapaz de volver a conciliar el sueño y su resfriado había empeorado. La columna se estaba ladeando, el suelo era una cubierta azotada por la tormenta y el capitán era un gigante que se inclinaba sobre ella, gritando cosas sobre trenes. Por supuesto, se encontraba en una estación, en Euston Station, y las personas se movían a su alrededor escuchando la radio, ¿o acaso eran sus voces? Era imposible saberlo con certeza, por lo débiles y confusas que sonaban. Lo único que tenía claro era que si en ese mismo momento le dieran la oportunidad de infiltrarse en la secta, sería de muy poca utilidad.



No tenía alternativa. Tenía que regresar a casa para pasar la noche lejos del frío y cruzar los dedos para no haber perdido su oportunidad. Seguro que una noche no tenía ninguna importancia. Cuando regresara a Euston, se aseguraría de estar mejor preparada para las inclemencias del tiempo.

Se balanceó contra la columna y observó parpadeando el reloj, que de alguna forma había ganado media hora. ¿Cómo iba a regresar a casa si los trenes no circulaban por la noche? Los taxistas ya la habían ignorado en alguna ocasión, incluso cuando su aspecto había sido más presentable que el actual. Si hacía cola en la parada que había debajo de Euston, seguro que algún taxista le permitía montar si le mostraba el dinero que llevaba encima. Se obligó a abrir los ojos y creyó estar viendo mal el reloj: ¿cómo era posible que hubieran transcurrido diez minutos desde hacía un par de pensamientos? Pero era cierto, y una joven harapienta cuyo cabello parecía de alquitrán peinado la estaba mirando.

—¿Le apetece dormir en una cama?

Gerry estaba a punto de rehusar cuando se dio cuenta de lo enferma que estaba: la joven de rostro alargado, la estación y su propio cuerpo le parecían distantes e inalcanzables. Sabía que sería incapaz de discutir con un taxista.

—¿Adónde me llevará? —preguntó.

—Al London Refuge. Tenemos una furgoneta fuera. No importa que no tenga dinero.

Sin duda alguna, eso significaba que la cama sería pésima, pero la oferta le parecía irresistible. Además, si había otras personas durmiendo en el refugio, quizá podrían contarle algo sobre la gente sin nombre. Era un grupo al que no había interrogado y, sin embargo, puede que fuera el único que supiera algo. Siguió a la joven hacia la chispeante noche.

Cuando llegaron a una furgoneta que estaba aparcada en una calle lateral, apareció tras ellas un joven con una tonsura que le hacía parecer un monje desaliñado. Gerry no se había dado cuenta de que las había seguido.

—Tendrá que ir detrás —dijo el joven, abriendo la puerta.

Gerry consideraba que había espacio para tres en el asiento delantero, pero no le apetecía discutir, ni siquiera cuando vio el desorden de la parte de atrás, donde se amontonaban cajas, herramientas oxidadas y ladrillos, tan sucios que casi parecían haberse fundido. Se abrió paso sobre ellos para acceder al poco espacio disponible y, casi al instante, las puertas se cerraron a sus espaldas.

Apenas se había instalado cuando la furgoneta se puso en marcha con una sacudida. La partición que separaba la cabina de la zona de carga carecía de ventana y no podía ver gran cosa por las ventanillas traseras, aparte de las farolas que pasaban rápidamente junto a ella. Logró sujetarse a un lado de la furgoneta mientras intentaba decidir si conocía de algo a aquellos jóvenes. Tenía la impresión de que los había visto en varias ocasiones en Euston. Mientras se dirigían hacia la furgoneta, había advertido que debajo del tinte de la mujer asomaban cabellos blancos.

Cada vez que el vehículo reducía la velocidad, Gerry estiraba el cuello para mirar por la ventanilla, de modo que cuando llegó a su destino supo dónde estaba: en Earls Court, justo al final de Cromwell Road. Podría haber reconocido aquel lugar por el ruido.

Cuando el joven abrió la puerta, Gerry pudo ver un camino de acceso que discurría bajo una confusión de árboles y conducía a una casa de tres pisos. El suelo que rodeaba el porche estaba manchado de pintura y los árboles parecían intensificar el ruido del tráfico, que se oía con más fuerza que nunca. El oscilante follaje sonaba como los camiones que se dirigían en procesión hacia la autopista. Se sentía saturada por el ruido y el resfriado.

Cuando contempló la casa, advirtió que Barbara Waugh la observaba desde una de las ventanas superiores.

Por un instante pensó que estaba delirando, pero entonces advirtió que era una joven delgada que se parecía mucho a la editora. Solo podía ser Angela. Se le escapó un grito, pero como en aquel mismo instante tropezó con una esquina de la furgoneta, sus escoltas pensaron que había sido por el golpe.

—Está cansada —dijo la joven con indiferencia, mientras la conducían hacia la casa.

Antes de llegar al porche, Gerry miró hacia arriba sin levantar la cabeza. Angela, que parecía estar rodeada por diversas figuras, se estaba retirando hacia la penumbra de la habitación. ¿Estarían

obligándola a apartarse de la ventana? La mujer que la había recogido en Euston abrió la desconchada puerta principal mientras Gerry subía los agrietados escalones del porche. Al otro lado de la puerta, el vestíbulo y la bombilla que lo iluminaba eran de un deslucido tono marrón. Rápidamente, por si se preguntaban por qué vacilaba, la periodista entró en la casa.

## 19

Cuando la puerta principal se cerró tras ella, temió ser incapaz de comportarse con normalidad, temió estar demasiado cansada o demasiado enferma para continuar con su farsa, pero solo tenía que comportarse como si estuviera agotada..., y para eso no le hacía falta fingir. De hecho, mientras la mujer la conducía al piso superior estuvo a punto de dejar caer el bolso, pues había olvidado que lo llevaba en la mano.

El estruendo del tráfico sonaba amortiguado en el interior de la casa; era una masa estática de sonido confuso y monótono que parecía fusionarse con la lóbrega luz, formando un único medio que sofocaba sus sentidos. Puede que el papel de la pared fuera marrón, puede que la alfombra de la escalera tuviera un diseño y un color. ¿Había voces murmurando al otro lado de la puerta de la habitación en la que había visto a Angela? No lo sabía con certeza.

En el primer descansillo había tres puertas, y tres más en el siguiente. Junto a la bombilla grisácea del techo había una claraboya tapiada con tablones. La mujer abrió una puerta y pulsó un interruptor, pero la habitación permaneció a oscuras.

–No funciona –dijo, con voz tajante–. Su cama es la que está más cerca de la puerta.

Cuando Gerry se aventuró a entrar en el dormitorio solo pudo distinguir dos hileras de colchones dispuestos contra las paredes. Cada hilera constaba de tres camas en las que se acurrucaban formas oscuras. La luz que entraba por la puerta no lograba iluminar el colchón que le habían indicado que ocupara. La mujer esperó mientras se quitaba los pantalones y cubría su cuerpo con la manta; entonces, cerró la puerta.

Por un instante Gerry temió que echara la llave, pero la mujer descendió las escaleras inmediatamente. Los crujidos de los escalones no lograron imponerse al sonido del tráfico. Gerry estaba acostada, rodeada por las otras camas y por aquella oscuridad que olía a moho a pesar de su resfriado. Había logrado infiltrarse en la secta. Había sido sumamente sencillo.

Estaba segura de que pronto intentarían que se uniera a ellos, quizá en cuanto se levantara a la mañana siguiente. Sabía que las religiones marginales, al igual que tantas otras, intentaban atraparla mientras te sentías más vulnerable. De repente se dio cuenta de que había dejado de delirar. No estaba dispuesta a acabar como Iris. No conseguirían lavarle el cerebro por mucho que lo intentaran, porque esas cosas solo funcionaban con aquellos que tenían una personalidad débil.

Necesitaba dormir para poder enfrentarse a ellos, ¿pero sería capaz de hacerlo? Le inquietaba quedarse dormida en una habitación llena de personas a las que no había visto nunca; además estaba aquel ruido. Seguramente, la secta escogía ese tipo de casas porque su alquiler era más barato... asumiendo, claro está, que no las ocupara de forma ilegal, como parecía que había hecho en el caso de Portobello Road. Mientras se preguntaba si sería capaz de conciliar el sueño se quedó dormida.

Cuando despertó todavía era de noche, pero se sentía descansada y en absoluto delirante. Sin embargo, le dolía tanto la garganta que se alegraba de no tener que hablar. Permaneció acostada, esperando a que sus ojos se adaptaran a la luz. La ventana carecía de cortinas, pero los árboles hacían las veces de persianas. Destellos de lluvia goteaban entre las hojas; el ruido del tráfico había adquirido una nota sollozante. Solo oía su congestionada respiración; no le llegaba ningún sonido de las otras camas.

Aquello la inquietó, a pesar de que sabía que el estruendo del tráfico podía sofocar cualquier ruido. Se incorporó y se inclinó hacia la cama contigua. La figura acurrucada no parecía emitir sonido alguno. Se acercó al borde del colchón y se inclinó un poco más, pero debía de tener menos fuerzas de lo que creía porque perdió el equilibrio. Su mano libre se hundió profundamente en la forma de la cama contigua.

Reprimió el grito que se formó en su garganta cuando se dio cuenta de que allí no había ninguna persona, solo una almohada envuelta en mantas. ¿Al caer habría despertado a los ocupantes de las otras camas? Se acercó rápidamente a todas y cada una de ellas, aunque temía que alguna de esas personas se alzara ante ella en la oscuridad. Sin embargo, todas aquellas figuras eran camas deshechas.

Se acercó a la ventana, donde había algo más de luz. Ahora también parecía que hubiera alguien acostado en su cama. No tenía de qué preocuparse (seguramente, las personas que dormían en aquella

habitación estaban en otro lugar), pero se sentía inquieta. De repente supo qué iba mal: aunque ahora estaba más cerca del tráfico, el sollozo parecía más distante. Aquel sollozo no tenía nada que ver con el tráfico. Era el lamento de un niño que estaba dentro de la casa.

Bueno, sabía que en la secta había niños... y los niños suelen llorar de vez en cuando. Instantes después regresó a la cama pero, en vez de acostarse, se acuclilló, intentando averiguar de dónde procedían los sollozos. Al otro lado de la ventana las ramas goteaban y se movían perturbando a las oscuras figuras de las camas. ¿Por qué aquel llanto le resultaba tan extraño? ¿Por qué sonaba tan apagado?

Muy a su pesar, se levantó y abrió la puerta. Giró el pomo lentamente, pero este chirrió. Avanzó de puntillas hacia el desierto pasillo, situándose entre las dos siniestras puertas cerradas. El lamento procedía de algún lugar situado bajo sus pies. De repente supo por qué le había resultado tan extraño: el niño parecía estar amordazado.

Debería regresar a la habitación. Si se delataba, huirían antes de que alguien pudiera detenerlos... ¿Pero cómo podía ignorar aquellos sollozos? ¿Y si era la hija de Barbara? Le daba igual quién fuera: necesitaba saber qué le estaban haciendo a aquel pobre niño. Se vistió apresuradamente, recogió su bolso para que nadie encontrara su bloc de notas y se dirigió sigilosamente hacia las escaleras.

Empezó a descenderlas, apoyando los pies en el borde de cada escalón para evitar que crujiera, pero la barandilla se tambaleaba. A medio camino perdió el equilibrio y tuvo que sujetarse a ella, solo para descubrir que cedía con un fuerte chasquido. Por un instante pensó que se desplomaría y que ella la seguiría, cayendo por el hueco de la escalera. Permaneció unos instantes inmóvil, intentando recuperar el aliento y preguntándose si alguien habría oído el crujido.

Por fin llegó al primer piso. Bajo la luz pardusca, las tres puertas parecían irreales, como si hubieran sido bosquejadas y pintadas en la pared. Oyó el murmullo de unas voces al otro lado de la puerta de en medio, la de la habitación en cuya ventana había visto a Angela. El ruido del tráfico debía de haber impedido que las personas que conversaban en su interior hubieran oído el chasquido de la barandilla. ¿Pero eso significaba que si alguien la seguía, el ruido le impediría oírlo?

El sollozo seguía estando a sus pies y parecía tan distante como siempre. Pasó de puntillas junto a las puertas y bajó el siguiente tramo de escaleras. El vestíbulo parecía inmerso en una luz caldosa. De repente, el lamento se detuvo y Gerry hizo lo mismo. Desde donde estaba podía ver que la puerta principal estaba cerrada a cal y canto. Encontrara lo que encontrara, no podría escapar por ahí.

Permanecería en esta casa hasta que descubriera todo lo concerniente a la secta. Seguro que no corría ningún peligro; seguro que comprenderían que cualquiera habría bajado para ayudar al niño... cualquier persona, no solo un espía. Puede que el niño ya estuviera bien, pero necesitaba asegurarse.

Al llegar al vestíbulo observó inquieta las desiertas escaleras, y después se obligó a sí misma a dar la espalda a la puerta principal. En el vestíbulo había cuatro puertas, incluyendo la que se situaba bajo las escaleras. Seguramente conducía al sótano. Diversos objetos metálicos brillaban en la cocina, que descansaba al fondo del vestíbulo. Por lo tanto, solo quedaban dos habitaciones. Se dirigió a la primera, situada entre las escaleras y la puerta principal.

Cuando empujó la puerta, una tela se desplomó en el interior. La oyó caer al suelo y sintió la suave resistencia que ejercía mientras seguía empujando. Temía que aquella tela hiciera que la puerta crujiera, revelando su presencia, pero solo se oyó un débil serpenteo. Pronto, logró abrirla lo suficiente para poder echar un vistazo a su interior.

La habitación estaba menos oscura que la del piso superior, pues se filtraba más luz entre los troncos de los árboles que entre el follaje. Durante unos instantes fue incapaz de ver nada. Miró hacia la ventana carente de cortinas, ignorando la ilusión de movimiento que había junto a ella. Cuando sus ojos se adaptaron a la luz advirtió que la habitación estaba completamente vacía. No había nada detrás de aquella puerta, ni siquiera un gancho del que podría haber colgado aquel trapo.

De repente se sintió tan asustada que no sabía si sería capaz de moverse. Sus manos se aferraban al marco de la puerta, la una sobre la otra, negándose a soltarse. Le aterraba levantar la mirada, pero no tenía que hacerlo, porque era evidente que el niño no estaba en aquella habitación. Podía soltar las manos, apartarse del marco de la puerta, alejarse de la habitación. Retrocedió hasta el vestíbulo, haciendo grandes esfuerzos para no cerrar de un portazo.

La otra habitación, situada entre el sótano y la cocina, también estaba cerrada. Tenía que continuar, no podía escapar de aquella casa. Decidió entrar primero en la cocina, cuya puerta abierta le resultaba menos amenazadora. En la penumbra distinguió el contorno de un fregadero, una cocina y una mesa rodeada de algunas sillas. No había nada más que ver.

No podía demorarlo por más tiempo. Lo que buscaba se encontraba en la última habitación. Avanzó sigilosamente hasta la puerta y apoyó una mano en el húmedo abrigo de la pared. El pomo estaba frío y algo resbaladizo. Su sombra, una masa peluda con una forma bastante diferente a la suya, retrocedió acobardada.

Cuando logró abrir la puerta descubrió que la habitación estaba vacía. Busco a tientas en la pared invisible un interruptor. Encontró algo redondo y lo palpó con el dedo. Era el interruptor, cuya palanca estaba rota. Empujó hacia abajo lo que quedaba de ella.

En aquella sala no había ningún niño. Bajo la bombilla informe descansaban una silla de respaldo recto, un escritorio cojo, un archivador y una estantería en la que se amontonaban los libros. Una cortina negra, gruesa como una manta, estaba clavada sobre la ventana. Sin más demora, entró en la habitación y cerró la puerta a sus espaldas. Era posible que en aquel lugar encontrara información sobre los objetivos de la secta.

Por desordenados que estuvieran los libros, su temática era la misma: *Enciclopedia del crimen, Una historia de tortura, Canibalismo y sacrificio humano, El azote de la esvástica*; su obsesión por el sadismo resultaba casi sofocante. Encontró una edición ilustrada del Marqués de Sade junto a un libro litografiado llamado *El mandala de Manson*. Un estante estaba repleto de libros en cuyas sobrecubiertas no figuraba ningún nombre, pero prefirió no abrirlos: ya tenía una idea bastante clara de cuáles eran las obsesiones de la secta.

De repente se sintió indispuesta, pero no se debía a su resfriado. Acababa de recordar el tono de horrorizada aversión que había empleado Iris al decir «Nos hacía hacer cosas. Me gusta recordarlas». Pensó en Angela, en los sollozos del niño. ¿Por qué había dejado de llorar? Se acercó al archivador, sin duda alguna con el único propósito de demorar su búsqueda, pues estaba segura de que los cajones estarían cerrados con llave.

Sin embargo, cuando tiró del primero, este se abrió rechinando con tanta fuerza que logró hacerse oír sobre el sonido apagado del tráfico. El cajón contenía cintas y casetes y bobinas de película, guardados en cajas que se identificaban mediante números. A Gerry le aliviaba no poder saber qué había grabado en aquellas cintas. Al tirar del segundo cajón, que tampoco estaba cerrado con llave, descubrió cientos de fotografías.

Fue hasta el escritorio que había bajo la deslumbrante lámpara, llevándose consigo el primer montón. Los destellos no le permitían ver las imágenes, así que cogió una fotografía y la sostuvo en alto para poder verla... y en cuanto lo hizo, estuvo a punto de dejarla caer. Se obligó a observarla más detenidamente, deseando desesperada que aquel escrutinio le demostrara que la imagen era falsa.

La instantánea mostraba un bosque de árboles gigantescos, que al instante identificó. Eran secuoyas, de modo que aquella fotografía había sido tomada en California. Un cuerpo desnudo estaba clavado a un tronco. Aunque la imagen era abominablemente clara, Gerry no podía hacerse una idea del sexo o la edad de aquella persona, pues gran parte de su cuerpo había sido eliminada.

Siguió mirando las fotografías, sintiendo escalofríos, desesperada por escapar. Eran incluso peores. Muchas de ellas habían sido tomadas en California. Recordó que una de las mujeres de Manson había dicho que existía un grupo más depravado que la Familia. Quizá realmente existía una conexión.

La mayor parte de las fotografías se habían tomado en edificios muy similares a aquel. ¿Era posible que alguna de aquellas habitaciones, de diseño inglés, se encontrara en esa misma casa? Gerry era incapaz de controlar sus manos, era incapaz de impedirles que siguieran pasando las imágenes. Ya sabía que no eran falsas: al igual que ocurría con las fotografías que tomaba la policía, los encuadres eran monótonos y mostraban con una indiferencia abrumadora unas escenas terribles. Quizá se había equivocado al asumir que la secta buscaba casas situadas en zonas ruidosas porque eran más baratas. Seguramente, el ruido tenía como único objetivo apagar los sonidos que se originaban en su interior.

Sin darse cuenta, empezó a estrujar las fotografías mientras pensaba en qué otros horrores se escondían en el archivador (¿qué habría grabado en aquellas cintas?), cuando los lloros comenzaron

de nuevo. Todavía no había echado un vistazo al sótano. Se tambaleó sobre la silla y temió estar a punto de desmayarse, pero al instante empezó a correr hacia la puerta, olvidándose tanto de Barbara Waugh como de su disfraz y su misión. Solo sabía que tenía que salvar a aquel niño.

Corrió de puntillas hacia la cocina y encontró un cuchillo para trincar en el cajón que había debajo del fregadero. Esbozó una mueca de dolor cuando se cortó la piel del pulgar con la hoja, pero le reconfortó saber que llevaba un arma bien afilada. Aunque le temblaban las piernas, avanzó a grandes zancadas hacia la puerta del sótano y la abrió de un empujón, resguardándose tras el cuchillo.

Un estrecho pasillo conducía a unas escaleras que descendían hasta una segunda puerta. La estática luz del vestíbulo se filtraba tenuemente por él, iluminando el interruptor que descansaba junto a la puerta del fondo. Los sollozos se habían detenido mientras estaba en la cocina, pero estaba segura de que procedían de aquel lugar. Bajó los escalones sintiendo que la inclinación del techo la obligaría a agacharse. Tras abrir de una patada la puerta y ser recibida solo por la oscuridad, pulsó el interruptor de la luz.

El sótano, de paredes de ladrillo enyesado, era grande y parecía estar vacío. La desnuda bombilla no lograba iluminar los rincones, pero era evidente que en ninguno de ellos se escondía un niño. Desconcertada, dio un paso hacia delante. Al instante, algo del tamaño de un niño pasó por encima de su cabeza.

Del susto se le cayó el cuchillo, que chocó con gran estrépito contra el suelo de hormigón. Al levantar la mirada solo se vio a sí misma: el techo estaba cubierto de baldosas reflectantes. Nerviosa, observó su reflejo. Pendía invertida del techo, reducida, indefensa. Mientras se preguntaba si aquellos espejos estarían allí para que las víctimas de la secta pudieran ver qué les estaban haciendo, oyó que unos pasos se aproximaban.

Recogió el cuchillo y retrocedió, deseando al instante haberse escondido al otro lado de la puerta. No le habría servido de mucho, pues había cuatro hombres en las escaleras. Mirándola fijamente, con una expresión de determinación en sus rostros, empezaron a avanzar hacia ella.

Aún no la habían alcanzado cuando una quinta persona bajó suavemente las escaleras. Era una niña de unos seis años que llevaba un pijama rosa con conejitos azules. Se detuvo junto a los hombres y, sonriendo a Gerry, se llevó dos dedos a la boca y gimió con monotonía. Era el lamento sofocado que Gerry había oído.

La habían engañado para atraerla hasta allí, como si fuera un animal de matadero. De repente cayó en la cuenta de algo que debería haber deducido hacía tiempo: la secta no buscaba reclutas entre los vagabundos, sino víctimas. La niña, que parecía estar muy orgullosa de sí misma, empezó a reír. Gerry levantó el cuchillo y sujetó con fuerza el mango, que se resbalaba debido al sudor.

—¡Atrás! —gritó.

Los hombres, sin apartar la mirada de sus ojos, siguieron acercándose y empezaron a rodearla. Nunca sería capaz de defenderse de todos con el cuchillo.

—No intenten hacerme nada —dijo, con una voz que le raspaba en la garganta—. Soy periodista. Me han enviado aquí a investigar.

El hombre de la izquierda sonrió con crueldad, mostrando los dientes parduscos y careados que se ocultaban tras sus gruesos y húmedos labios.

—Por supuesto —comentó.

—Lo soy. Miren esto si no me creen. —Tras sacar con esfuerzo la libreta que guardaba en el bolso de lona que colgaba de su brazo izquierdo, se lo tendió—. El periódico en el que trabajo sabe que estoy aquí —mintió.

El hombre cogió la libreta y la rompió por la mitad sin siquiera mirarla, mientras la niña soltaba un gritito de alegría. Los hombres siguieron avanzando, como robots. Estaban a punto de alcanzarla. Gerry, que colgaba por los pies en el techo, siguió retrocediendo, pero ya casi había llegado a la pared.

—Barbara Waugh sabe que estoy aquí. —Se dio cuenta de que todos sabían que estaba mintiendo; antes de montar en la furgoneta, ni siquiera ella sabía adónde iban a llevarla—. Es la madre de Angela —añadió, desesperada.

—Aquí, los nombres no importan —espetó el hombre de la izquierda.

El hombre situado a su derecha se abalanzó sobre ella y le retorció el brazo hasta que consiguió que soltara el cuchillo. La niña observó fascinada cómo los otros dos sujetaban a Gerry, mientras el hombre de los labios gruesos recogía el cuchillo del suelo y le cortaba los tendones de los brazos y las piernas.

## 20

East Anglia era una verde llanura bordeada por abruptos acantilados. Las gaviotas descendían en picado sobre las playas, buscando los volantes de las olas. El Mar del Norte sonaba como una intensa tormenta tropical, azotando las rocas de la cala sobre la que se encontraba Ted.

–Mamá dice que alguna vez podríamos ir juntos a alguna parte –comentó Judy.

El viento soplaba en lo alto del acantilado, haciendo que le picara la barba.

–¿En serio? –preguntó, intentando proyectar la voz sobre sus hombros.

–Sí. Dice que si tuviéramos coche, en vacaciones podríamos visitar lugares nuevos.

Eso era muy propio de Helen. Sin duda alguna, le había hecho ese comentario con la esperanza de que Judy se lo dijera a su padre.

–Hablaré con ella.

Mientras regresaban a casa, los horizontes de la llanura parecían tener la proximidad irreal de los telones de fondo. Las nubes se apoyaban sobre sus bases, sujetando maquetas de iglesias.

–¿Seguro que te irás la semana que viene? –preguntó Judy en algún momento.

–Sí. Tengo que hacerlo, cariño. –Le había surgido la posibilidad de realizar un viaje a Italia que coincidiría, más o menos, con el de Barbara. Aunque ella le había dicho que seguramente no podría ir, Ted consideraba que los dos necesitaban unas vacaciones—. Como te gustan las cosas artúricas, cuando regrese te llevaré a Glastonbury.

–Habíamos pensado que, si no te marchabas, quizá querrías acompañarnos.

Estaba seguro de que Helen no había pensado nada similar, independientemente de lo que le hubiera dicho a su hija.

–Tengo que ir, cariño –respondió.

–¿Y Barbara te acompañará?

–¿Qué? –El tono acusador de su hija fue una sorpresa desagradable, a pesar de que sabía perfectamente quién lo había puesto allí—. ¿Qué sabes de Barbara?

Ted nunca le había mencionado su nombre.

–Es la mujer a la que solías visitar cuando vivíamos en el otro piso.

Era imposible que lo hubiera sabido en aquella época; era demasiado pequeña.

–Sí, Judy, me voy con ella, del mismo modo que tu madre y tú solíais ir de vacaciones con el tío Steve.

Nada más decir esto se arrepintió, pues el único propósito del divorcio había sido proteger a Judy de hostilidades similares. Estaba a punto de preguntarle si había una nueva persona en sus vidas (le parecía infantil llamarlos tíos, ¿pero acaso podía llamarlos de otra forma?) cuando Judy comentó:

–Mamá dice que prefieres a Barbara a nosotras.

–A ti te quiero más que a nada en el mundo, Judy.

Se obligó a sí mismo a guardar silencio, aunque la monotonía del paisaje contribuyó a intensificar su enfado. Una vez en casa de Helen, mientras la niña se lavaba ruidosamente en el cuarto de baño, logró recuperar la calma. Sabía que no serviría de nada perder los estribos.

–Helen, no creo que sea necesario que le hables a Judy de Barbara Waugh.

–¿Por qué te molesta que lo haga? –Helen estaba convirtiendo uno de sus vestidos viejos en trapos para el polvo, sin duda alguna para que viera hasta qué punto tenía que economizar—. ¿Acaso te hace sentir culpable? –preguntó, sin levantar la mirada.

–Sí, por supuesto que sí. Todas las cosas que le dices a Judy tienen como único objetivo hacerme sentir culpable. Por ejemplo, eso de que podríamos ir juntos a alguna parte... ¿Realmente quieres que hagamos algo similar?

–Es evidente que tú no. Solo ves a tu hija una vez a la semana y lo haces a disgusto.

–¿Cómo puedes pensar algo así?

Ella lo miró fijamente.

–No te hagas el loco. No has cambiado tanto, así que no intentes fingir lo contrario. ¿Barbara Waugh te ha visto alguna vez en pleno ataque de mal genio? Supongo que con ella eres más precavido, porque no depende de ti como dependíamos nosotras. Sabes que no tendrá ningún problema en dejarte cuando se harte.



Sabía qué se avecinaba: indirectas, silencios acusadores, miradas que sugerían que debería saber qué estaba pensando, y que si no lo sabía era solo porque él estaba equivocado. Llegados a ese punto, era mejor guardar silencio, pero era incapaz de hacerlo. Nunca había podido.

—¿De qué mal genio me estás hablando? —preguntó.

—¿Por qué lo preguntas? El que tienes ahora es un pequeño ejemplo. No irás a decirme que has olvidado tus años como hombre de la casa pues, por lo que sé, lo sigues siendo cada vez que te llevas a Judy. Ella dice que no, y solo puedo esperar por tu bien que sea cierto. —Le dedicó una mirada colérica mientras las tijeras llegaban al final de la tela—. ¿Sabes que tiene pesadillas la noche antes de que vengas a buscarla?

—No me sorprende.

—Si eso significa algo, es evidente que no tiene nada que ver conmigo.

Esta frase siempre había logrado hacerle perder los estribos.

—Significa que ejerces tanta presión sobre ella que no sabe qué siente en realidad. Me gustaría saber qué tipo de mierdas le cuentas sobre mí.

—Eres tan detestable como algunos de los libros que publicas. Esa es otra de las cosas que podrías enseñarle, pero nunca te daré esa oportunidad. Limitate a recordar que soy yo quien tiene la custodia. Te prometo que si me das una sola razón, me aseguraré de que no vuelvas a verla.

—Puede que dejes de tener la custodia si decido impugnarla. —Estaba atrapado en una disputa que ni siquiera deseaba ganar—. Para mantenerme alejado de Judy tendrás que enseñarle al tribunal algo más que estos arrebatos de histeria.

—¿Acaso consideras que lograrás hacerles creer que tu hija te importa? No lo harán si les hablo de la atención que le dedicas a una mujer que ni siquiera fue capaz de cuidar de su propia hija. No me extraña que descargaras tu malhumor en Judith. El único que puede hacerte sentir culpable eres tú mismo.

La verdad es que no estaba del todo equivocada. Cada vez que regresaba a casa después de haber pasado la noche con Barbara le inquietaba mostrarse demasiado feliz o demasiado reservado. Sin embargo, desde varios meses antes de que todo comenzara, Helen había sospechado que tenía una aventura con ella, y el hecho de estar a la altura de sus expectativas lo había eximido del sentimiento de culpabilidad y le había hecho sentirse mucho más libre que nunca. Puede que Barbara lo hubiera ayudado a poner punto y final a su matrimonio, pero no del modo que Helen pensaba.

—Lo siento, Helen, pero no pienso discutir contigo sobre Barbara. —Llamó a la puerta del cuarto de baño mientras ella lo miraba con frialdad—. Me voy, Judy. La próxima vez iremos a Glastonbury.

En Upper Street había una alfombra, que parecía tela de saco enrollada, apoyada contra un escaparate. Un hombre andrajoso que estaba recostado junto a ella se levantó y avanzó haciendo eses hacia Ted, pero no logró golpear el coche con la botella de vino vacía. *Es evidente que Helen está deprimida*, pensó, mientras dejaba atrás las tiendas borrosas. La disputa había sido demasiado familiar para que pudiera hacerle daño; además, estaba seguro de que Helen no decía de verdad que intentaría separarlo de su hija. ¿Realmente despreciaba tanto los libros que publicaba? Sin duda alguna, no había tenido ningún reparo en vender *Firmado por Adolfo Hitler*. Ted había rechazado aquel libro nueve años atrás, pero ahora la esvástica dorada decoraba todas las librerías. Desearía haberle preguntado de qué libros lo estaba acusando, pero sabía que no habría recibido ninguna respuesta, pues era demasiado retorcida para eso. Su detective privada tendría que ser tan retorcida como ella.

¡Claro que sí! Dio un puñetazo al volante, que chilló a una calle vacía. ¡Por supuesto! Su detective privada tenía que ser así, no como Philip Marlowe. Condujo hacia casa a toda velocidad, rescribiendo los capítulos en su cabeza.

En cuanto llegó a su apartamento se puso manos a la obra, tachando páginas completas e introduciendo anotaciones entre líneas. De repente, todo lo que no había funcionado resultaba claro y manejable. Corrigió tres capítulos en dos horas y la energía generada le impulsó a empezar el siguiente, pero allí se quedó encallado. Ahora, la detective privada era ella; Philip Marlowe ya no sentía una amargura adolescente porque el mundo era menos perfecto de lo que le gustaría. La historia necesitaba una traición que pusiera a prueba su compasión. ¿Cuál podría ser?

Barbara podría ayudarlo. Al contemplar el lago, advirtió que su ventana estaba iluminada; el crepúsculo se oscurecía bajo su tejado. Barbara respondió al teléfono antes de que Ted lo oyera sonar.

–¿Sí? –dijo, apremiante.

–Hola Barbara, soy Ted. –Tenía la impresión de que debería haber dicho «Soy yo».

–Hola, Ted. –Era obvio que intentaba ocultar su decepción–. ¿Qué ocurre?

–He estado trabajando un poco en mi novela, pero me acabo de quedar bloqueado. ¿Te apetece tomar una copa?

–Sí, pásate por aquí y te daré todas las que quieras. Concédeme unos minutos.

Él habría preferido ir a tomar algo a un pub. De todos modos, podrían hablar; hacía semanas que no mantenían una verdadera conversación. Tenía la impresión de que estaba demasiado cansada y nerviosa para importunarla con su novela, así que intentaría convencerla de que se tomara unas vacaciones, con o sin él. Era evidente que necesitaba descansar.

Puso un disco de Charlie Parker para concederle unos minutos y buscó una nalga que insertar en el trasero del rompecabezas del *Playboy*. Después fue dando un paseo hasta el apartamento de Barbara, que se alzaba junto al lago rosáceo. Bajo la iglesia de St. Giles, diversas hebras de luz blanca se retorcían como larvas. Un joven pálido y delgado que lucía una desaliñada tonsura lo observaba atentamente desde el sauce de la meseta de ladrillo.

Cuando Barbara abrió la puerta, se obligó a sí mismo a mantener los puños dentro de los bolsillos, para que no advirtiera su consternación. No solo parecía agotada, sino que tenía el rostro demacrado, pálido bajo el maquillaje, y sus ojos parecían incapaces de soportar nada más. Algo había ocurrido desde que había hablado con ella por teléfono.

–Pasa y siéntate –dijo, esforzándose en fingir que controlaba la situación, aunque era evidente que solo era una pose–. Tengo que contarte algo.

—Concédeme unos minutos —dijo Barbara, mientras tomaba asiento y se cubría el rostro con una mano. Estaba tan mareada que tenía la certeza de que si le resbalaba el codo se desplomaría sobre la mesa. Estuviera allí o en la oficina, se hallaba a merced del teléfono.

¿Deseaba que Gerry la llamara o preferiría no haberla enviado nunca en busca de Angela? Había deseado ambas cosas, desesperada e irresolublemente, desde el mismo instante en que había oído la voz cruel y burlona de uno de los secuestradores de Angela. Esperaba que aquel hombre no hubiera visto a Angela hablando por teléfono y que Gerry hubiera logrado infiltrarse ya en la secta, pero suponía que eso era esperar demasiado. No podía recurrir a la policía, por si el grupo se sentía amenazado y se escondía antes de que Gerry hubiera logrado infiltrarse en él; además, estaba segura de que no la creerían. Ella misma había tardado mucho en creer en Angela.

Se había obligado a sí misma a trabajar más duro en la oficina y en casa, para asegurarse de que sus clientes no sufrían las consecuencias. Había días que efectuaba una llamada tras otra para no quedarse sentada de brazos cruzados junto al teléfono. Con frecuencia tenía la impresión de que la observaban, sobre todo desde las galerías y las aceras del Barbican. Sola en la cama, demasiado cansada para dormir, tenía la impresión de ser una figurilla de alambre oxidado. Se sentía peor que cuando la policía le informó de la muerte de Angela; al menos, en aquel entonces, le había parecido algo definitivo.

Finalmente colgó el auricular y avanzó con pesadez hacia el cuarto de baño, donde intentó refrescarse mojándose la cara con agua fría. Se demoró unos minutos maquillándose, aun sabiendo que no lograría ocultar la preocupación de sus ojos. Últimamente pasaba la mayor parte de la noche subiendo por aquellas escaleras mecánicas que continuamente invertían su marcha. A veces Angela la esperaba en lo alto, pero otras aparecía Iris, gris y atormentada. La noche anterior, el rostro de Arthur, apenas del tamaño de una cabeza de alfiler, la había mirado fijamente. Angela estaba esperándola de nuevo, envuelta en una inquieta oscuridad que parecía impaciente por cobrar forma, pero cuando Barbara había vuelto a mirar a lo alto de las escaleras había descubierto que la estaba aguardando una serpiente con la cabeza distendida, rosada y húmeda como un feto.

Salió apresuradamente del baño, pues el espejo solo le mostraba la aprensión de sus ojos. ¿Qué podía hacer mientras esperaba a Ted? Sobre su escritorio había un manuscrito dispuesto en dos pilas, pero dudaba que le diera tiempo a leer otro capítulo. Estaba rodeada de libros, de historias. Sentía que la irrealidad la envolvía. No había nada a lo que se pudiera aferrar.

La ventana de Ted seguía iluminada, así que decidió llamarlo para decirle que podía venir cuando quisiera. Se encontraba a medio camino de su escritorio cuando sonó el teléfono. Seguro que no era él que llamaba para cancelar su visita.

—¿Sí? —preguntó ansiosa.

—Soy yo —dijo Angela.

Se sentó rápidamente, sintiendo un enorme alivio. Sus secuestradores no la habían visto llamar.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, por supuesto que sí.

Parecía molesta, como cualquier niño que considerara que su madre estaba siendo excesivamente protectora. Barbara se sintió estafada: ¿cómo podía sentirse molesta cuando corría un grave peligro?

—¿Por qué me llamas? —preguntó, antes de ser capaz de pensar con la misma claridad con la que sentía.

—Porque te necesito.

Barbara intentó contener las lágrimas, por miedo a que sus sollozos le impidieran oír las palabras de su hija. Angela, que debía de haber reinterpretado la pregunta, añadió:

—Porque nos vamos.

—¿Adónde? —Le dolía la oreja de lo fuerte que sujetaba el teléfono. Angela debía de estar en casa de sus secuestradores, porque hablaba en voz muy baja.

—A Escocia —respondió—. Pero no puedo decirte a dónde exactamente.

¿Se iban porque sabían que Gerry los estaba buscando? ¿La periodista había logrado infiltrarse ya en la secta? Barbara no podía hacerle esas preguntas.

—No puedo seguir hablando —dijo Angela—. Tengo que irme.

Tras aquella conversación, Barbara se sintió algo más animada. Angela estaba a salvo. Cuando le había preguntado si estaba bien, le había respondido con impaciencia porque no era consciente de que se encontraba en peligro. Sin embargo, cuanto más pensaba en ello, más desalentador le parecía. ¿Qué podían estar haciéndole sin que ella se diera cuenta? Si Gerry no los había encontrado todavía, Barbara era la única persona que sabía hacia dónde pensaban huir. Teniendo la información que tenía, ¿podía quedarse de brazos cruzados?

Estaba dando vueltas a la jaula que era su apartamento, echando rápidas miradas a la oscura ventana de Ted y a un joven monje que estaba admirando la iglesia, cuando sonó el timbre de la puerta. Necesitaba compartir con alguien su secreto.

—Pasa y siéntate —dijo—. Tengo que contarte algo.

Le explicó a Ted todo lo ocurrido ante unas bebidas que permanecieron intactas. Él la miraba fijamente, ocultando con una mano su boca y sus sentimientos. Cuando terminó, Barbara deseó haber hablado antes con él: aunque no dispusiera de tanta información como Gerry, le habría brindado su apoyo.

—¿Y cómo se supone que fingieron la muerte de Angela? —preguntó Ted.

—Gerry Martin cree que los miembros de la secta podrían haber matado a uno de sus propios niños.

—En mi opinión, Gerry Martin es demasiado sensacionalista. ¿En serio crees posible que unos padres permitirían que asesinaran a su hija solo porque alguien quería a Angela?

Su frente empezó a tensarse. Barbara deseaba consuelo, no confusión.

—¿Se te ocurre una explicación mejor?

—Si no fuera porque hay pruebas de que esta secta o lo que quiera que sea existe, diría que alguien intenta extorsionarte.

—Yo no lo veo así en absoluto.

—Para empezar, me parece muy oportuno que Angela empezara a llamar justo después de que publicaran ese artículo sobre ti, ¿no crees? Eso podría significar que alguien lo leyó y pensó que estabas ganando suficiente dinero para que mereciera la pena intentarlo. Todas esas llamadas podrían tener el único objetivo de enternecerte para que, cuando llegue alguien ofreciéndose a traerte de vuelta a Angela, accedas a cualquier cosa que te pida. No estoy diciendo que vayas a hacerlo, solo que puede que sea eso lo que pretenden. Por otra parte, debes tener en cuenta que el hecho de que exista esa secta no significa que Angela también exista. —Se inclinó hacia delante y la cogió de la mano—. La única razón por la que crees que está viva es que, al parecer, Margery Turner no sabía dibujar. ¿No crees que eso también podría haber formado parte de su plan?

—No, Ted. Si creo que Angela está viva es por la sencilla razón de que me ha llamado varias veces... dos desde la muerte de Margery.

—Si realmente era ella. Puede que fuera el cómplice de Margery, que ha decidido seguir adelante con el plan a pesar de su muerte.

Barbara hizo un gran esfuerzo para no apartar su mano de la de él. Arthur jamás habría intentado discutirle la verdad, habría permanecido a su lado hasta que hubieran encontrado a Angela.

—Ted, sé que quieres ayudarme, pero no lo harás si intentas convencerme de que estoy equivocada. Sé que es Angela quien llama.

—¿Estás segura? ¿Alguna vez te ha dicho algo que solo tú y ella podáis saber? ¿Alguna vez le has pedido que lo haga? Barbara, ni siquiera te atreves a considerar que podría tratarse de una impostora. Te estás destruyendo... y puede que para nada.

Barbara se sentía atrapada, tanto por lo preocupado que estaba Ted como por la confusión que le estaba creando. Cuando él acercó su rostro desaliñado al de ella, se sintió como una niña intimidada por un adulto insensible... pero ella no era ninguna niña.

—Sé que te culpas en cierta medida por lo que le ocurrió a Angela...

—¡Oh! ¡Por el amor de Dios, Ted! No me culpo en cierta medida, me culpo por completo. Tengo que asegurarme de que en esta ocasión hago todo lo posible por ayudarla.

–Bueno, haz lo que quieras. Lo último que desearía sería causarte una mayor preocupación. Lo único que sucede es que, analizando objetivamente la situación, me resulta difícil creer que alguien se haya tomado la molestia de fingir su muerte para poder quedarse con ella.

–Eso se debe a que nunca has querido a tu propia hija. Era una carga tan pesada que ni siquiera podías vivir con ella. Yo, en cambio, amaba a Angela más que a nada en el mundo y permití que se la llevaran. No es justo.

Se interrumpió, horrorizada. Si Ted se hubiera marchado sin decir nada, no podría haberlo culpado.

–De modo que la semana que viene irás a Escocia –comentó él.

–Sí, tengo que hacerlo. Tengo que intentar encontrarla.

–No puedes ir sola. Me alegro de que no consiguieras aquellas reservas para Italia.

Barbara no se atrevía a hablar, por miedo a derrumbarse. Él debió de darse cuenta, porque la abrazó en silencio durante largo rato. Después fueron al dormitorio. Aunque ella deseaba hacer el amor, no tardó en quedarse dormida en sus brazos. Ya había olvidado todo lo que Ted había dicho, excepto que la ayudaría.

La roca gris empezó a alzarse a las afueras de Lancaster, desgarrando los campos y los bosques. En los horizontes de la tierra de los lagos, los bancos de niebla apenas se distinguían del cielo. En ocasiones se acercaban, alzándose a unos cientos de metros sobre la autopista. Riachuelos y ríos centelleaban suavemente en los profundos valles; ovejas y piedras salpicaban la verde hierba de los páramos.

Más allá de Carlisle el mapa estaba surcado de ríos, pero no había nada que marcara la frontera escocesa, excepto una señal al borde del camino y un súbito temor en lo más profundo de Barbara. Pronto, diversas capas de nubes de tormenta cubrieron el horizonte; la hierba teñía de verde las más cercanas. A medida que avanzaban, la carretera estaba bordeada de tierra o punteada de abetos. En los tramos rectos aumentaba la velocidad, ansiosa por llegar a los pueblos, que eran oscuras y enigmáticas manchas en el mapa.

Dumfries, una aldea situada a la ribera de un río y en la que nadie supo indicarles dónde había un restaurante en donde pudieran cenar, estaba prácticamente desierta. En Kilmarnock, donde las fábricas ensuciaban el cielo, pudieron ver anodinas urbanizaciones de protección oficial encajonadas en un valle, y las reliquias de Robert Burns. Buscaron en ambos pueblos sin ningún éxito; de hecho, Barbara era incapaz de imaginar a nadie intentando ocultarse en ninguno de ellos.

Glasgow parecía más prometedor. Era más grande que la mancha del mapa que los había traído hasta allí y parecía seguir creciendo. Sus límites destruían los campos y los sembraban de rocas y escombros, fragmentos grises que se diseminaban por el mapa. Más adelante, los edificios ocupaban el campo: las torres de alta tensión, los bloques de pisos y las chimeneas de las fábricas se alzaban sobre el conjunto del paisaje. Ya llevaban dos días en Glasgow y Barbara a duras penas había explorado el centro de la ciudad. Empezaba a darse cuenta de lo inútil que sería su búsqueda.

Accedió a Sauchiehall Street y entró en el hotel, entre las aspas de luz que quedaban atrapadas en las puertas giratorias. La araña de luces que pendía sobre el vestíbulo parecía difuminada, y una de las ninfas que sostenían la galería tenía la nariz rota. En el salón, los inquilinos estaban viendo a Ronald Colman interpretando al Prisionero de Zenda en un desportillado televisor en blanco y negro. Una anciana daba golpes en el suelo con su bastón y llamaba «Donald» a un portero. Barbara se dirigió al piso superior.

Ted no estaba en su habitación. Entró en el cuarto de baño para darse una ducha y después permaneció un rato sentada junto a la ventana. Edificios de oficinas góticos como los de Chicago se alejaban hacia el río Clyde; los coches circulaban por las pronunciadas rampas de las calles y las antenas se alzaban como tótems anónimos entre los bloques de pisos de la lejana orilla. Un hombre de rostro colorado que estaba sentado en la acera de enfrente se quitó el zapato, como si quisiera examinar su pie descalzo. En la calle que conducía al pub Ocean's Eleven había un pasaje en el que una tenue señal de neón rezaba «Billar»; desde allí le llegaba el sonido de las bolas cada vez que había un momento de calma entre el tráfico. Los compradores y los turistas se apiñaban bajo su ventana, y Barbara no podía evitar buscar en sus rostros, incluso en los más distantes, que cambiaban bajo el calor y nunca eran lo que parecían. Un editor escocés le había dicho en cierta ocasión que si permanecías en Sauchiehall Street el tiempo suficiente, podías ver pasar al mundo entero. Solo había un rostro en el mundo que ella quisiera ver, y ahora la tradición le parecía una broma cruel.

Cuanto más buscaba, más difícil se le hacía. Las tareas más simples resultaban tortuosas. La policía y el Ejército de Salvación no serían de ninguna ayuda, aunque quizá le habían ocultado información debido a sus evasivas. De todos modos, no podía decirles nada que les diera una razón para investigar. Ignoraba si los movimientos de Gerry Martin habían provocado que la secta decidiera abandonar Londres. Solo deseaba que la periodista estuviera ahora con ellos, investigando.

¿Pero por qué iban a estar en Glasgow? Barbara sabía que habían huido a Escocia, y la lista de lugares que le había mostrado Gerry daba a entender que escogerían un pueblo grande o una ciudad, pero en Escocia había una docena de lugares que reunían esas características. Lo único que podía hacer era ser tenaz y cruzar los dedos para que su búsqueda fuera fructífera. En la Biblioteca Mitchell, donde unas muchachas sentadas tras el mostrador concedían la libertad condicional a los libros, un bibliotecario que obviamente la consideraba una excéntrica molesta le dijo que, quizá, algún

investigador de historia local de la Universidad podría ayudarla. Pero nadie podía, de modo que se dedicó a vagar por las calles, observando los edificios y los rostros. Muchas veces tenía la impresión de que la observaban; no le sorprendía que Ted estuviera preocupado por ella.

Por supuesto, esa era la razón por la que la había acompañado en aquel viaje. Ese día le había dicho que prefería estar sola, así que ahora debía de estar en el bar que habían visto junto a Inner Ring Road, aprovechando al máximo las horas de licencia gubernamentales. Barbara solo pretendía dejarle algo de tiempo para que pudiera escribir una carta a Judy, pues después de lo que le había dicho era lo mínimo que podía hacer. No debía destruir lo poco que le quedaba de su vida familiar.

Ahora que estaba sola no podía hacer nada más que pensar. Aunque había traído material para trabajar, en esos momentos se sentía incapaz de hacerlo. En la calle proseguía el interminable desfile de rostros; la alcachofa de la ducha se reflejaba en la oscuridad del espejo del cuarto de baño. Cuando descubrió que empezaba a mirar el teléfono, se obligó a sí misma a bajar al piso inferior. Continuamente llamaba a Louise para darle su nuevo número y preguntarle si había recibido alguna llamada personal, pero si Angela o Gerry la habían llamado debían de haber colgado en cuanto su secretaria les había dicho que Barbara se había ausentado de la oficina.

Permaneció en el vestíbulo mientras intentaba apartar de su mente la idea de que Angela podía estar llamando a su apartamento, poniendo en peligro su vida, sin recibir respuesta. En el salón, los huéspedes hacían labores de punto o crucigramas mientras Ronald Colman se movía como un héroe por la pantalla. Aquellas personas le parecían tan descoloridas como las butacas. El salón estaba impregnado de un rancio aroma a agua de espliego, de una sensación de estar envejeciendo e intentando ignorarlo. A pesar del calor y la multitud, consideraba que la calle le resultaría más soportable. Podría observar los rostros y fingir que estaba buscando a Ted.

Mejor aún, podía comprar los periódicos de la tarde. Al pensarlo, se sintió un poco más esperanzada. Puede que algún titular le diera una pista, o que lo hiciera algún párrafo escrito en cualquier parte del periódico, o incluso un anuncio; siempre había esperanzas. Cruzó las puertas giratorias dirigiéndose hacia la radiante y poco convincente multitud, que se hizo real en cuando dejó atrás el cristal y fue recibida por la luz del sol y el polvo y el estruendo del tráfico.

El quiosco más cercano estaba encastrado en la esquina de un edificio de oficinas. La mujer que había tras el pequeño mostrador llevaba una rebeca rosa sobre los hombros, y estaba tejiendo una chaquetita de bebé. Años atrás, Barbara había intentado tejer una chaquetita para Angela, pero los puntos se habían deshecho en cuanto los había soltado de las agujas, y solo había podido reírse de sí misma. Ahora se mordió el labio, pues el dolor estaba reemplazando al recuerdo. Cogió los periódicos de la tarde y buscó algo más para leer.

El *Cosmopolitan* era del mes anterior y ya lo había leído, pero no había nada más que pareciera merecer la pena. Cuando sus ojos se posaron sobre la revista *Destino*, esta le hizo pensar en la secta misteriosa, pero también pareció decirle que se resignara. La cogió de mala gana. También debía buscar allí; era posible que en ella descubriera alguna pista.

–Espero que encuentre consuelo en ella –dijo la mujer que había tras el mostrador.

–¿Disculpe?

La mujer guardó silencio.

–No intentaba ofenderla. Es solo por su aspecto.

–No me ha ofendido –Barbara rebuscó en su cartera–. No he entendido lo que decía.

–Espero que no me considere una entrometida. –La mujer la miró sobre las castañeteantes agujas–. Sea quien sea a quien haya perdido, no desespere.

–Eso es lo que intento –respondió Barbara, mirando fijamente las monedas para poder controlar sus emociones.

–Puede que tenga noticias tuyas si eso es lo que desea. ¿Ha acudido a algún espiritista?

Barbara pensó en cómo sería oír la voz de Angela en el aire o en los labios de un médium.

–Dios me libre.

–Solo preguntaba. –La mujer, que volvió a guardar silencio, sujetó las agujas con una mano mientras recogía con la otra el dinero que le había dado Barbara–. ¿Le está gustando nuestra ciudad?

–Creo que me gustaría más si tuviera menos cosas en la cabeza –respondió, sintiendo que se estaba comportando de forma irracional.

–Pobre criatura. –Al darle el cambio, la mujer le apretó la mano–. Puede que haya algo que le sea de más ayuda que un espiritista.

Barbara intentó mostrarse interesada y agradecida.

–¿De qué se trata?

–Me habló de ello alguien que compra esas revistas que usted lee. Solo ha ido una vez, pero dice que le cambió la vida. Se reúnen en Broomielaw, bajo el puente. Creo que dijo que los jueves por la noche.

Eso era aquella noche. Puede que fuera una pista. Quizá en el grupo había alguien que pudiera ayudarla, alguien que conociera otros grupos más arcanos.

–¿Eso es todo lo que sabe? ¿Cómo se llaman?

–Es lo único que me dijo, pero le aseguro que era una mujer completamente distinta. Pensé que podría interesarle, eso es todo. –Empezó a tejer de nuevo, con el aspecto de haber hecho todo lo que estaba en su mano–. No sé cómo se llaman.

–De todos modos muchas gracias. Ha sido usted muy amable. –Barbara esbozó una sonrisa antes de dar media vuelta.

Entonces, la mujer gritó algo a sus espaldas y Barbara corrió en busca de Ted para contarle que debían ir a la reunión que se celebraría aquella noche. Su impaciencia rozaba el pánico, porque lo que la mujer había gritado a sus espaldas había sido lo siguiente:

–Puede que no tengan nombre.



Broomielaw era una autovía de cuatro carriles que discurría junto al río Clyde. Cuando llegaron estaba oscureciendo; manchas de luz centelleaban como el neón agonizante en el río. Habían tardado veinte minutos en realizar el trayecto a pie desde el hotel, pero Ted había insistido en que comieran algo antes de ponerse en marcha.

—Por supuesto que iremos —le había dicho—. Pero puede que necesitemos energías.

Como la mayoría de las carreteras que conducen a un puerto, Broomielaw estaba prácticamente desierta durante la noche. Junto a las aceras brillaban nombres de güisqui escritos en letras de neón y, seguramente, los bares que descansaban bajo aquellos rótulos estaban llenos de bebedores. Había algunos hombres bebiendo de botellas en los bancos que se asomaban al río, pero ninguno de ellos la estaba mirando. Por muy observada que se sintiera, ¿por qué iba alguien a seguirla desde el hotel?

Enseguida vio los puentes: una vía férrea flanqueada por carreteras que se extendían hacia el río y hacia Broomielaw. Bajo los puentes, en el muro más alejado del río, brillaban dos luces anaranjadas tan intensas que prácticamente parecían blancas. Entre las luces la carretera estaba vacía, al igual que la acera, excepto por las alfombras de sombra que se escondían tras las columnas. Allí no había nadie.

Quizá la mujer del quiosco se había equivocado de día, o quizá habían llegado demasiado tarde; al fin y al cabo, ignoraban a qué hora solían reunirse aquellas personas. Los reflejos de las farolas flotaban en el río como manchas de contaminación; barcos combados se deslizaban ruidosamente por el agua, sobre la que oscilaba su alargada sombra. Sabía que no debía culpar a Ted por la demora, pero no podía evitarlo.

Sin embargo, fue él quien vio la puerta. Estaba entornada, en la pared que se alzaba entre los focos anaranjados, pero como estaba cubierta de carteles Barbara había considerado que estos se estaban despegando. Corrió hacia ella, entornando los ojos debido al resplandor.

Justo al otro lado de la puerta había un tablero de dos caras en el que ponía «Luz eterna» en grandes letras. Seguramente, antes había estado fuera para anunciar la reunión. Se recordó a sí misma que, quizá, aquellas personas podrían ayudarla. Entraron cuando Ted logró mover la puerta, que cedió unos centímetros antes de atrancarse.

El resplandor de la habitación que había al fondo intensificaba la oscuridad del pasillo, cuyo empapelado empezaba a desconcharse. Había alguien hablando rápida y enérgicamente, como un vendedor. Cuando Barbara llegó al fondo del pasillo tuvo la impresión de que habían entrado por error en un concierto de música pop: cuatro figuras delgadas y ataviadas con túnicas blancas entonaban cánticos sobre un estrado, siguiendo con maestría las indicaciones de sus compañeros, ante una audiencia que ocupaba sillas de madera plegables. Un hombre pequeño de unos sesenta años, que iba vestido con una túnica que le iba demasiado grande, se acercó susurrando a ellos y les apremió a ocupar los asientos vacantes más cercanos. Aquello les bastó para saber que se trataba de un encuentro religioso.

Ignorando las indicaciones del hombre, Barbara buscó unos asientos que estuvieran lo más cerca posible del escenario, para poder hablar con las personas que estaban en él en cuanto acabara la reunión. Unas manchas blanquecinas cubrían las paredes encaladas y, al fondo del escenario, unas cicatrices bosquejaban el círculo que antaño había ocupado una diana de dardos. Su silla crujió con fuerza cuando se sentó, pero el acomodador solo tuvo tiempo de mirarla con el ceño fruncido antes de alejarse para atender a otra persona que acababa de llegar.

El cuarteto del escenario estaba vendiendo la reencarnación. Sus acentos variaban entre el escocés y el atlántico central; era imposible conocer su procedencia.

—Todos nosotros estamos destinados a tener una vida mejor —dijo la mujer más joven.

Cuanto más los miraba, menos vivos le parecían; tenía la impresión de que habían sido ensamblados en la misma fábrica que creaba familias para las series de televisión. El cuarteto estaba formado por una pareja de jóvenes de rostros frescos, flanqueados por un hombre y una mujer de mayor edad. Todos ellos esbozaban sonrisas idénticas. En la imagen que ofrecían, lo único que no parecía intencionado era la túnica de la mujer de mayor edad, que debía de haberse ensuciado el codo con algo de camino al escenario.

La audiencia era gris. Mirara donde mirara, veía ropa o cabello del color del humo de los arrugados cigarrillos que fumaba la mitad del público. Tenían un aspecto similar al de aquellas personas que, si tenían la suerte de trabajar, lo hacían en sucios despachos o en tiendas ubicadas en calles medio abandonadas, aquellas personas que envejecían cuidando de sus padres y que morían sin haberse casado, en la soledad de las seniles casas de sus progenitores. Estaban allí esa noche porque tenían hambre de fe, de cualquier cosa que pudiera dar una razón a sus vidas.

Y el cuarteto les estaba diciendo exactamente lo que deseaban oír, y lo estaba haciendo de una forma tan hábil que a nadie le daba tiempo a pensar entre una afirmación y otra.

–Todos somos buenos, pero algunos de nosotros lo hemos olvidado –dijo el joven, y su joven esposa o hermana respondió al instante:

–Es fácil olvidar. Esta es la dificultad que Dios pone en nuestro camino para que tengamos que tener fe. Pero con la fe, todos y cada uno de nosotros podemos recordar. Podemos recordar todo el bien que hicimos en nuestras otras vidas.

Ted estaba inquieto, y ella cada vez se sentía más impaciente. Tenía la certeza de que aquel elocuente cuarteto no sabía nada sobre temas ocultos, pero no podía marcharse sin antes asegurarse. Sentía con más fuerza que nunca que estaba siendo observada, pero seguro que eso se debía a que tenía los nervios destrozados.

–Sean cuales sean nuestras vidas presentes –dijo la mujer maternal–, hemos tenido vidas mejores y volveremos a tenerlas. En cuanto recordéis esas buenas vidas, vuestros sufrimientos presentes apenas os parecerán un sueño. –Se adelantó un paso y Barbara advirtió que era coja; seguramente por eso se había ensuciado la manga–. Nosotros os podemos dar la llave que conduce a esa vida.

*Ahora viene el argumento de venta, pensó Barbara.*

–Sin embargo, hay algo que debéis recordar –dijo el hombre de mayor edad–. En esas vidas, además de bien habéis hecho mal. Cada uno de los malos pensamientos más secretos que tenéis es algo que ya habéis hecho en otra vida. No es malo tener dichos pensamientos, porque ya han sido hechos y perdonados. Ser consciente de ello os ayudará a imponeros sobre ellos.

Un tren que salía de Central Station o regresaba traqueteó sobre sus cabezas, proporcionándole a Barbara la oportunidad de mirar hacia atrás sin parecer paranoica. Nadie la estaba mirando, pero alguien lo había estado haciendo: una mujer de nariz grande que estaba sentada en la última fila y que había entrado más tarde que ella. Puede que solo estuviera mirando el escenario y que hubiera apartado la mirada, nerviosa, al ver que Barbara se giraba, pues la mayor parte del público parecía tímida y deseosa de pasar desapercibida. Fuera como fuese, no le cabía duda de que aquella mujer se había girado.

El hombre mayor siguió hablando con suavidad y firmeza, como un padre que tiene que dar a conocer los hechos desagradables de la vida.

–No podéis dejar a un lado dichos pensamientos, pues solo conseguiréis que se adentren en lo más profundo de su vuestro ser y echen ahí sus raíces. Así es como empieza la corrupción: cuando intentas convencerte a ti mismo de que el mal no tiene nada que ver contigo. Así es como una persona empieza a perder el control, tanto de sí misma como de lo que puede hacer.

Estas palabras no parecían ser las que la audiencia deseaba o esperaba oír (era evidente que muchos se sentían incómodos, pues se oyeron algunos murmullos), pero tampoco iban a ayudarla a encontrar a Angela. Todo aquello empezaba a recordarle a la amiga psicómetra de la señorita Clarke, por lo inútil que estaba siendo. Cuando Barbara utilizó los murmullos como una excusa para mirar de nuevo hacia atrás, no le quedó ninguna duda de que la mujer de la nariz de fresa la estaba mirando. Puede que solo lo hiciera porque, entre todas aquellas personas, Barbara parecía estar fuera de lugar, pero se giró rápidamente, haciendo que un mechón de cabello cayera sobre su ojo.

–Pero todos lo tenemos en nuestro interior para hacer el bien –dijo el joven, para alivio del público–. El bien no puede ser erradicado. Siempre renacerá. A ninguno de nosotros nos será negada nunca la redención, a no ser que renunciemos a todo aquello que nos hace humanos. Y ser humano es ser potencialmente bueno.

Debía de ser la mirada de la mujer de la nariz grande lo que le hacía sentirse tan nerviosa; sin embargo, sentía que había algo más, algo que no lograba recordar. Sus esfuerzos por conseguirlo le crispaban los nervios.

—Pero el bien que hay en nosotros puede ser corrompido —gritó el joven—. Debemos protegernos de aquellos que pueden destruirlo. Siempre ha habido personas que han dado la espalda a su humanidad, a todo aquello que podían hacer en nombre del bien.

De repente, Barbara recordó qué era lo que había estado a punto de olvidar o, quizá, lo que no se había atrevido a recordar.

—¿Incluso a sus nombres? —preguntó, incapaz de controlarse.

—¿Nombres? —La sonrisa reconfortante del joven desfalleció; nadie le había interrumpido durante el ensayo—. ¿Se refiere a si han dado la espalda a sus nombres? Sí, es posible que alguno de ellos haya renunciado a su nombre.

Al ver que titubeaba, la mujer maternal tomó la palabra.

—Pocos de nosotros encontramos algo que pueda corrompernos por completo —dijo a la audiencia, pero Barbara solo podía oír las palabras que había dicho la amiga de la señorita Clarke.

Ted le estaba apretando la mano como si supiera qué era lo que iba mal, pero todos los sentidos de Barbara parecían haber sido dominados por la voz de la psicómetra: «Ya posee un gran poder espiritual. Debemos encontrarla antes de que ellos destruyan lo que es». El cuarteto del escenario le había ayudado a recordar estas palabras, pero no podría hacer nada por reconfortarla. La psicómetra no se había equivocado al decir que Angela seguía viva... y seguramente había tenido razón en todo lo demás. Barbara se giró, sin darse cuenta de que estaba apartando su mano de la de Ted, y por fin pudo ver que la mujer de la nariz de fresa tenía el rostro asimétrico.

Un tren pasó sobre sus cabezas en aquel instante, pero Barbara ya estaba dentro de aquel tren en el que una mujer de rostro asimétrico se había sentado junto a Angela. No podía tratarse de la misma persona, pues no parecía nueve años más vieja, sino muchos más. Sin embargo, cuando cogió a Ted del brazo para obligarlo a levantarse, pudo ver que aquella mujer le tenía miedo. Recordaba el miedo y el desprecio con el que había mirado a Angela, y también recordaba que la pequeña se había encogido en su asiento, como si hubiera tenido una premonición. En cuanto Barbara puso un pie en el pasillo lateral, la mujer salió corriendo de la sala.

—Esa mujer es una de ellos —le dijo a Ted, jadeando.

Puede que se preguntara cómo lo sabía, pero la siguió sin objetar. Las sillas plegables traquetearon a sus espaldas y el hombre de la túnica demasiado larga intentó detenerlos, hasta que tropezó con la tela y cayó sobre su asiento. En el pasillo, el tablero se tambaleó y cayó contra la pared. Barbara lo apartó de un empujón, sin dejar de correr.

La luz anaranjada inundaba la calle desierta, pero el río y el cielo eran completamente negros. La noche se congregaba como el humo bajo los puentes. Barbara percibió movimiento tras una de las columnas de la izquierda.

—No la dejes escapar —gritó, mientras cruzaba corriendo la carretera.

Cuando llegó a la columna solo encontró un pájaro gris que aleteaba entre una migración de ecos. Recorrió desesperada la jaula de pilares, mirando detrás de todos y cada uno de ellos, y a continuación corrió de nuevo hacia la carretera principal. Ted estaba allí parado, sin saber qué hacer. La sombra de Barbara, una mano estilizada en un brazo elástico, se agitaba en la oscuridad.

Decidió regresar a la orilla del río, en el que se retorcían diversos segmentos de columnas invertidas. Las moscas que se habían congregado en un objeto que navegaba a la deriva le hicieron cosquillas en la cara, pero estaba demasiado concentrada para apartarlas. A su derecha, en el arco del puente de la carretera, advirtió una mancha irregular que podría ser el vestido azul de la mujer.

Barbara corrió hacia ese lugar. Un tren estaba cruzando el puente de la vía férrea, haciendo que colas de rata de luz oscilaran en el agua. Podría retenerla hasta que Ted acudiera en su ayuda, por mucha resistencia que opusiera..., pero quizá aquella mancha azulada no era ningún vestido, sino solo un poco de maleza. Justo cuando estaba a punto de alcanzarla, la mancha corrió a esconderse bajo el arco.

—¡Por allí, Ted!

Si no hubiera agachado la cabeza al pasar, se habría golpeado con el borde del arco. El paseo que discurría junto a la orilla del río estaba más oscuro que la carretera, pero eso significaba que podría ver a la mujer, perfilada contra las luces distantes y los cegadores focos. El sendero era escarpado y desigual bajo sus pies, y tropezó en más de una ocasión. Enanos de cabezas redondas se alineaban a su paso, bolardos que apenas era capaz de esquivar. Pero estaba ganando terreno, por muy ronca que fuera su respiración.

De repente, la mujer corrió hacia la carretera e, instantes después, accedió a una calle lateral que estaba inundada de luz anaranjada. Barbara la siguió jadeante, pero resbaló sobre la hierba de un prado que olía a siega. Ted, que venía corriendo por Broomielaw, llegó a la calle lateral a la vez que Barbara.

No tenían tiempo para respirar ni para hablar. Corrieron a lo largo de la calle desierta, bajo ventanas oscurecidas por la luz. Ted podía oír en su respiración el esfuerzo que estaba realizando. Ni Barbara ni él estaban en forma, pero la mujer a la que perseguían parecía estar mucho peor, pues antes de que girara a la izquierda habían acortado en gran medida las distancias.

Cuando Barbara llegó a la esquina vio que la estación se alzaba ante ella. Sus grandes ventanales arqueados brillaban como los de una catedral. La mujer estaba corriendo bajo el ancho puente que conducía las vías hacia Broomielaw, cruzando las alfombras de luz que se extendían ante una docena de tiendas. Cuando pasó por delante de una cola de autobús, las personas que esperaban en ella giraron sus cabezas para mirarla. Barbara sintió deseos de gritarles que la detuvieran, pero no estaba segura de que pudiera convencerlos y no podía desperdiciar el poco aliento que le quedaba.

Dejó atrás la cola, intentando respirar por la boca, mientras la mujer giraba a la izquierda en Union Street y volvía la cabeza para mirarla. Cuando Barbara logró llegar a la esquina, jadeando, creyó que había logrado escapar, pero entonces vio que se escondía en un umbral que se abría entre las tiendas.

Ted, que también lo había visto, corrió hacia la acera con una rapidez sorprendente, con la intención de detenerla. Cuando Barbara logró alcanzarlo, Ted parecía derrotado... y pronto supo la razón: aquel umbral no era la puerta de una tienda, sino un pasaje que conducía a la estación.

Mientras subía con esfuerzo los escalones de la estación oyó que un tren se alejaba. Un borracho intentó detenerla en lo alto de las escaleras, pero pudo apartarlo de un empujón. El vestíbulo estaba repleto de personas que leían los avisos que unas manos retiraban o colocaban en los ventanales. Aquel lugar parecía un teatro durante el descanso. Al ver que unas manos estaban retirando el letrero para el tren de Edimburgo, Barbara corrió hacia la barrera.

—¿Acaba de pasar por aquí una mujer? —preguntó sofocada al revisor.

—¿Una mujer? Sí, montones de ellas.

—Ahora mismo —insistió. El hombre estaba girándose y Barbara tuvo que hacer grandes esfuerzos para no clavarle las uñas—. Una mujer con un vestido azul.

—Sí, azul y verde y amarillo y multicolor con lunares rosas. De todos modos, le aseguro que todas tenían billete.

Era inútil. No podía revisar todos los trenes que estaban a punto de partir hacia otras ciudades. Se derrumbó, y habría caído al suelo si Ted no la hubiese sujetado. Pero aún quedaba una última y pequeña posibilidad.

—Tenemos que regresar —dijo.

La puerta que había bajo los puentes de Broomielaw estaba cerrada con candado; la Luz Eterna había desaparecido. Regresaron en silencio al hotel, subiendo las gigantescas cuestas de las calles. Una lluvia ligera mojaba su rostro y sus brazos desnudos, pero no lograba refrescarla. No se atrevía a llamar a la policía. Esperaba que Gerry se hubiera infiltrado en la secta; deseaba recibir pronto otra llamada telefónica. No le cabía duda de que los miembros de la secta volverían a mudarse en cuanto aquella mujer les informara de que Barbara la había descubierto.

—No te preocupes —murmuró Ted, cogiéndola del brazo—. Volveremos a intentarlo por la mañana.

Ella estaba llevando hacia las escaleras. Sabía que solo deseaba ayudarla, pero ahora tendría que explicarle por qué había perseguido a aquella mujer... y eso significaba que tendría que hacer frente a todos sus miedos.

En cuanto estuvo seguro de que Barbara dormía, Ted desconectó el teléfono para que nadie la molestara y regresó a su habitación. Permaneció de pie junto a la ventana, intentando pensar. La lluvia ejecutaba una erizada danza en la calle; las ventanas iluminadas que se apilaban sobre el Clyde flotaban en el oscuro río, dirigiéndose hacia el mar. La alegría anónima de la estancia parecía obstaculizar sus pensamientos, de modo que decidió ir al piso inferior.

La aburrida joven que había en recepción no pareció alegrarse demasiado al saber que solo quería que le informara si Barbara llamaba a su habitación. Más tarde apareció un conserje al que pudo pedirle un café. Entró en el salón, donde el televisor apagado mostraba el abotargado reflejo de las butacas. Entre los barnizados estantes medio vacíos se demoraba un tenue aroma a tabaco de pipa y polvos de talco, y en las mesas se diseminaban revistas que empezaban a desintegrarse. Se sentó en una butaca que olía a tabaco, pensando en Barbara.

Las cosas no iban bien. Sin duda alguna, también ella se había dado cuenta. Al parecer, hacía semanas que se sentía observada... y el encuentro de esa noche con aquella mujer la había convencido de que tenía razón. Puede que no fueran paranoias, que la mujer asimétrica hubiera huido de esa forma por alguna razón, pero las cosas que imaginaba sobre Angela rozaban la locura.

Todas ellas parecían remontarse al momento de su secuestro, a las afirmaciones que había hecho una supuesta psicómetra... y eso solo demostraba su mala salud mental. ¿Esta mujer era la misma Barbara Waugh que solía decir que los libros de ocultismo eran trampas para idiotas? Esa Barbara jamás habría ido a ningún lugar que se pareciera remotamente a la sede de la Luz Eterna, pero ahora estaba convencida de que Angela poseía unos poderes psíquicos que sus secuestradores intentaban destruir: veía a su padre y hablaba con él, a pesar de que estaba muerto, y tenía un aura de paz que calmaba a todo aquel que se acercaba a ella... A todos excepto a sus asesinos, a las personas sin nombre que supuestamente veían en ella una especie de amenaza. La mujer asimétrica era uno de ellos; era quien había percibido los poderes de Angela un día que se sentó junto a ella en un tren de la línea Victoria. Esa era la razón por la que habían secuestrado a su hija. La Luz Eterna había explicado la razón por la que las personas sin nombre no podían matar a su pequeña: la amenaza que representaba para ellos renacería.

No sabía si Barbara creía realmente todas esas cosas, aunque era posible que ni siquiera ella lo supiera. Puede que no le hubiera explicado lo que ella creía, sino lo que consideraba que creía la secta. Ted había intentado desenredar sus pensamientos (le había dicho que oír a su marido poco después de su muerte y creer que Angela lo veía podía ser una ilusión vana, que Angela podía tener un efecto apaciguador sobre las personas y seguir siendo una niña completamente normal), hasta que se había dado cuenta de que la estaba poniendo más nerviosa. Había tenido que persuadirla para que se tomara dos somníferos y después le había prometido que, a pesar de lo que hubiera podido decir, la ayudaría. Por supuesto que lo haría, ¿pero cómo?

El portero le sirvió un café dulce muy caliente. Bebió un sorbo, deseando que le ayudara a pensar con claridad. Seguía creyendo que aquella búsqueda no iba a conducirlos a ninguna parte (una de las razones por las que había acompañado a Barbara había sido para apoyarla si cedía a la desesperación), pero puede que no estuviera siendo tan objetivo como deseaba creer. ¿Esperaba secretamente que no encontrara a Angela, que la pequeña hubiera muerto nueve años atrás? ¿Acaso no era cierto que una de las cosas que le atraían de Barbara era el hecho de que no tuviera hijos? Quizá, pero estaba siendo injusto consigo mismo. Barbara le importaba mucho más que eso. Lo que más le preocupaba era cómo sería Angela si realmente había pasado nueve años con las personas sin nombre. Sospechaba que Barbara no se atrevía a hacerse esa pregunta.

Su lógica cada vez era más confusa. No había ninguna necesidad de pensar en esas cosas. Todavía estaba convencido de que Angela estaba muerta y de que Barbara estaba siendo víctima de una extorsión; sin duda alguna, esa era la explicación más sencilla. Seguramente, la mujer asimétrica la estaba siguiendo para saber si las pistas falsas estaban teniendo algún efecto en ella. Ojalá pudiera ponerle las manos encima, tanto a ella como a todos los cabrones que estaban haciendo tanto daño a Barbara.

Y puede que lo hiciera; sin duda alguna, esa sería una forma de ayudar. Dejó la taza sobre la bandeja con un ruido sordo. Ahora que sabían qué aspecto tenía uno de ellos, tenían que acudir a la policía, pero antes tendría que convencer a Barbara de que Angela no sufriría ningún daño: o ya estaba muerta o, si las personas sin nombre realmente la habían raptado por las razones que Barbara había sugerido, no se atreverían a matarla. Por supuesto, se lo diría con más suavidad, pero era necesario que se diera cuenta de que esta era su primera pista real.

De pronto se sintió mucho más útil. Acabó el café rápidamente y salió a la calle. El olor a comida griega e india flotaba entre la lluvia; los maniqués se agitaban tras los zarcillos de agua que caían sobre los escaparates; los reflejos nadaban bajo los coches. Estaba de pie bajo la marquesina del hotel cuando un portero se acercó a él.

—La señora Waugh —dijo el portero.

—¿Está despierta? —Había creído que dormiría hasta el día siguiente—. De acuerdo, subiré.

—No, es alguien que desea hablar con ella, pero como nos dijo que no quería que la molestaran...

Era más de medianoche. ¿Podría tratarse de la muchacha que fingía ser Angela? Ojalá pudiera encontrarse con ella cara a cara. Cuando respondió al teléfono ubicado en un rincón apartado del vestíbulo, le habló una voz femenina y adulta.

—Quiero hablar con la señora Waugh —dijo.

—Está dormida. Ha tenido un día extenuante. ¿Puedo ayudarla en algo?

—Solo puedo hablar con la señora Waugh.

¿Quién podía llamar tan tarde y mostrarse tan reservado?

—Me llamo Ted Crichton. Barbara me ha pedido que hable con cualquier persona que llame mientras duerme. —Antes de estar seguro de que fuera prudente continuar, añadió—: Incluso con su hija.

Se produjo un largo silencio. Había revelado el secreto de Barbara, pero ni siquiera sabía a quién.

—¿Sabe quién soy? —dijo la voz entonces.

—Sí, creo que sí. —Ni siquiera estaba seguro de quién se suponía que era—. ¿Qué quieres?

—Quería ver a mi mamá.

Si había dicho eso con el objetivo de convencerlo, había conseguido justo lo contrario: tenía la impresión de que aquella joven sabía perfectamente lo que estaba haciendo. Era una actriz que podría convencer a una madre turbada, pero que a él no lo impresionaba en absoluto. Sentía cómo crecía la rabia en su interior.

—Si vienes aquí, te llevaré con ella.

—No puedo. Quería reunirme con ella en otro lugar.

—Entonces puede que quieras reunirme conmigo.

En esta ocasión, su silencio fue mucho más largo. Seguramente, se había dado cuenta de que Ted no se creía que aquella voz pertenecía a una niña de trece años. Puede que se tratara de la mujer asimétrica, que no había cogido ningún tren sino que había logrado escapar, sin que la vieran, por otra salida de la estación. Se estaba maldiciendo a sí mismo (podría haberla alcanzado si se hubiera esforzado un poco más) cuando ella dijo:

—De acuerdo.

—¿Vas a reunirme conmigo? ¿Ahora? —preguntó, complacido.

—En cuanto pueda llegar. Venga lo más rápido que pueda. —Le dio la dirección. No estaba demasiado lejos—. Tiene que venir solo —añadió—. Y no le diga a nadie a dónde va.

—No deberías preocuparte por eso.

Entonces la joven colgó. Esbozando una tensa sonrisa, Ted subió corriendo las escaleras para coger el abrigo. Vaciló tan solo un instante ante la puerta de Barbara, pero dando media vuelta bajó las escaleras. Aunque no estuviera dormida, sería la última persona a la que le diría adonde iba. Por fin tenía la oportunidad de descubrir por sí mismo a qué tipo de juego estaban jugando aquellas personas.

Perseguir a la mujer desde Broomielaw lo había dejado más cansado de lo que pensaba. Tuvo que detenerse en medio de la pronunciada pendiente porque las gotas de lluvia parecían ácido contra su piel. El cielo negro se acuclillaba sobre los tejados goteantes, y un avión o una ráfaga de aire pasaron sobre su cabeza. En algún lugar, una cuerda golpeaba el asta de una bandera como un dedo impaciente. Después de respirar hondo varias veces, prosiguió con su ascensión.

La carretera estaba desierta, al igual que Sauchiehall Street. El agua cubría el asfalto, las aceras iluminadas por un par de farolas parecían haber sido untadas de aceite y los coches, cuyas antenas pendían en el aire, estaban estacionados sobre impresiones borrosas de sí mismos. Pasó junto a un colegio encerrado tras una verja de púas arqueadas y llegó a Hill Street, donde la voz le había dicho que debía girar.

A ambos lados de Hill Street se alzaban casas adosadas provistas de prominentes balconadas. Desde allí las carreteras se zambullían hacia la autopista. Los graffiti que centelleaban entre la lluvia parecían sacudirse y retorcerse; uno de ellos era un enorme garabato de largas patas que parecía una araña aplastada contra la pared de una casa. Ted se desabotonó el abrigo (la lluvia estaba parando y la humedad se arrastraba por su piel) mientras pasaba junto a las casas adosadas. Sus inquilinos conversaban en los recibidores o alrededor de la mesa del salón. Había algunas personas sentadas en los escalones delanteros, entre columnas que se descascarillaban como el papel tapiz. Si aquella llamada telefónica era una trampa, tal y como empezaba a sospechar, no les sería sencillo llevarlo a ningún lugar en donde estuviera completamente solo.

Pronto, las casas empezaron a ser menos acogedoras; las galerías de piedra estaban anegadas y erosionadas por la lluvia. Parcelas pálidas como la hierba bajo la roca brillaban junto a porches en los que habían desaparecido las placas que indicaban el número. Los jardines eran una masa de maleza babeante y los agujeros vacíos de las farolas goteaban en la oscuridad.

Intentó convencerse a sí mismo de que no estaba nervioso. Su aspecto era tan intimidante que la mayoría de los agresores preferían no acercarse a él, pero si era necesario estaba seguro de que podría defenderse. Le enervaba sentirse observado, aunque dadas las circunstancias un toque de paranoia no resultaba sorprendente. Los ruidos que oía en los jardines, a su espalda, eran provocados por la lluvia. No miró atrás porque habría sido absurdo. Además, ahora esos ruidos sonaban delante de él.

La luz de un faro le mostró dónde tenía que girar, en la siguiente calle lateral que conducía a la autopista. En la esquina, una caricatura similar a una araña se aferraba a la pared, en una telaraña de *graffiti*. Cuando llegó a la calle, los faros se desplazaron a lo largo de la galería y se demoraron en la pared. Era una masa de *graffiti*, pero no podía ver en ella nada similar al destello de largas patas que había visto momentos atrás. Por supuesto, solo había sido un retazo, un efecto óptico provocado por la luz y la lluvia.

La pendiente de aquella calle era más pronunciada que la de la anterior. Empezó a descender entre un muro elevado y un edificio que centelleaba como la brea, sujetándose para no avanzar a demasiada velocidad. Las ventanas de los bloques de pisos parecían débiles llamas de vela en comparación con los deslumbrantes focos que brillaban en los postes que se alineaban junto a la carretera principal, pero la luz le permitió ver que toda aquella calle inclinada estaba adornada de *graffiti*. La caricatura de extremidades y cabeza alargadas debía de haber sido un eco visual, porque cuando llegó al pie de la pendiente no encontró nada similar en la pared.

Le dolían las rodillas, dislocadas por la inclinación del terreno. Se detuvo unos instantes y contempló la carretera, que conducía a una autopista y a otras dos carreteras principales. Estaba bien iluminada, pero eso solo le permitió advertir lo desiertas que estaban las aceras. Solo un borracho caminaba por la estrecha isla que separaba los carriles.

Ted avanzó rápidamente hacia la acera en la que se suponía que debía esperar. Pronto, el borracho desapareció entre las casas grises que se apilaban en las colinas que se alzaban sobre la carretera, y la desolación fue completa excepto por los coches que pasaban a toda velocidad junto a él. Percibió un movimiento cerca de la acera, pero imaginó que era la lluvia iluminada por los faros de los coches.

Los carriles de la carretera se habían dividido en dos pasos elevados que cruzaban la Inner Ring Road, una autovía de cuatro carriles emparedada entre otras dos carreteras. El tráfico discurría de

forma constante por todos ellos y el ruido era abrumador. Arbustos, matorros y maleza, blancos como el moho bajo los focos, cubrían la rampa de hormigón de la acera. ¿Vendría por ahí quienquiera que fuera a reunirse con él?

Contempló la rampa durante un momento prolongado. Las hojas temblaban bajo la lluvia, pero no había ningún otro movimiento. Observó con atención todos los vehículos que pasaban junto a él, salpicándolo, aunque sabía que era poco probable que esa persona llegara en coche, pues no resultaría convincente. No había nada más que mirar. Se sentía como Cary Grant en aquella película de Hitchcock, esperando en medio del desierto. Sin duda alguna, la Inner Ring Road estaba igual de vacía.

Empezó a pasear por la acera, vigilando sus alrededores porque no tenía nada mejor que hacer. Empezaba a sentirse receloso. ¿Y si realmente había sido Angela quien había llamado por teléfono y los miembros de la secta le habían impedido acudir a la cita? Se negaba a creerlo, sobre todo porque aún no creía en Angela, pero la única alternativa posible no le resultaba en absoluto alentadora. ¿Acaso le habían hecho venir hasta allí para poder acercarse a Barbara sin peligro?

No podrían hacerle daño. Si llamaban por teléfono, la recepcionista no pasaría la llamada a su habitación, y si se atrevían a ir hasta el hotel, no les diría dónde se alojaba ni les permitiría subir. Se preguntó, inquieto, cuánto tardaría en regresar a su lado. Había transcurrido otro cuarto de hora; ya era la una de la mañana. Seguía vigilando los alrededores y discutiendo en silencio consigo mismo cuando un rostro lo observó desde los arbustos.

No, no podía ser ningún rostro. Debía de ser un trozo de papel o algo similar que había quedado atrapado momentáneamente entre las ramas, antes de alejarse volando. Aunque ya se había explicado a sí mismo por qué se sentía observado, cuando vio de nuevo aquel objeto alargado y pálido, más blanco que las hojas (quizá, los focos de la autopista iluminaban parte de la espesura), fue hasta allí para convencerse de que no había nadie.

La acera estaba mucho más oscura que las carreteras, la espesura estrechaba la rampa de hormigón y la luz de los focos centelleaba entre las hojas. Las caras inferiores de los pasos elevados estaban adornadas de *graffiti*. Se inclinó sobre la barandilla y miró entre los arbustos, pero no parecían ocultar nada. Descendió corriendo la rampa para saber adonde conducía, para saber si había alguien escondido en ella, observándolo.

La rampa se bifurcaba a medio camino: por un lado descendía hacia la acera situada al fondo de Inner Ring Road y por el otro ascendía hacia la autopista, discurriendo en paralelo. Las flechas metálicas que se alzaban junto a la bifurcación estaban cubiertas de *graffiti*. Tras comprobar que no había nadie al final de la rampa, avanzó por el sendero bordeado de temblorosos arbustos.

El hormigón lo rodeó en cuanto dobló una curva. Las dos bifurcaciones de la carretera en la que había estado esperando discurrían sobre él; la autopista centelleaba debajo. El ruido llegaba desde todas las direcciones con tanta fuerza que ni siquiera podía oír sus pasos. Solo veía carreteras y trozos de tierra baldía entre ellas.

Al final de una pendiente empedrada que conducía al hueco que había entre los pasos elevados, el camino trazaba otra curva. Siguió caminando entre los arbustos, aunque estaba seguro de que no encontraría nada. Aquellas delgadas y pálidas extremidades que veía entre la espesura eran tallos, que oscilaban bajo la húmeda brisa. Cuando llegó junto a ellos, ni siquiera pudo verlos. Otra rampa vacía ascendía hacia la acera situada enfrente del lugar en el que había estado esperando.

Ya era suficiente. Empezaba a creer que todo aquello era una broma de mal gusto. Quizá solo le habían hecho venir hasta allí para enseñarle que no debía entrometerse. Ya había dejado sola a Barbara bastante rato. ¿Y si despertaba y no lo encontraba? Desanduvo apresuradamente sus pasos entre las columnas de hormigón que se alzaban sobre la autopista, pero al doblar la curva se detuvo en seco. Entre las rampas y él, junto a las flechas metálicas, había dos hombres sin expresión alguna en el rostro.

En cuanto lo vieron, sus rostros se hicieron aún más inexpresivos. Cuando dieron un paso en su dirección, Ted dio media vuelta y empezó a caminar a grandes zancadas bajo los pasos elevados. No sabía si aquellos hombres eran una trampa que le habían tendido, pero tampoco estaba dispuesto a comprobarlo, no mientras tuviera una escapatoria. Avanzó con rapidez por el tramo de hormigón que



discurría sobre la autopista, hacia la curva que había entre los arbustos temblorosos, pues sabía que si lo alcanzaban en aquel lugar nadie acudiría en su ayuda. En cuanto llegara a la carretera principal podría volverse hacia ellos..., pero en ese instante vio que otros dos hombres, con expresiones igual de vacías, avanzaban hacia él por la otra rampa.

Cuando se giró, los primeros estaban a punto de alcanzarlo. Uno de ellos era un joven famélico con cabello de fraile que le resultaba familiar. Ted corrió hacia ellos, adoptando la expresión más fiera que le fue posible, pero interceptaron su camino. Un rayo de luz se abrió paso entre la inquietud espesura, iluminando unos rostros que parecían máscaras.

En cuanto el joven con aspecto de fraile estuvo lo bastante cerca, Ted le asestó un puñetazo. Su barbilla era como roca dura envuelta en un suave relleno de piel. El joven cayó contra la barandilla y se llevó las manos a la cara, pero inmediatamente volvió a ponerse en pie. Aunque a Ted le dolían los nudillos como si hubiera golpeado un martillo, aquel tipo no parecía sentir ningún dolor.

Esta distracción le dio la oportunidad de correr, aunque no logró llegar demasiado lejos. Dos de ellos le dieron alcance en la pendiente empedrada que discurría entre los pasos elevados. Cuando le inmovilizaron los brazos, intentó golpear a uno de ellos en la ingle, pero perdió el equilibrio sobre el húmedo hormigón. Lo empujaron y cayó de espaldas sobre la pendiente. Los adoquines se hundían en su cuerpo; el polvo y los fragmentos de cristal se clavaban en sus manos.

Todavía podía forcejear y maldecirlos, aunque era incapaz de oír sus propias palabras. Fueron necesarios tres para inmovilizarlo, y tardaron un buen rato en conseguirlo. Cuando el más corpulento le asestó un puñetazo en la nuca, Ted sintió que su cabeza era un globo que se estaba desinflando; se sentía confuso y terriblemente mareado. El destello de un camión sobre su cabeza abrasó sus ojos. Estaba tan aturdido que cuando apareció la anciana en la curva no le dio ninguna importancia.

Pero era una transeúnte, una anciana de cabello blanco excepto por una ancha veta plateada, y había visto lo que le estaban haciendo. Los hombres no habían advertido su presencia, pero ella ya estaba alejándose lo más rápido que le permitía su cojera. Ted intentó forcejear para distraerlos, pero eso solo empeoró las náuseas que sentía. Deseaba que aquella mujer se diera prisa, que escapara antes de que pudieran verla, que llamara a la policía o a quienquiera que pudiera ayudarlo.

Prácticamente había doblado la curva cuando cayó. Puede que eso fuera todo: tropezó y cayó por un agujero que había entre las barandillas. Las luces de los faros centellearon entre las hojas. Su cerebro era incapaz de asimilar la información, así que Ted no estaba seguro de haber visto una figura escalando por el graffiti bajo el paso elevado. Quizá solo había sido el movimiento de las ramas. Era imposible que algo con una cabeza alargada y pálida hubiera arrastrado rápidamente el cuerpo de la anciana hacia los arbustos.

Los hombres lo levantaron y lo obligaron a descender por el camino, aunque le temblaban las piernas. Solo era capaz de controlar sus pensamientos. De repente se dio cuenta de que si alguno de los conductores lo veía, lo tomaría por un borracho al que estaban llevando a rastras a casa. Por un momento temió que sus captores lo arrojaran a la autopista; sin embargo, lo empujaron hacia los arbustos. Las ramitas le arañaban las manos y la maleza del suelo le hacía tropezar. Más allá, una rampa de escombros descendía hacia una casa.

Le parecía imposible que allí, en una isla de tierra baldía bajo los pasos elevados, pudiera haber una casa. Seguramente el ayuntamiento había permitido que permaneciera allí hasta que se derrumbara. Estaba especulando para convencerse a sí mismo de que podía pensar con claridad, porque no podía hacer nada por impedir que lo llevaran a rastras hacia aquella casa. Una mugrienta cortina se separó como el párpado de un reptil. Lo estaban esperando. La puerta principal se abrió mientras recorrían el sendero y sus talones removían los escombros. Cuando los hombres lo arrojaron al oscuro vestíbulo, el ruido cesó.

Barbara no sabía si estaba despierta o soñando. ¿La luz del sol entraba por las cortinas, iluminando el lecho vacío y arrugado, o estaba tumbada en él, invisible a sus propios ojos, soñando que miraba la cama? ¿Arthur realmente se encontraba en algún lugar cercano?

Estaba allí, pero se estaba alejando. Si no lo encontraba pronto desaparecería... y podía sentir lo nervioso que estaba. Corrió hacia la ventana, pero ninguna de las cabezas que se balanceaban por la calle era la suya. Mientras se dirigía al cuarto de baño a echar un vistazo fue consciente de lo absurdo que era todo aquello. Al instante, su percepción disminuyó y el rostro de Arthur retrocedió hacia la oscuridad de su mente, haciéndose más pequeño que un átomo. Barbara despertó por completo.

Ahora no había nada que la distrajera de sus miedos, de sus peores miedos, de aquellos que no había compartido con Ted porque no se atrevía a confesarlos. Si la secta había secuestrado a Angela porque temía su poder para el bien, sin duda alguna la pequeña era demasiado fuerte para ellos. Sus llamadas demostraban que su sentido de sí misma había sobrevivido... ¿pero qué podían haberle hecho, o qué planeaban hacerle, para acabar con ella?

Nada demasiado malo, a juzgar por el tono de sus llamadas... ¿o acaso Angela era demasiado ingenua para darse cuenta de lo que le estaban haciendo? De repente, Barbara deseaba no estar sola. Se puso algo de ropa encima y corrió a llamar a la puerta de Ted. No recibió respuesta.

Llamó un poco más fuerte mientras echaba un vistazo al pasillo. En una bandeja que descansaba junto a una puerta, una taza de café intentaba, torpemente, encaramarse a otra. En las radios de los dormitorios sonaban sin descanso alegres melodías.

—¿Qué hora es? —preguntó a una camarera cuando un carrito lleno de ropa blanca abrió de un empujón las puertas de emergencia.

—Casi las diez.

Entonces su reloj no estaba estropeado. Ted le había dicho que desayunaría con ella, pero debía de haber decidido dejarla dormir. Se aseó rápidamente y corrió escaleras abajo. Unas cuantas personas se diseminaban por el espacioso restaurante, bajo candelabros amarillentos. Una anciana que estaba sentada en una silla de ruedas esperaba a que alguien se la llevara de allí; un hombre de bigote plateado bajó el periódico y le dio los buenos días. Los sonidos más fuertes eran el de una cuchara contra una taza y el de un cuchillo sobre una tostada. Ninguno de los comensales era Ted.

Uno de los camareros le dijo que era posible que el señor Crichton ya hubiera desayunado, aunque era evidente que no lo sabía con certeza. Barbara pidió el desayuno e intentó ser paciente. Seguramente, Ted había salido a dar un paseo. ¿O acaso habría decidido investigar por su cuenta? Cuando los últimos comensales abandonaron el salón, los camareros empezaron a preparar las mesas para la comida. De repente, incapaz de soportar sus sonidos discretamente enmudecidos, se dirigió a recepción para saber si había dejado algún mensaje.

La muchacha le dijo que no había ningún mensaje, pero que su llave estaba en el mostrador. Mientras le daba la espalda para atender a una mujer impaciente vestida de *tweed* que estaba haciendo sonar el timbre que descansaba sobre el mueble, se le ocurrió preguntarle a qué hora había dejado la llave.

—Me temo que no lo sé —respondió la joven, por encima del hombro—. Debió de ser antes de que yo llegara.

—¿Y cuándo fue eso?

—A las seis y media.

Seguramente, esas palabras iban dirigidas a la mujer del traje de *tweed*... pero, tras reflexionar unos instantes, Barbara consideró que era bastante probable que el turno de mañana empezara a esa hora. ¿Adónde podía haber ido tan temprano? En ocasiones era incapaz de conciliar el sueño, pero estaba segura de que si hubiese salido le habría dejado una nota, a no ser que tuviera intenciones de regresar antes de que ella despertara.

Tras atender a la mujer impaciente, la joven se volvió y pareció ligeramente molesta al ver que Barbara seguía esperando.

—¿Está completamente segura de que el señor Crichton no ha dejado ningún mensaje? —preguntó.

—Si lo hizo, le aseguro que no está aquí.

¿El mensaje se habría extraviado? Era una posibilidad reconfortante, pero no lo bastante para que Barbara fuera capaz de comerse el desayuno.

—Lo siento —le dijo al camarero que se dirigió hacia la cocina en cuanto la vio aparecer—. Acabo de recibir malas noticias.

Al instante deseó no haber dicho eso.

Esperó un rato en el vestíbulo. Los huéspedes pasaban junto a ella con lentos movimientos, golpeando el suelo con sus bastones o mirando a su alrededor desde sus sillas de ruedas. Las puertas giratorias emitían destellos al moverse y la incitaban a mirarlas continuamente, para asegurarse de que no era Ted quien entraba o salía por ellas. Debería complacerle que no se sintiera atado a ella, que se sintiera libre de salir a pasear. El mensaje que le había dejado debía de haberse extraviado.

Por fin se obligó a sí misma a cruzar las puertas giratorias (que se detuvieron unos instantes, atrapándola en la jaula de vidrio tintado con un espectro de tabaco de pipa), y esperó en el exterior del hotel. De vez en cuando se alzaba una cabeza sobre la confusión de rostros, pero nunca era la de Ted. ¿Acaso no bastaba que no pudiera encontrar a Angela? Deseaba ir en su búsqueda, pero no sabía por dónde empezar. Además, si regresaba mientras ella estaba fuera, no sabría dónde encontrarla.

Se aventuró a ir hasta la acera contraria y observó Sauchiehall Street. A un lado, la calle se dirigía hacia Inner Ring Road, donde los edificios eran grises como el humo de los tubos de escape. En el lado contrario había una zona peatonal con la calzada adoquinada. Había personas charlando junto a las tiendas y obreros subidos a un andamio que se alzaba delante la fachada del restaurante Charles Rennie Mackintosh, como arañas reparando una tela. Un tablón situado junto a una puerta anunciaba la exposición anterior a una subasta de libros. Seguramente, Ted lo había visto y había sentido curiosidad.

Antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo, se dirigió hacia la sala de subastas. Podía echar un vistazo y estar de vuelta en el hotel en menos de diez minutos. No le importaba adonde había ido, solo dónde estaba ahora. Y solo deseaba que estuviera a salvo. Por supuesto que lo estaba... ¿por qué no iba a estarlo? Sabiendo lo mucho que le fascinaban los libros, no le sorprendería que hubiera empezado a hojearlos y hubiese perdido la noción del tiempo.

Dejó atrás un centro comercial adjunto en el que sonaba una fanfarria. Un reloj de péndulo en forma de castillo de juguete dorado abrió sus puertas para dejar salir a sus caballeros y dio seis campanadas. Al mirarlo, más allá de un agente de seguridad que iba en manga corta y lucía tatuajes velludos en los antebrazos, comprobó que marcaba las once en punto. Se abrió paso entre la multitud y subió corriendo las escaleras que llevaban a Straub, Tessier & King.

En lo alto del segundo tramo de escaleras había una habitación vacía del tamaño de un bungalow. Hileras de sillas aguardaban la subasta ante un estrado. Los libros descansaban en estantes y en mesas de caballetes que parecían diminutos debido a la inmensidad de la sala. Vendedores de libros provistos de cuadernos examinaban los lomos de los volúmenes, y una pareja de mediana edad que lucía un caro bronceado hacía muecas a las ilustraciones. Barbara comprobó al instante que Ted no estaba allí.

Se apartó cuando dos hombres pasaron junto a ella arrastrando un baúl repleto de libros. Ninguno de ellos había sido escrito por un autor que le resultara conocido. En las tapas de uno pudo leer *La corriente psíquica*, pero ya estaba harta de pistas falsas. Regresó desanimada al hotel.

El olor a pan recién hecho le hizo mirar hacia el centro comercial. Las figuras que habían salido del castillo para dar las seis ya se habían retirado; los agentes de seguridad paseaban, hablando entre murmullos por sus transmisores. Al final del pasillo de tiendas, detrás de una carreta roja y amarilla que contenía un jardín rocoso cuyas plantas eran demasiado grandes para las rocas, estaba Ted.

O quizá era alguien que se parecía a él. Estaba de pie ante el mostrador de la panadería, pero solo podía verle la espalda. Corrió por el pasillo, bajo el alumbrado fluorescente, verde, malva, rosa, amarillo y azul. Las centelleantes baldosas del suelo parecían de Lurex. En las tiendas sonaban canciones pop, algunas tan suavemente que podrían ser alucinaciones. Nada era real, excepto el olor del pan... Pero cuando llegó junto a Ted, le pareció que era de carne y hueso.

Estaba tan aliviada que tuvo que sentarse en una resbaladiza silla de plástico color chocolate.

—Estás herido —dijo, en cuanto pudo mirarlo con atención.

Él observó los rasguños de sus nudillos como si no le pertenecieran.

–No es nada. Solo un gato un poco arisco.

Era la primera vez que lo veía tan confuso. Seguramente se debía a lo mucho que había madrugado.

–¿Dónde has estado?

–Haciendo averiguaciones sobre la Luz Eterna. Solo es un grupo religioso marginal idéntico a cientos de otros. No saben nada de lo que estás buscando. De hecho, les daría miedo saber algo.

Su estado de ánimo era extraño; prácticamente rozaba la euforia. Quizá se debía a la falta de sueño. Barbara se sentía incapaz de compartir su buen humor, a pesar de que tenía la impresión de que ahora Ted la creía, no como la noche anterior. Sus codos resbalaron de los brazos de la silla, que era estrecha y hueca.

–¿Qué podemos hacer ahora? –preguntó.

–Bueno, debemos informar a la policía sobre la mujer. Ahora que saben que la has visto, los sin nombre serán más precavidos.

Ya lo había pensado, pero esta confirmación le hizo sentir una mayor aprensión.

–¿Crees que harán daño a Angela?

–No, no lo creo. No tienen razones para hacerlo.

–Entonces, eso es lo único que podemos hacer. –Estaba desesperada–. Ojalá Gerry haya logrado encontrarlos.

–No me sorprendería que pronto tuvieras noticias de ella. Pero no, creo que podemos hacer algo más que esperar. Anoche pensaba que aquella mujer había ido a la estación para que no pudiéramos seguirle el rastro, pero cuando volví a pensar en ello más tarde, me di cuenta de que llevaba un billete en la mano.

–Yo no lo vi. ¿Estás seguro?

–Pude verlo con la misma claridad con la que te veo a ti ahora.

–Entonces volvemos a estar en el punto de partida. Podrían estar en cualquier parte.

–Te equivocas. He comprobado todos los trenes que partieron poco después de que la perdiéramos de vista y tengo una lista de sus destinos. Ahí es donde debemos buscar.

No parecía una pista demasiado buena, pero su apremio resultaba contagioso.

–Deberíamos empezar por la ciudad más grande –continuó–. Es Edimburgo. Y deberíamos ponernos en marcha de inmediato.

Se levantó al instante y pareció impaciente porque ella lo siguiera. Resultaba un alivio que alguien tomara la iniciativa, pues estaba demasiado exhausta para ponerse al mando. El olor a pan se desvaneció mientras se alejaban, dejando atrás una confusión de rostros que apenas veía.

–Estoy seguro de una cosa –añadió Ted–: en Glasgow no encontraremos nada.

Cuando Barbara descubrió que estaba descendiendo otra vez la colina, se dirigió a la rotonda y regresó al punto inicial, avanzando a lo largo del canal. Bajo un cielo que parecía descolorido, Hemel Hempstead era un destello monótono, poseído por el sol. En el canal, las ondas relampagueaban lentamente, cegando a los cisnes de la orilla. Las ventanillas y parabrisas carbonizaban puntos de su visión, dificultándole aún más la búsqueda.

Giró a la izquierda cerca de la modista Sarah-Boo y subió de nuevo la colina. El laberinto de casitas rectangulares se alzaba sobre los jardines de roca y las casas salpicadas de guijarros. Ya había conducido por aquel laberinto en una ocasión, pero todas aquellas calles en pendiente le parecían idénticas. Desconocía el apellido de Iris, pues no había logrado encontrar el recorte del artículo publicado en *Las Otras Noticias*; tampoco recordaba el nombre de la calle ni el número de la casa. Solo sabía que descansaba en una ladera, como la mayoría.

Las puertas desfilaban como muestras de pintura en un libro. La madre de Iris había abierto la puerta principal verde. La puerta que abrió la madre de Iris estaba pintada de rojo. Detrás de aquella puerta azul estaba la madre de Iris. Le sorprendía ser incapaz de recordar un detalle tan simple, pero en su anterior visita no había sido consciente de que necesitaría recordarlo.

En algún lugar ronroneaba un cortacésped y algunos niños jugaban con una pelota listada por las aceras y los secos prados sin cercar, pero estos detalles parecían demasiado reales comparados con las casas, cuyos balcones eran planos como una calle al fondo del escenario. En parte, puede que esto fuera efecto de su tensión. Antes de que pudiera darse cuenta de que había vuelto a pasarse, estaba descendiendo de nuevo hacia la rotonda. Lo único que podía hacer era regresar una vez más. No había ningún otro lugar en el mundo al que quisiera ir.

No habían encontrado nada en Escocia. Tampoco en Stirling, Dunfermline, Kirkcaldy, Perth, Dundee, Montrose, Aberdeen ni los estrechos callejones que se ocultaban tras las calles principales de Edimburgo. Sospechaba que el encuentro con la mujer asimétrica les había hecho huir a otra parte del país. En su oficina no la esperaba ninguno de los mensajes que esperaba haber recibido, solo el gran interés que había despertado Cherry Newton-Brown.

En más de un sentido, eso le hacía sentirse peor. El interés por la novela de Newton-Brown era considerablemente mayor de lo que había anticipado, y eso significaba que su criterio estaba fallando. No le sorprendía, dadas las circunstancias, pero tampoco podía buscar excusas que darse a sí misma. En un principio había decidido realizar la subasta de la novela de Paul Gregory desde Londres (aunque sería más sencillo realizarla en Nueva York, no se atrevía a abandonar el país tal y como estaban las cosas), pero ahora tenía que coger el avión para mostrar la obra de Newton-Brown a los editores americanos, pues era una novela demasiado importante. Tenía que estar en Nueva York la semana siguiente, pero no podía partir sin antes haber intentado hacer algunas preguntas a la única persona que sabía que había visto a Angela.

Las centelleantes casas carentes de sombra pasaban lentamente junto a ella. Las antenas de televisión parecían grietas resplandecientes en el azul brillante del cielo. Las puertas eran amarillas, naranjas y púrpuras, pero no le decían nada. Los niños seguían jugando con la pelota, un recorte listado que, por imposible que pareciera, rebotaba. Podía acercarse a ellos y preguntarles dónde vivía Iris, pero era bastante probable que no lo supieran. Seguramente sus padres sí que lo sabían, ¿pero por qué iban a darle esa información? No tenían ninguna razón para confiar en ella. Se encerrarían en sus conchas, tras sus lustrosas puertas y sus pulcras cortinas. En algunos de los espacios perfectamente simétricos que había entre las cortinas se alzaba una muñeca. De repente, Barbara recordó y empezó a buscar.

Tuvo que efectuar un cuarto recorrido antes de ver el destello púrpura. A pesar de que brillaba como un cuchillo, no pudo estar segura hasta que llegó al final del prado... pero sí: era la bailarina. Apagó el motor y se quedó sentada en el coche unos minutos. ¿Realmente quería saber qué podía estar haciéndole la secta a Angela? ¿Podría soportar no saberlo?

Cuando se atrevió a recorrer el sendero que conducía hacia la casa se tambaleó y, al instante, Ted la sujetó por el codo. Le pareció ver a alguien mirando desde una ventana del piso superior, pero cuando levantó la mirada no pudo ver a nadie. Puede que fuera la madre de Iris, que se había apartado

rápidamente para que no la vieran las visitas indeseadas, pues tuvieron que llamar tres veces al timbre antes de que les abriera la puerta. Maisie miró a Ted con el ceño fruncido para hacerle saber que no la intimidaba.

–¿Qué quiere? –preguntó a Barbara.

–Me preguntaba si podría hablar con usted.

–Me temo que no es conveniente. Estoy muy ocupada, cuidando de mi hija –dijo, enfatizando sus palabras. Quizá, dándose cuenta de que había sido cruel, preguntó con más amabilidad–: ¿Solo quería hablar conmigo?

No serviría de nada mentir.

–La verdad es que quería hablar con Iris.

–Bueno, sabe que le tengo simpatía, pero me temo que es imposible. Mi marido no querría que lo hiciera.

–Trabaja cerca de casa, ¿verdad? –preguntó Ted–. ¿Quiere que vaya a buscarlo? Puede que logremos hacerle cambiar de opinión.

Barbara preferiría que hubiera guardado silencio, aunque sabía que solo intentaba ser útil. Después de lo que le había contado sobre George durante el camino, debería haberse dado cuenta de que le estaba poniendo las cosas más difíciles. Estas palabras distrajeron a Maisie, que preguntó:

–¿Es usted otro periodista?

–No, solo es un amigo mío. La periodista a la que conoció está intentando infiltrarse en la secta que secuestró a su hija. Nosotros también estamos investigando. Pudimos seguirles la pista hasta Escocia, pero ahora tengo que irme a América sin saber adonde se la han llevado.

–Si tanto le preocupa, no debería ir.

–No es tan sencillo como eso –la interrumpió Ted–. Hay gente que depende de ella. Si no va, estará renunciando a su trabajo.

–Creo que Angela está bien, porque sigue llamándome por teléfono. Solo quiero saber qué podrían estar haciéndole –explicó, sintiendo que los ojos se le llenaban de lágrimas.

Seguramente, Maisie tuvo miedo de que Barbara se desmayara o se viniera abajo delante de su puerta. Había varios niños mirando desde el jardín de enfrente.

–Pasen y siéntense unos minutos –dijo–. Al menos puedo ofrecerles una taza de café antes de que se vayan.

Nada había cambiado en el salón, aunque la presencia de Ted hacía que pareciera más pequeño. Maisie murmuró algo en el piso superior y Barbara creyó entender «No bajas». Ya debía de haber preparado té para Iris y ella, pues casi al instante regresó arrastrando un carrito con tazas y una tetera. Parecía desconfiar de Ted, pero Barbara no podía culparla: era una mujer tan pequeña que él podría levantarla del suelo con una sola mano. De todos modos, la idea de que alguien tuviera miedo de Ted le resultaba risible.

–¿Qué tal está Iris? –preguntó.

–Mejor de lo que estaba. Hay días en los que habla por los codos. Quiero que siga así.

–Hemos averiguado más cosas sobre las personas que la secuestraron. –Ted bebía su té como si no sintiera lo caliente que estaba; la taza era una frágil conchita en su mano–. Sabemos qué aspecto tiene uno de ellos. Si le describiéramos a esa persona, puede que su hija empezara a recordar.

–No quiero que nada la altere –espetó Maisie, que estaba tan molesta como Barbara. ¿Qué diablos creía que estaba haciendo? Antes de que Barbara pudiera interrumpirla, Maisie añadió–: ¿Cómo saben qué aspecto tiene esa persona?

–Porque nos estuvo siguiendo en Glasgow –respondió Ted.

–¿Los siguió? –La taza que tenía en la mano se sacudió, escupiendo su contenido–. ¡Entonces podrían haberlos seguido hasta aquí!

–Bueno... –empezó a decir, con tanta indiferencia que Barbara estaba segura de que le habría dado la razón si ella no hubiera intervenido.

–Esa mujer sabe que la vimos –dijo–. De hecho, estuvimos a punto de atraparla. Estoy segura de que no se atreverán a volver a hacerlo.

–¿Cómo puede saberlo? Podrían estar siguiéndolos sin que se hayan dado cuenta.

–Estoy segura de que no es así –insistió Barbara, preguntándose si realmente lo estaba–. Escuche, nos iremos lo antes posible si nuestra presencia aquí la incomoda, ¿pero no podría dejarme hablar con Iris, solo cinco minutos? Le aseguro que no diré nada que pueda conmocionarla. Solo quiero hablar con ella. Ted se quedará aquí abajo, ¿verdad, Ted?

Por suerte, Maisie no lo miró, pues no parecía demasiado deseoso de colaborar.

–Ya habló con ella en una ocasión.

–Pero se me olvidó hacerle una pregunta. –De repente, Barbara estaba deseosa de seguir hablando; de hecho, estaba ansiosa por proseguir con la conversación, porque Ted y ella estaban más cerca del vestíbulo y podían oír algo que Maisie no podía oír: alguien estaba bajando las escaleras–. Debería haberle preguntado si había una niña que mencionaba continuamente a su madre. No sé si Gerry Martin, la periodista que me trajo aquí, se lo contó, pero Angela, mi hija, me sigue llamando por teléfono. Si confiaba en Iris más que en los demás, es posible que le hablara de mí.

Ni ella misma se creía lo que estaba diciendo, pero los pasos seguían descendiendo, amortiguados por la moqueta y las zapatillas. Maisie no los oía.

–Le he enseñado la fotografía que dejó –respondió su madre–. Si su hija le habló de usted, me lo habría dicho.

–No si no reconoció a la niña de la fotografía. No conocía a Angela por el nombre porque, por lo que a Iris respectaba, carecía de él. Si pudiera preguntárselo directamente, quizá lograra hacerla recordar –explicó Barbara, mientras intentaba sujetar a Ted. Pero ya era demasiado tarde. Ted se levantó con rapidez y abrió la puerta, justo cuando los pasos llegaron al vestíbulo.

–Hola, Iris –saludó.

Barbara podría haberle pegado un puñetazo. Sin duda alguna, solo pretendía atraparla antes de que su madre pudiera llevársela de allí, pero ¿qué habría pasado por la cabeza de aquella pobre muchacha trastornada al ver que un extraño corpulento la estaba esperando detrás de una puerta de su propia casa que acababa de abrirse? No le sorprendió que retrocediera, mirándolo fijamente.

Maisie la acompañó al interior de la sala, alejándola lo máximo posible de Ted.

–Ya conoces a esta señora. Trajo la fotografía de aquella niña que te enseñé. Este caballero es un amigo suyo –explicó, mirándolo colérica.

Cuando Iris se sentó (lo hizo como si fuera de porcelana y temiera romperse), Barbara intentó interrogarla, a pesar de la obvia desaprobación de su madre, pero la joven parecía incapaz de apartar la mirada de Ted y, cuanto más lo miraba, más nerviosa parecía. Barbara deseaba oír que la secta no había intentado destruir a Angela, que le bastaba con haberla capturado, ¿pero cómo podía formular su pregunta de forma que Iris no recordara lo que fuera que la había trastornado? Ted, sintiéndose cada vez más incómodo por la mirada de Iris, se levantó y se apoyó junto a la ventana. Eso solo sirvió para distraer aún más la atención de la muchacha, para que se cerrara aún más en sí misma. No había dicho ni una sola palabra.

–Ted –dijo Barbara, con toda la calma que le fue posible–. ¿Por qué no me esperas fuera?

–No es necesario que la espere. Pueden irse juntos –espetó Maisie, mirando las manos de su hija, que se arrastraban la una sobre la otra en busca de consuelo, cada vez con más desesperación–. Lo siento, pero no estoy dispuesta a oír ni una palabra más. Le formularé sus preguntas en cuanto lo considere oportuno. Sigo teniendo su dirección.

Mientras giraban la rotonda, la cabeza de Barbara empezó a dar vueltas. Ted detuvo el coche un poco más allá, instantes antes de que Barbara se apeara y vomitara la taza de té sobre la hierba de la orilla. Poco después, Ted salió del vehículo y permaneció junto a ella, intentando reconfortarla. Cuando Barbara se sintió capaz de regresar al coche, Ted se dirigió a la autopista, conduciendo más despacio entre las oleadas de calor cargadas de apatía.

–Sé que lo he estropeado todo –dijo, esbozando una sonrisa al inestable paisaje–. Sin embargo, se me ha ocurrido una idea.

Iris miró hacia el espejo del tocador y vio un movimiento a sus espaldas, en la cama iluminada por el sol. Era como si una especie de larva se estuviera retorciendo entre las sábanas. Estaban a punto de caer al suelo, y entonces podría ver qué había debajo. Empezaba a sentir lo mismo que había sentido el día anterior (sus extremidades deseaban abrazarla con tanta fuerza que la apretujarían, impidiendo que nada pudiera tocarla), pero entonces se dio cuenta de que el movimiento no era más que la sombra de una cortina que se arrastraba por la cama. Ahora estaba en casa. Nada podía hacerle daño. El mal no estaba allí..., aunque había venido a visitarla.

Su mano vaciló cuando la acercó al cajón superior. En la calle, un niño pequeño cantaba una canción, difuminando las palabras como una radio a la que se le están acabando las pilas; al pie de la colina alguien estaba podando un seto, pero el sonido era tan débil que parecía estar utilizando unas tijeras; en su habitación, todo estaba tranquilo bajo la luz del sol, pero se temía que no permanecería así por mucho tiempo, pues el mal había descubierto dónde estaba.

Por eso mismo tenía que encontrar la tarjeta. Esa idea la obligó a ponerse manos a la obra y abrir el cajón. Tras echar un precipitado vistazo comprobó que allí solo había ropa interior de su padre. Era obvio que la dirección no podía estar allí, pues aquella mujer se la había dado a su madre. Se arrodilló y abrió el siguiente cajón. Tenía que darse prisa, antes de que Maisie descubriera qué estaba haciendo. Si se enteraba, se lo impediría.

Puede que su madre tuviera razón en ocasiones. Ayer le había dicho que permaneciera en el piso superior hasta que las visitas se marcharan, pero ella no era ninguna niña a la que pudieran ordenarle que se quedara en su habitación (de hecho, sentía que nunca lo había sido, pues había olvidado casi por completo su pasado), así que había bajado sigilosamente las escaleras y, de repente, la puerta se había abierto y había aparecido aquel enorme hombre barbudo.

En cuanto vio sus ojos supo que era un sin nombre, pues todos ellos tenían aquella mirada oculta que nadie más podía reconocer, aquella mirada que sugería que algo los había corroído desde dentro hasta convertirlos en simples cascarones de sí mismos. Al instante había empezado a encerrarse en sí misma. Lo peor de todo era que aquel tipo la había llamado por su nombre, que solo ahora había empezado a creer que le pertenecía, pues los sin nombre no le habían permitido tener un nombre al que aferrarse, un nombre que le ayudara a escapar de su alcance.

Tenía que decírselo a aquella mujer. Aquella señora que estaba buscando a su hija tenía que saber qué era su acompañante. Ella era la única que podía hacerlo. Sin duda alguna, su madre se negaría a escucharla. «Ahora estás en casa, Iris. No pienses en eso». Maisie deseaba creer que Iris lo había olvidado todo. Quizá, algún día lo conseguiría.

¿Habría tirado su dirección? No se había molestado en anotarla en su agenda, pero ayer le había dicho que todavía la tenía, y su madre nunca mentía. Tenía que estar allí, en alguna parte.

Puede que estuviera en alguno de sus vestidos, en el armario. Cruzó corriendo el dormitorio, dejando atrás la cama en la que la larva gorda había resultado ser una almohada acosada por las sombras, cuando oyó la voz de su madre en las escaleras.

—¿Dónde estás, Iris?

—Aquí.

Ahora le resultaba bastante fácil hablar. Solo cuando el tema se centraba en cosas que no deseaba recordar sentía que sus labios se convertían en gusanos. Tenía que parecer que estaba en el cuarto de su madre por alguna razón, de modo que cogió el álbum de fotos y se sentó en la cama.

—Está bien, Iris. Puedes venir aquí siempre que quieras.

Tras convencerse a sí misma de que su hija estaba bien, Maisie regresó a la planta baja. Iris tenía la impresión de que madre siempre había sido así: deseaba creer que nada perturbaba a su hija, de modo que lo comprobaba una y otra vez, intentando disimular. Por un instante, mientras contemplaba una fotografía de sus padres y ella bajo las puntiagudas cúpulas del Brighton Pavilion, sintió que estaba a punto de recordar..., pero debía darse prisa y encontrar la dirección. Se levantó con cuidado, para no molestar al bulto que había bajo las sábanas, y se acercó al armario.

La tarjeta estaba en el tercer vestido en el que buscó. *Barbara Waugh: Agente Literaria*. Debía de haber acompañado al vestido a la tintorería, pues la letra manuscrita del dorso estaba prácticamente



borrada y solo se podía leer una dirección del Barbican. Iris cerró el armario con rapidez, porque estaba recordando una lóbrega habitación en la que había un armario en donde había algo colgado que no era ropa, pues había empezado a retorcerse como un gusano en un gancho. Quizá solo fuera una pesadilla que le parecía un recuerdo, debido a los pocos que tenía. Corrió hacia su habitación.

Ahora tenía que darse prisa. Cogió su cuaderno, que olía a viejo y lo era. No tenía sellos, pero creía saber dónde podría conseguir uno. Sobre el zumbido de la ciudad, un reloj estaba dando las cinco. Su padre llegaría a la estación antes de las seis. Si no conseguía llegar antes, su plan fracasaría.

En cuanto cogió la pluma, esta se le escapó de las manos. No podía escribir sobre los sin nombre, como tampoco podía hablar de ellos. Aquel vestigio del mal permanecía en su interior. Estaba a punto de recordar las cosas que había ayudado a hacer, el día que cayó en la oscuridad de una de las habitaciones tapiadas e intentó convencerse a sí misma de que solo había tocado un trozo de cuerda viscosa. Se sintió aliviada cuando la amenaza del recuerdo dejó en blanco su mente. Por lo menos, los recuerdos ya no le resultaban tentadores.

Sin embargo, sí que podía escribir sobre el hombre barbudo. Había llegado después que sus recuerdos, así que los sin nombre no podían impedirle que hablara de él. Tenía que contárselo a alguien, para que pudieran atraparlos antes de que la encontraran. Podía escribir, aunque le temblaba la mano. Pero el reloj estaba dando las cinco y cuarto y todavía no había escrito nada.

De pronto se le ocurrió qué podía hacer. Empezó a escribir la dirección en el sobre. Tuvo que hacerlo en mayúsculas, porque le temblaba tanto la mano que cualquier otra cosa habría sido ilegible, y apenas dejó espacio para el sello. Entonces, como si formara parte de la misma acción, escribió «El hombre que la acompañó a mi casa es un sin nombre. Pueden obligarlo a hacer lo que ellos quieran. Iris» y guardó el papel en el sobre. Después lamió la lengüeta con tanta rapidez que se cortó la lengua y bajó las escaleras a toda velocidad, escondiendo la carta en un bolsillo de su vestido. Temía que sus manos, actuando por cuenta propia, se cerraran sobre la carta y la rompieran.

—¿Vamos a buscar a papá? —preguntó.

—Sí, si te apetece —respondió su madre, sorprendida y complacida al mismo tiempo.

Aquella parte del plan era sencilla. En ocasiones salían a dar un paseo, pero siempre lo hacían a última hora de la tarde, cuando había menos tráfico. Seguramente, Maisie pensaba que Iris estaba haciendo progresos.

Su madre tardó lo suyo en arreglarse pues, por lo que a ella respectaba, tenían tiempo de sobra. Habría ido paseando colina abajo hasta la carretera, pero Iris la apremió a avanzar con rapidez. Sin duda alguna, le alegraba que su hija ya no se acobardara ante el tráfico.

Cuando llegaron al Whip & Collar, en la calle que discurría junto al canal, el ruido del tráfico se convirtió en un muro invisible. Iris se dio fuerzas a sí misma para soportarlo, pero el ruido aumentaba por segundos y le estaba destrozando los nervios. De repente se abrió un agujero entre el tráfico y su madre la condujo hasta la acera contraria, que descendía hacia el canal.

Allí, todo estaba mucho más tranquilo. El reflejo de los árboles se mecía en el agua; los caballos y las vacas pastaban hierba entre las porterías del campo de fútbol de la orilla opuesta. Varios jóvenes de torsos desnudos y brillantes la miraron desde la cubierta de una barcaza que esperaba a que se llenara la esclusa. Aquellos jóvenes solo estaban pasando un día de fiesta en el canal; no tenían nada que ver con los sin nombre.

Cuando el reloj marcó la media se obligó a sí misma a caminar más rápido, a pesar de que el puente ya estaba delante. A ambos lados del canal, grandes campos mantenían a raya el ruido del tráfico, excepto en el punto en el que el puente lo cruzaba. Mientras apresuraba sus pasos para pasar por debajo, el agua se oscureció, metálica. Estaba atrapada en una caja de hormigón y ruido que se estaba cerrando por ambos extremos..., pero logró cruzarla y abrir el chirriante portal que conducía a la avenida.

Ya nada podía detenerla. De pequeña, solía recoger las castañas de Indias que caían sobre el sendero para jugar con ellas. Contempló las garras de metal que rodeaban los troncos de los árboles para que nadie trepara por ellos, el campanario que se alzaba junto a la planta de gas, que solía recordarle al Gordo y el Flaco, y el frondoso campo que se extendía junto al canal, donde los caballos cuidaban de sus potros. Llegaron al *pub* que había junto a la estación antes de las seis menos cuarto.

–Tengo que ir al lavabo –dijo Iris–. No es necesario que me acompañes. No tardaré mucho.

–De acuerdo, cariño.

Su madre parecía un poco ansiosa, pero a la vez se alegraba de que Iris se sintiera capaz de entrar sola en un *pub*.

Los primeros clientes conversaban junto a la barra curvada. Sobre la puerta del cuarto de baño había una matrícula de coche en la que ponía 4U2P<sup>1</sup>, pero no era eso lo que quería. Fue directamente hacia la mujer que había detrás de la barra.

–Tengo que enviar una carta urgentemente. –Había estado practicando en silencio esta frase durante horas–. ¿Podría venderme un sello?

–Espera un momento. Voy a ver si tengo alguno.

La mujer rebuscó en su bolso durante más de un minuto. El reloj marcó las seis menos cuarto; su madre debía de estar preguntándose qué había ocurrido. ¿Y si se asomaba para asegurarse de que Iris no había entrado para tomar una copa?

La camarera levantó la mirada de su bolso.

–Lo siento. Creía que tenía alguno.

Cuando Iris, desalentada, dio la espalda a la barra (no se le había ocurrido pensar que su plan podía fracasar), se encontró de frente con un rostro pequeño repleto de marcas y de venas rojas. Empezó a encerrarse en sí misma, pero solo era un pensionista... y era tan bajito que le sacaba una cabeza.

–¿Es muy urgente? –le preguntó.

–Sí. –No pudo decir nada más, porque sentía que se le estaban inflando los labios.

–Había guardado este porque me gustaba el dibujo –dijo, tendiéndole un sello en el que Peter Rabbit sostenía en alto la cabeza de la Reina Elizabeth–. Pero supongo que podré conseguir otro –añadió, con melancolía.

Iris pegó rápidamente el sello en el sobre, por si el anciano cambiaba de opinión. A continuación le dio el dinero y salió del *pub*, escondiendo la carta en el bolsillo. En cuanto su madre la vio, empezó a subir la rampa que llevaba a la estación.

Había un buzón de correos incrustado en la pared exterior del edificio. Iris no podía vacilar, por si su madre miraba atrás para saber por qué se estaba rezagando. Ahí estaba la boca del buzón. Sacó la carta del bolsillo y la empujó hacia la oscuridad. Por un instante sintió miedo, ¿pero de qué otro modo podría protegerse? Apresuró sus pasos para alcanzar a su madre.

Un tren pasó a toda velocidad, soltando un profundo y agudo alarido. Un rostro cristalizado la miró desde la taquilla. Todo parecía mantenerse alejado de ella: la pequeña estación de dos vías, la luz del sol tan implacable que resultaba poco convincente. La carta estaba guardada bajo llave. Ya nada podría detenerla.

Pronto llegó su padre, que no pareció alegrarse demasiado al verla allí.

–¿Te encuentras mejor hoy? –preguntó tras mirar fijamente a su esposa, pues aún no le había perdonado que hubiera invitado a entrar en casa a Barbara Waugh el día anterior.

–Sí.

Sus padres estaban allí para protegerla; nada podía hacerle daño. Al levantar la mirada vio que la furgoneta de la oficina de correos se alejaba del buzón y desaparecía por la calle principal. De pronto se sintió aterrada. Le preocupaba tanto tener que engañar a su madre que no había sido consciente de lo que estaba haciendo. Si no hubiese escrito la carta estaría a salvo, pues aquel hombre barbudo no suponía ninguna amenaza. Sin embargo, había traicionado a los sin nombre... y sentía que ellos lo sabían.

De repente recordó el día que los abandonó, el día que estaba tan aturdida por lo que les había ayudado a hacer que había salido de la casa sin darse cuenta. Era tan poco consciente de sí misma que, quizá, ellos y su poder no advirtieron que se estaba yendo. De algún modo logró montarse en un tren que se dirigía hacia casa, pero a medio camino algo la encontró. Sin previo aviso, dejó de estar sola en aquel soleado y desierto vagón. No recordaba nada de lo que había sucedido hasta varias

---

<sup>1</sup> *For You To Pee*. Para que hagas pis. (N. de la T.)

semanas después, hasta el día que descubrió que estaba de vuelta en la habitación de su casa, al parecer a salvo..., al menos hasta ahora.

Siguió a sus padres hacia la luz del sol, como si eso fuera a servir de algo. Se estaban dirigiendo hacia la avenida. ¿No se daban cuenta de lo oscuro que estaba todo bajo los árboles, de cómo brillaban sus garras metálicas? ¿Acaso no eran conscientes de que podía salir cualquier cosa de la espesura o de entre la hierba? Los sin nombre le habían dicho en cierta ocasión que jamás podría traicionarlos, y que si alguna vez lo intentaba lo sabrían. Ahora lo recordaba, pero ya era demasiado tarde. Mientras recorría la avenida, un caballo avanzó a su paso, mirándola. Cuando sus padres advirtieron que la estaba incomodando, intentaron ahuyentarlo.

El portal se abrió con un chirrido y sus padres la esperaron para pasar bajo el puente. Su madre iba delante y su padre detrás, pero no podían impedir que el ruido se cerrara sobre ella. Ahora recordaba por qué la asustaba tanto: era idéntico al que oía en las casas decrepitas en las que había vivido. ¿El mal también podía entrar en el ruido? Ahora los sin nombre debían de ser más poderosos. Sentían que estaban muy cerca de su objetivo, fuera este el que fuera. Las cosas que hacían, las cosas que ella misma había ayudado a hacer, les habían permitido acercarse aún más.

–Vamos, Iris –dijo su padre, con impaciencia.

Estaba tan asustada que su padre tuvo que tirar de ella para que avanzara. En cuanto estuvo debajo del puente, el ruido amuralló ambos lados del sendero. El agua se estaba deteniendo, congelándose en una banda ondulada de color gris. El ruido se cerraba a su alrededor; era un medio denso y oscuro, impalpable pero obstructivo. Podía sentir que sus movimientos se detenían.

Sus padres no se dieron cuenta. Siguieron caminando, llevándola consigo, hasta que la sacaron de la trampa del puente. La luz del sol la apesó, pero al menos era imparcial. Los árboles se apoyaban sobre sus copas en el agua, hundiéndose. Al otro lado del canal, una pelota chasqueaba contra una pala de cricket. Un tren chirrió en la distancia, como una uña por el encerado. Al menos estaba en un lugar abierto, cerca de su casa. ¿Esta seguiría siendo segura? No había nada a la vista que la alarmara; nada se movía, excepto una pequeña forma sobre su cabeza. Levantó la mirada.

Era un pájaro que se desplomó al instante. Iris se apartó, asustada, pero el ave no intentó atacarla. Cayó sobre el sendero, a sus pies. Aunque todavía se movía, estaba cubierto de sangre.

–¡Dios mío! –exclamó su padre, intentando ocultarlo de los ojos de su hija mientras la apremiaba a avanzar.

¿Pensaba que alguien había disparado al pájaro o que un depredador lo había derribado? Lo más probable es que no pensara nada, pues seguramente era incapaz de creer lo que había visto. Sin embargo, cuando Iris miró atrás, vio que era completamente real. Algo había dado la vuelta al convulsionante pájaro como si fuera un guante.

Le estaban diciendo que sabían lo que había hecho y que podían hacer cualquier cosa. No estaría a salvo en casa. Recordó la larva que había bajo las sábanas. ¿Qué más podía estar aguardándola? Se sentó a la orilla del canal. La hierba seca le picaba en las piernas y en los brazos. Sus padres la llamaban, cada vez más fuerte, pero esas distracciones ya se estaban desvaneciendo. Sus extremidades se plegaron con fuerza a su alrededor, conduciéndola hacia la oscuridad de su interior, donde nada podría alcanzarla.

Cuando las niñas salieron charlando sin cesar del colegio que había junto al lago, con sus cabellos y sus uniformes de color rojo vino ondeando al viento, Barbara se dio cuenta de que era mediodía. Ted ya debería estar allí. Se asomó a la ventana sujetándose el cabello, pero por las aceras del Barbican no había nadie más que el cartero. Deseaba que Ted se diera prisa, porque todas sus dudas estaban regresando.

Decidió llamarlo por teléfono. No recibió respuesta, a pesar de que podía ver que estaba en casa, pues al otro lado de su ventana se movían unas figuras. ¿Habría ocurrido algo que le impediría ayudarla?

El viento de septiembre era inesperadamente frío. Los sauces rozaban la meseta de ladrillo y la iglesia invertida temblaba. El cartero se estaba dirigiendo hacia su apartamento, pero no podía detenerse a saludarlo. Estaba demasiado ocupada luchando contra las ráfagas de aire de las aceras, contra el viento que agitaba su ropa y desordenaba su cabello. Las conversaciones de las niñas se precipitaban sobre el agua como olas.

Ya había llegado a los escalones que conducían a la galería exterior del apartamento de Ted cuando alguien la sujetó del hombro. Barbara no cayó al suelo porque logró sujetarse a tiempo a la barandilla. Debía de haber sido el viento, pero por un instante pensó que alguien la había sujetado del hombro para impedirle que subiera los escalones. Y durante ese instante había pensado en Arthur.

Llamó al timbre una vez, dos. El viento soplaba vacilante por la galería. Estaba a punto de dar unos golpes en la puerta cuando esta se abrió, pero Ted no estaba al otro lado. Era una mujer que parecía mayor que ella y llevaba un pañuelo atado alrededor de su rostro fatigado.

–Usted debe de ser Barbara Waugh –dijo, entrecerrando los ojos.

Solo una mujer la saludaría con tanta frialdad.

–Y usted es...

–Sí, antes era su esposa. ¿Sabe?, muchas veces he tenido ganas de enfrentarme a usted, pero me alegro de no haberme molestado en hacerlo. Es exactamente tal y como imaginaba que sería. –Cuando Ted apareció tras ella en el vestíbulo, la mujer cruzó la puerta y salió a la galería–. Solo me pregunto si sabe cuánto lo ha cambiado –dijo, con amargura–. Ni siquiera su propia hija lo reconoce. Espero que esté satisfecha ahora que lo tiene todo para usted solita.

Se alejó con paso majestuoso por la galería; su pañuelo temblaba. Barbara entró en el apartamento mientras Ted buscaba las llaves. Su encuentro con Helen había sido demasiado rápido e inesperado para que se sintiera incómoda, pero le había hecho hacerse nuevas preguntas... y no le apetecía formular en voz alta ninguna de ellas. Antes de que pudiera decir nada, vio el texto mecanografiado que descansaba en una carpeta sobre el sofá.

–¿Has terminado tu novela? –preguntó.

–Eso parece. Llévatela si quieres.

–Sí, lo haré. La leeré en el avión. –Sentía que Ted necesitaba apoyo. Parecía que la novela le era indiferente, que no tenía nada que ver con él, pero quizá eso solo se debía a la visita de Helen–. ¿A qué ha venido esa escena?

Ted la apremió a salir del apartamento.

–Oh, es por Judy. No ha vuelto a ser la misma conmigo desde que fuimos a Escocia.

–¿Te refieres a que está celosa porque fuiste conmigo? Dime la verdad.

Un viento lateral alargó su voz, deformándola, pero era imposible que se estuviera riendo.

–Puede que tengas razón –respondió.

La estaba obligando a caminar tan rápido que apenas podía pensar.

–¿Eso es todo? No me parece una razón para que su madre decida tener una conversación contigo.

–Helen exagera. No es la primera vez que te lo digo. Eso no era más que una excusa.

–¿Una excusa para qué? ¿No intentará impedir que veas a Judy, verdad?

–No lo sé. De todos modos, ahora no importa. Tenemos que asegurarnos de que no pierdes el avión.

O estaba aturdido por la visita de Helen o solo estaba fingiendo que no le preocupaba. En cuanto abrió la puerta, Ted se adelantó.

–Si me dices dónde está el equipaje, iré a buscarlo.

De repente se detuvo. Sin darse cuenta había dado un puntapié a un montón de cartas y las había esparcido por todo el vestíbulo. Mientras se agachaba para recogerlas, observó una de ellas con atención y la guardó en su bolsillo.

–Esta no es para ti. Volveré a dejarla en el buzón. Ahora no hay tiempo.

Barbara alcanzó a ver que la dirección estaba escrita en grandes letras mayúsculas que apenas dejaban sitio para el sello. Las otras cartas carecían de importancia. Ted pronto estuvo de vuelta en el vestíbulo, cargando con su equipaje. Estaba tan ansioso por ponerse en marcha que Barbara estuvo a punto de olvidar dejarle un juego de llaves.

De camino al aeropuerto de Heathrow ninguno de los dos habló demasiado. Más allá de Hounslow, los campos parecían congelados bajo el azul helado del cielo. En ocasiones, Ted apenas parecía ser consciente de estar conduciendo. Debía de estar preocupado por Judy, y era culpa de ella.

Ted advirtió que Barbara lo miraba con preocupación, pero malinterpretó sus motivos.

–Todo irá bien –le dijo–. Todo está bajo control. Estaré en tu apartamento todas las horas que sueles estar tú. Si hay alguna llamada, puedes estar segura de que será respondida.

Eso ya lo sabía, pues había pasado todo el viaje de vuelta desde Hemel Hempstead intentando convencerla. Sin embargo, cuando llegó el momento de facturar el equipaje no estaba segura de que pudiera soportar aquella experiencia. Ted estaría en su apartamento cada noche que ella pasara en Nueva York. Le había contado cosas que solo Angela podía saber, ¿pero sería suficiente? Ya era demasiado tarde para tener dudas. Ted había dejado sus maletas en la cinta, que se estaban alejando como ataúdes en un crematorio.

–No te preocupes –dijo él, apretándole el brazo con tanta fuerza que le hizo daño–. Si Angela llama, sabré qué hacer.

La subasta de la novela de Gregory duró dos días y, cuando terminó, Barbara tenía la impresión de que no existía nada más que su suite en el Algonquin, el dibujo de Thurber de una mujer grande y gorda agachándose sobre una víctima diminuta, la vista monocromática de la calle 44 Oeste desde la bahía victoriana y aquel armario que parecía lo bastante grande para esconder a Woollcott, Benchley, Dorothy Parker y al resto de los escritores de principios de siglo. Llamó a Paul para decirle que la puja había sido millonaria, pero solo consiguió hablar con Sybil, que se mostró entusiasmada muy a su pesar.

Después de la subasta fue incapaz de relajarse. Tendría que haber celebrado una fiesta en su suite (lo había hecho la última vez y su cama había desaparecido al instante), pero estaba demasiado ocupada reuniéndose con los editores para promocionar la novela de Newton-Brown. Entre una reunión y otra intentaba pasear. Coros invisibles cantaban música de Schoenberg en Bryant Park, los escaparates de las joyerías de la 47 Este brillaban como si aún se estuvieran cristalizando y los reflejos de los rascacielos se hundían y fundían en la gigantesca y curvada pendiente del Edificio Monsanto. Barbara nunca se alejaba demasiado del hotel, por si Ted la llamaba.

Aunque se sentía cansada e irritable, sus esfuerzos habían merecido la pena. La novela de Newton-Brown había despertado un gran interés y podría llevar a cabo la subasta desde Londres. Lo único que le quedaba por hacer era reunirse con una editora para hablar de la novela de Ted; entonces podría cambiar su reserva y regresar a casa en el siguiente vuelo en el que hubiera plazas.

Mientras se estaba arreglando sonó el teléfono. Era su amiga Cathy Darnell, la editora que estaba interesada en el libro de Ted.

–Sube –le dijo Barbara.

¿Habría llegado tan temprano porque estaba ansiosa por comprar la novela? En el avión, Barbara la había estado hojeando, pero su preocupación le había impedido juzgarla correctamente, pues no hacía más que preguntarse cómo reaccionaría Angela si llamaba a su apartamento y le respondía una voz de hombre. ¿Y si creía que la secta había interceptado la llamada? Solo podía esperar que Ted fuera capaz de convencerla de lo contrario.

Pronto apareció Cathy, con un vestido largo y holgado y una cola de caballo. La humedad de septiembre parecía haberse condensado sobre su labio superior. Tras saludarse con un beso, Barbara corrió al cuarto de baño, en cuyo umbral el tiempo daba un salto hacia atrás de varias décadas.

Se estaba lavando la cara y le picaban los ojos por el jabón cuando volvió a sonar el teléfono.

–Ya lo cojo –dijo Cathy.

Barbara se enjugó rápidamente y cerró el grifo a tiempo de oírla decir:

–Lo siento, no le oigo demasiado bien. ¿Podría repetirme su nombre?

De repente, Barbara se sintió inquieta. Salió rápidamente del cuarto de baño, frotándose la cara con la toalla. Antes de que pudiera llegar al teléfono, Cathy dijo:

–Sí, entendido. ¿Podría esperar un momento, por favor?

Se volvió hacia Barbara con los ojos abiertos de par en par, tapando el auricular con una mano.

–Es Laurence Dean –anunció–. Quiere hablar contigo.

Barbara sabía perfectamente quién era aquel hombre, pues había producido varias películas de éxito, pero se sentía recelosa. Prácticamente había terminado su trabajo en Nueva York y lo único que deseaba era regresar a casa.

–¿Sabes qué es lo que quiere?

–Será mejor que se lo preguntes tú misma. Siempre pone mucho empeño en hacer las cosas correctamente.

Su suave voz californiana sonaba cortés, pero tan débil que Barbara tuvo que hacer grandes esfuerzos para oírla.

–Estaré en Nueva York a principios de la semana que viene, señora Waugh, y tengo entendido que usted estará ahí. Me preguntaba si tendría un hueco para recibirme.

–Bueno, la verdad es que pretendo marcharme mañana. –Cathy la miró boquiabierta y empezó a indicarle por gestos que cambiara su enfoque–. ¿Quería hablar conmigo de algo en particular? Lo siento, espere un momento –añadió, viendo que Cathy gesticulaba como una posesa.

–No se comprometerá a nada si no es cara a cara –le dijo su amiga cuando estuvo segura de que él no podía oírla–. Si intentas tirarle de la lengua perderá el interés. Créeme, nunca llama a un agente a no ser que esté muy interesado en una de sus posesiones. Tienes que reunirte con él, Barbara. Será algo grande.

–Todo eso está muy bien, Cathy –Entonces, acercando su boca al auricular, añadió–: Lo lamento, continúe.

–He estado leyendo ciertos libros que tengo entendido que usted maneja –dijo aquella voz suave–. Creo que podría ser provechoso para ambos que nos viéramos.

–¿A qué libros se refiere?

Cathy, consternada, se golpeó la frente con una mano y cerró los ojos.

–Creo que tiene un cliente llamado Paul Gregory –dijo la voz suave.

–Sí, eso es correcto. –Se sentía impotente, atrapada por el interés de aquel hombre. Él sugirió que se reunieran el martes y ella accedió, pero cuando abrió la boca para retractarse él ya había colgado. Su consternación debió de ser visible, porque Cathy le dijo:

–¿Se ha echado atrás? Oh, Barbara, te dije que lo haría.

Barbara le repitió la conversación mientras bajaban las escaleras, siguiendo las balaustradas de hierro forjado que conducían a la correosa oscuridad del vestíbulo, donde conversaban varios editores.

–¡Barbara, es genial! Estoy segura de que es la primera vez que se ha permitido llegar a tales extremos. Creo que va a ser algo muy grande.

Barbara intentó parecer complacida, pero se alegraba de encontrarse bajo la penumbra que creaban las plantas y los oscuros paneles. En el puesto de periódicos del vestíbulo, un titular rezaba «Sectarios californianos imputados». Al parecer, siempre tenía que haber algo que le hiciera recordar.

–Salgamos a tomar algo –propuso Cathy–. Vas a tener que quedarte encerrada aquí durante un tiempo.

La llevó a un bar de la Sexta Avenida. Entre el tráfico flotaban piezas de Bartók que estaban siendo interpretadas en Bryant Park. Un equipo de filmación había acordonado varias manzanas porque Ricky Schroeder estaba saliendo del Radio City Music Hall. A Barbara, la seguridad que se reflejaba en aquel rostro de ocho años le resultó escalofriante.

El bar era pequeño y oscuro. Había algunos hombres sentados junto a la lustrosa barra, bebiendo y mirando la tele, donde todo era rosa como los cerdos. Entre los codos de los clientes había manchas oscuras, los reflejos de sus rostros. Las mujeres ocuparon un reservado y pidieron Black Russians.

–¿Puedo ayudarte? –preguntó Cathy, después de dar un par de sorbos a su bebida.

–Creo que no, Cathy, pero gracias. Es algo personal; no tiene nada ver con el trabajo.

–Entonces hablemos de negocios. Me gustó mucho la novela de Ted Crichton. Hay que trabajar un poco en ella, pero estaré encantada de hacerte una oferta.

Un presidente de los Estados Unidos rosa y borroso apareció en la pantalla del televisor. La voz profunda del locutor se mezclaba con la de Cathy.

–Eso son buenas noticias –dijo Barbara, intentando concentrarse en su trabajo–. ¿Hay partes concretas del libro que consideres necesario arreglar?

–Tendremos que trabajar en los capítulos iniciales. Los últimos son los que realmente me han vendido el libro: ya sabes, a partir de que la detective descubre que su mejor amigo se ha unido a la organización. Tal y como está ahora, resulta demasiado brusco. El autor tendría que dejar algunas pistas en los capítulos anteriores, pues ahora mismo parece que se le hubiera ocurrido la idea cuando ya iba por la mitad.

–Se lo diré.

En el televisor, diversas personas embadurnadas de rosa estaban siendo conducidas a un tribunal, ocultando sus rostros a las cámaras.

–O podrías escribirle en mi nombre. Oficialmente no es mi cliente.

–Ahora serás su agente, ¿verdad?

–Siempre he pensado que no debes ser agente de tus amigos. Eso solo sirve para complicar la relación de todas las formas posibles.

Barbara estaba intentando oír las palabras del locutor. Cuando Cathy empezó a hablar, le hizo un ademán para que guardara silencio... y se quedó consternada al darse cuenta de lo brusca que había sido. El tribunal y las furtivas figuras habían desaparecido y el presentador había empezado a hablar sobre la contaminación.

—¿Qué ha dicho sobre que no han sido capaces de averiguar los nombres de algunos de ellos? —preguntó Barbara.

—No lo sé. No estaba escuchando.

—Hablaban sobre unas personas que estaban siendo llevadas ante un tribunal que ha tenido que juzgarlos sin conocer los nombres de todos ellos.

—Oh, debían de ser esos bichos raros de California. ¿No has oído hablar de ellos? No, supongo que estabas absorta en la subasta. Bueno, ha sentado una especie de precedente legal: la policía fue incapaz de averiguar el nombre de la mayoría de ellos, así que tuvieron que proporcionarles alias para que el tribunal pudiera juzgarlos.

Los brazos de Barbara empezaban a agarrotarse por la tensión. Dejó la copa sobre la mesa.

—¿Qué más sabes de ellos, Cathy? ¿Podrías contarme todo lo que recuerdes?

—La verdad es que no he seguido esa noticia con demasiado interés. California es un lugar extraño. Creo que estos tipos formaban una especie de colonia de bichos raros que estaban metidos en temas muy oscuros, como la magia negra y la tortura y todo eso. Con frecuencia surgían rumores sobre ellos, pero nadie había podido seguirles la pista hasta ahora. La policía cree que algunos de ellos se han asegurado de que los encontraran, pues les aterraban las cosas en las que se estaban metiendo.

Barbara advirtió que estaba temblando, incluso antes de que Cathy añadiera:

—Lo peor de todo es que algunos de ellos tenían hijos. ¿Puedes imaginar cómo van a crecer esos niños?

Barbara intentó coger su bebida, pero tuvo que dejarla antes de que se derramara.

—¿Quién podría hablarme de ellos? —logró preguntar.

Cathy la miró con curiosidad.

—Esto es importante para ti, ¿verdad? De acuerdo, quédate aquí mientras hago una llamada. Tengo algunos contactos en la televisión.

Barbara le agradecía que no hubiera intentado indagar. Las cabezas de los hombres de la barra se inclinaban hacia delante mientras levantaban sus copas con la mano derecha, manteniendo inmóvil el resto del cuerpo. Había un combate de lucha libre en la televisión, pero Barbara era incapaz de saber si las manchas rojas que veía en la piel de los luchadores se debían al color del televisor o a la sangre. Por fin, Cathy le indicó por señas que se acercara a un rincón del extremo opuesto del bar.

—¿Con cuánta urgencia necesitas saberlo? —le preguntó.

—Con toda.

Barbara tuvo que sujetarse al mueble. Sus uñas resbalaron sobre la madera pulida.

—Por favor, déjame hablar con ellos —dijo, apremiante.

—Esta no es la persona correcta. —Acercando la boca al teléfono añadió—: De acuerdo, dile que llame a cobro revertido a Barbara Waugh al hotel Algonquin. —Colgó el auricular y sonrió como si Barbara tuviera que estar contenta—. Te llamará en un par de horas.

Eso le parecía una eternidad.

—¿No puedo llamarla ahora?

—Bueno, no lo creo. Es un contacto de mi contacto. En California son tres horas menos, así que seguramente estará de camino al trabajo. —Cogió a Barbara del brazo, como si intentara conseguir que dejara de temblar—. Intenta relajarte. Háblame de ello si crees que puede ayudarte.

—No, no puedo. —Si hablaba de ellos ahora solo podría imaginar cosas peores—. No puedo —repitió.

—No te preocupes. Ven a terminar tu copa.

Si se suponía que alguien iba a llamarla al hotel, Barbara tenía que regresar allí de inmediato. Cuando Cathy se dio cuenta de que no podría llevarla de vuelta a la mesa, la siguió hacia la calle.

—Te acompañaré hasta el Algonquin —dijo—. Ya hablaremos de Crichton la semana que viene, cuando te hayas ocupado de este otro asunto. Pero no permitas que te supere, ¿de acuerdo? Mi madre



solía decir algo que siempre he considerado que merecía la pena recordar: nada es nunca tan malo como crees.

## 31

Cuando Barbara entró en el Algonquin la penumbra se adueñó de sus ojos. El vestíbulo estaba abarrotado; pálidos globos de caras se alejaban en grupo de una oscuridad que parecía más densa debido al alboroto que causaban. Su mano acarició la fría y grasienta hoja de una planta mientras la otra tocaba un rostro que estaba al nivel de su cadera, un rostro que tenía el tacto de la masa. Debía de ser un niño.

Avanzó con dificultad hacia el quiosco de prensa, pero no pudo encontrar el titular que había visto antes. Quizá estaba en una página interior que había quedado expuesta por error. Compró un ejemplar de cada periódico y se dirigió hacia las escaleras, que solían ser más rápidas que el ascensor. Aunque sus ojos se estaban adaptando a la luz, seguía sintiéndose amenazada por aquella multitud que podía verla, pero a la que ella no podía ver.

Prácticamente había dejado atrás el mostrador cuando el recepcionista la vio.

—Señora Waugh, ha recibido una llamada.

Cathy se había equivocado. Su contacto había llamado mientras estaba fuera y, sin duda alguna, ya habría salido a cubrir alguna noticia. Barbara no sabía cómo se llamaba la mujer con quien tenía que hablar, y Cathy aún tardaría varias horas en regresar a casa.

—El señor Crichton la llamó desde Londres hará una media hora —anunció el recepcionista, tras consultar una nota.

¿Por qué no le había dejado ningún mensaje? Barbara corrió hacia su suite, dejando atrás relucientes puertas negras que parecían negativos gigantes dispuestos en las blancas paredes. En cada una de ellas parecía estar sufriendo una transformación: era una rápida mancha de trazos aún más pálidos en el rostro y las extremidades. En una de las habitaciones sonaba un teléfono. Cuando logró abrir la puerta de su dormitorio, bajo la bulbosa mirada de la mirilla, el teléfono seguía sonando, pero no era el suyo.

Tiró los periódicos al suelo de la sala de estar y empezó a marcar al instante. Cuando iba por la mitad vaciló, murmurando como si estuviera teniendo una pesadilla, porque había olvidado el número de su casa. Seis tres ocho, murmuró, seis tres ocho, y mientras se preguntaba cómo llamar al servicio de información telefónica de Inglaterra, logró recordar el número. Lo marcó de inmediato y escuchó lo que parecía el chirrido de un muelle oxidado. Marcó de nuevo y oyó que sonaba un teléfono, supuestamente el de su casa. No hubo respuesta.

Recordó sin ningún problema el teléfono del apartamento de Ted, pero no sirvió de nada. A miles de kilómetros de distancia y, a la vez, junto a su oreja, el teléfono sonó una y otra vez sin que nadie contestara. Echó un vistazo a su reloj. Pronto sería la una del mediodía, y eso significaba que estaban a punto de ser las seis de la tarde en Londres. Marcó el número de Melwood-Nuttall con rapidez y precisión, y el teléfono de la oficina sonó varias veces antes de que recordara que era sábado. No había nadie.

Colgó el auricular con suavidad, para ayudarse a sí misma a no perder el control, y se quedó mirándolo como si fuera una bomba. Este le devolvió la mirada con un centelleo, un bulto negro de silencio. En California ya eran las diez de la mañana; posiblemente, el periodista ya se había puesto en contacto con la mujer que tenía que llamarla. ¿Qué querría contarle Ted? Quien llamara antes de los dos podría impedir que llamara el otro.

Empezó a examinar los periódicos para mantenerse ocupada. Pronto, el suelo que la rodeaba estuvo cubierto de tiroteos, bombardeos y secuestros. Por fin encontró el titular en una contraportada, pero el artículo no hablaba tanto de la secta como de su líder, un hombre que ahora era conocido como Jasper Gance.

¿O realmente se llamaba Kaspar Ganz? Ese era el nombre con el que se había hecho pasar por psiquiatra para visitar el Corredor de la Muerte con el pretexto de investigar. Cuanto más atroz era el crimen, más ansioso estaba por entrevistar al asesino. Cuando lo detuvieron fue examinado por un psiquiatra que le diagnosticó una mórbida fascinación por el sadismo y la mutilación. Ganz o Gance había sido encarcelado poco antes de la Segunda Guerra Mundial, pero tras el ataque de Pearl Harbor había sido llamado a filas. Desde entonces, nadie había vuelto a saber nada de él. Hasta ahora.

A continuación aparecía una versión más completa del informe psiquiátrico que había sido publicado en aquella época. Barbara lo leyó horrorizada, preguntándose cómo era posible que le hubieran permitido abandonar la prisión. Aquel hombre creía que los peores asesinatos eran inexplicables desde el punto de vista de la psicología de los criminales. Uno de los asesinos a los que había entrevistado le había dicho que, cuando torturaba a alguien, tenía la sensación de estar cerca de algo o de formar parte de algo, la sensación de que estaba intentando aplacar un hambre que era más grande que él. Ganz argumentaba que él y todos los demás (Gilles de Rais, Jack el Destripador, Peter Kürten) se habían sentido impulsados a experimentar los crímenes más terribles posibles en nombre de algo que les era ajeno. Quizá estos crímenes formarían un patrón con el paso de los siglos, o quizá eran fases en una búsqueda de la atrocidad definitiva. El psiquiatra había asumido que este era el método al que había recurrido Ganz para justificar su propia fascinación, una fantasía compleja y tan poco probable de ser representada como lo había sido la de Sade. Sin embargo, el informe concluía diciendo que Ganz había logrado convencer a otros de sus ideas.

Seguramente, todo esto no tenía nada que ver con Angela; seguramente, ella no estaba implicada en nada similar. Sin embargo, Barbara estaba desesperada por oír de nuevo su voz y sentirse reconfortada por lo normal que sonaba. El periódico no decía nada sobre los niños, pero mencionaba que se creía que Ganz había enviado por el mundo entero discípulos que propagaran su palabra y sus prácticas, para que fuera más difícil detener al conjunto de la secta. ¿Qué deseaba contarle Ted? ¿Por qué no había vuelto a llamar?

¡La televisión! Su información sería más reciente que la del periódico. Tendría que haberla encendido nada más entrar. Corrió hacia ella, rompiendo los periódicos bajo sus pies, y empezó a cambiar de canal. En este aparecían las víctimas de un concurso televisivo, una nerviosa y pálida pareja de mediana edad; en otro estaba Godzilla caminando sobre una fábrica; en el siguiente ponían anuncios en español, pero ella ya estaba corriendo hacia el teléfono, sobre el crujido de los periódicos, porque se le acababa de ocurrir dónde podía encontrar a Ted.

Su inspiración se apagó al instante y tuvo que obligarse a sí misma a acabar de marcar el número. Ted podía estar allí, pero le parecía bastante improbable. De todos modos, la llave de su oficina estaba en el juego que le había dado. ¿Y si había encontrado a Angela y había considerado que ese era el lugar más seguro donde ocultarla durante el fin de semana?

Cuando el teléfono distante empezó a sonar, enfocándose y desenfocándose, lo imaginó resonando por su despacho vacío; sin embargo, fue respondido al instante.

–Hum, agencia de la señora Waugh –dijo una voz suave.

Era una voz de mujer, una voz joven, una voz de chica joven. Barbara se inclinó hacia delante, cerrando los ojos como si eso pudiera proyectar sus deseos con más fuerza.

–¿Quién es? –preguntó, hablando lo más alto que pudo.

La respuesta fue tan débil como una voz en el viento. Se quedó paralizada al instante y Barbara apenas pudo creer que hubiera dicho «Angela». Estaba sentada en el borde del asiento, aplastando el auricular contra su oreja.

–¡Angela! –gritó–. ¿Eres tú?

Pero la joven ya no estaba allí. En algún lugar de la distancia, más allá de la electricidad estática, unas voces parecían estar discutiendo o conversando. Barbara acercó su mano libre a la oreja izquierda y oyó lo que le pareció la rápida vibración de una máquina en el interior de su cráneo. Sin previo aviso, una voz confusa se abrió paso.

–¿Con quién estoy hablando, por favor?

–Soy Barbara Waugh y usted está en mi oficina. –Al menos había sido capaz de convertir sus temblores en fría rabia–. Será mejor que me diga ahora mismo quién es usted.

–Lo siento, Barbara. Soy Louise. Estaba quitándome de encima algo de correspondencia. Hannah no se encontraba bien la semana pasada.

No tardó en reconocer su voz. Por supuesto, la joven había dicho Hannah, no Angela. Seguramente, Louise había descuidado su trabajo durante su ausencia, pero eso ahora no le importaba. Barbara intentó pensar en algo que pudiera preguntarle.

–¿Hemos recibido noticias de Ted Crichton últimamente?

–Sí, llamó ayer. Quería saber si ibas a regresar antes de lo que dijiste. Supongo que está ansioso por tener noticias de su libro.

Y, sin duda alguna, esa era la razón por la que la había llamado al Algonquin. Tras despedirse de Louise permaneció sentada, preguntándose qué podía hacer. Al otro lado de la ventana, las sombras se arrastraban por los edificios. El rostro de un locutor puertorriqueño apareció en la pantalla del televisor; los periódicos crujían cada vez que se movía. ¿Y si telefoneaba a algún periódico? Quizá alguien podía contarle más cosas sobre la secta. Pediría a la centralita del hotel que interrumpiera la conversación si alguien la llamaba. Buscó fatigadamente el teléfono.

Pero allí estaban los miembros de la secta, entrando de nuevo en grupo en el tribunal, ocultando sus rostros. Ignoraba si el presentador estaba aportando nueva información, puesto que no entendía ni una palabra. Mientras observaba la pantalla con la esperanza de ver sus rostros, Kaspar Ganz la miró fijamente.

Fue solo un momento. ¿La policía había obligado al cámara a moverse o lo habría hecho intimidado por la mirada de aquel hombre? Cuando sus ojos la miraron desde aquel rostro alargado, seco y duro como el de un insecto, parecieron salir nadando de sus cuencas. Barbara solo podía rezar para que aquellos ojos famélicos no hubieran visto nunca a Angela.

Ganz desapareció al instante y fue reemplazado por el locutor. Sin duda alguna, *magia negra*<sup>1</sup> significaba lo que creía, pero esas fueron las únicas palabras que entendió. Empezó a cambiar de canal para no tener la oportunidad de imaginar lo que estaba diciendo aquel hombre. El público gritaba, los concursantes sonreían desesperados, monstruos reconfortantes caminaban pesadamente por la pequeña jaula de la pantalla, el teléfono empezó a sonar.

Sus pies estaban enredados en los periódicos. La habitación al completo parecía crujir. Apartó los diarios de una patada y cogió el auricular.

–¿Acepta un cobro revertido de Janet Lieberman desde San Francisco? –preguntó el operador de la centralita.

–Sí –dijo con voz firme, a pesar de que le temblaban las piernas.

Janet Lieberman era tan directa que casi rozaba la grosería.

–Señora Waugh, tengo entendido que desea información sobre Kaspar Ganz. ¿Por qué?

–Porque... –Estando tan lejos de casa, seguro que no pasaría nada si contaba su secreto–. Porque temo que mi hija pueda estar relacionada con ese grupo en Gran Bretaña.

–Espero que se equivoque. –De pronto parecía más amable–. ¿Qué quiere saber?

–Todo, todo lo que pueda contarme.

–Es ese caso, quizá debería enviarle la información por correo.

–No, por favor. Necesito saberlo ahora. –Barbara temía que la periodista la cortara enérgicamente ahora que se había ofrecido a escribirle–. He leído algunos artículos sobre Kaspar Ganz. Quiero saber qué tipo de cosas obligaba a hacer a la gente.

–Bueno, consiguió que se creyeran toda su teoría..., ya sabe, que aquellos crímenes que parecen carecer de móvil han sido cometidos en nombre de algo más grande, y que el propósito de dichos crímenes solo será evidente cuando el patrón se haya completado. Por supuesto, en cierto sentido se trata de una teoría perfecta, puesto que impide que se haga todo tipo de objeciones. Supongo que la gente que la abrazó la consideraba reconfortante. Algunas personas necesitan ese tipo de consuelo.

Barbara percibió que no deseaba proseguir con las explicaciones.

–Me está contando qué es lo que creían –se obligó a decir–. ¿Podría decirme qué es lo que hacían?

–Se supone que renunciaban a sus nombres para demostrar que solo eran las herramientas de lo que hacían. –Ya no podía seguir desviándose del tema–. Y respecto a lo que hacían... bueno, secuestraban personas a las que torturaban hasta la muerte. Como creían en la reencarnación podían decirse a sí mismos que los sufrimientos de sus víctimas eran insignificantes, pues consideraban que las personas nunca recordaban lo que habían sufrido en sus vidas anteriores. Bueno, esto es California, con toda su basura. Ganz solía hacer que sus seguidores se drogaran con él, y supongo que eso deformó aún más sus mentes. De todos modos, eso no significa que sus seguidores en Gran Bretaña hayan imitado todos sus movimientos.

<sup>1</sup> En castellano en el original. (N. de la T.)

Barbara deseaba ser reconfortada, pero no se atrevía a formular la pregunta cuya respuesta necesitaba saber.

–Soy incapaz de comprender cómo han tardado tanto en encontrarlos –comentó.

–Bueno, no hubo tantos secuestros... y hacían que sus víctimas les duraran mucho tiempo. –Era evidente que lamentaba haber dicho eso, porque se apresuró a añadir–: Al parecer, algunos de sus miembros se entregaron porque estaban tan cerca de conseguir su objetivo que podían hacerse una idea de cuál era... o quizá fue porque sus compañeros de otro lugar estaban a punto de conseguirlo, pues los arrestos no parecen haber preocupado en absoluto a Ganz. Tal y como yo lo entiendo, los miembros de la secta de esta ciudad querrían ver arrestados a los demás, pero son incapaces de decir nada sobre ellos. –Tras una pequeña pausa añadió–: ¿Ya sabe lo que quería saber?

–No, la verdad es que no –dijo Barbara, muy a su pesar–. He oído que algunas de esas personas tenían hijos. ¿En qué medida estaban implicados?

Se produjo un silencio más largo.

–¿Qué edad tiene su hija? –preguntó Janet Lieberman.

–Era solo una niña cuando la secuestraron.

–Supongo que la habrán criado. –Janet Lieberman titubeó. Puede que estuviera buscando el modo de darle la noticia con la mayor suavidad posible–. Los niños son iniciados a los trece años de edad.

La habitación del hotel se hizo tan plana como la pantalla del televisor. Los colores temblaban, parecían a punto de escapar de sus contornos. El suelo sonaba como una masa de estática.

–¿Necesita saber algo más? –preguntó Janet Lieberman.

–No. –No era tanto una respuesta como una súplica–. Gracias por haberme llamado.

Barbara colgó el auricular, solo para mantenerse pegada a él mientras intentaba pensar qué debía hacer.

Nunca tendría que haber abandonado Inglaterra. Ahora todo encajaba. Siempre había sabido que Angela sería iniciada, pero su mente se había negado a admitirlo. Había estado a punto de hacerlo aquella noche en casa de los Gregory, cuando Sybil había mencionado que su hija estaba realizando los rituales necesarios para convertirse en una escolta. Seguramente, Angela había empezado a llamarla porque le daba miedo la iniciación... y ahora, si llamaba al apartamento de su madre mientras Ted estuviera en él, le respondería la voz de un extraño. Puede que eso la asustara tanto que no volviera a llamarla jamás.

Barbara seguía pegada al teléfono cuando este empezó a sonar. Aunque se sentía como si hubiera recibido una descarga, logró descolgarlo, a la vez que impedía que el resto del aparato cayera de la mesa.

–El señor Crichton la llama desde Londres –dijo el operador de la centralita.

¿Tantas ganas tenía de saber de su novela?

–¿Qué quieres? –preguntó, en cuanto le pasaron la llamada–. ¿Sucedo algo? ¿Por qué me has estado llamando?

–Porque sé dónde está Angela –respondió.

Cuando Glasgow apareció por tercera vez, se sintió como si estuviera atrapada en un tiovivo. La voz del capitán anunció que la pista aún no estaba disponible y, aparte de ella, nadie pareció preocupado. Las azafatas permanecieron impasibles, los pasajeros se encogieron de hombros y sonrieron. Se encontraba a miles de pies de altura, gritando que la dejaran salir, pero nadie la oía. Acalló sus gritos silenciosos, consciente de que no la ayudarían a llegar antes a su destino. Al menos, estaba de camino a la casa de Glasgow.

Glasgow apareció una vez más y, de repente, el paisaje se inclinó. El carrusel se había desprendido de su eje. Cerró los ojos porque, aunque el horizonte ahora era empinado como una montaña, no podía percibir la inclinación. Se sentía irreal, suspendida en un sueño provocado por el *jet lag*, aunque por fin todo era real: Ted la había convencido para que fuera al lugar en donde se escondía la secta.

Al principio no se había atrevido a creerlo. ¿Y si la secta lo había engañado? ¿Estaba seguro de que había hablado con Angela? Había logrado convencerla, y también debía de haber sido bastante persuasivo con Angela, puesto que había conseguido que le diera la dirección de la casa.

Barbara no podía evitar sentirse un poco molesta, aunque entendía que Angela necesitaba un padre y que quizá había considerado que Ted era un sustituto aceptable. ¿Podría serlo, con el tiempo? No debía hacerse ilusiones. Era posible que Angela no confiara en él por completo, pues de otro modo habría ido inmediatamente a Glasgow a buscarla, no habría esperado a que ella regresara de Nueva York. Sin embargo, Ted le había dicho que tenía que acompañarlo a la casa.

El aeropuerto apareció a sus pies, aumentando rápidamente de tamaño. Un susurro del hilo musical festejó el aterrizaje. Los pasajeros se levantaron, aprisionándola en su asiento mientras recogían sus equipajes de mano, antes de que el avión se hubiera detenido. Sería afortunada si lograba abandonar el aeropuerto en menos de una hora.

Ted había insistido en que lo informara lo antes posible del vuelo en el que llegaría, para poder ir a recogerla. Había reservado plaza en un vuelo que aterrizaría en Glasgow el domingo por la mañana, tras hacer escala en Londres. Cuando lo había llamado a su apartamento había tardado bastante en responder, lo suficiente para hacerla temer que algo iba mal. No, le había dicho él. Todo iba perfectamente. Allí estaría.

Tardó una eternidad en recuperar su equipaje, pues sus maletas fueron prácticamente las últimas en aparecer por la cinta. Mientras esperaba, no pudo evitar pensar en Laurence Dean y en que había tenido que enviarle un telegrama para cancelar la reunión. Puede que eso hubiera puesto fin a su interés por *Un torrente de vidas*; puede que la película no se rodara nunca. Sybil había parecido molesta, y estaba en su derecho.

Consideraba que no tenía nada que declarar en la aduana, pero el agente no estaba tan seguro. Era joven y estaba visiblemente decidido a demostrar su valía. Barbara abrió su equipaje y esperó, mientras él daba zarpazos a su ropa interior y sus mejillas se sonrojaban de vergüenza o frustración. Le lanzó una mirada colérica y, tras marcar las maletas, la dejó marchar.

En el vestíbulo principal, campanillas amplificadas sonaban como timbres gigantescos y una voz clara anunciaba los vuelos. Las personas que habían viajado en su avión se reunían con sus amigos, pero no había ni rastro de Ted. Por supuesto que no estaba allí, pues no sabía que iba a aterrizar en Prestwick, sino que creía que llegaría al aeropuerto de Glasgow en un vuelo posterior. Desearía haber podido encontrarlo para informarlo del cambio de planes.

Había empezado a hacer las maletas después de hablar con él por teléfono, pero antes de terminar había sabido que sería incapaz de soportar la espera. ¿Qué podría estar ocurriéndole a Angela mientras la desviaban a Londres? Movida por la desesperación, más que por la esperanza, había llamado de nuevo a la compañía aérea y le habían dicho que se había producido una cancelación en un vuelo directo a Prestwick.

Y ahora estaba sola. Cuando se le ocurrió que podía enviarle un telegrama, ya estaba dirigiéndose a toda velocidad al aeropuerto Kennedy con el tiempo justo para coger el avión. Al menos sabía adonde tenía que ir, porque le había pedido que le diera la dirección de la casa de Glasgow para convencerla de que la sabía. Podía rescatar a Angela ella sola... Se sentía incapaz de esperar a Ted, por si llegaban demasiado tarde.

En el exterior del vestíbulo, el autobús hacia Glasgow estaba a punto de partir. Las puertas correderas se apartaron de su camino. Dejó su equipaje junto al autobús y rebuscó en su bolso mientras el conductor esperaba paciente. Aún no había encontrado el monedero cuando el pánico empezó a retorcerse en su estómago. Había estado tan ocupada pensando en lo que iba a hacer en Glasgow que se había olvidado por completo del dinero. Casi no le quedaban libras esterlinas.

Estaba sujetando en su puño la calderilla que había encontrado y preguntándose si podría pedirle al conductor que confiara en ella, cuando encontró otra moneda en el forro de su monedero. Pagó el billete y montó en el autobús, arrastrando su equipaje. Los domingos todos los bancos estaban cerrados, pero si le daba tiempo podría sacar dinero en el cajero del Barclays de Sauchiehall Street.

El autobús partió rumbo a Glasgow. Los campos centelleaban bajo la primera luz de la mañana y las nubes eran largas barras de pan sin hornear que se amontonaban sobre las colinas, en el frío cielo de finales de septiembre. Delante de Barbara, un hombre cuya nuca parecía de carne de vaca cortada en dados estaba leyendo un periódico dominical. «¿Dónde está la abuelita a la que todos los niños adoran?», rezaba el titular. Debajo aparecía la fotografía de una anciana cuyo cabello blanco estaba surcado por una franja de plata. Los niños de la zona la adoraban, pero hacía semanas que nadie la veía. La policía había centrado su búsqueda en el área de Glasgow..., pero Barbara ya tenía sus propios problemas. Cerró los ojos e intentó dormir; en el avión no había conseguido pegar ojo.

Despertó en la terminal de autobús de Glasgow. Unas pocas personas esperaban entre los silenciosos autobuses, bajo el techo de hormigón. El trayecto había sido más largo de lo que esperaba, pues pronto serían las ocho. ¿Le daría tiempo a hacer lo que tuviera que hacer, o debería ir al aeropuerto de Glasgow para reunirse con Ted? Sintió tentaciones de esperar a que llegara, pero no debía perder el valor. Si llegaba temprano a la casa, el factor sorpresa debería jugar a su favor.

Dejó sus maletas en la terminal y corrió colina arriba hacia Glasgow, dejando atrás un estacionamiento que parecía una confusión gris y achaparrada repleta de oscuridad. Estaba sola en una ciudad muerta, rodeada de tumbas para los hombres de negocios de Chicago, de ventanas vacías como el hielo. Una franja de neón brillaba en la ventana de un cuarto piso, como si la oficina se negara a morir. Tenía la sensación de que todo estaba opresivamente cerca de ella: el sonido de sus tacones sobre el yunque de la acera, las líneas recién dibujadas entre los ladrillos y las losas. Pájaros que parecían grandes como mantas aleteaban bajo los aleros de los tejados.

En lo alto de la colina, un pájaro había quedado atrapado en una red de cables del alumbrado. Cayó cuando llegó al cruce, y Barbara descubrió que no era ningún pájaro, sino un trozo gris de basura, papel o tela que flotaba torpemente colina abajo. Se sentía diminuta ante el ennegrecido castillo que se alzaba ante ella, el edificio de la YMCA, cuyos torreones descompensados por la parte superior parecían estar más cerca de ella que las plantas inferiores. Pero eso no era culpa suya, sino de la arquitectura. Giró a la izquierda, hacia la Inner Ring Road.

Lo oyó en cuanto dejó atrás el Albany, un hotel cuyas ventanas parecían cuadros de papel de seda pegados en las paredes de chocolate. Aquella calle de tiendas abandonadas y remendadas de avisos la condujo hacia la carretera.

Las casas adosadas se alineaban a los bordes. Algunas se apoyaban sobre tiendas y bares, pero las ventanas superiores parecían estar parcialmente ciegas. Al fondo, donde la carretera estaba sin pavimentar, el paso inferior de la autopista magnificaba el estridente rugido de los camiones. Mientras cruzaba el puente en dirección a las casas adosadas, sentía que una sierra circular se había introducido en su cabeza.

Pasó corriendo junto a la Biblioteca Mitchell, con su casquete de piedra verde. Una mujer de piedra estaba sentada sobre la entrada, esperando a que abrieran. Más adelante, los pilares sostenían una sección abandonada de autopista; ambos extremos pendían en el aire, como si el hormigón se estuviera desmoronando. Los motores de los vehículos que esperaban ante los semáforos rugían como los de una fábrica..., pero en una fábrica, al menos, le habrían dado protecciones para los oídos.

Ya debía de estar cerca de la casa. En el extremo opuesto de los semáforos la acera estaba agrietada. Podía sentir los papeles de caramelo que se habían pegado a sus zapatos. A medida que el día avanzaba, aumentaba el calor. Pronto serían las nueve. Los coches la rociaban de polvo que se filtraba por su garganta.

Las puertas del cine Dreamland estaban situadas bajo el *graffiti*; las letras de plástico del rótulo se enredaban en la marquesina. La estrecha acera conducía a una estación de servicio, dejando atrás tiendas descoloridas. De repente, sintió que se le encogía el estómago. Esa debía de ser la gasolinera de West Graham Street, próxima al punto desde el que, según le había dicho Ted, podría ver la casa.

Cuando llegó a la estación de servicio caminó lentamente ante los relucientes caparazones de los coches que había a la venta, mirando al otro lado de la calle. Sobre el paso inferior de la autopista, los pilares de cemento asomaban uno tras otro a su paso. ¿Cómo podía haber sitio para una casa en aquel laberinto de hormigón que era el final de la autopista? Habían engañado a Ted. Había recorrido todo este camino para nada.

Las pálidas superficies de cemento se arrastraban a su paso, al son del estruendoso tráfico..., pero una de ellas era más oscura que las demás, y se movía menos. Un paso más y entonces pudo ver la luz del sol contra una ventana, brillando entre la mugre. Se detuvo. Solo la carretera y la confusión de cemento la separaban de la casa. Se había equivocado al dudar de la eficiencia de Ted. La había llevado al lugar al que tenía que ir.



En cuanto cruzó la calle y avanzó hacia los pilares se dio cuenta de que podrían verla desde la casa mucho antes de que lograra llegar. Entre el cemento y la puerta principal había una extensión de tierra baldía de unos veinte metros de ancho. Se movió furtivamente entre los pilares, que la protegían de la casa, pero no del estruendo de la autopista, para poder verla mejor.

Era un edificio indefinible provisto de un par de balconadas, situadas la una encima de la otra; el tipo de construcción que pasaría desapercibida entre miles de casas adosadas. Puede que antaño fuera la última casa de la hilera, pero ahora se alzaba sola al final de la autopista. Fuera cual fuera el color que había tenido en sus orígenes, ahora parecía el fondo de una estufa de leña. Sobre las grasientas tejas grises del tejado, las asimétricas chimeneas eran palos astillados.

Las dos ventanas estaban cubiertas por gruesas cortinas y, sin duda alguna, cualquier ventana que hubiera en la parte de atrás también estaría encortinada. ¿Qué se ocultaría tras ellas? Se giró nerviosa, pues acababa de darse cuenta de que el estruendo de la autopista le impediría oír si había alguien a sus espaldas, escondido entre los pilares. Cuanto más tiempo permaneciera allí, más nerviosa se pondría. Era imposible que pudiera dar la vuelta a la casa sin ser vista. Sin concederse tiempo para pensar, se dirigió directamente a la puerta principal.

Una muñeca calva, con la cabeza y las extremidades retorcidas, la miró con una cuenca y un ojo. Barbara observaba las cortinas para ver si se movían, pero por el rabillo del ojo podía ver la basura que había a su alrededor: un retrovisor medio enterrado en el barro, un mosaico de cristales rotos, una chaqueta mojada o un trozo de alfombra, una crisálida gigantesca azul y blanca que en realidad era un zapato, un trozo verdoso de tubo de cobre... Sin detenerse cogió el tubo, cuyo peso le resultó reconfortante. ¿Realmente podría utilizarlo como arma, si en su vida había conocido la violencia? Tal y como se sentía en esos momentos, estaba segura de ello.

Las cortinas permanecieron inmóviles. Ella estaba mirando con tanta atención que prácticamente había llegado a la puerta principal cuando se dio cuenta de que estaba abierta. ¿Sería una trampa? Los coches rugían por encima y por debajo de ella, aislándola del mundo. Ninguno de los conductores podría ayudarla; de hecho, dudaba que pudieran verla. Además, aunque advirtieran que estaba en peligro, no podrían detenerse. Levantó el tubo sobre su cabeza y abrió la puerta de par en par de una patada.

El interior estaba tan deteriorado como la fachada, pero más oscuro. Un estrecho pasillo conducía a una cocina descolorida por la grasa y el óxido, dejando atrás dos puertas. Entre las sucias paredes vacilaba una luz opaca que iluminaba tenuemente la ennegrecida moqueta, donde había huellas de barro seco resquebrajadas. Las cañerías se habían roto por alguna parte, pues el agua brillaba como el rastro de un caracol por la pared de la izquierda del vestíbulo, sobre las escaleras. Era evidente que nadie vivía en aquel lugar desde hacía meses.

Después de todo, Ted se había equivocado. Angela no había sido capaz de confiar completamente en él, en una voz desconocida que había respondido al teléfono en el apartamento de su madre. Lo había enviado a una dirección antigua, quizá para darle una lección, y ahora volvía a estar fuera de su alcance. La única razón por la que Barbara reprimió sus ganas de llorar fue porque sabía que, si empezaba, quizá no podría parar jamás.

Por fin se aventuró a entrar. Seguía sujetando el trozo de tubería, aunque no parecía que hubiera nada que temer. Necesitaba ver el lugar donde Angela se había visto obligada a vivir. Puso un pie en el vestíbulo y de repente sintió miedo.

No era solo la oscuridad y el repentino escalofrío que recorrió su espalda. El aire era frío y suave. Tenía la impresión de que algo estaba aprisionando su cuerpo y su mente, sofocando sus pensamientos. Logró convencerse a sí misma de que solo la estaban encerrando sus miedos, el temor a lo que podía encontrar, y que el *jet lag* estaba haciendo el resto. Nada podía hacerle daño en una casa abandonada. Además, desde donde se encontraba podía ver que las puertas del piso superior estaban abiertas.

Avanzó lentamente por el vestíbulo, hasta que se dio cuenta de que por muy fuerte que pisara no podrían oír sus pasos. Entonces empezó a caminar más rápido, para explorar la casa y salir de allí lo

antes posible, porque las paredes del pasillo parecían estar más cerca de lo que creía... pero eso solo se debía a la aprensión, al *jet lag* y a la penumbra. No podía permitir que sus miedos la vencieran.

Sobre el entarimado de la primera habitación de la planta baja yacían diversos colchones repletos de protuberancias. Pasó junto a ellos con rapidez, y prácticamente había llegado a la cocina cuando se dio cuenta de que había sufrido un bloqueo momentáneo, una sacudida de conciencia, como si se hubiera quedado dormida. No valía la pena examinar aquella estancia: el horno y la alacena estaban abiertos, y sus oscuros interiores eran inquietantemente parecidos a nidos de araña. Se dirigió a la segunda habitación.

Allí no había nada más que media docena de butacas que miraban a un hogar tiznado de hollín. Tuvo una visión grotesca de los miembros de la secta reuniéndose junto al fuego al anochecer, charlando o leyendo el periódico, pues vio que asomaba uno bajo el brazo de la butaca más lejana. Entró en la sala, cuyas paredes, en la oscuridad, parecían estar acolchadas.

Cuando echó un vistazo al periódico no pudo creerse la fecha. Debía de haberla leído mal. Se acercó a las cortinas para abrirlas y permitir que entrara algo de luz, pero retiró la mano nada más tocarlas. Eran como una masa de telarañas, mugrienta y pegajosa. ¿Se habían movido ligeramente solo por su roce? ¿Y si había algo tras ellas o en ellas? Furiosa consigo misma, porque se estaba volviendo tan miedosa como Iris, las abrió ayudándose del tubo de cobre y, a continuación, se volvió hacia el periódico.

No se había equivocado. Era el periódico de ayer. «La policía busca a pensionista desaparecida en Glasgow», rezaba un titular. Aquel titular le parecía funestamente relevante, pero se sentía incapaz de coger el periódico. No deseaba tocar aquella butaca de tres patas, porque en su piel había germinado una especie de pelaje blanquecino. Nunca había visto un cuero que mostrara con tanta claridad su origen animal. De hecho, tal y como se inclinaba hacia ella aquella silla deformada, no parecía estar del todo muerta.

Los miembros de la secta habían vivido en esa casa hasta ayer. Aquellas eran las condiciones en las que habían obligado a vivir a Angela. Salió corriendo de la habitación (era lo único que podía hacer para exteriorizar su horror, su impotencia y su furia), y prácticamente había llegado a la cocina cuando se obligó a tranquilizarse. Aunque sus bloqueos estuvieran causados por la tensión y el *jet lag*, resultaban sumamente enervantes. Ya estaba bastante asustada como para que encima su cuerpo contribuyera a fomentar sus miedos.

Subió pesadamente las escaleras. Los fragmentos torcidos de la moqueta chapoteaban bajo sus pies, haciendo que una oscura humedad brotara a su alrededor. La entrada del desván se abría sobre la escalera, fuera de su alcance; el agua brillaba sobre el linóleo del piso superior, un goteo oxidado procedente de un desagüe obstruido del cuarto de baño.

Perdió el equilibrio casi al instante. Su palma golpeó la pared, que al tacto era carnosa y peluda. Debía de ser moho. Restregándose violentamente la mano contra la manga, echó un vistazo a las habitaciones.

Una de ellas debía de haber sido el dormitorio principal, pues estaba repleta de colchones. Teniendo en cuenta los que había visto en el piso inferior, en esa casa debían de haber vivido unas dos docenas de personas. Tuvo que entornar los ojos para asegurarse de que no había nadie en ninguno de ellos, de que ninguno de los montones de sábanas raídas se movía. El ruido del tráfico aporreaba su cabeza, las paredes cada vez eran más carnosas. Corrió hacia la siguiente habitación.

Estaba prácticamente vacía, excepto por un archivador ennegrecido. Mientras avanzaba hacia él, advirtió que en la chimenea se amontonaban restos de libros quemados. Cuando los movió, las páginas chamuscadas cayeron al suelo en copos aceitosos que la hicieron toser y oscurecieron aún más la sala, tanto que corrió hacia el archivador con la esperanza de que no contuviera nada que la obligara a permanecer más tiempo en ese lugar. Y no lo había, pues cuando abrió los cajones descubrió que todo había sido destruido, todo lo que había en su interior había sido consumido por el fuego.

Su deseo se había cumplido, pero no se sentía reconfortada. Al contrario, aquel gesto le parecía terriblemente decisivo. Intentaba averiguar qué podía significar aquello, pero el oscuro aire de la habitación revoloteaba a su alrededor y sentía que su cerebro estaba tan obstruido como sus fosas

nasales. Salió corriendo de allí, resbalando en el linóleo mojado del pasillo, y bajó las escaleras. Era la penumbra lo que hacía que las paredes parecieran abombadas; el movimiento reptante que percibía sobre ella no era más que la fuga de agua. Ya estaba en la planta baja. En unos instantes habría salido de la casa... o al menos lo habría hecho si la puerta de atrás no hubiera estado cerrada.

Había sufrido otro bloqueo. Por eso había regresado a la cocina, sin siquiera darse cuenta de lo que estaba haciendo. Aquellos bloqueos eran espantosos, sobre todo porque el miedo la habría ayudado a bajar corriendo las escaleras y salir rápidamente por la puerta principal, en vez de haber regresado a la cocina. Sin embargo, no era un bloqueo lo que la estaba obligando a adentrarse unos pasos en la cocina antes de dar media vuelta y descubrir lo que había estado escondido tras el umbral desde el principio: la puerta del sótano.

No habían sido bloqueos. No había sido sofocada su consciencia, sino su voluntad. No pudo hacer nada por impedir que su mano se acercara a la puerta del sótano. Era consciente del tacto del tirador (una masa de polvo o telarañas se aferraba a él y ahora también a sus dedos), pero no podía echarse atrás. Fue incapaz de levantar el tubo de cobre mientras la puerta se abría con un chirrido, entre un repentino y fortuito silencio del tráfico.

Al otro lado del umbral, unos toscos escalones descendían hacia la penumbra. Avanzó un paso. La suavidad de la casa había inundado su cerebro y ahora era incapaz de detenerse. A pesar de que la oscuridad que se extendía al final de las escaleras olía a matadero y tenía la impresión de que allí abajo, conteniendo la respiración, la aguardaba una multitud, solo pudo cerrar la puerta tras ella, bajar los escalones y esperar. Ni siquiera fue capaz de buscar el interruptor de la luz.

Mientras se volvía hacia la puerta para encerrar al otro lado la exigua luz, resbaló y estuvo a punto de caer hacia la oscuridad. Quizá, una parte de su mente estaba alerta a los acontecimientos, porque cuando se sujetó a la pared, intentando recuperar el equilibrio, su mano libre golpeó el interruptor. La luz se encendió a sus pies, permitiéndole ver hacia dónde se dirigía.

Aunque el sótano no era grande, la luz era demasiado débil para iluminar los rincones. ¿Estaban llenos de sombras o de algo más? Por muy vacío que pareciera, tenía la impresión de que aquel lugar estaba repleto de gente. En el suelo, bajo la luz, había una improvisada jaula de rejas de hierro que se hundían en el suelo y estaban unidas mediante gruesos cables. Entre las rejas de la jaula, que apenas era lo bastante grande para un niño, había una masa de pelo, blanco excepto por una franja plateada.

Una parte de sí misma había regresado, quizá por el susto de haber estado a punto de caer rodando por las escaleras. El horror de lo que estaba viendo la obligó a desembarazarse momentáneamente de su impotencia. Retrocedió hacia la puerta y la empujó, intentando mantenerla abierta. Sus pies resbalaban en los escalones y parecía que la hambrienta oscuridad intentaba hacerla tropezar para arrastrarla hacia abajo, pero Barbara logró llegar a la cocina y corrió hacia el vestíbulo.

La turgente penumbra aplastaba sus pensamientos, su voluntad estaba cediendo, pero la puerta principal seguía abierta de par en par y la luz del sol estaba prácticamente a su alcance. Sin embargo, en cuanto salió de la cocina se detuvo en seco. Entre la calma del tráfico oyó un rápido movimiento, más suave que el de unos pies descalzos, pero lo bastante fuerte para hacer que los escalones que no estaban enmoquetados crujieran. Algo estaba bajando las escaleras que la separaban de la puerta principal.

Solo quedaba la puerta de atrás. No debería darle miedo regresar una vez más a la cocina: allí había más luz que en el vestíbulo y todavía sostenía en sus manos el tubo de cobre. Podía romper el cristal de la puerta, que estaba más bajo que la ventana que descansaba sobre el fregadero, y escapar por allí. Las piernas le temblaban de miedo, pero podía correr. No tenía tiempo para pensar.

En cuanto llegó a la cocina olvidó qué puerta estaba buscando. La más cercana, por supuesto, la que conducía a las escaleras del sótano. Podía esconderse allí. Los suaves pasos ya habían llegado al vestíbulo y se estaban acercando de forma lenta pero implacable. Una extremidad debía de ser considerablemente más larga que la otra, y el cuerpo parecía reptar por ambas paredes a la vez.

De pronto, el estruendo del tráfico se impuso sobre cualquier otro sonido, impidiéndola oír incluso los gemidos de pánico que se le escaparon al darse cuenta de dónde había estado a punto de esconderse. Corrió hacia la puerta cerrada, levantando el tubo con ambas manos. No se atrevió a mirar atrás mientras golpeaba la ventana con todas sus fuerzas.

Puede que la ventana estuviera preparada para mantener alejados a los ladrones, pues el extremo del tubo se curvó ligeramente mientras que el cristal permaneció intacto. Una forma cada vez más clara se seguía aproximando por la penumbra del vestíbulo. Barbara golpeaba sin cesar el cristal, pero el hecho de no poder oír los golpes enfatizaba la sensación de inutilidad.

En la ventana se abrió una grieta que parecía una ramita minúscula. Cuando la golpeó con el tubo, fragmentos de cristal cayeron al exterior, centelleando bajo la luz de un sol que parecía estar completamente fuera de su alcance. Se sujetó al marco de la puerta y se apoyó en una pierna temblorosa para quitarse el zapato y empujar con el talón los fragmentos de cristal. El agujero era lo bastante grande para que pudiera pasar por él... De hecho, ahora era más grande, porque un fragmento del tamaño de su cabeza acababa de desplomarse de la parte superior del marco y había estado a punto de caer sobre ella. ¡Si tan solo fuera capaz de trepar hasta allí!

Nunca había sido una persona atlética. Si hubiera sido capaz de levantar la pierna hasta la altura de la ventana, habría pegado una patada al cristal en vez de haberse quitado el zapato. Intentó sujetarse al marco, pero había afilados fragmentos de cristal incrustados allí donde ponía la mano. Podía ver movimiento en el vestíbulo, una sombra que parecía casi tan grande como el umbral, pero sus manos seguían negándose a sujetarse al cristal.

Entonces vio el mueble de la cocina. Estaba bastante cerca de la puerta. Lo acercó un poco más y sintió que algo se desprendía de la pared. De repente empezó a oler a gas... y puede que fuera eso lo que empezó a cerrarse suavemente sobre sus pensamientos, haciendo que se preguntara por qué estaba tomándose tantas molestias cuando había una puerta abierta esperándola.

Se subió a la cocina lo más deprisa que pudo, apoyando un pie en el horno. El zapato resbaló en la grasa y tuvo un rápido atisbo de su obturado interior, pero ya había sacado medio cuerpo por la ventana rota. El vidrio arañó sus hombros, sus palmas se apoyaron en los arenosos ladrillos que había a ambos lados de la puerta, sus pies se impulsaron sobre los fogones y de repente se encontró cayendo de cabeza al suelo que había al otro lado de la puerta.

En la caída se magulló los antebrazos y se dislocó el hombro derecho. El tubo de cobre cayó de sus manos. Se puso en pie de inmediato y corrió hacia los pilares de hormigón. Aunque estaba de vuelta en el mundo real, le aterraba que algo la estuviera esperando al otro lado de la casa. Pero no se movía nada, excepto algunos papeles entre la basura, y no había nada escondido entre los pilares. De todos modos, no se atrevió a dejar de correr después de cruzar la calle ni cuando dejó atrás la estación de servicio.

Finalmente redujo la velocidad lo suficiente para poder pensar. Había algunos viandantes cruzando un estrecho puente que llevaba a Sauchiehall Street. Las campanas de la iglesia se hacían oír entre el tráfico, aunque sonaban distorsionadas, como fallos en un motor. Aquellas personas parecían normales, de modo que decidió seguirlos. Mientras cruzaba el puente, todos aquellos que la miraban a los ojos fruncían el ceño o apartaban rápidamente la mirada.

¿Acaso parecía tan desesperada como se sentía? La secta debía de haber buscado otro lugar en donde esconderse al descubrir que la policía estaba buscando a la anciana a la que habían secuestrado. Mucho peor que el hecho de que la hubieran engañado una vez más era pensar que, quizá, Angela

estaba implicada en lo que fuera que habían hecho en aquel sótano. No, seguro que aún no había sido iniciada. Barbara debía aferrarse a aquella convicción, porque no tenía nada más a lo que aferrarse.

Ya había recorrido la mitad de Sauchiehall Street, siguiendo a los viandantes, cuando fue consciente de adonde se dirigía. Necesitaba sacar un poco de dinero para poder coger el autobús hacia el aeropuerto. Necesitaba ver a Ted, estar con él. Sentía que él era la única estabilidad que tenía.

Aunque a duras penas podía creerlo, todavía no eran las diez. Ted le había dicho que la esperaría al otro lado de la aduana a partir de las once y media. Deslizó su tarjeta de plástico en la ranura de la pared exterior del banco y esperó a que la cubierta metálica descubriera el teclado para poder pulsar su código secreto.

No ocurrió nada. Intentó empujar la cubierta, por si se había quedado enganchada, pero estaba pegada como una lapa. Tardó un rato en advertir las débiles letras electrónicas que centelleaban sobre la ranura: «Tarjeta no válida». ¿Entonces, por qué la máquina no se la había devuelto? En un momento supo la razón, pues sobre las centelleantes letras apareció con un chasquido una etiqueta roja de metal: «Fuera de servicio».

La cubierta centelleó con una inexpresividad tan inocente que le pareció estúpida. La ranura era demasiado estrecha para su mano; además, no le cabía duda de que la tarjeta se encontraba en las profundidades de la máquina. Estaba a punto de gritar, ¿pero de qué iba a servirle? Aunque la pesadilla que estaba viviendo parecía haberse convertido en una farsa, seguía siendo insoportable.

Tendría que ir caminando. En Inner Ring Road había visto la señal del aeropuerto, que se encontraba a varios kilómetros de distancia, al otro lado del río. Jamás lograría llegar a tiempo. ¿Y si iba a la estación de autobuses y le suplicaba a uno de los conductores, a cualquiera que pudiera ayudarla, que la dejara montar? Lo más probable es que fuera una pérdida de tiempo.

Empezó a caminar hacia el río. La gente la miraba como si hubiera olvidado que aquel era un día de descanso. Por fin encontró un puente, acurrucado al pie de las pronunciadas calles, entre una bandada de grúas inmóviles. Tardó diez minutos en cruzar el río. El agua rozaba sus pies, recordándole con malicia su lentitud.

Al dejar atrás el puente no vio por ninguna parte la carretera que conducía al aeropuerto. Minutos después encontró la señal, que la condujo por una zona residencial. Las iglesias hacían que las pulcras y pálidas casas sonaran como cajas de música. En los pequeños y cuadrados jardines delanteros había niños pequeños empujando tubos tintineantes, montados en coches de plástico o columpiándose. Anduvo durante más de veinte minutos por aquellas plácidas calles.

Después, la carretera la condujo por el campo, bajo un cielo que parecía estar remendado de vapor y de humo y que parecía no moverse en absoluto. Le dolía la espalda y su vestido estaba húmedo. La arena del pavimento le mordisqueaba los pies a través de los zapatos.

Cada vez que hacía autostop sentía un intenso dolor en el hombro. Un par de conductores redujeron la velocidad, pero volvieron a acelerar al ver su rostro. La carretera olía a césped, pero en su cabeza permanecía el hedor del sótano, la imagen de la jaula. ¿Qué estarían haciendo ahora, allá donde se hubieran llevado a Angela?

A las once ya no existía ninguna acera, de modo que tuvo que avanzar por el campo intentando mantenerse lo más cerca posible de la carretera. La frondosa hierba obstaculizaba todos y cada uno de sus pasos. Las mariposas se alejaban aleteando, retazos de color que se desvanecían momentáneamente al volar, como si su visión fuera irregular. Los coches brillaban como fuentes en la distancia. Sentía que su garganta estaba tan resquebrajada como el suelo de la orilla de la carretera.

En ocasiones se veía obligada a desviarse tanto que solo podía seguir la carretera con los ojos. Tuvo que cruzar alambradas de púas y suelo industrial (uno de aquellos terrenos era propiedad de Rolls-Royce), pero nadie pareció advertir su presencia. Estaba demasiado exhausta para caminar en línea recta y decidió tumbarse en el suelo unos minutos para descansar. Eran las once y veinte y no había ninguna señal del aeropuerto.

Siguió caminando y varios minutos más tarde empezó a ver aviones, centelleantes miniaturas que ascendían o descendían por hilos invisibles, aunque prácticamente era mediodía cuando, por fin, el aeropuerto apareció ante sus ojos. Tuvo que regresar a la carretera para cruzar un pequeño canal y, cuando el tráfico le permitió acceder al puente, estaba llorando de rabia.

Al llegar al otro lado empezó a correr. El edificio del aeropuerto se tambaleaba de un lado al otro, pero se mantenía a la misma distancia. Los conductores de los coches debían de pensar que estaba borracha, pues se apartaban lo máximo posible de ella y algunos incluso frenaban hasta que la dejaban atrás. Un profundo estruendo ensordecía sus oídos. Puede que fueran los aviones del cielo.

Junto al edificio del aeropuerto había un autobús que podría haber cogido si hubiera tenido dinero. Se volvió hacia él para ver a sus pasajeros, pero ninguno de ellos era Ted. Avanzó dando bandazos hacia la terminal, y se hubiera apoyado en las puertas para sujetarse si estas no se hubieran abierto ante ella.

Al entrar, no advirtió lo fresco que estaba el edificio. Un reloj digital marcaba las doce y treinta y siete. Todo se apiñaba a su alrededor. Cientos de personas hablaban en pequeños grupos y hacían cola ante los mostradores y escuchaban voces amplificadas en el aire y subían de dos en dos las escaleras mecánicas. Los animales subían en parejas, la voz era un ordenador que tenía que hablar con números, como un oráculo traduciendo en voz alta su propio código. El equipaje se alejaba navegando hacia el otro lado del escenario, para no volver a ser visto nunca más, como Angela. Las personas se giraban, sonreían, sonreían porque estaba tan desesperada que aún tenía la esperanza de que una de ellas pudiera ser Ted, aunque sabía que lo habría reconocido al instante. Girar, girar, girar, era lo que hacía mientras lo buscaba; eran las tres primeras palabras de una canción que había oído cuando estaba embarazada de Angela. Debería haberla llevado siempre consigo, no haberla soltado jamás. Los rostros se giraban, como cuando das la vuelta a una carta esperando ganar..., pero todos eran perdedores. Sentía que su mente estaba a punto de colapsarse.

Por fin vio la señal de Información. Logró llegar a las escaleras mecánicas y se dejó conducir entre una escalonada multitud hacia las gigantescas y brillantes marcas comerciales. Se sentía como si estuviera atrapada en un escaparate, entre maniqués. La mujer del mostrador de Información le sonrió con eficiencia. ¿El vuelo de Nueva York vía Heathrow? Había sufrido una demora en Heathrow. Barbara sintió una punzada de esperanza. No, continuó la mujer. Ya no estaba en Londres. Había aterrizado hacía rato. Los pasajeros ya debían de haber abandonado el aeropuerto. Si todavía había alguien esperando, debía de estar allí. Allí, señora, donde está aquella mujer con los pantalones malvas y rosas.

Barbara se dirigió tambaleante hacia el grupo de personas que le había indicado, pero antes de que lograra llegar, la mayoría se reencontraron con los pasajeros a los que habían venido a buscar y abandonaron rápidamente la zona. Más allá de las escasas personas que seguían esperando alcanzó a ver a una joven delgada que hablaba en voz baja con alguien que estaba sentado junto a ella en un banco de plástico. Barbara rodeó cojeando a diversos neoyorquinos que se estaban quejando a gritos de que los transportistas debían de estar de huelga, como la mitad de la gente de aquel maldito país, y vio que la otra persona que estaba sentada en el banco era Ted.

No se atrevió a hablar inmediatamente. Se sentó junto a él (había el espacio justo en el banco) y se sujetó a su brazo durante unos instantes. Por fin, fue capaz de decir:

—Gracias a Dios que estás aquí. Temía que te hubieras ido.

Cuando él la miró durante un prolongado momento, en completo silencio, Barbara supo que algo iba mal. Al ver que se levantaba bruscamente, le dijo que le gustaría permanecer sentada unos minutos, pero que le agradecería que fuera a buscarle algo de beber. Entonces advirtió que se apartaba de ella, de ella y de la joven desnutrida de cabello corto y pajizo que estaba sentada al otro lado del banco. La joven tenía algo que decirle y, de repente, Barbara se sintió profundamente deprimida: era otra pista, otra pista falsa, otro movimiento de aquel juego interminable que nunca podría ganar.

La joven la miró fijamente a los ojos.

—Hola, mamá —dijo.

Los aviones despegaban sin cesar en silencio y reducían su tamaño hasta mezclarse con las nubes. Abajo, en el vestíbulo, los viajeros se movían apresuradamente buscando amigos o información, pero Barbara por fin podía estar sentada. La coca cola había apagado su sed y el ron estaba suavizando la presencia del aeropuerto, hasta que pareció ser lo bastante irreal para que su sueño se hiciera realidad.

Al principio creyó que todo era una broma. Aquella joven tan segura de sí misma, de cabello pajizo y estropajoso, no podía ser Angela, no podía ser la niña que había necesitado tanto a su madre. Sin embargo, se parecía mucho a ella, su rostro era muy similar al del bosquejo que había visto tras la muerte de Margery. Cuando la joven se había levantado del banco de plástico, mirándola fijamente con sus profundos ojos azules, Barbara había visto la hoja de trébol púrpura en su hombro izquierdo. Entonces se había levantado y la había abrazado con fuerza, sollozando.

Ahora, Angela le sonreía calmadamente desde el otro lado de la mesa del bar del aeropuerto, intentando convencerla de que su nerviosismo era natural, de que todo iría bien. Era lógico que Barbara se sintiera violenta: había perdido a una niña de cuatro años de edad y se había reencontrado con una adolescente. Quizá nunca había creído que alguna vez volverían a reunirse. La madurez de Angela podía resultar dolorosa (nadie en el bar había cuestionado su edad), pero también era reconfortante, porque significaba que había sobrevivido a los últimos nueve años.

Miró a su hija esbozando una sonrisa. Angela se sentía segura porque estaba con su madre. Su voz no había sonado confiada cuando estaba en manos de la secta, cuando no sabía qué podía ocurrirle. De pronto recordó las preguntas que necesitaba formularle; no deseaba molestarla, pero necesitaba saberlo.

Cogió la mano de Angela para anclarla en el presente.

—¿Cómo escapaste? Cuando fui a la dirección que me dio Ted, la casa estaba vacía. —Barbara empezaba a darse cuenta de la cantidad de cosas que no debería mencionar nunca o, al menos, hasta que transcurriera un largo tiempo.

—Cuando supe que iban a mudarse una vez más, lo llamé. Salí en cuanto lo vi. Después vinimos aquí a esperarte.

La búsqueda policial debía de haber provocado que sus secuestradores bajaran la guardia. En ese caso, pensó Barbara con ironía, debería haber llamado a la policía meses atrás. El final de su búsqueda había resultado ser prácticamente un anticlímax: Angela no parecía ser consciente de lo peligrosa que había sido su situación, de lo aterrada que había estado su madre. Eso era bueno, pero a Barbara la inquietaba pensar qué estaría haciendo la secta.

—¿Sabes adónde han ido?

Angela se encogió de hombros.

—Ya deben de estar lejos.

¿Cómo podía saberlo? De repente, Barbara se sintió terriblemente inquieta. Estaban rodeados de extraños y cualquiera de ellos podía estar observándolos. Si alguno de ellos estaba esperando la oportunidad de capturar de nuevo a Angela, suponía que la muchacha lo reconocería, ¿pero y si no advertía a tiempo su presencia? ¿Las mujeres de la mesa que había junto a la salida no iban vestidas de forma demasiado andrajosa para coger un avión? ¿El hombretón que había enfrente de ella estaba mirando de reojo a Angela solo porque sospechaba que era menor de edad?

—Será mejor que nos vayamos —dijo de repente—. Ya me encuentro bien.

Y en cuanto Ted se levantó, supo que era cierto. Él podría ocuparse de cualquiera que intentara apartar a Angela de su lado. Angela estaba a salvo con Ted y su madre. Cuando la multitud que había al pie de las escaleras mecánicas se cerró a su alrededor, Barbara se mantuvo vigilante, pero no sintió miedo.

Ted las condujo hacia el coche, que estaba estacionado cerca del edificio.

—¿Te importa conducir hasta Londres? —preguntó Barbara—. No creo que me encuentre en condiciones de coger el volante.

—No me importa en absoluto —respondió, mirándola con una expresión vacía—. De hecho, insisto.

Entraron en Glasgow para recoger su equipaje y después Ted insistió en que comieran algo antes de iniciar el largo viaje de regreso. Encontraron una hamburguesería enfrente de la estación de trenes

y Barbara recordó la noche que habían perseguido a la mujer asimétrica. La secta había estado allí, en Glasgow, a pesar de que Ted le había dicho lo contrario, pero ahora no importaba. Se sentía a salvo en el restaurante, sobre todo porque no había ninguna ventana que diera a la calle. Diversas Doris Day y Marilyn Monroe jóvenes brillaban en las paredes. Angela cogió su hamburguesa con las dos manos y, al mirarla, Barbara sintió que la invadía una oleada de amor.

Cuando cogieron la autopista a las afueras de Carlisle eran casi las cuatro de la tarde. Por fin, Barbara pudo advertir que había empezado el otoño: el sol era una mancha de luz sobre los descoloridos árboles y las hojas se apiñaban bajo los coches. Se sentó en la parte de atrás, con Angela, mientras Ted conducía y sintonizaba la radio. Seguía deseando abrazar a Angela con todas sus fuerzas, pero sentía que la pequeña aún no estaba preparada. Habían transcurrido nueve años. Ahora eran dos extrañas y Angela se encontraba en un mundo diferente al que había conocido. Después de nueve años de confinamiento era posible que la libertad le resultara inquietante.

Durante un rato, Barbara permaneció sentada en silencio junto a ella, sintiendo que aquello era una muestra de la paz que compartirían. Hileras ordenadas de pinos desfilaban en el horizonte, algunos coches se deslizaban por la autopista. Ted había encontrado una emisora local: pop americano con interrupciones escocesas. Estaban dando la información sobre el tráfico: los trenes a Londres sufrían las consecuencias de una huelga; nieblas repentinas en la M6 entre Penrith y Kendal; un tramo de la Inner Ring Road de Glasgow se había cerrado temporalmente debido a que había explotado una casa y los escombros se habían diseminado por los tres carriles. La policía sospechaba que la explosión se debía a una fuga de gas.

–Dios mío, yo lo hice –gritó–. Esa es la casa.

Cuando Angela sonrió fugazmente, Barbara lamentó haber hablado. La casa y su influencia habían sido destruidas, pero aunque eso pudiera ayudarla a olvidar su experiencia en ese lugar, una experiencia que parecía haber tenido lugar años atrás, no debía recordarle los días que había vivido allí. Seguramente, la muchacha tenía otros recuerdos.

–¿Te acuerdas de nuestra casa en Otford? Allí estaba aquel riachuelo que te gustaba tanto, justo al otro lado del campo que había junto al palacio del arzobispo. Y los patos de la rotonda siempre te hacían reír.

Le estaba hablando como si fuera pequeña, pero no sabía de qué otra forma podía hacerlo; todavía tenía que asumir el hecho de que Angela ya no era una niña.

Sin embargo, ella estaba respondiendo.

–Recuerdo algunas cosas. La tía Jan vivía en la casa de al lado. Solías dejarme con ella. –Por un instante, Barbara pensó que iba a recordarle que la habían secuestrado, quizá para acusarla, pero Angela continuó: Y me escuchabas con un intercomunicador cuando estaba en mi habitación.

–Correcto. –De repente recordó las palabras que solía oírle decir–. ¿Recuerdas a tu padre? – balbució.

–¿Cómo podría? –Su voz sonó amarga–. Se marchó.

¿Esa era una forma infantil de decirle que había muerto antes de que naciera, o acaso tenía otro significado? Barbara no quería preguntárselo.

–Parece que Otford fue hace tanto tiempo... Es casi como si hubiera ocurrido en otra vida –dijo, esforzándose en dirigirse a ella como una igual–. Desde entonces he tenido más éxito. Me va bastante bien, creo. Sin embargo, hasta ahora no he tenido a nadie con quien compartirlo.

Cuando le apretó la mano, advirtió que Angela le respondía. Sin embargo, el hecho de que Ted las estuviera escuchando le hacía sentir que estaba recurriendo a clichés y que, quizá, estaba siendo desleal a su sueño secreto de compartir su vida con él (quizá, también él había soñado lo mismo alguna vez). Pero Ted no parecía estar escuchando; había centrado toda su atención en la carretera.

A las cuatro y media cruzaron la tierra de los lagos envueltos en una densa niebla. Ted había apagado la radio y el único sonido era el zumbido del motor. Cuando las rocosas laderas se disolvieron y una gris suavidad rodeó el coche, Barbara sintió que las abotargadas paredes de la casa se cerraban sobre ella. Necesitaba dormir, eso era todo. Ahora que tenía a Angela, ahora que Ted estaba allí para cuidar de ella, podía dormir tranquila.



La niebla se fue disipando a medida que se aproximaban a la intersección de Kendal. Ted pasó a toda velocidad junto a varios autostopistas que mostraban señales en las que ponía Glasgow. En su mayoría eran adolescentes (Barbara se preguntó si la secta habría capturado alguna vez autoestopistas), pero también había un hombre considerablemente mayor. Por un momento se preguntó si sería Arthur, hasta que vio su rostro.

En cuanto dejaron atrás Kendal, el paisaje se hizo más llano. La monótona carretera parecía irreal, como una simulación en una máquina de recreativos, el mismo tramo de carretera desenrollándose una y otra vez. Tras la repentina y falsa visión de Arthur se sentía exhausta, pero intentó permanecer despierta.

—Se me ocurre algo —le dijo a Angela—. ¿Te gustaría ir de vacaciones? Tenía intención de ir a Italia este año y creo que lo haré, para celebrarlo. Antes tengo que preparar la subasta del libro de uno de mis escritores, pero en cuanto lo haga iremos.

Aquello le hizo recordar.

—¡Oh, Ted! ¡Aún no te he dado las buenas noticias! He encontrado un comprador para tu novela. Supongo que comprendes que se me haya olvidado decírtelo, ¿verdad? Cathy Darnell se pondrá en contacto contigo.

—De acuerdo.

Por el tono de su voz parecía que no había comprendido lo que le decía. Realmente debería intentar dormir, pues tenía la impresión de que estaba compartiendo el coche con un par de desconocidos. Era consciente de que Angela sería una desconocida durante cierto tiempo... y, sin duda alguna, Ted estaba intentando adaptarse a la situación. Sin embargo, aquella sensación la inquietaba; lo mejor que podía hacer era dormir.

El estruendo de los camiones la despertó. Estaba rodeada de camiones y hormigón. El ruido la envolvía, cerrándose sobre su mente. La casa había sido destruida, pero no su poder. Los había traído de vuelta a aquel lugar, a la jaula de hormigón.

Entonces vio que no se encontraban en la Inner Ring Road, sino en la autopista, a las afueras de Birmingham, en medio de una maraña de carreteras. Se relajó, aunque su corazón latía a toda velocidad, y entonces se dio cuenta de que Ted estaba en el carril equivocado. Las estaba llevando a Birmingham.

Cuando le indicó su error, él miró furioso por el retrovisor. Debía de ser por el tráfico que tenía detrás, no por ella. Había conducido durante cuatro horas sin descansar, ¿y cuántas horas debía de llevar despierto para haber llegado a la casa de Glasgow antes que ella? Deseaba poder ofrecerse a conducir, pero aún se sentía adormecida.

Cuando se aproximaron a la cafetería de la autopista de Corley insistió en hacer un alto para descansar. El largo edificio estaba repleto de familias con niños pequeños que comían entre lloros. No se sentía mejor a pesar de haber dormido, pues cada vez que entraba alguien en la cafetería se ponía tensa, incluso cuando los recién llegados parecían familias. Al fin y al cabo, los miembros de la secta también tenían hijos.

Ahora que Angela estaba junto a ella, ¿no debería sentirse tranquila? Tras nueve años de confinamiento era lógico que su hija ya no irradiara paz. Puede que aún conservara sus poderes y, quizá, estos volverían a manifestarse con el tiempo. Además, era bueno que Barbara estuviera alerta. ¿Pero realmente lo estaba, si tenía la impresión de estar sufriendo alucinaciones? Arthur había aparecido en la salida y gesticulaba apremiante pero, por supuesto, cuando lo miró con atención vio que no era él.

Abandonaron la cafetería al oscurecer, a pesar de que Ted no parecía deseoso de ponerse en marcha. Cuando le preguntó si le importaba seguir conduciendo, le respondió con un grito: «Por supuesto que no». Barbara se preguntó si se mostraba irritable porque, en parte, se sentía excluido de la reunión.

Mientras recorrían los últimos cien kilómetros que los separaban de Londres, el paisaje se fue haciendo más suave, borroso y gris. Los campos se estaban convirtiendo en extensiones reducidas de niebla, los arbustos de los bordes de la autopista eran masas de relleno que se estremecían bajo la brisa, el horizonte se estaba acercando. Cuñas gemelas de luz pasaban rugiendo junto a ellos, una y

otra vez. Una caravana con las luces apagadas se balanceó cerca del coche y Barbara creyó ver un rostro pegado a su ventanilla trasera. Los ocupantes de los vehículos que pasaban junto a ellos parecían devolverle la mirada, sobre todo los de aquellos que iban en el mismo carril que Ted. Debía de estar teniendo alucinaciones, porque a la orilla de la carretera había una figura esquelética y encorvada que parecía avanzar a la misma velocidad que el coche, moviéndose a grandes zancadas entre los arbustos, entornando los ojos entre las manchas de espesura.

Llegaron a Hendon aproximadamente a las diez. Ted, que parecía tener dificultades para seguir la carretera, en cierto momento empezó a dirigirse hacia la autopista, hasta que advirtió que ambas mujeres lo miraban fijamente. Barbara había insistido en que pasara la noche con ellas y él no había objetado nada. Deseaba que permaneciera a su lado, por si la secta intentaba algún truco más. Mañana, ya pensaría en ello mañana.

Antes de llegar a St. John's Wood tuvieron que detenerse ante varios semáforos. Barbara comprobó una y mil veces que todas las puertas del coche estaban cerradas. ¿Y si alguien las abría mientras el vehículo estaba parado y se llevaba a Angela? En Euston Road pasaron diversos viandantes por delante del coche, y todos y cada uno de ellos le hicieron ponerse tensa, incluso el hombre de rostro entristecido que se parecía a Arthur. ¿Acaso el resto de su vida con Angela sería así?

Ni siquiera en el Barbican se sentía segura. El garaje subterráneo estaba sumido en la penumbra; sus rincones eran oscuros e inquietantes. Barbara intentó convencerse a sí misma de que era la luz de los fluorescentes la que hacía que la oscuridad de los rincones pareciera moverse. Sin embargo, el techo parecía más bajo que nunca. Estaba rodeada de coches y furgonetas, y en cualquiera de ellas podía estar preparándose una emboscada.

Barbara le dijo a Angela que permaneciera con Ted, que estaba sacando su equipaje del maletero, mientras ella se adelantaba para abrir la puerta del apartamento, pues así podría recorrer las desordenadas hileras de vehículos y comprobar que no había nadie escondido en el garaje. Subió los escalones de la galería y descubrió que seguía estando nerviosa. Largos dedos oscuros buscaban a tientas la iglesia, bajo el sauce; el viento murmuraba tras los menudos pilares de hormigón. Su sombra, que le siguió desde el aparcamiento, parecía moverse con rapidez por los rincones más oscuros; pero, por supuesto, solo era su sombra.

Intentó convencerse a sí misma de que no tenía ningún motivo para estar nerviosa. Angela estaba a salvo con Ted y no había razón alguna por la que la secta pudiera querer a Barbara. A pesar de todo, se sintió aliviada cuando llegó a su apartamento. Ya tenía la llave en la mano. Abrió la puerta rápidamente y encendió la luz.

Por fin estaba en un lugar que le resultaba familiar: la moqueta verde oscuro; el papel tapiz plateado, cuyo dibujo se movía discretamente cuando avanzabas; la litografía de Escher que invertía por completo la perspectiva; incluso el olor de su perfume, que se demoraba en el aire con una intensidad que nunca había advertido. Pero lo primero que vio fue la carta que había justo al otro lado del umbral. Dejó la puerta abierta y avanzó por el pasillo con la carta en la mano.

La carta procedía de Hemel Hempstead; la dirección de Kodak había sido tachada del sobre. En un minuto vería qué noticias tenían que darle los padres de Iris, pero antes quería abandonar el pasillo, que le parecía más estrecho de lo que debería. Debía de ser un efecto secundario de su experiencia en Glasgow, pero esperaba que se desvaneciera en cuanto encendiera todas las luces.

Encendió la luz principal de la sala de estar y entró, mientras introducía una uña bajo la lengüeta del sobre. Ted debía de haber tirado un frasco de colonia en sus prisas por recoger su equipaje para Nueva York, pues el olor era abrumador. Tras dar unos pasos más, levantó la mirada para ver qué iba mal.

Al instante la carta se le cayó de las manos, pero pareció tardar varios segundos en caer. Era como si su sobresalto la hubiera detenido, congelándola en su vuelo del mismo modo que había congelado sus pensamientos. Libros y discos se diseminaban por el suelo. Todos los muebles estaban fuera de su sitio y parecían sucios y pegajosos. El álbum de fotos descansaba sobre la alfombra, delante de ella, pero la mayoría de las fotografías estaban rotas en pedazos.

Buscó desesperada el interruptor de las lámparas de pared (pensando que los sectarios habían entrado en su casa y habían dado rienda suelta a su frustración al no encontrar a Angela allí, y que

necesitaba más luz para ver cuánto daño habían causado y para que la sala no le resultara tan opresiva) cuando dos chavales, un niño y una niña de unos ocho años, aparecieron tras los estantes. Ambos la miraron con ojos brillantes mientras un brazo de hombre se cerraba con fuerza alrededor de su garganta.

Cuando su visión empezó a oscurecerse, la presión remitió. Al parecer, la querían viva. Ahora podía verlos a todos: había dos docenas o más, saliendo de otras habitaciones. Al ver a la mujer asimétrica empezó a forcejear con fuerza e impotencia, asfixiándose. ¡Habían encontrado otro lugar donde esconderse! Se preguntó tediosamente si sus poderes les permitirían abrir puertas sin necesidad de llaves.

Se obligó a relajarse, en la medida de lo posible, para que su captor la dejara respirar. Aunque el aroma del perfume inundaba el piso, percibía su olor a sudor rancio y a cannabis. Suponía que él sabía que el piso estaba insonorizado, y que esa era la razón por la que había relajado lo suficiente la presión para que pudiera gritar si lo deseaba. Aquella era su oportunidad. En cuanto se abriera la puerta, gritaría a Ted y Angela que corrieran. Mientras Angela estuviera a salvo, no le importaba lo que los miembros de la secta pudieran hacerle.

Cuando la llave entró en la cerradura, un hombre de rostro lánguido se situó justo detrás de la puerta. La llave forcejeó unos instantes en el cierre y entonces la puerta empezó a abrirse. El brazo se tensó sobre su garganta, impidiéndole emitir sonido alguno.

Pero sus secuestradores habían cometido un error. Aunque la oscuridad había empezado a envolverla, era consciente de que, tal y como estaba situada, podrían verla desde el pasillo. Ted la vería al instante. Quizá podría decirle con la mirada que salvara a Angela, que no la pusiera en peligro para salvarla a ella.

Cuando la puerta se abrió, Angela apareció en el umbral. Ted se alzaba tras ella, con el rostro carente de expresión. Ambos entraron con rapidez. Mientras Ted cerraba la puerta de un portazo, Angela miró a su madre y a los demás, abriendo los ojos de par en par. El repentino poder de la secta fue tan intenso que le resultó enfermizo. La muchacha sonrió triunfante, la victoria de un juego prolongado.

–Será mejor que la amordacéis antes de que la bajemos –ordenó.

Una sacudida repentina arrojó a Barbara contra un lado de la furgoneta. Intentó incorporarse para poder mirar por la ventanilla trasera; sus manos atadas forcejearon a sus espaldas, su hombro derecho palpitaba de dolor. El olor a polvo inundaba sus fosas nasales y la boca le sabía a tinta y papel debido a la carta con la que la habían amordazado. Tenía ganas de vomitar. Quizá, eso le ayudaría a liberarse de su mordaza.

La furgoneta aceleró por el área de Dockland. Almacenes blancos se alzaban entre las calles desiertas y bloques de luz revoloteaban bajo las resplandecientes farolas. ¿La secta estaría buscando un lugar tan desierto como aquel? Multiplicó sus esfuerzos por romper sus ataduras. Tenía que liberarse antes de que la furgoneta se detuviera, antes de que fueran a por ella.

Sus forcejeos no estaban teniendo ningún éxito. Las medias que estrangulaban sus muñecas y tobillos, por muy débiles que le hubieran parecido siempre como prendas de ropa, se habían convertido en ataduras irrompibles. Tenía poco espacio para forcejear, puesto que la parte de atrás del vehículo, que resultaba opresivamente estrecho, estaba repleta de equipaje, en su mayor parte maletas y baúles puestos del revés. Los seguía otra furgoneta, así que aunque lograra liberarse no podría abrir las puertas sin que se dieran cuenta. De todos modos, siguió peleándose con sus ataduras, intentado liberar sus muñecas, aunque las medias le cortaran la piel. Tenía que seguir intentándolo mientras aún tuviera una oportunidad de salvar a Angela.

¿Pero acaso seguía habiendo una oportunidad, cuando ya había estado tan equivocada respecto a ella y su iniciación? Por supuesto que no era algo que tuviera lugar cuando el niño cumplía trece años, sino que esa era la edad a la que se completaba. Sin duda alguna, la iniciación de Angela había comenzado en el mismo momento en que la secta la secuestró.

Y aquel juego que había tenido con su madre, obligándola a ir de un lado a otro, había formado parte del ritual. Puede que Angela hubiera seguido engañándola, confundiéndola y agotándola hasta matarla si la secta no hubiera tenido que abandonar Glasgow apresuradamente. Ahora que la habían capturado, ¿en qué consistiría el resto de la iniciación?

No debía pensar en ello. Sobre todo, no debía darle vueltas al odio que había visto en los ojos de su hija. Era la secta quien le había hecho sentirse así, contándole cualquier mentira... quizá, que Barbara había apartado a su padre de ella, a juzgar por el amargo comentario que había hecho en el coche. No le cabía duda de que la habían envenenado contra ella, pero de momento consideraba más importante recordar que todavía tenían que corromperla por completo. ¿Podía eso significar que, hasta que la iniciación se completara, sería posible salvarla?

Puede que sí, pero cuando Barbara recordó sus ojos tuvo la certeza de que no serviría de nada intentarlo. La psicómetra había tenido razón nueve años atrás: Angela tenía un gran poder, pero ahora ese poder había sido corrompido y puesto al servicio de los sin nombre. No le sorprendía que Ted fuera su mascota. Suponía que lo había sido desde el día que desapareció en Glasgow..., aunque una de las cosas que más le había dolido había sido su mirada indiferente mientras la ataba.

La mirada de Angela había sido aún más dolorosa, pues iba más allá de la indiferencia. Cuando sus ojos se encontraron, Barbara se sintió destrozada e insignificante, útil solo como víctima. Los ojos de Angela le parecían cruelmente azules, embrutecidos. Su mirada la había mantenido completamente inmóvil mientras la ataban y amordazaban. ¿Era Angela la razón de que la secta estuviera tan cerca de su objetivo? ¿Su poder podía ser lo que los sin nombre habían estado esperando?

Barbara no debía pensar en ello porque solo conseguiría desesperarse, y sentía que el poder de la secta se alimentaba de la desesperación. Sus brazos palpitaban y temblaban mientras intentaba aflojar las ataduras de sus muñecas; los huesos de sus tobillos se raspaban entre sí mientras los movía. Seguro que podían ceder un centímetro, o solo medio, para proporcionarle la fuerza adicional que necesitaba.

Las furgonetas ya habían dejado Londres atrás. No había nada a los lados de la carretera, excepto algunas fábricas que brillaban en la distancia, entre campos o marismas oscuras. Los camiones rugían junto a ellos; sus faros proyectaban sombras entre los baúles que llenaban la furgoneta. Entre dos de ellos había una especie de saco o abrigo.

¿Lograría llamar la atención de algún camionero? Intentó arrastrarse hacia las puertas traseras para poder presionar su rostro contra la ventanilla mientras pensaba en cómo comunicarse con el exterior, pero una aglomeración de maletas le bloqueaba el paso. Intentó alzarse sobre ellas (no le importaba caerse), pero era inútil. En cualquier caso, el conductor de la furgoneta de detrás la vería antes de que tuviera oportunidad de hacerlo algún camionero. Entre los baúles, junto a las puertas, la forma del saco o el abrigo le resultaba desagradablemente similar a la de una figura pequeña que se hubiera desplomado.

Buscó entre las maletas un borde de metal con el que pudiera serrar sus ataduras. No encontró ninguno; sin duda alguna, sus secuestradores se habían asegurado de que no hubiera nada de eso a su alcance. Las sombras se movían entre los baúles cada vez que pasaba un camión. La furgoneta le parecía más pequeña y más sucia; de hecho, percibía un olor áspero y seco. Cada vez que la luz de unos faros se deslizaba precipitadamente junto a ella, la forma que descansaba entre los baúles parecía asentir, levantando su rostro desmayado.

De repente, la furgoneta se alejó dando un bandazo de los camiones y accedió a una oscura carretera. Barbara salió despedida sobre el montón de maletas y una de ellas se abrió con un chasquido. Ahora, la única luz procedía del vehículo que los seguía, un par de manchas que se agitaban cerca del techo y dejaban todo lo demás a oscuras. Otro bandazo la arrojó de nuevo contra la pared. Oyó que un objeto caía pesadamente de la maleta abierta y se deslizaba rodando hasta su muslo.

Tras un forcejeo, logró tocar el objeto con la mano. Puede que fuera un adorno o algo igualmente frágil, porque estaba envuelto en un paño manchado que al tacto parecía rígido. Tenía algunas partes blandas, ¿o era el paño? Puede que fuera algún tipo de recipiente, pues se había abierto por la mitad en su envoltorio. ¿Por qué el olor a tierra que desprendía era tan horrible? Aunque no tenía ninguna razón para alejarse del objeto envuelto, se retorció violentamente hasta que logró enviarlo de una patada al otro extremo.

Cuando la furgoneta se detuvo se sintió aliviada, pero cuando los faros del vehículo que los seguía se apagaron, su alivio se desvaneció. Estaba sola en la oscuridad; el olor a tierra y a polvo se agitaba entre ella y las puertas. Aunque el papel la estaba asfixiando, se mantuvo completamente inmóvil, como si eso fuera a hacerla invisible. Para cuando acudieron en su búsqueda, estaba temblando por el esfuerzo o por el miedo.

Al principio pensó que no había nada en el exterior de la furgoneta, solo oscuridad azotada por un viento sibilante, pero cuando sus ojos se adaptaron a la luz descubrió que estaba cerca de un pequeño río que seguramente desembocaba en el Támesis. A su alrededor, las marismas centelleaban bajo un cielo que resplandecía como la niebla. Las gaviotas revoloteaban a lo lejos, chillando. Aquellas manchas en el horizonte podían ser colinas o nubes. Las masas de oscuridad que había río arriba eran casas que, quizá, estaban abandonadas, pues no había ninguna ventana iluminada.

Angela se acercó al lugar en el que dos de los hombres tenían sujeta a Barbara y miró a su madre un buen rato; su oscuro rostro era inescrutable como la niebla, pero sus ojos brillaban. Por fin miró más allá de Barbara, hacia la furgoneta en la que había estado encerrada. Barbara no entendía por qué sus secuestradores se estaban poniendo nerviosos ni por qué la sujetaban con más fuerza, hasta que oyó que algo salía del vehículo.

Ted lo vio antes que ella. Su rostro se retorció, horrorizado, pero al instante volvió a perder toda expresión. Momentos después, la forma diminuta había avanzado a tropezones hasta Angela. En la oscuridad, Barbara podría haberla confundido con un niño, pero su cabeza inestable era desproporcionadamente pequeña y su piel parecía aletear. La criatura dejó caer a sus pies aquel objeto envuelto que olía a tierra. Cuando el envoltorio empezó a abrirse, Barbara cerró los ojos.

—Pensé que deberías ver esto —dijo Angela—. Pertenece a tu amiga Gerry Martin.

Barbara esperó lo máximo posible antes de abrir los ojos de nuevo. Cuando lo hizo, Angela estaba sosteniendo por el pelo el objeto desenvuelto, para que lo viera mejor. No era tan malo como había temido; de hecho, estaba tan incompleto que podía fingir que era irreconocible. De todos modos, apartó la mirada, amordazada por la bola de papel.

–No importa –dijo Angela, encogiéndose de hombros–. Tú también serás así cuando hayamos terminado contigo, solo que en tu caso nos llevará más tiempo.

Tendió el objeto a la criatura enana que, al instante, se alejó con indecisión hacia las marismas. Barbara era incapaz de reaccionar. Lo único en lo que podía pensar era en cómo se habían apartado todos de aquella cosa. Todos excepto Angela.

Tras descargar los baúles y las maletas, las furgonetas se perdieron en la oscuridad. Cuando el zumbido de los motores se desvaneció en la distancia, el único sonido fue el de la hierba de las marismas crispada por el viento. Incluso los niños estaban en silencio, aquellos niños que olían al perfume de Barbara de forma avasalladora.

Si lograba deshacerse de la mordaza, sus gritos de auxilio sonarían con fuerza y seguramente despertarían a los inquilinos de las casas cercanas... si es que estaban habitadas. Barbara intentaba empujar la mordaza hacia delante, con cautela, pero estaba enterrada en el fondo de su boca. Si forcejeaba con más violencia, sus secuestradores se darían cuenta. Ahora podía ver sus rostros: la mujer asimétrica, un hombretón con rastros oscuros en la calva, una mujer pequeña y regordeta con una permanente sonrisa estúpida en la boca, un hombre cuya lengua asomaba comprimida entre sus gruesos labios. Todos ellos parecían incómodos ante su presencia como víctima, puesto que evitaban mirarla, pero a Barbara no le cabía duda de que cuando llegara el momento de torturarla se mostrarían entusiasmados.

Tenía la impresión de que llevaba horas luchando contra la mordaza, pero era imposible medir el paso del tiempo bajo el cielo amenazador. La tinta sabía como la hiel. A sus secuestradores no parecía importarles estar bajo el viento helado y entre aquella desolación, pero eso podría haberlo deducido a partir de las casas en las que solían habitar. Sin duda alguna, se debía a que consideraban que eran herramientas de lo que hacían. Barbara tenía que creer que Angela solo era una herramienta incapaz de entender lo que hacía..., pero, por supuesto, le resultaba imposible creer nada semejante.

Antes de que pudiera mover la mordaza, los conductores de las furgonetas regresaron. Entonces, los sectarios recogieron el equipaje y siguieron a Angela sigilosamente hacia el río. El espectáculo era terriblemente banal, la parodia de unas vacaciones campestres que no se atrevían a desarrollarse a la luz del día. Incluso había una pareja de ancianos encorvados para que la escena fuera lo más parecida posible a una reunión familiar. Al final de la procesión había un hombre que no cargaba con nada. No podía distinguir su rostro.

Uno de los secuestradores le había desatado los pies. Los dos hombres la obligaron a caminar de espaldas por el sendero, en cuyos bordes crecía una hierba afilada. Ya habían recorrido la mitad del camino cuando advirtió que la procesión se dirigía directamente hacia las casas. Si intentaban esconderse en una de ellas, los vecinos lo oirían.

Angela los condujo hacia uno de los grandes jardines, donde una pequeña corriente centelleaba bajo un puente rústico que no estaba pavimentado. Cuando la procesión dejó atrás la casa, Barbara descubrió que había una lancha motora amarrada al final del jardín, en un pequeño embarcadero. Intentó gritar, emitir algún sonido más fuerte que un gemido sofocado.

Ya habían cargado la mitad del equipaje en la embarcación cuando se encendió una luz en la casa. Barbara se puso tensa, aunque fingió sentirse débil y desvalida. Casi al instante, la luz del porche se encendió, la puerta se abrió y apareció un hombre corpulento que observó a las personas que habían invadido su jardín.

Barbara logró liberarse de uno de sus captores y dar un paso hacia el dueño de la propiedad..., pero fue inútil. Cuando distinguió a las personas que esperaban en la oscuridad, el hombre apagó la luz del porche, avanzó a grandes zancadas hacia la lancha y ocupó la cabina. Debería haberse dado cuenta de que vestía ropa de viaje.

Apenas había espacio para todos en la cubierta. Los niños, los dos que la habían recibido en su apartamento y una niña de unos seis años, fueron enviados a la cabina. Obedecieron al instante (aunque era imposible saber quiénes eran sus padres) y se sentaron en el suelo, con la espalda apoyada contra la pared, para no molestar. Cuando arrojaron a Barbara sobre la cubierta, en medio de todos, el bote escoró de forma alarmante. Nunca se había sentido tan vulnerable.

Una vez estuvieron todos a bordo, la lancha se puso en marcha con un rugido. El ruido tuvo que despertar a alguien en las casas..., pero estas ya se estaban alejando y seguían a oscuras. Los rostros de sus secuestradores eran ahora más brillantes, verdes hacia el lado de estribor, rojos hacia babor. Bajo el resplandor de los instrumentos de la cabina podía ver algunos con claridad: Angela y Ted, que la observaban con expresiones vacías; un joven con una desmarañada tonsura que recordaba haber

visto en algún otro lugar; una muchacha cuyo cabello parecía una capa de brea. Ahora que estaban en marcha, algunos de ellos empezaron a mirarla con ansia.

Pronto, las casas se desvanecieron entre las marismas y solo quedó el centelleante terreno plano y carente de árboles, roto por amplias franjas de oscuridad que eran zanjas. Sobre el horizonte, hacia el Mar del Norte, las nubes eran del color de las brasas. Aquí y allá se agitaban pálidas manchas que se alejaban mugiendo entre la hierba. Aquellas manchas eran las únicas señales de vida que había en el paisaje.

Cuando la nave llegó a la escollera, Barbara empezó a temblar. Más allá de las marismas saladas y los destellos medio escondidos de sus arroyos, el Támesis conducía a mar abierto. Allí era adonde se dirigían. ¿Acaso pensaban ir a otro país? ¿Cómo esperaban cruzar el mar, apiñados en una lancha tan pequeña? Quizá tenían que encontrarse con un barco, o quizá ni siquiera les importaba adonde tuvieran que ir, ahora que estaban tan cerca de su objetivo.

Y ella era la víctima que les permitiría alcanzarlo. Mientras la lancha se deslizaba por el Támesis, su lengua forcejeaba con más violencia que nunca, hiriéndose con los dientes. Unos kilómetros más adelante y a lo largo de la orilla, donde unas llamas naranjas danzaban sobre la desolación metálica de una refinería de petróleo, había varios buques cisterna. Aunque lograra gritar, nunca podría hacerse oír sobre los motores. Además, la lancha se estaba alejando de la orilla.

Su lengua resbaló, su mejilla se hinchó y Angela vio lo que estaba haciendo. Cuando avanzó hacia ella, Barbara retrocedió, horrorizada por sentir miedo de su propia hija, pero esta le introdujo con desdén los dedos en la boca y retiró la mordaza. Ahora podía gritar tan fuerte como quisiera en aquel enorme vacío.

Al principio no se atrevió a hablar. Ya no conocía a Angela; no tenía ni idea de cómo llegar a ella y le daba miedo intentarlo. Pero tenía que hacerlo.

—Gracias, Angela —dijo, con un hilo de voz.

Angela, que ya estaba dando media vuelta, ni siquiera se dignó mirarla. Quizá ya no reconocía su nombre. Barbara no podía soportar su indiferencia.

—Escúchame, Angela —dijo, ahora en voz más alta e intentando ignorar a sus secuestradores, pues todos ellos parecían estar dispuestos a cerrarle la boca.

Cuando la joven se detuvo, su rostro le dejó claro que no lo hacía porque considerara que aquellas palabras estuvieran dirigidas a ella. Barbara estaba gritando al viento, tenía la boca áspera por la tinta, pero tenía que continuar.

—No sé qué te habrán contado sobre mí, pero habría consagrado mi vida a buscarte si no me hubieran hecho creer que estabas muerta. Mataron a uno de sus hijos para que lo creyera. No me había atrevido a soñar que estabas viva hasta el día que llamaste. Estoy segura de que sabes lo feliz que me sentí, aunque no quieres que lo sepan. Sé que recuerdas cuánto te amaba y puedes recordar cuánto me querías tú a mí.

Angela parecía aburrida, y de repente Barbara creyó saber la razón: a juzgar por las cosas que le había dicho durante el viaje desde Glasgow, recordaba con claridad que Barbara solía dejarla sola el día entero y, por lo tanto, había permitido que la secta la raptara. Tenía razón, por supuesto; de hecho, tenía todas las razones del mundo para odiar a su madre. Hicieran lo que le hicieran, sería justo.

Empujó a un lado su desesperación, pues recordó que Angela había dicho algo más en el coche.

—Crees que aparté a tu padre de tu lado —dijo, desesperada—. Supongo que eso es lo que te dijeron, pero no fue así en absoluto. Ellos te apartaron de su lado al apartarte de mí.

Angela enseñó los dientes durante unos instantes. ¿Estaba celosa como solo podía estarlo un niño pequeño, o acaso culpaba a su madre de la muerte de su padre? La cubierta era resbaladiza, le dolían las piernas por haberlas tenido atadas y la lancha se balanceaba. Seguramente, si cayó impotente a los pies de Angela fue por la suma de todos estos factores, no porque su hija la hubiera mirado con dureza.

Había una observación más que Barbara temía expresar con palabras, pero no podía permitir que Angela le diera la espalda con indiferencia.



—No sé qué quieren que me hagas, Angela, ¿pero no te das cuenta de que eso demuestra que todavía significo algo para ti? Ellos lo saben, y por eso quieren hacerte creer lo contrario. De otro modo, no habrían estado tan ansiosos por que me capturaras.

Cuando Angela la miró, sus ojos estaban tan vacíos como un cielo despejado.

—No fue idea suya. Yo te elegí. Hasta ahora, siempre habíamos utilizado a extraños. Esa es la única razón por la que te necesito.

Era una respuesta fría y razonable. Angela no parecía estar a la defensiva, sino que le estaba diciendo la cruda verdad. La muchacha dio media vuelta, dando por zanjada la conversación. Todos los demás miraban a Barbara, que podía ver en sus ojos que estaban impacientes por empezar a ocuparse de ella. Solo los ojos de Ted carecían de expresión.

¿Había visto lástima en ellos cuando se había caído? Sin duda alguna, había parecido horrorizado cuando aquella criatura había salido de la furgoneta. La secta no debía de haber tenido tiempo suficiente para destruir por completo su personalidad. Quizá, si lograba que la mirara a los ojos podría acceder a lo que quedaba de él.

Yació sobre su palpitante hombro, deseando que Ted la mirara. Cuando lo hizo, se obligó a sí misma a sonreír a la persona que había sido antaño, a la persona que seguía estando en su interior, escondida en alguna parte, a merced de su cuerpo de títere. Intentó que percibiera su muda llamada de auxilio, que recordara los años que habían compartido, los momentos que habían vivido juntos. Ted se tambaleó adelante y atrás, sin dejar de mirarla, y en sus ojos asomó una débil expresión de desconcierto, como si estuviera empezando a despertar pero le diera miedo hacerlo. Entonces, la mujer regordeta señaló a Barbara. Su sonrisa estúpida se había convertido en una retorcida mueca.

—¡Está intentado conseguir su ayuda! —gritó.

—Ya hemos terminado con él. No podrá nadar. —La verdad era que Ted no sabía nadar, pero Angela parecía querer decir que aunque supiera hacerlo, le arrebataría dicha habilidad—. Intentó engañarme durante el viaje de regreso.

En cuanto lo miró, Ted dio media vuelta y avanzó hacia la barandilla de estribor. ¿Barbara no le había despertado lo suficiente para que pudiera resistirse a su poder? Al parecer no, pues cruzó con pesadez y decisión la cubierta, hacia la isla que los demás habían abierto para él. Sus rostros eran verdes bajo el destello de las luces de navegación, y estaban ansiosos: la lengua del hombre de labios gruesos se deslizaba inquieta por el hueco de su boca y la mujer regordeta se estaba frotando las manos. Su poder, o el poder al que servían, ahora era más fuerte. Había percibido la promesa de una muerte.

Barbara también podía sentirlo, pues se había adueñado de su ser. Ted no importaba, no significaba nada. La enorme oscuridad que había al otro lado de la barandilla lo hacía completamente insignificante. Solo podía tener alguna importancia como ofrenda a la oscuridad que representaba. La corrupción de Angela no importaba. Barbara era insignificante; toda su vida lo era. Era una ofrenda, como el resto del mundo, y muy pronto todos los demás también lo serían. Pronto, el poder podría reclamar sus propias ofrendas.

Su mente se acobardó cuando alcanzó a ver un atisbo de la fuente de todo aquello, inflándose impaciente en su propia oscuridad, infinitamente distante e infinitamente grande, pero tan cercana como las profundidades de su mente. Ahora volvía ser consciente de la lancha, pero eso no le serviría de nada. Ted estaba a punto de alcanzar la barandilla.

Angela debía de estar dejando que se tomara su tiempo porque estaba disfrutando... o quizá estaba disfrutando el poder pues, al fin y al cabo, Angela no era más que una herramienta. Barbara era incapaz de encontrar sentido a esa perspectiva: aunque fuera cierta, resultaba absurda. Solo los pasos de Ted conducían a un significado, pero incluso así su muerte sería insatisfactoria, demasiado rápida.

La oscuridad, que se extendía amenazadora a sus pies, parecía cerrarse hambrienta alrededor de la lancha, burlarse de las luces microscópicas de la cubierta y la cabina. Ted ya estaba junto a la barandilla; Barbara podía oír el agua deslizándose como una enorme boca abierta. Estaba resignada a verlo morir, casi ansiosa ante aquel indicio de significado, pero alguien estaba inclinándose sobre ella y sujetándola de los hombros como si quisiera sacarla de su trance. Era el hombre cuyo rostro no había podido ver.

Supo al instante que era Arthur. No se había atrevido a creer que estuviera allí y había hecho bien al no esperar nada de él, pues ni siquiera era capaz de ayudarla a ponerse en pie. Lo único que podía hacer era mostrarle su pesar por la situación en la que se encontraba, un pesar tan penetrante que se abrió paso por su indiferencia y restableció sus emociones. Ahora podía sufrir mientras veía a Ted avanzando hacia su muerte, podía gritar para intentar detenerlo, pero sus gritos no sirvieron de nada. Los sectarios la miraron sin expresión alguna, mientras Ted se sujetaba a la barandilla y la cruzaba. Cuando Barbara gritó con más fuerza, Ted ni siquiera se giró.

Pero Angela sí que lo hizo y la miró fijamente. Por primera vez parecía inquieta. Debía de estar preguntándose cómo había conseguido gritar si el poder debería haberla obligado a guardar silencio. Pero no, era más que eso. Estaba mirando en su dirección, pero no a ella. Su rostro adoptó una expresión tensa y hostil.

–Vete –dijo.

Estaba hablando con su padre. Quizá podía sentir su pesar. Sí, lo sentía, porque sus ojos brillaban coléricos, intentando someterlo a su control. ¿Cómo podía dominarlo con su poder si ni siquiera lo veía?

–Déjame en paz –dijo Angela con frialdad, pero sus ojos titubeaban. Quizá estaba intentando con todas sus fuerzas ignorar sus recuerdos. ¿Estaría recordando los días en los que ella y su padre hablaban en secreto, cuando él esperaba junto a su cuna hasta que se iba a dormir? ¿Arthur estaría hablando con ella en esos momentos?

Los miembros de la secta la miraron inquietos. Ahora que estaba distraída, el poder oscuro empezó a retroceder. Angela se tambaleaba, pero puede que no se debiera tan solo al movimiento del bote. Aunque sus ojos seguían brillando, era obvio que estaba luchando por repeler el ataque de dolor.

–Déjame en paz –gritó, ahora con voz temblorosa.

De repente se produjo un revuelo en la cabina. Ted, que se había recuperado parcialmente mientras el poder de Angela se debilitaba, se había abalanzado sobre el patrón del barco y lo había derribado. En cuanto estuvo seguro de que lo había dejado inconsciente, se aferró al timón y viró hacia la orilla de Kent.

Los miembros de la secta se volvieron hacia él. Era más sencillo ocuparse de Ted que intentar averiguar qué le estaba ocurriendo a Angela.

–¡Hacedlo pedazos! –chilló la mujer regordeta. Quizá pensaba que al torturarlo evocarían de nuevo al poder oscuro, que este mantendría su promesa. Se apiñaron en la cabina, aplastando a los niños contra la pared. Sus manos eran garras.

Ted intentaba mantener el control del timón con la mano izquierda mientras peleaba con la derecha. Al primer puñetazo, el hombre de los labios gruesos retrocedió tambaleándose; tenía el labio inferior partido y estaba sangrando. La lancha viraba de un lado a otro, dirigiéndose primero hacia los buques cisterna y luego hacia la orilla. Ted perdió el equilibrio y, al instante, media docena de sectarios le sujetaron los brazos.

La muchacha de cabello alquitranado empezó a retorcerle los dedos de la mano derecha, intentando partírselos, mientras la mujer regordeta se abrazaba a sus piernas y le hundía los dientes en el muslo. Angela miró a sus compañeros y, de repente, su rostro reflejó revulsión. Por el modo en que le temblaba la boca Barbara supo que, en parte, aquella aversión era lo que sentía hacia sí misma.

Sus ojos se abrieron de par en par. Al instante, los sectarios empezaron a gritar y, saliendo de la cabina como insectos, empezaron a desgarrarse a sí mismos como si sus entrañas hubieran cobrado vida. Cuando la luz roja de babor iluminó sus rostros, a Barbara le pareció que estaban en carne viva... y puede que fuera cierto, pues estaban intentando acceder al interior de sus cuerpos para alcanzar lo que fuera que los estaba torturando. Algunos de ellos saltaron a ciegas por la borda, como si eso pudiera apagar lo que fuera que hubiera en su interior.

Barbara recordó que Iris había dicho que el mal había entrado en ellos, pero era Angela quien estaba provocando todo aquello. Aquel espectáculo era la exagerada muestra de arrepentimiento de una niña, una representación de la revulsión que sentía hacia sí misma, una prueba de que rechazaba todo aquello que representaba la secta, quizá para recuperar el amor de su padre. Sus víctimas se tambaleaban por la reducida cubierta, tropezando con Barbara. El joven de la tonsura se estaba

sujetando la cara, y a Barbara le pareció ver que uno de sus ojos era expulsado desde dentro. Cerró los párpados con fuerza y se refugió en su interior hasta que los gritos cesaron y la lancha pareció haber quedado vacía.

Cuando abrió los ojos, a bordo solo quedaban Angela, Ted y los tres niños. Los pequeños estaban acucillados en la cabina. Parecían desconcertados, incapaces de comprender lo que estaba ocurriendo. Angela, que parecía mareada y avergonzada, le desató las manos y empezó a retroceder. Barbara la cogió de la mano y se la sujetó con fuerza, pero la muchacha intentó apartarse. Temía que su hija intentara arrojarla por la borda de lo avergonzada que se sentía.

Ted había ocupado de nuevo el timón. La costa de Kent se aproximaba lentamente en la oscuridad. Marismas inundadas centelleaban más allá de los diques, y las caravanas se apiñaban como caracoles en un terreno más firme. En el horizonte de las marismas, las llamas enrojecían las nubes que había sobre una refinería de petróleo. Barbara se preguntó dónde lograrían alcanzar la orilla.

De repente, Ted empezó a gemir. Parecía tan asustado que Barbara se acercó a él, llevándose a Angela consigo. En cuanto llegó a su lado, soltó el timón y se apoyó, tembloroso, contra la pared de la cabina.

–Oh, Dios –murmuraba, una y otra vez.

–Todo va bien, Ted. –Barbara se alegró de que Angela ocupara el timón y pareciera saber manejarlo–. Todo ha terminado.

–Nada va bien. No tienes ni idea de lo que he hecho. Sí, sabes una parte, lo que te he hecho a ti. – Barbara intentó abrazarlo, pero él se apartó, gritando–. ¡No deberías permitir que te tocara!

–Te obligaron a hacerlo. No pudiste evitarlo. –El rostro de Ted se estaba quedando sin expresión, como si estuviera intentando ocultarse en su interior, y Barbara temió que le ocurriera lo mismo que a Iris–. Puedes contarme lo que has hecho, sea lo que sea. Soy la única persona a la que puedes contárselo.

–Estaba dispuesto a entregarles a Judy, pero ellos no querían que la policía la buscara –dijo por fin, mirando hacia otro lado.

–Pero no lo hiciste. No hiciste nada que no pueda ser enmendado. Ahora todo va bien.

De repente, el bote empezó a vibrar. Miró nerviosa a su hija, hasta que se dio cuenta de que habían llegado a un embarcadero. Más allá solo había tierra negra y las llamas distantes, pero el terreno parecía bastante sólido. Angela intentaba alinear la embarcación con el muelle.

–Tendrás que amarrarlo –anunció.

La popa empezó a acercarse al muelle. Ted corrió hacia allí, complacido de tener una tarea de la que ocuparse, y desenrolló la cuerda.

–No podrá hacerlo solo –dijo Angela, apremiante.

Barbara corrió a ayudarlo, dejando atrás a los niños que ya ni siquiera parecían saber dónde estaban. Cuando la popa chocó contra el embarcadero, vaciló unos instantes junto a la barandilla antes de saltar a la oscuridad. La madera serpenteó bajo sus pies, pero logró mantener el equilibrio a pesar de lo débil que se sentía. Se levantó, preparada para coger la cuerda..., y entonces vio que Angela la miraba.

De repente se dio cuenta de que no había habido ninguna necesidad de amarrar la lancha, de que esta se deslizaba tan lentamente que podrían haber cogido a los niños y saltar. ¿Acaso Angela le había impedido darse cuenta de ello? Quizá solo le había permitido pensar ahora que ya era demasiado tarde.

Cuando Ted se inclinó para lanzarle la cuerda, la embarcación se sacudió con fuerza y cayó por la borda, pero estaba tan cerca del embarcadero que cayó justo al borde y pronto estuvo a salvo. La lancha se alejó rugiendo por la oscura inmensidad del agua.

–¡Angela! –gritó Barbara.

Angela se volvió al oír su nombre. De repente parecía muy pequeña, una niña a la que le daba miedo estar sola en la oscuridad. Dio un paso ansioso hacia Barbara, abandonando la cabina, pero de repente debió de recordar todo lo que había hecho, pues se cubrió el rostro con las manos. ¿Había una sombra junto a ella o era la figura de un hombre que había apoyado una mano sobre su hombro? Si

realmente era un hombre no pudo hacer nada por detenerla, pues al momento siguiente Angela estalló en llamas.

Aquel fue el último uso de su poder. Permaneció absolutamente inmóvil mientras las llamas se extendían por su cuerpo. Cuando Barbara llegó a la orilla del río y extendió los brazos con impotencia, ya estaban devorando el techo de la cabina y alzándose hacia el cielo. La lancha se alejaba a la deriva, ardiendo en llamas, pero Barbara no parecía darse cuenta, ni siquiera cuando explotó. Seguía mirando el carbonizado punto de su visión que había ocupado Angela.

Finalmente advirtió que Ted la estaba cogiendo del brazo, haciéndole tanto daño que no sabía si intentaba tranquilizarla a ella o a sí mismo. Cuando habló, Barbara no supo si estaba intentando creer o comprender.

—No podían matarla, solo corromperla. Y no lo consiguieron, al menos por completo. Se ha concedido otra oportunidad.

Barbara tenía que creer que era cierto. Cuando Ted logró coger sus manos, que seguían extendiéndose hacia la carbonizada oscuridad, y la obligó a girarse, vio que las llamas distantes ascendían más allá de las marismas. En cierta ocasión, Angela había visto un espectáculo similar. El viento gemía entre la hierba, el río chocaba contra los pilones de madera, el cielo de oriente empezaba a palidecer. Se apoyaron en un poste del embarcadero y se abrazaron el uno al otro con fuerza, incapaces de hablar. Barbara observaba las llamas eternas intentando creer, mientras esperaban al amanecer bajo la fría oscuridad.

## EPÍLOGO

He tardado más en concebir la mayoría de mis novelas que en escribirlas, y considero que eso ha sido positivo. Sospecho que si tengo la impresión de que no estoy preparado para escribir un libro, probablemente no estoy equipado técnicamente para hacerlo. Por ejemplo, escribí *Incarnate* cuatro años después de que hubiera empezado a desarrollar su base (que originariamente discurría por líneas bastante diferentes y tenía un tema central distinto), y empecé a redactar *Ancient Images* por lo menos cinco años después de que hubiera concebido la noción de una película protagonizada por Karloff y Lugosi. En ocasiones me veo obligado a empezar a trabajar en una novela con mucha menos preparación, tal y como describo en el epílogo de *The Claw*, y hay veces que un tema se me insinúa con tanta fuerza que el libro insiste en saltarse la cola de las novelas que están esperando a ser escritas. Eso fue lo que ocurrió con *Obsession*, gracias a Sylvester Stallone, y lo mismo sucedió con *Los sin nombre*, que desplazó a *Incarnate* (para su gran beneficio) de mi programa de escritura. Tras *The Parasite*, una novela sobrescrita y conscientemente espeluznante, necesitaba escribir algo más sencillo y comedido para mejorar mi arte.

En aquel entonces no era consciente de eso; lo único que sabía era que *Los sin nombre* me estaba apremiando a escribirla. Nuestra hija ni siquiera tenía un año de vida, pero había plantado la semilla del libro por el simple hecho de existir..., y de ahí mi dedicación. Esta génesis podría haber sido un problema, puesto que una ficción conscientemente autobiográfica puede estar más llena de trampas que cualquier otra. Una de las razones por las que tantas segundas novelas decepcionan es que, si son autobiográficas, su predecesora ha consumido en exceso la experiencia del autor. Si yo no caí en la trampa fue porque ya había cometido ese error en los relatos breves (Robert Aickman me dijo que a él le había ocurrido lo mismo en *Just a Song at Twilight*), y la verdad es que seguí cometiéndolo más adelante, a pesar de que debería haber sido consciente del fallo. Por ejemplo, *The Other House* es una obra autobiográfica carente de perspectiva y con déficit de fantasía, aunque años antes había descubierto (en *Concussion*) que insistir en lo que «realmente» había ocurrido era la forma menos convincente de escribir ficción basada en hechos o personas reales, pues este tipo de ficción requiere una mayor selección de detalles y más imaginación que cualquier otra. En ocasiones, un tema intenso puede traer consigo dichos atributos y, aunque algunos lectores estén en desacuerdo, debo decir que están más presentes en esta obra que en *The Parasite*.

Con el paso de los años, los defectos de la novela (al menos, algunos de ellos) se han ido haciendo más obvios. El inicio es una especie de confusión, y es una verdadera lástima. Me gustaba bastante el recurso utilizado en los seis primeros capítulos (el *flashback* que conduce al punto de partida, a partir del cual avanza el libro), de modo que lo utilicé de nuevo en *Obsession*, cuyas primeras páginas desconcertaron a Tom Monteleone, autor de una historia de fantasmas vietnamita llamada, si no recuerdo mal, *New Ears*. Cuando Kirby McCauley, mi agente americano, leyó el texto mecanografiado de *Los sin nombre*, insinuó que al libro le faltaba un prólogo en el que se presentara a Kaspar Ganz. Consideré que tenía razón, sobre todo cuando me descubrí a mí mismo empezando a pensar como Santini, el carcelero. Debería haber sido lo bastante autocrítico para reestructurar los seis capítulos siguientes, pero espero que el libro sobreviva a estos culebrosos narrativos.

Otros defectos son más generales. ¿En el libro se insinúa que Barbara perdió a su hija por haber ido a trabajar? Os aseguro que no era esa mi intención, pero eso no significa que no esté ahí. En mi opinión, el marido espectral de Barbara solo es uno de tantos fantasmas, y no estoy del todo satisfecho con la noción de Wheatley del mal sobrenatural. Aunque quizá funciona como símbolo de la creciente tendencia que existe a considerar responsabilidad de otros las decisiones morales propias, creo que la visión de violencia aleatoria que presenté en *The Depths* podría haber resultado más útil.

El capítulo veintidós de *Los sin nombre* tiene un final distinto en todas las ediciones en lengua inglesa publicadas antes del año 1985. Consideraba que esta primera versión era innecesariamente artificial (a pesar de que no era tan sensiblera como la escena de las primeras ediciones de *The doll who ate his mother*, donde el monstruo salta sobre una bicicleta e inmediatamente es atropellado por un camión), de modo que cuando se me ocurrió un desarrollo que me pareció más convincente, la reemplacé. Originariamente, Barbara veía a una anciana leyendo *Destino y Predicción* en la sala de

estar del hotel, y después de la línea «Podía mirar las caras y fingir que estaba buscando a Ted», la escena continuaba de la siguiente manera:

Antes de llegar al vestíbulo dio medio vuelta. Las posibilidades eran mínimas, pero tenía que intentarlo. Se dirigió a un rincón del salón, donde el destello de la lámpara de mesa se acurrucaba en el regazo de la anciana.

–Disculpe –dijo Barbara–. ¿Esa revista es suya?

–No, claro que no.

–¿Por casualidad sabe de quién es?

–No, no lo sé –respondió, arrojándola sobre la mesa como si fuera una publicación indecente que había cogido por error–. Supongo que pertenece al hotel.

En el mostrador de recepción, un hombre de negocios estaba cuestionando todos y cada uno de los detalles de su factura, y un tipo con forma de pera que sostenía un pichel en una mano insistía pacientemente en que la llave que tenía pertenecía a ese hotel. Para cuando fue capaz de hablar con una de las muchachas, Barbara tuvo la impresión de que no valía la pena hacerle aquella pregunta, pero se obligó a sí misma a hablar enérgicamente.

–Quería preguntarle sobre las revistas de ocultismo de la sala de estar.

La joven apartó rápidamente la mirada cuando empezó a sonar el teléfono.

–El director ya ha hablado con la persona que las deja allí.

–No he venido a quejarme –dijo Barbara, advirtiendo que la recepcionista había adoptado una actitud defensiva–. Solo busco consejo.

–Entonces debería hablar con Fiona. Llegará dentro de un rato. –Quizá consideró que su sonrisa podía haber ofendido a Barbara, pues añadió–: Creía que le había molestado, como al vicario que se alojó en este hotel. Dijo que era perverso dejar ese tipo de cosas para que las leyeran los huéspedes.

Barbara se sentó cerca del mostrador y esperó. Estaba desperdiciando un tiempo precioso, pero tenía que seguir todas las pistas. Sus pensamientos iban y venían, monótonos como las puertas giratorias. Personas ancianas paseaban junto a ella, frágiles como sonámbulos. Finalmente llegó Ted. No, no estaba esperando para quejarse, tenía que hablar con un miembro del personal que, quizá, podría ayudarle en su búsqueda. Cuando se fue a su habitación deseó no haberlo tratado como si no estuviera involucrado en aquella historia, aunque fuera cierto. Sin duda alguna, ahora estaría aún más preocupado por ella.

La luz revoloteaba como una polilla atrapada en las puertas giratorias; multitudes poco convincentes y suavemente iluminadas paseaban por el otro lado del cristal. Por fin, una joven gorda y malhumorada que iba vestida con un voluminoso uniforme negro se unió a las muchachas que había tras el mostrador. Cuando estas le señalaron a Barbara, la joven les dio la espalda y empezó a ocuparse de los casilleros. Barbara tuvo que esperar junto al mostrador y decir «Disculpe» dos veces antes de que se acercara a ella de mala gana.

–Tengo entendido que las revistas del salón son suyas –dijo Barbara.

–¿Y qué si lo son?

–Solo me preguntaba si usted sabía de algún... –Barbara advirtió que las otras muchachas las miraban susurrando. Fiona también se había dado cuenta–. ¿Podríamos hablar en otro lugar? –le sugirió.

–Estoy bien aquí.

Barbara bajó la voz.

–Solo quería preguntarle si conoce algún grupo arcano aquí en la ciudad.

–¿Por qué quiere saberlo?

–Porque creo en estas cosas. –Bajó aún más la voz, por si las compañeras de Fiona le oían decir aquellas tonterías–. Estoy buscando la verdad.

–Yo no sé gran cosa –respondió, mirándola con recelo–. No soy yo quien compra esas revistas. Mi madre las consigue y me las da cuando acaba de leerlas.

Barbara temía empezar a reírse a carcajadas de sí misma por haber malgastado de aquella forma la tarde, pero entonces oyó a Angela diciendo «Te necesito» y se le pasaron las ganas de reír.

–Lamento haberla molestado.

Debía de parecer tan decepcionada como se sentía, pues Fiona se apiadó de ella.

–Bueno, puede que haya oído hablar de cierto grupo. Mi madre me dijo que suelen reunirse en Broomielaw, debajo de los puentes. Creo que dijo que los jueves por la noche.

Eso era aquella noche. Sin darse cuenta, Barbara levantó ligeramente la voz. Era una pista. En el grupo podría haber alguien que pudiera ayudarla, alguien que conociera otros grupos más arcanos.

–¿Qué sabe de ellos? ¿Cómo se llaman?

–Eso es lo único que sé. Mi madre no pudo averiguar nada. –Se volvió hacia los casilleros–. No sé cómo se llaman.

No importaba. Seguía siendo una pista que la conduciría hasta la secta. ¿Qué lugar mejor donde buscar información? Prácticamente había llegado a las escaleras cuando oyó susurrar algo a las compañeras de Fiona. Al instante empezó a correr escaleras arriba para decirle a Ted que tenían que ir a aquella reunión, pues una de las muchachas había dicho:

–Puede que no tengan nombre.

He realizado otro cambio que puede haber significado más para algunos lectores que para otros. Los agradecimientos en las ediciones anteriores incluían a Bob Shaw, un aficionado a la ciencia ficción de Glasgow, que no mi buen amigo el escritor de ciencia ficción, con quien, al parecer, al fin le gusta que lo confundan (supongo que es una forma de labrarse un nombre). Cuando estaba a punto de visitar Glasgow para buscar escenarios, me puse en contacto con este aficionado para que me hiciera alguna sugerencia y, después de que la novela fuera publicada, me dijo que me había dado toda clase de pistas falsas, aunque en realidad cuando estuve en su ciudad seguí mis propios instintos. La inercia ha hecho que su nombre haya permanecido en los agradecimientos de todas las reediciones de *Los sin nombre*, pero ahora tengo el placer de eliminarlo.

Aunque *Los sin nombre*, a diferencia de *The Parasite*, no fue concebida como un éxito comercial, pensé que tenía cierto atractivo, de modo que no me satisfizo la presentación que se hizo en el Reino Unido («El ansia maligna crece en su interior, el cuchillo está listo..., pero nadie puede oír los gritos»), especialmente cuando meses después encontré una presentación en otro libro (escrito por Leigh Nichols, que es lo mismo que decir Dean Koontz) del mismo editor que podría haber descrito a la perfección la trama del secuestro perpetrado por la secta de mi novela. Estoy bastante seguro de que la similitud fue una coincidencia, pero la presentación de Nichols hacía hincapié en aquello que considero que debería haber sido la descripción de mi novela. (Para ser justo, debo decir que dicha presentación no ha sido en absoluto la peor que he tenido que sufrir.) Durante mi carrera he intentado combatir, con cierto éxito, una noción que diversos diseñadores de libros y escritores de sobrecubiertas parecen compartir: que todas las novelas de terror tratan únicamente de violencia o de miedo. De hecho, colegas con más talento y sutileza que yo han tenido que cargar con presentaciones peores.

Para resumir este libro, me siento tentado de citar incorrectamente la famosa máxima de Lovecraft y sugerir que si la emoción más antigua de la humanidad es el miedo, el miedo más grande es el de los padres. Sin duda alguna, el hecho de ser padre, sobre todo de tu primer hijo, te da un curso acelerado de neurosis. Mientras que Jim Herbert ha jurado no sacrificar niños en sus obras de ficción y lamenta haber escrito la escena del bebé en *The Rats*, Steve King y yo parecemos impulsados a seguir imaginando lo peor. En este contexto considero que *The Claw* es una especie de complemento de *El Resplandor*, en cuanto a que en esta novela el lector queda convencido de que el aislamiento es una causa de la locura, mientras que en mi libro los padres poseídos están rodeados de amigos y conocidos que no ven nada anormal, o buscan razones para no intervenir. Se trata de una visión

neurótica del mundo, ¿pero acaso es real? También soy consciente de que mi hija tendrá trece años cuando la presente edición de *Los sin nombre* sea publicada. Sospecho que tendré pesadillas.

Ramsey Campbell  
Wallasey, Merseyside  
27 de marzo de 1991